

Selecta

Y. Arcenegui

CONTRA TODO
PRONÓSTICO

Contra todo pronóstico

Y. Arcenegui

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*Para Marina y David,
la luz de mis ojos.*

*Tu boca es mi infierno favorito.
Ahí todo está permitido.*

Leunam

Carlota

Me aliso la falda de mi vestido morado con las manos, cada vez más nerviosa.

Llevo más de un cuarto de hora esperando en la puerta de los recreativos mientras una lluvia ligera pero insistente amenaza con destrozar la imagen que tanto me he esforzado en mostrar y, de paso, la poca seguridad que me queda en mí misma.

Respiro entrecortadamente al tiempo que mis manos tratan de domar los mechones de mi pelo que, estoy completamente segura, va a convertirse en la melena de cierto animal salvaje en menos de lo que canta un gallo.

Pongo mis pies en funcionamiento, tratando de mimetizarme con el escaparate al que me acerco mientras veo a un grupo de chicos de mi instituto entrar en manada en los recreativos y, aunque furtivamente busco su cara entre toda esa gente, no la encuentro.

Al final, después de más de media hora de haber estado esperando en la calle, bajo un cielo que no deja de amenazar tormenta y con esa lluvia escasa (pero que acaba calándome igual), exhalo un hondo suspiro y, tragando la gran bola que se ha formado en mi garganta junto con la congoja y las ganas de llorar, me dirijo de nuevo a casa. Sé que no va a venir.

A pesar de mi esfuerzo por no pensar más en el plantón que me acaban de dar, no puedo evitar darle vueltas y más vueltas a lo que ha pasado, entrando en una espiral retorcida y repetitiva de la que, aunque sé perfectamente que no

me hace ningún bien, no me veo capaz de escapar porque no entiendo qué es lo que he hecho mal.

Una lágrima traidora se escapa del lagrimal y recorre lentamente mi mejilla, perdiéndose rápidamente entre los restos de la humedad que en estos momentos enfría mi rostro. Tengo la cazadora vaquera empapada, y mi bonito vestido nuevo, comprado expresamente para la ocasión, se me pega al cuerpo como si fuera mi segunda piel.

No me molesto en acelerar el paso. Sigo caminando arrastrando los pies, cabizbaja y tremendamente avergonzada, rezando para no encontrarme con nadie conocido que pueda ver el estado en el que me encuentro.

Al entrar en el ascensor, alzo involuntariamente la cabeza y me topo de frente con una versión distorsionada de mí misma, un poco difuminada y algo patética. Inspiro con fuerza mientras mis dedos largos tratan de quitar los restos de rímel que, formando dos grandes chorretones bajo mis ojos, dan a mi cara un aspecto bastante deprimente. Parezco una muñeca rota... Será porque en parte me siento así.

Entro en casa conteniendo la respiración hasta que, tras haber comprobado que estoy sola, la suelto toda de golpe vaciando mis pulmones, y me dirijo a mi dormitorio. Me desvisto rápido, más que nada para estar ocupada con algo y tratando así de mantener de nuevo mi mente a raya.

Es inútil; debería haberlo sabido de antemano.

Saco lo primero que encuentro en el cajón y me visto con ello: unas mallas negras y una camiseta de manga corta de Mickey Mouse. Estamos a primeros de mayo y no debería hacer demasiado frío, pero hoy el día se ha torcido, al igual que mis planes, ¡estupendo!

Me siento en el borde de mi cama y ahora sí me doy permiso para sacarlo todo fuera y pensar detenidamente qué es lo que ha pasado a lo largo de este viernes de mierda.

Miro por la ventana, deteniéndome en la imagen de un gato mientras salta por el tejado del edificio de enfrente y parpadeo una, dos, hasta tres veces

para ver si así consigo retener las lágrimas que, ya con total libertad, se deslizan sigilosas por mis mejillas salpicadas de pecas.

Está bien... Empezaré por el principio.

Soy tan solo una adolescente de quince años a la que hoy le han dado el primer plantón de su vida. Sí, ya sé que las experiencias negativas ayudan a hacer crecer a las personas pero ¡joder, cómo duele!

Sinceramente, he de decir que no me gusto demasiado a mí misma, lo que supone una dificultad añadida para que consiga gustar a los demás. Eso, unido a la poca seguridad que me da esta tierna edad y la falta de experiencia con el género masculino, consigue que el cóctel sea demasiado explosivo.

La mueca que se forma en mi cara es bastante cómica cuando pienso en lo maravilloso que me pareció el jueves en todo su conjunto... Había aprobado Lengua Española con sobresaliente y, a la salida del instituto, el chico por el que llevaba suspirando desde hacía más de un año por fin me había pedido salir.

Salí de la última clase dándole vueltas a mi vestuario y, después de haber decidido que no tenía nada en mi armario que pudiera usar para mi primera cita con el chico más maravilloso del instituto y del mundo entero, salí corriendo hacia casa para convencer a mi madre de que necesitaba urgentemente un vestido nuevo.

Esa es la razón por la que llevaba puesto mi nuevo vestido morado. Morado, sí, porque, según mi madre y la dependienta de la tienda, había dos colores que me favorecían especialmente: el verde y el morado, así que, haciendo caso, como buena chica que soy, elegí el morado porque no tenía nada de ese color y porque era el más corto de los dos que me había probado.

Me había esmerado en domar mi pelo (después me centraré un poco más en él) en graciosas hondas que caían en cascada por mis hombros y mi espalda y, aunque no suelo hacerlo porque sinceramente me parece un coñazo, me había puesto un poco de rímel en las pestañas y había dado un toque de brillo a mis labios, demasiado carnosos.

A las siete en punto había llegado a la esquina que estaba frente a los recreativos y, haciendo caso a mi mejor amiga Sara, que de estas cosas sabe bastante más que yo, me había entretenido un poco para no llegar demasiado puntual. Tampoco entendía muy bien por qué no podía llegar a la hora acordada pero, después de que Sara me puso los ojos en blanco, lo había dejado pasar.

Sentí cómo mi loco corazón aporreaba en mi pecho y cómo se me secaba la boca mientras me apoyaba en la pared de los recreativos, a la espera de mi tan esperada cita.

Esa cita que nunca llegó.

Vuelvo de nuevo a la aplastante realidad que tengo frente a mí. Fuera sigue lloviendo aunque, por lo visto, a los gatos no les afecta demasiado, porque siguen paseándose con total parsimonia por los tejados de los edificios colindantes. Sorbo ruidosamente por la nariz y escucho un sonoro portazo.

¡Jolines, no me lo puedo creer!

Cierro los ojos rezando para que mi pesadilla no se complique todavía más pero, por supuesto, hoy parece que todos los astros del universo se han alineado para darme un poquito por saco.

Oigo la voz de mi hermano amortiguada por la puerta de mi cuarto, entornada, y presto atención para ver si viene solo o acompañado.

Mi hermano José es un cielo. En serio, es el hermano que toda chica adolescente con problemas de autoestima quisiera tener. Es cariñoso, protector y todo un payaso y, por supuesto, me quiere con locura (y yo a él).

Tiene siete años más que yo y acaba de terminar la carrera de Económicas, por lo que mis padres y yo estamos superorgullosos de él. Tan solo tiene un defecto...

El defecto de mi hermano se llama Manu, y es su mejor amigo. Prácticamente se conocen desde la guardería y, desgraciadamente, son inseparables.

Manu tiene una extraña fijación por mí. Perdón, rectifico: Manu tiene una extraña fijación por hacerme rabiar hasta que me sale humo por las orejas. Y,

aunque supuestamente tiene ya veintidós años, la mayoría del tiempo se comporta como un auténtico niño. Disfruta metiéndose conmigo. Ironiza respecto de mi comportamiento pero, si en algo tiene especial predilección, es en lo referente a mis pecas. ¡Vale, lo entiendo! Tengo demasiadas. Mi cara está totalmente salpicada de miles y miles de motitas doradas que me dan un aspecto añorado que ya no debería tener. Eso, unido al color de mi pelo, hace que sea el blanco de todas sus bromas. Bueno, de él y de la mitad del instituto.

Me llamo Carlota y, a primera vista, puede parecer un nombre de lo más normal, incluso bonito... Pero no.

Ahí acaba toda la normalidad.

Vivo en Valencia y tengo el pelo naranja. No cobrizo, ni castaño con reflejos miel.

Naranja.

Rojo como el fuego... Tirando a chillón. Y Manu tiene un mote para mí que, desde ya, ni me acuerdo, aunque no por ello deja de ser menos odioso...

¡Ese tío me enfurece tanto que más de una vez he pensado en cometer un asesinato!

Oigo pasos acercarse hasta mi puerta y automáticamente todo mi cuerpo se pone en tensión. Parezco la cuerda de una guitarra, pero no lo puedo evitar. Y, en un día como el que he tenido, todavía menos. Tengo los nervios a flor de piel y estoy rezando para que no se trate de él.

Me limpio rápidamente la humedad de mis mejillas y aprieto en mis puños la colcha de la cama mientras trato de no emitir sonido alguno, agudizando mi oído.

Pienso en que no he cerrado la puerta y maldigo en silencio por mi tonto descuido aunque, rápidamente, me encojo imaginariamente de hombros, porque eso nunca ha supuesto un obstáculo para Manu y sus retorcidas intenciones.

La puerta chirría un poco cuando se abre y yo, muy tontamente (para qué nos vamos a engañar), pienso que en algún momento tendré que acordarme de

engrasar las bisagras. Sacudo la cabeza enérgicamente y fijo la vista en la ventana, completamente de espaldas a la puerta de mi habitación.

En ese momento contengo el aire y elevo una oración por si por ahí arriba hay alguien que me pueda escuchar.

—Cabeza de Zanahoria, ¿estás ahí?

Ante ese maldito apelativo, mi cuerpo responde con el vello totalmente erizado, y mi ceño se frunce todavía más. Aprieto con fuerza la mandíbula y espero inútilmente a que se marche de mi dormitorio.

¡Por el amor de Dios! ¿Es que no tiene otra cosa mejor que hacer?

Oigo sus pasos aproximarse por el suelo de madera de mi cuarto, con esa cadencia lenta que me crispa los nervios.

—¿Cabeza de Zanahoria?

Para aquellos de vosotros que se lo estén preguntando, ese es el mote que me puso desde que me vio por primera vez, o eso es lo que siempre me dice mi hermano con una sonrisa socarrona en los labios.

Veréis: ese mote guarda relación directa: 1) con mi nombre y 2) con mi pelo. Como ya os he comentado, mi pelo es naranja; las zanahorias, también, y todo eso, unido a que mi nombre en valenciano es sinónimo de zanahoria, pues.... supongo que ahora os podéis hacer una idea.

Me yergo todavía más en mi asiento improvisado y cierro lentamente los ojos tratando de encontrar la paciencia que sé que me falta y que va a hacer que salte en menos de un segundo.

—¡Ey, *Rotgeta*^[1]! ¿Qué haces ahí tan sola?

—¿Es que nadie te ha enseñado que hay que llamar a la puerta antes de entrar? — Tengo tan tensa la mandíbula que a duras penas consigo que las palabras salgan de entre mis dientes.

Supongo que no se toma demasiado en serio mi tono de voz porque, con dos grandes zancadas, rodea la cama y, sin pedir permiso, como es habitual en él, se sienta a mi lado.

Noto cómo se hunde el colchón por el peso y lo miro de reojo rezando para

que en mi cara no queden restos de rímel ni de las lágrimas derramadas.

Manu

Menos mal que ya ha venido José a buscarme. ¡Tengo que pasar un minuto más en esta casa de locos y me pego un tiro!

De puertas afuera, somos la familia perfecta. Mi madre es la madre perfecta: la mujer perfecta, rubia, delicada, extremadamente educada y amable... Todo un dechado de virtudes.

Mi padre, por supuesto, no se queda atrás. Afamado hombre de negocios, demasiado ocupado como para hacerse cargo de las nimiedades que suceden en su casa, se ha pasado media vida en viajes de negocios, sin prestar atención a nada que no sea su empresa.

La verdad es que todavía me pregunto cómo he podido salir tan normal. Normal en el sentido de que nunca he sido un chico problemático... Aunque tampoco soy un santo, para qué voy a mentir. Acabo de terminar la carrera de Derecho y, desde luego, no les debo nada a mis progenitores, nada salvo el pago anual de la matrícula porque, otra cosa no, pero el dinero les sale por las orejas.

Sin embargo, y muy a mi pesar, el dinero no da la felicidad.

Esa frase la tengo grabada a fuego porque es tan cierta que hasta duele. ¿Qué hay del cariño? ¿De los valores? ¿Del amor de unos padres que, hasta el momento, se han mantenido ausentes en mi día a día?

Supongo que por eso estoy tan alterado. Hoy, sin saber muy bien por qué, se han presentado en casa, después de más de un mes de viaje (cada uno por su

lado, por supuesto). No sé muy bien qué es lo que quieren de mí, y eso me descoloca y me pone extremadamente nervioso. Siento cómo mi sistema nervioso se altera a cada minuto que paso en esta grande, aséptica y extraña casa que no siento que sea, para nada, mi hogar.

Salgo por la puerta sin siquiera despedirme; total, no creo que vayan a notar mi ausencia. Me doy cuenta de que contengo la respiración y exhalo el aire de forma brusca mientras atravieso el jardín y saludo a José con la mano.

Una idea empieza a rondar mi mente y se materializa en ese mismo instante.

—¿Qué pasa, tío?

José se encoge de hombros y me muestra una de sus sonrisas torcidas, toda llena de hoyuelos y dientes blancos. Nos metemos en su coche y, en cuanto da el contacto, la voz de Rihanna y Eminem atraviesa los altavoces con su “Love the way you lie”.

—¿Qué hacemos?—. José me mira de reojo mientras sale a la carretera y sube un poco más el volumen.

—¿Y si vamos a tu casa a jugar a la Wii?—. No puedo evitar sonreír cuando pienso en cierta mocosa que vive allí y en lo que me gusta meterme con ella.

—¡No me jodas, hombre! Es viernes por la tarde. ¿Por qué no salimos a tomar algo?

—Podemos salir luego... ¡Venga, coño, no seas aguafiestas!

—Explícame una cosa, Manu. ¿Quieres ir a mi casa a jugar con la consola o a meterte con cierta adolescente pelirroja que te odia a muerte?

—¡Joder! ¿Tanto se me nota? —Giro la cabeza y miro a través de la ventanilla, tratando de hacer oídos sordos a lo que acaba de decirme mi amigo. No quiero que piense que estoy obsesionado con su hermana porque no es verdad. Además, es solo una cría.

Frunzo el ceño y me preocupo, de repente, por la fijación que tengo por Carlota aunque, tan solo dos segundos después, se me olvida.

Estar en casa de mi amigo José es la hostia. Sus padres son los mejores padres del mundo y a mí me tratan como a uno más de la familia y luego...

Luego está la pequeña “Cabeza de Zanahoria”, el mejor aliciente del mundo. No entiendo muy bien cuál es el motivo por el que me gusta tanto meterme con ella. Simplemente, no lo puedo evitar.

Carlota me trae completamente loco, con su pelo naranja, esos ojos verdes tan grandes como los de un lemur y esa cantidad ingente de pecas que salpica toda su pálida cara. ¿Quién, en su sano juicio, puede resistirse a ella?

Tiene cierto aire de campanilla con ese cuerpo esbelto, delgado y desgarbado, esas poses tan suyas y ese no parar quieta en ningún momento.

Me encanta hacerla enfadar y ver cómo el rubor asciende por su cuello inmaculado hasta instalarse en sus mejillas y llegar hasta sus orejas. Cómo arruga su naricilla respingona cuando algo le molesta (la mayoría de las veces suelo ser yo) y cómo refunfuña cada vez que me tiene cerca.

Exhalo un suspiro que empaña un poco la ventanilla donde mantengo fija la vista y, sacudiendo levemente la cabeza, me saca a Carlota de la cabeza.

Llegamos a casa de José, y yo ya estoy impaciente por ir en busca de mi pelirroja favorita. Supongo que José ya está acostumbrado a que desaparezca por el pasillo directo a su cuarto.

Me acerco con pasos lentos, pensando cómo meterme con ella y me sorprendo al encontrar la puerta entreabierta. *¡Qué raro, siempre la deja cerrada!* La desilusión me golpea con fuerza y me deja un poco descolocado cuando pienso que tal vez no está en casa.

Sin embargo, y sin saber muy bien cuál es el motivo, empujo lentamente la puerta.

—Cabeza de Zanahoria, ¿estás ahí?—. Sonríó al verla sentada en su cama, de espaldas.

Levanto la ceja cuando me doy cuenta de que está demasiado quietecita, mirando por la ventana. Por norma general, debería estar lanzándose contra mi cuello, directa a mi yugular.

Así que, muy lentamente, camino hacia ella, en alerta. Estoy seguro de que me ha oído entrar: la puerta chirría demasiado. Lo que no entiendo es por qué

se mantiene impasible... ¿Y si le ha pasado algo? Tiene el pelo mojado y la espalda demasiado encorvada.

—¿Cabeza de Zanahoria? —Veo cómo yergue la espalda, y eso hace que me relaje un poco, aunque solo mínimamente. Sigue sin girarse, así que vuelvo a la carga con toda mi artillería pesada—. ¡Ey, Rotgeta! ¿Qué haces ahí tan sola?

Se gira y me fulmina con la mirada.

—¿Es que nadie te ha enseñado que hay que llamar a la puerta antes de entrar?

Esa simple frase hace que suelte todo el aire de golpe, algo más relajado, aunque sigue habiendo algo raro. Ladeo la cabeza mientras me sigo acercando hasta ella. Espera un momento... ¿Ha estado llorando? Que esté cabreada conmigo es lo más normal del mundo, pero hay algo más que se me escapa.

Me dejo caer a su lado sin ningún tipo de cuidado y la miro con el ceño fruncido mientras se pasa los dedos, algo temblorosos, por las mejillas, arreboladas. ¡Joder, está llorando! Esa afirmación cruza mi mente en el momento justo en que Carlota gira levemente la cabeza y se me queda mirando, muy cabreada.

Mi cara de estúpido debe de ser un poema cuando veo sus ojos empañados y algo de amargura bailar en ellos. Arrugo la frente mientras trato de leerle la mente pero, evidentemente, no puedo.

Me revuelvo en la cama pensando que la diversión que esperaba encontrar se ha ido al garete y siento una opresión nueva y totalmente desconocida en el pecho.

—Carlota, ¿qué te pasa?

A partir de este momento, funciono guiado por instinto, ya que no tengo ni puñetera idea de qué hacer con ella. No sé por qué poso mi mano sobre la suya, pero de igual forma lo hago. Me sorprende sentir que es pequeña, mucho más que la mía, y que está fría.

Oigo cómo resopla y me giro a tiempo para verla sacudir la cabeza,

formando una mueca en su boca que, de no ser por la preocupación, hasta me haría gracia. Cuando las lágrimas comienzan a caer por sus mejillas, yo ya estoy completamente acojonado. ¡Joder! Se me da estupendamente bien meterme con ella, pero no estoy muy seguro de que se me dé tan bien consolarla. Me remuevo de nuevo incómodo y sopeso la posibilidad de ir a por José; sin embargo, cuando vuelvo la mirada hacia ella, soy incapaz de mover un solo músculo para separarme de su lado.

Mi cuerpo funciona con piloto automático porque no tengo ni pajolera idea de lo que está haciendo, sobre todo cuando mis manos se alzan, como si tuvieran vida propia y enmarcan su cara. Paso los pulgares para secar la humedad que hay en sus sonrojadas mejillas y la miro con dulzura.

—Chsst, ya está. Vamos, Carlota, no llores más. —Recorro con mi mirada su rostro buscando la forma de consolarla, buscando la causa de su tristeza—. Por favor... No sé qué hacer...

Siento bajo mis manos el esfuerzo que hace para contener el llanto mientras me pierdo en esos dos ojazos verdes, acariciando sus mejillas hasta conseguir secarlas por completo.

Mis ojos vagan una vez más por su rostro hasta que reparan en sus labios, rojos por el llanto, húmedos y carnosos. Me fijo por primera vez en estos y los recorro lentamente; cada curva, cada recodo. Están entreabiertos cuando ella me observa, al fin, con un gesto de asombro. No soy de esas personas que analizan cada uno de sus actos al milímetro, y esta vez no voy a empezar a hacerlo.

Hace ya rato que mi mente ha dejado de dar órdenes a mi cuerpo, así que no me sorprende cuando mi pulgar se pasea por su labio inferior, siguiendo la línea de su boca, sintiendo su redondez y su plenitud. Siento cómo mi corazón golpea fuerte en mi pecho cuando me humedezco los labios y tiro de Carlota para tenerla más cerca. Mis labios rozan apenas los suyos mientras siento su cálido aliento en mi boca. Algo explota en mi interior al mismo tiempo que cierta parte de mi cuerpo se despierta en respuesta. Entonces, sin ningún

miramiento, la beso.

Carlota

Y, contra todo pronóstico, Manu me besa.

Me besa y yo no sé qué puñetas hacer. Pero me gusta... ¡Jolín, me gusta mucho!

Los miles de pensamientos que se habían agolpado en mi mente desaparecen de golpe cuando sus labios entran en contacto con los míos, en cuanto siento esa suave presión. Entonces solo soy consciente de su boca en la mía, de su lengua que recorre mis labios y sus dientes que los muerde, muy lentamente.

Mi corazón quiere salirse del pecho mientras la lengua de Manu se abre camino en mi boca, y yo solo pienso en que no sé dónde meter mis manos. Al final, encuentran un hueco en su pecho y es allí donde se quedan, lo más quietecitas que pueden.

Algo a lo que no consigo ponerle nombre empieza a crecer en mi tripa y siento cómo me quema por dentro, pero es una quemazón agradable, que se va extendiendo peligrosamente hacia el sur.

Dejo de analizar lo que siento cuando consigo encontrar el ritmo en el que se mece su lengua contra la mía y me pierdo en ese beso; todo mi ser, todo mi cuerpo se dejan llevar por el momento. Entonces noto su mano entrar en contacto con mi cintura hasta que la rodea de forma contundente y me arrastra sobre su regazo. Lo que más me asombra es la facilidad con la que lo hace, como si no pesara nada, como si el alzarme no supusiera ningún esfuerzo para su cuerpo.

Mis manos se animan, tímidas, y se ponen en movimiento para alcanzar sus hombros y rodear su cuello. Tengo ganas de más; necesito estar más cerca de él. Me asusto al sentirme así, no sé lo que me está pasando, pero tiene que ser bueno porque, ¡guau, es genial! Mi estómago se pone del revés, y la sensación es muy parecida a cuando estás en una montaña rusa, pero mejor: un millón de veces mejor.

Supongo que Manu es capaz de sentir mi ansiedad porque su beso se convierte en algo profundo, como si me quisiera devorar. Es un poco más brusco, pero me gusta igual, o más, incluso.

Mis labios arden al igual que cierta parte de mi cuerpo, lo cual me incomoda un poco. ¿Me convierte eso en una salida? Su barba incipiente roza la piel sensible de mi rostro, aunque no me importa. Me estrecha con más fuerza, bajando su mano por mi cuello y acomodándola en la nuca. Y un jadeo involuntario atraviesa mi garganta cuando tira hacia atrás mi cabeza para morder mi mandíbula y lamer la piel sensible de mi clavícula.

—¿Manu? —La voz distante de mi hermano nos paraliza a ambos.

Manu aparta su boca de la piel enrojecida de mi cuello y me mira, aturdido. Sus ojos se posan en los míos, confundidos, y en tan solo un instante su gesto cambia a una mezcla de incredulidad, sorpresa y desconcierto mientras yo parpadeo varias veces, totalmente anonadada. La situación me sobrepasa. No había caído en lo incómodo que sería todo cuando el beso terminara... ¡Y es incómodo de narices, vaya!

Sacudo la cabeza, intentando centrarme y poner de nuevo los pies en la Tierra mientras de una patada aparto el deseo que había empezado a crecer en mí. Porque, seamos sinceros: eso era justo lo que me ha hecho sentir.

Me deposita con cuidado sobre la cama y se levanta torpemente, como si su sistema psicomotor se hubiera olvidado de funcionar en algún momento. Lo observo sin moverme, por miedo a lo que pueda pasar después. Manu se pasa las manos por su pelo, demasiado corto para mi gusto, mientras comienza a pasearse por la habitación, como alma en pena.

Y por primera vez soy consciente de él; por primera vez soy consciente de su cuerpo, delgado pero atlético, de lo alto que es, de sus manos grandes, de su pelo color ceniza, apenas visible de lo corto que lo lleva. Por primera vez soy capaz de verlo de verdad: su mandíbula cuadrada, ahora tensa; su nariz recta; su frente despejada; y esos dos ojos marrones que en estos momentos me taladran desde el lado opuesto de mi habitación.

Parpadeo varias veces para apartar de mí la sensación de aturdimiento mientras Manu se para en el centro de mi cuarto. Camina hacia la puerta y le pega un grito a mi hermano, diciéndole que ya va. Veo en cámara lenta cómo se gira lentamente y me mira de arriba abajo.

—¡Joder, mierda, joder! —Restriega con fuerza la frente con sus dedos y entorna los ojos —. ¡Dios, Carlota, lo siento!... Yo... ¡No sé lo que me ha pasado! —Y entonces me mira con una mezcla de súplica y arrepentimiento que me patea las entrañas y hace que me enfade mil veces más que cualquier otra vez en la que se ha metido conmigo. Esto es inmensamente peor—. ¡Si tu hermano se entera, me corta las pelotas!

Cuadro los hombros y alzo la barbilla, intentando contener la mezcla de decepción y abatimiento que en estos momentos recorren mis venas. Aparto la mirada porque no soy capaz de seguir encarándolo: me duele demasiado. Me muerdo la lengua (cosa bastante rara en mí, sobre todo viniendo de mi animadversión por Manu), respiro profundamente, cierro los ojos y cuento hasta diez. No, mejor hasta veinte.

—No voy a ir corriendo a contárselo ¿Por quién me tomas? —Apenas reconozco mi voz: sale demasiado ronca de mi garganta.

Me mira por última vez; suspira y, con un ágil movimiento, gira sobre sus talones y sale de mi dormitorio. Dejo que mis hombros se hundan en cuanto oigo la puerta cerrarse tras él.

¿Pero qué narices ha sido eso? Odio a Manu con todas mis fuerzas, rezumo aprensión hacia él por cada poro de mi blanca piel... ¿O no? Mi cabeza da vueltas y vueltas, centrifugando velozmente, y yo cada vez estoy más

confundida. Es imposible sentir odio por alguien y al mismo tiempo deshacerse así entre sus brazos, ¿no? Y encima me deja con esos besos, los primeros de mi vida y... ¡Tenían que ser de él! De la persona más detestable del planeta. ¡La madre que lo parió! ¿No podía haberse quedado con José? ¡Jolines! ¿En qué estaba pensando para hacer lo que ha hecho?

Una tonta sonrisa se dibuja en mi cara cuando siento los últimos estertores de esa sensación cálida que todavía tengo anclada en la tripa. ¡Madre mía, lo que me he estado perdiendo todo este tiempo! Me dejo caer en la cama de espaldas, rebotando ligeramente sobre el colchón. Me tapo los ojos con el antebrazo y gruño para mis adentros.

Cierro los ojos cuando vuelvo a recordar lo que acaba de pasar y siento todavía los nervios recorrer todo mi cuerpo. Pongo la mano en mi pecho, a la altura de mi corazón, para comprobar cómo late, desbocado. ¿Cómo es posible que la persona a la que menos soporto me haya hecho sentir tanto?

“Espera un momento, Carlota, no sigas por ahí”. Me niego a seguir analizando esto porque estoy segura de que no es bueno para mi integridad mental. Una idea pasa fugazmente por mi mente y se va abriendo paso en ella. Alzo una de las comisuras de mi boca, en una sonrisa torcida. Creo que esto supera con creces las expectativas que tenía puestas en mi cita de esta tarde.

Me levanto de un salto, decidida a apartar, de mi cabecita controladora, cualquier tipo de pensamiento. Camino hacia la mesa de estudio y enciendo la radio, justo cuando el sonido de una guitarra rasga el silencio y la letra de *First day of my life*, de Bright Eyes, comienza a atravesar el altavoz. ¡Genial, justo la canción que necesito!

Carlota

Seis años después

No entiendo la fijación que tiene Sara por estar tumbada en la playa justo en las horas del día en que más dañinos son los rayos del sol. Y da igual cuánto esfuerzo emplee en intentar explicárselo porque, sencillamente, no me hace ni puñetero caso.

¡Odio la playa! Mi piel, tan blanca que casi parece translúcida, no soporta quedarse al sol más de cinco minutos. Además, el sol provoca que aparezcan muchas más pecas de las que ya tengo, y eso me horroriza porque también odio mis pecas.

No soporto tumbarme sobre una toalla mientras noto cómo la piel se me achicharra y empiezo a sudar hasta que me mareo. Para mí es una ardua tarea, teniendo en cuenta que mi cuerpo no puede quedarse quietecito más de un minuto seguido.

Me incorporo un poco, apoyando primero los codos en la toalla hasta que venzo al mareo; me enderezo un poco más y, con la mano a modo de visera para poder ver mejor, miro hacia el horizonte. Los niños juegan en la orilla. Algunos, con flotadores de muchos colores, lo que otorga a la imagen algo más de vida.

El verano está lleno de color, de rayos de sol y de risas y, aunque es cierto que el sol y yo no somos demasiado buenos amigos, me gusta. Me gusta la sensación que se instaura en mi cuerpo, la alegría que lleva consigo, la sonrisa

que hace que surja en mi boca sin darme apenas cuenta. El verano está lleno de horas de luz, de paz, de tiempo libre.

Algo a mi derecha llama poderosamente mi atención, y dejo de pensar en mis cosas para centrarme en la persona que capta mi mirada. Por un momento su cuerpo me atrapa y me lleva a otro tiempo, a otro momento vivido hace ya más de seis años. Cierro los ojos y rememoro un beso, el primero, el único que tiene algo de sentido, el que me hizo ir en busca de más, aquel que me tiene totalmente obsesionada. Todo mi cuerpo se pone en tensión y, sin darme cuenta, aguanto la respiración hasta que se gira y todo se desvanece de nuevo. Odiaba a Manu por aquel entonces porque no paraba de meterse conmigo y sigo odiándolo a día de hoy, aunque hayan cambiado los motivos.

Después de aquel primer beso, prácticamente se desvaneció. Tras aquel extraño día, lleno de altibajos, con todos esos sentimientos encontrados, demasiados para una adolescente como yo, no volví a verlo. Bueno, no volví a verlo hasta algunos años después.

Me enteré por mi hermano de que había ido a Estados Unidos a hacer un máster, y lo siguiente que supe es que una gran multinacional lo había contratado en Nueva York. Mis padres no paraban de decir que se lo merecía, por ser tan bueno. Después de haber aguantado a su desastrosa familia, después del poco cariño con el que había crecido, se merecía, por lo menos, triunfar en ese aspecto.

Yo me mantuve al margen. Seguía tratando de asimilar lo que había pasado y, durante meses, me entretuve analizando cada momento de los últimos vividos en mi dormitorio aquella tarde lluviosa de mayo.

Al final, después de mucho esfuerzo, conseguí dejar aparcado el tema, y me centré de nuevo en mi vida, y volví a ser esa estúpida adolescente, inmadura, ingenua y tremendamente ignorante. No es que ahora sea la más lista ni la más sabia, pero, gracias a Dios, he sabido aprender de mis errores que, por desgracia, han sido demasiados a lo largo de estos años. Hay un momento en mi vida que ha marcado un antes y un después. Un momento doloroso del que

todavía me cuesta hablar: la muerte de mis padres.

Todavía se me eriza el vello y se estremece mi cuerpo cuando pienso en aquella odiosa tarde en la que todo mi mundo, tal y como lo había conocido hasta entonces, se vino completamente abajo. Recuerdo que estaba sola en casa. Mi hermano José había empezado a trabajar hacía poco más de un año en la empresa que, hasta el día de hoy, es la que aporta gran parte de los ingresos a nuestra familia, o a lo que queda de ella.

Estaba escuchando música en mi habitación y, la tenía tan alta que, durante algunos segundos, no oí el timbre de la puerta. No sé por qué bajé el volumen de golpe, como si algo estuviera por venir, como si necesitara prestar más atención a lo que pasaba a mi alrededor.

Entonces lo oí. El timbre de la puerta sonaba insistente junto con los golpes que alguien daba con los nudillos, sin descanso. Corrí hacia la entrada con el ceño fruncido y con una extraña sensación en el cuerpo. Miré primero por la mirilla, y mi corazón empezó a galopar, veloz, en mi pecho. Abrí la puerta con manos temblorosas y ladeé la cabeza cuando dos agentes de la Benemérita se presentaron ante mí.

—Buenas tardes, señorita.

Hice un leve gesto con la cabeza, incapaz de encontrarme la voz y junté las manos para hacer parar los temblores que las recorrían.

—¿Está usted sola en casa?

Asentí casi de forma imperceptible y jugué con una de las mangas de la sudadera que llevaba puesta.

—Sssí. Mis padres se han ido a comprar y mi hermano está trabajando.

El agente se quitó la gorra y se rascó la cabeza mientras le lanzaba una mirada fugaz a su compañero.

—¿Le importa si pasamos un momento?

Me aparté de la puerta de forma mecánica y los dejé pasar al recibidor.

—¿Podría ponerse en contacto con su hermano para que venga lo antes posible?

Entrecerré los ojos y apoyé mi cuerpo en la puerta que acababa de cerrar porque sentí cómo mis piernas parecían no querer seguir sosteniéndome.

—Claro. Yo... Iré a por mi móvil. Denme un momento, por favor. —Llegué apenas al pasillo cuando algo impactó en mi mente. Giré sobre mis talones y volví al recibidor—. ¿Por qué tengo que avisar a mi hermano? ¿No sería mejor avisar a mis padres?

Los agentes se miraron el uno al otro y, ante un gesto de cabeza de uno de ellos, el otro cambió de postura y me miró, serio, mientras se humedecía los labios.

—Verá, señorita...

—Me llamo Carlota.

—Señorita Carlota... A lo mejor es conveniente que se siente un momento...

—Estoy bien así, gracias. —Sentí un escalofrío nacer al final de mi espalda y recorrer mi espina dorsal, hasta mi nuca.

—Sus padres han sufrido un accidente de tráfico.

Cerré los ojos ante el mareo que sentí y me apoyé en la pared. La mano de uno de los agentes me sujetó del brazo y me guio hasta la primera silla que encontró en el salón.

Mis ojos se alzaron para, con una mirada suplicante y llena de miedo, encarar a los agentes.

—¿Están bien?

—Me temo que no, señorita. Será mejor que avise a su hermano para que venga enseguida.

Todavía a día de hoy soy incapaz de recordar la conversación telefónica que mantuve con mi hermano José. Lo siguiente que recuerdo es que me derrumbé entre sus brazos, sollozando sin consuelo. Todo lo demás pasó demasiado rápido, o lento, no sé. Todo lo que vino después. Todos los trámites, las llamadas telefónicas para informar del trágico suceso a la familia. Cómo José se hizo cargo de todo, cómo cuidó de mí, arropándome, dándome su cariño. José siempre será mi héroe, mi puerto al que acudir. Doy gracias al cielo por

haberme dado el mejor hermano del mundo.

Algo más cambió aquel día. Mi interior se transformó en algo vacío y, a partir de ese momento, me comporté como si nada me importara. Nada, salvo una cosa: volver a encontrar a alguien que me hiciera sentir como aquella tarde Manu lo había hecho.

Fui en busca de un beso. Uno que consiguiera disolver todo el dolor que llevaba dentro. Uno que hiciera que mi corazón volviera a latir como lo había hecho aquella tarde gris de hacía ya casi tres años.

Por supuesto, tengo que decir que di a todos de lado. Aparté a todo el mundo que de verdad me importaba y me convertí en alguien diferente, hueco, con una sola meta. Cambié mi forma de vestir, que se volvió más atrevida. Teñí mi pelo de un color castaño oscuro, casi negro y camuflé mis pecas a base de maquillaje. Dejé de prestar atención en clase y por poco me cargo todo lo que hasta ese momento había conseguido con tanto esfuerzo.

Sara dejó de dirigirme la palabra y, como mi hermano se pasaba grandes temporadas fuera por temas de trabajo, hacía y deshacía a mi antojo, sin importarme el ritmo de vida al que estaba sometiendo a mi cuerpo. Jugué con las drogas y con el alcohol porque me ayudaban a evadirme de la realidad que me asolaba en silencio cuando me encontraba a solas y, por ese mismo motivo, traté de estar siempre rodeada de gente, aunque se tratara de gente extraña que no me convenía en absoluto.

Perdí mi virginidad una noche y ni siquiera recuerdo con quién. El alcohol recorría mis venas y tengo un vago recuerdo de aquel momento, aunque no soy capaz de saber si sentí algo diferente, algo mejor que el pozo negro en el que me encontraba metida. A partir de entonces fui pasando de tío en tío, de cama en cama, apartando a todas las personas que realmente importaban de mi lado. Pero no logré mi objetivo, y lo que había sentido con aquel primer beso no volví a sentirlo nunca más después.

Me desperté una mañana en una cama que no era la mía, con dos tíos que no conocía de nada, completamente desnuda. Todavía con una resaca importante,

aparté de mí los brazos y las piernas que me mantenían atrapada y salí a trompicones de la cama. El espejo que me encontró por el camino me devolvió una imagen de mí que no era mía o, por lo menos, eso traté de hacer ver a una yo totalmente desmadejada e ida. Tenía el rímel corrido, que contrastaba con mi pálida piel y daba a mis dos ojos grandes un aspecto demasiado cadavérico, patético y hundido. Mi mirada estaba vacía, al igual que mi interior, carente de brillo y vida, y mi cuerpo desnudo, demasiado delgado, me daba asco.

Me vestí como pude, después de haber encontrado las prendas de ropa que llevaba el día anterior esparcidas por toda la habitación y, con todo el cuidado del que fui capaz, dado mi estado, salí de allí tratando de no hacer ruido.

Cuando llegué a casa, me quité la ropa y, sin molestarme siquiera, la tiré directamente a la basura. Estuve más de una hora bajo la ducha, hasta que, tras restregar con la esponja cada parte de mi blanco y maltratado cuerpo, dejé que el agua, prácticamente hirviendo, enrojeciera mi piel e hiciera desaparecer toda la sensación de suciedad que sentía. Me metí en la cama y dormí durante un día y medio. Cuando me desperté, la soledad me asaltó de nuevo y lloré sin consuelo, al menos durante un par de horas.

No sé de dónde encontré la valentía para cambiar, pero lo hice. Pensé en mis padres, en lo que me habían querido siempre, en mi hermano José y en mi amiga Sara, y descubrí que ninguno de ellos se merecía que me comportara así. Yo no me merecía esa vida. Yo me merecía ser feliz, por mí, por mis padres, por todos ellos. Lo primero que hice fue llamar a mi hermano. Le conté todo lo que me pasaba y, sin dudarle un momento, se presentó en casa para apoyarme y ofrecerme su ayuda. Estuve yendo a terapia durante más de dos años y, aunque tengo que decir que no fue fácil, conseguí salir del negro agujero en el que me había metido yo solita. Recuperé a Sara y mi vida volvió a encauzarse de nuevo.

Mi imagen también se vio alterada durante el proceso de cambio. Volví a mi color natural, aunque un poco menos llamativo, gracias a las mechas que

llevaba. Si hay algo bueno de mi etapa de destrucción es tan solo una pequeña cosa: conseguí camuflar, por fin, todas mis pecas y aprendí a sacarle partido al mejor atributo de mi cuerpo: esos dos ojos verdes que ahora siempre van enmarcados por unas largas pestañas cubiertas de rímel.

Sara se incorpora sobre la toalla y me dirige una mirada somnolienta. Me restriego los ojos para que no vea los rastros de unas lágrimas que se han escapado y le lanzo la sonrisa más torcida de la que soy capaz.

—¡No lo soporto más! ¿Te vienes al agua?

—Espera un momento a que me despierte del todo...

Me levanto de un salto y me sacudo la arena de las manos. Comienzo a andar hacia la orilla y, girando la cabeza, le hablo por encima del hombro, alzando un poco la voz.

—¡Te espero en el agua!

Manu

Tres años antes

Son las cinco de la tarde, y todavía siento que no he avanzado nada cuando, mirando frustrado mi mesa llena de documentos esparcidos de cualquier manera, suena mi móvil. Reconozco que soy un total desastre y que el orden brilla por su ausencia en mi despacho, ¡qué diablos, brilla por su ausencia en mi vida entera!

Cojo, despistado, el teléfono y me lo acerco a la oreja, apretando por el camino la tecla verde para descolgar.

—¿Sí?

—Manu...—. La voz grave y algo ronca de mi mejor amigo me saca de mis cavilaciones en cuestión de segundos.

Algo no va bien: puedo sentirlo en su forma brusca de respirar.

—¿Qué pasa, tío?

Exhala el aire de sus pulmones y se mantiene en silencio durante más tiempo del que me gustaría.

—Mis padres han muerto.

Me echo para atrás en mi silla y es como si acabara de recibir una bofetada a quemarropa.

—¿Qué cojones estás diciendo? —Me pongo en pie y empiezo a pasear por la estancia, totalmente fuera de mí.

—Ha ocurrido esta tarde. Un accidente de coche. —Otra vez ese silencio

que lo inunda todo se apodera del tiempo y de la línea telefónica.

Estamos a más de cinco mil kilómetros de distancia y siento, de pronto, que me ahogo. Me duele. Los padres de José eran lo más cercano a unos padres de verdad que jamás he tenido. Carraspeo porque no sé si seré capaz de pronunciar palabra sin que se altere mi voz.

—Voy para allá. —Cuelgo. No puedo decirle nada más, no estando tan lejos de él.

Miro a través de la gran ventana de mi despacho en el piso cuarenta y siete. La ciudad de Nueva York sigue en pleno apogeo, sin afectarle lo más mínimo lo que pasa a su alrededor. Apoyando la frente en el cristal, cierro los ojos; pero, aun sintiendo este dolor que me está partiendo en dos, no me permito llorar, entre otras cosas porque no recuerdo cuándo fue la última vez que lo hice y no sé si seré capaz.

Llego a Valencia a la mañana siguiente, aunque no estoy totalmente seguro de la hora que es porque no he dormido en más de veinticuatro y tengo los sentidos atrofiados por la falta de sueño. Miro por la ventana del taxi que me lleva desde el aeropuerto hasta el tanatorio y no me puedo creer que después de tanto tiempo vuelva a estar aquí.

Parece que la meteorología se ha confabulado con el dolor que siento y el cielo está gris, amenazando tormenta. Acaba de empezar el otoño, por lo que supongo que es normal que el tiempo empiece a cambiar hacia un clima más frío, mucho menos acogedor.

Atravieso las pesadas puertas de cristal que dan acceso a la sala principal del tanatorio municipal y respiro hondo, de forma brusca, tratando de encontrar calma donde sé que no voy a conseguir encontrar nada. Miro la pantalla para saber a qué sala debo acudir y, ajustándome las mangas de mi americana, avanzo en grandes zancadas hasta mi objetivo.

No sé por qué razón estoy tan nervioso. Triste, sí, pero nervioso: no debería estarlo. Analizo cada uno de los sentimientos que me invaden, y la imagen de una persona atraviesa, veloz, mi mente: Carlota. ¡Joder, estará destrozada!

¿Cuántos años debe de tener ahora? Dieciocho, creo. Aprieto la mandíbula hasta que me hago daño en las muelas y cierro los puños a ambos lados de mi cuerpo, totalmente envarado.

Cierro fugazmente los ojos cuando veo a lo lejos la figura de mi mejor amigo de espaldas, mirando por la ventana. Supongo que está ahí, alejado de todo y de todos, porque necesita tomarse un respiro y no sé si es buena idea acercarme hasta él. Mis piernas deciden por mí y, cuando me doy cuenta, estoy justo a su espalda. Creo que es consciente de mi presencia porque al poco se gira y me ve. Nos abalanzamos el uno sobre el otro y nos fundimos en un abrazo sentido, rudo pero que lo dice todo.

—Lo siento, José. No sabes cuánto lo siento.

¡Joder, está llorando y no sé qué hacer! Lo estrecho un poco más entre mis brazos y palmeo su espalda.

—¡No es justo, Manu! —Su voz queda amortiguada por mi hombro, donde tiene escondida su cara.

Me separo de él y le cojo con fuerza la cabeza entre mis manos.

—Sé que no es justo: eran las mejores personas que he conocido nunca.

—¿Qué voy a hacer ahora? Esto, todo... Es demasiado para mí. ¿Cómo voy a ser capaz de sacar adelante a esta familia?

—Vamos, no te agobies. No es momento de pensar en eso. Espera a estar más tranquilo, ¿vale?

Me regala la sonrisa más triste que le he visto nunca y se suelta de mi agarre.

No me puedo quitar a Carlota de la cabeza, así que hago la pregunta en cuanto tengo ocasión.

—¿Y Cabeza de Zanahoria?

Se gira con una ceja alzada y me mira muy serio.

—Yo, que tú, me abstendría de llamarla así, sobre todo en un día como hoy.

—Sí, claro. Ya sabes que a veces me falla un poco el filtro.

Me dedica una pequeña pero insolente sonrisa, con sus hoyuelos incluidos y sé que vuelve a ser él, aunque sea solo por un momento.

Lo sigo hasta la sala y, nada más pasar la puerta, veo la cabellera color fuego más intensa que he visto en mi vida. Todavía a día de hoy me sigue fascinando que ese color de pelo sea natural. Niego con la cabeza, censurando los derroteros hacia los que se está dirigiendo mi mente y trato de mantenerla en blanco, acercándome a ella.

Se gira antes de que llegue a su lado y me mira fijamente con ese par de ojos verdes que me dejan petrificado. Frunce su boca perfecta en una mueca de dolor mientras se levanta lentamente, y las lágrimas comienzan a rodar sobre sus sonrojadas mejillas.

Noto sus ojeras pronunciadas y la tristeza de sus ojos. Todavía sigue teniendo el cuerpo delgado, y hoy más que nunca noto cómo encorva la espalda, aunque todo eso me da igual. Solo quiero llegar hasta ella y arroparla, quiero quitarle la tristeza de un plumazo, como aquella tarde de hace ya más de tres años. No entiendo por qué me viene a la cabeza aquel beso, uno de tantos otros, uno de los miles que he dado en mi vida.

No me permito la libertad de pararme a analizar aquel momento porque sé muy bien a dónde llegaría y sé que no me gustaría el resultado de mis cavilaciones. En cambio, me acerco hasta ella y, sin saber muy bien por qué, aparto una lágrima con mi pulgar. El tacto caliente de su piel me envuelve momentáneamente hasta que recuerdo por enésima vez dónde estoy e intento guardar las formas y dejar de sentir como estoy sintiendo.

—Hola, Manu.

No espera a que le conteste. Se acerca muy lentamente hasta mí y deposita un suave beso en mi mejilla, lo que provoca que cierta parte de mi anatomía se despierte en mis pantalones. ¡Genial, Manu, eres un auténtico depravado!

Le doy un pequeño abrazo, un poco incómodo, y me separo de ella sin conseguir apartar mi mirada de sus grandes ojos verdes. Me doy cuenta de que apenas ha cambiado. Sigue teniendo la cara aniñada que le confieren esa cantidad de doradas pecas. Su mirada sigue siendo tan inocente que la de hace tres años, y eso me hace pensar que, posiblemente, nadie la haya tenido como

la tuve yo aquella tarde.

Me obligo a bloquear mi mente de esos absurdos pensamientos y cambio el peso del cuerpo de un pie a otro, notando todavía la incomodidad que me produce la semierección que tengo. Necesito salir de aquí ahora mismo. Alzo la vista y la contemplo una vez más.

—Lo siento mucho, Carlota.

Asiente mientras se limpia, con sus largos y bonitos dedos, la cara llena de lágrimas y desvía la mirada cuando alguien, desde su lado izquierdo, le dirige la palabra. Aprovecho para escapar de la situación y salgo de allí buscando con desesperación los aseos. Entro en uno de los cubículos y, recolocándome el pantalón, apoyo la frente en la puerta y me doy cabezazos contra ella. ¡Por el amor de Dios! Pero ¿qué tiene esa chica?

Carlota

En la actualidad

Hoy no es un buen día.

De hecho, hoy es un día pésimo desde hace ya tres maldito años. Se me clava en el alma y no me deja apenas respirar. Lo tengo enquistado en el corazón y duele; me destroza y me amarga la existencia. Que sea el primer día de clase de mi tercer año en Derecho no tiene nada que ver. En absoluto.

Respiro hondo y apoyo la frente en el cristal de la ventana del bus que me lleva a la facultad sin poder evitar pensar en lo que pasó aquel día. Aquel día en el que mis padres se fueron. Aquel día lo cambió todo y, solo unos cuantos meses después, fui capaz de levantarme del lodazal en el que yo sola me había metido y escapar. Sin embargo, la persona que era, la que había sido hasta entonces, había desaparecido dando paso a otra totalmente distinta. Escapé de mi propio infierno, pero todavía sigo un poco rota y me siento muy sola.

Mi hermano José hace lo que puede. Trabaja demasiado y se pasa casi todo el tiempo fuera de casa, enlazando un viaje con otro. Es verdad que lo echo mucho de menos, pero no soy capaz de decirle cuánto, más que nada porque eso solo contribuiría a que se sienta peor. Sé que solo quiere cuidar de mí, aunque no le cabe en esa cabezota suya que no puede ser todo perfecto siempre. Debería darse un respiro porque a veces creo que va a explotar de un momento a otro. Así que, para que no se preocupe, suelo guardarme la soledad solo para mí. He aprendido a fingir que todo va bien. Es la única forma que

conozco de cuidar yo también de él.

Exhalo el aire por la boca, empañando parte del cristal mientras me armo de valor y cojo el móvil para leer el mensaje que, apenas media hora antes, ha dejado mi hermano: “Hola, pitufa. Estaré pronto en casa. Siento mucho no estar contigo hoy. Sé que es importante. Yo tb los echo de menos”.

Cierro los ojos y aprieto el teléfono entre mis manos, haciendo un gran esfuerzo por no mostrar a nadie cómo me siento en realidad. Me he convertido en una auténtica experta en eso. En eso y en mantener guardados mis sentimientos bajo llave.

Vale, Carlota, ya está bien. Me obligo a pensar en otra cosa, dejando para más tarde el recuerdo doloroso del día en que perdí a mis padres y trato de concentrarme, a través de la ventana del autobús, en la gente que camina por la calle. Los niños ya han empezado el colegio, y parece que el otoño asoma, algo tímido, haciendo que las hojas se desprendan de las ramas de los árboles y que el viento, cada vez más presente, empiece a soplar con un poco más de fuerza.

El bus pega un frenazo, y yo salgo de mi ensimismamiento para fijarme, por fin, en mi alrededor. Es mi parada. Me pongo de pie rápidamente y, esquivando a algunas personas, bajo saltando los dos escalones hasta llegar a la acera. Alzo la vista a tiempo de ver cómo Sara corre hacia mí.

—¡Charlie! —grita el apodo que me puso (y del que ya ni me acuerdo por qué) y se pone de puntillas para que la vea entre la multitud. Levanta el brazo y me saluda, alegre, con la mano.

Sonrío de vuelta mientras nos acercamos y, caminando hacia el campus, enredamos nuestros brazos.

—Hola, preciosa. —Le sonrío de lado, tratando de esconder mi verdadero estado de ánimo, aunque, tratándose de Sara, no sé si dará resultado.

La mirada sagaz de mi amiga se posa en mi rostro y, arrugando levemente la nariz y entrecerrando los ojos, me estudia detenidamente.

—¿Qué te pasa?

Me encojo de hombros, quitándole hierro al asunto y tiro de ella para que acelere el paso.

—Nada, estoy un poco... No sé, supongo que será por el primer día de clase y todo eso... —Hago una mueca bastante cómica, pero no consigo distraer a Sara.

Me empuja levemente con el hombro y enreda un poco más su brazo en el mío.

—Vamos, soy yo... Cuéntamelo.

Exhalo un suspiro bastante sonoro y me resigno, como siempre con ella.

—Es el tercer aniversario de la muerte de mis padres...

—¡Oh, mierda, es verdad! —Frena de golpe a tan solo unos pasos de la entrada al edificio, haciendo tapón en la puerta y consiguiendo que 1) casi se me disloque el hombro del tirón que me ha dado y que 2) la gente que intenta entrar se líe a empujones con nosotras y empiece a mascullar improperios a diestro y siniestro.

Tiro levemente de ella, apartándola de la manada frenética que quiere aplastarnos y, haciéndonos a un lado, conseguimos entrar ilesas en el edificio.

—No pasa nada, solo estoy un poco triste, eso es todo.

—¿Y tu hermano?

—¿Qué pasa con él?

—¿Está aquí?

Sacudo la cabeza poniendo cara de circunstancia, mientras subimos lentamente las escaleras.

—Sigue de viaje.

Sara pone una de sus caras soñadoras. Eso le pasa siempre que sacamos el tema de mi hermano a colación, o mencionamos su nombre o, simplemente, se pone a pensar en él.

Le tiro de uno de sus rizos y escondo la sonrisa que, irremediabilmente, asoma a mi cara.

—Déjalo ya, anda.

Parpadea mientras se gira para mirarme y veo su cara de sorpresa.

—¿Que deje qué?

—Deja de pensar en él; por la cara que pones, no debe de ser muy bueno para tu salud.

Veo cómo el rubor asciende por sus mejillas y desvía la vista.

—No sé a qué te refieres.

—Vamos, Sara. Te recuerdo que es conmigo con quien estás hablando. Los dos sabemos lo que te pasa con mi hermano.

Aprieta el paso al mismo tiempo que los labios y se abstiene de decir nada.

Me veo tentada a dejar pasar el tema, pero no: esta vez me va a tener que oír.

—Sara, no puedes seguir así. Además, si crees por un momento que has conseguido engañarme, no me conoces en absoluto.

Mantengo la vista clavada en ella, pero no parece darse cuenta. Está demasiado concentrada en las baldosas del suelo como para hacerlo.

—¿Cuánto hace que te comportas así cuando hablamos de mi hermano? O no, espera, ¿cuándo vas a ser capaz de hablar conmigo abiertamente acerca de lo que sientes por él, de lo que siempre has sentido por él?

Parece que mis palabras han surtido efecto porque se para en medio del pasillo y, girándose para mirarme, me pone cara de circunstancia. Noto cómo su cuerpo se deshinchaba y cómo sus ojos ascienden hasta clavarse en los míos.

—¿Para qué quieres que te hable del tema? ¡Parece que ya lo tienes todo muy claro! —Se encoge de hombros y vuelve a ponerse en marcha.

Le tomo de la mano y se la aprieto un poco.

—No quiero presionarte. Solo quiero que confíes en mí.

—¡Pero es tu hermano!

—Y estás loca por él...

Niega con la cabeza y cierra los ojos.

—Desde que tengo uso de razón.

—Ya. —Pienso un momento antes de hablar, pero decido continuar con la conversación que llevo tiempo queriendo tener con mi mejor amiga—. ¿Puedo

dartar un consejo? —Frunce el ceño mientras gira la cabeza hacia mi dirección y después hace un gesto para que siga hablando.

—No quiero que malinterpretes mis palabras. José es mi hermano y lo quiero con locura, pero... —Aprieto los labios y los frunzo en una mueca. Me concedo unos segundos para ordenar mis ideas y que lo que quiero decir no suene tan mal como me está sonando en la cabeza—. Mi hermano no te conviene.

Sara abre los ojos desmesuradamente y me mira, perpleja.

—Es el mejor hermano del mundo, pero, si te soy sincera, no creo que sea capaz de mantener una relación seria con ninguna mujer. Desde antes de que murieran mis padres, no he conocido ninguna novia suya y, entre el tiempo que pasa viajando y las ganas de desahogarse que tiene, cuando vuelve a casa... — Me paso la mano por la frente porque no sé cómo expresarme, cosa rara en mí. ¡Estudio Derecho, debería de tener una dialéctica fluida, joder!—. ¡Mi hermano es un auténtico cabronazo con las tías! —Suelto todo el aire de golpe, haciendo demasiado ruido—. ¡Olvídate de él, no es para ti! ¿Entendido?

—¿Qué?... ¡No!

—¿Cómo que no? ¿Qué parte de la palabra “cabronazo” no te ha quedado clara? ¡Mi hermano se come a las chicas para merendar!

Suena el timbre, que nos avisa de que empiezan las clases y Sara, después de sacudir la cabeza, algo aturdida y sumamente confundida, me mira una última vez y, murmurando un “Nos vemos luego”, enfilada hacia su primera clase.

Me desplomo en la primera silla que veo libre y comienzo a sacar cosas de mi mochila. Me pongo las gafas de pasta negra y, mientras garabateo la fecha en el margen superior derecho de mi folio, rezo para que esta primera clase no se me haga demasiado pesada y el profesor solo haga su presentación. Si empieza hoy mismo con el temario, me pego un tiro.

No consigo quitarme a Sara de la cabeza y empiezo a arrepentirme de lo que le he dicho hace tan solo unos momentos. Me siento mal al hablar así de mi hermano, pero ella es mi mejor amiga, y no quiero que le hagan daño.

Mordisqueo la tapa del boli que tengo entre los dedos y me entretengo mirando el horario que acabo de sacar de mi carpeta. Oigo cómo se cierra la puerta de acceso al aula y, de pronto, se hace el más absoluto silencio.

Alzo la vista, extrañada de que no se oiga absolutamente nada y la fijo al frente. Sobre la tarima, observo el cuerpo bien moldeado de un hombre joven que se mueve, ágil, escribiendo rápidamente sobre la pizarra. Ladeo la cabeza, recorriendo su espalda con la mirada y se me ponen los ojos bizcos cuando llego adonde la espalda pierde definitivamente su nombre ¡Madre mía, qué pedazo de culo! Su forma de vestir es elegante, moderna, aunque demasiado seria para mi gusto, pero esos pantalones que lleva le sientan como un guante y, por un momento, mis ojos se quedan anclados en el movimiento fluido de su espalda mientras escribe con su mano, que sostiene fuerte el rotulador. Sin remediarlo, mi vista vuela de nuevo a ese par de glúteos musculosos y tremendamente definidos.

Entrecierro los ojos, tratando de averiguar si no me habré equivocado de clase. Miro a izquierda y a derecha, pero todos los presentes parecen estar abducidos por la persona que sigue escribiendo a buen ritmo en la pizarra. Vuelvo a mirar mi horario y el aula donde tengo mi primera clase y no, no me he confundido: estoy donde tengo que estar. Resoplo, contrariada, hasta que el hombre de la tarima se gira, y a mí casi me da una apoplejía.

—Buenos días. Como habrán podido comprobar, no soy el profesor Colomer. Lamentablemente, se encuentra convaleciente y no creo que pueda impartir clase durante este semestre. Mi nombre es Manuel Lafuente y seré su profesor de Derecho Financiero y Tributario. ¿Alguna pregunta?

Parpadeo varias veces mientras me subo las gafas y no doy crédito a lo que veo. ¡Maldito día de mierda! Cojo con fuerza el móvil para ponerlo en modo avión y en ese preciso instante oigo una voz profunda y ronca que me sobresalta.

—Señorita, le agradecería encarecidamente que dejara el móvil guardado. No voy a permitir ningún tipo de distracción en mi clase, ¿queda claro?

Me mantengo con la cabeza gacha, muerta de ansiedad y de vergüenza. Nunca antes me habían llamado la atención. Aunque no levanto la vista y la mantengo fija en mi folio prácticamente en blanco, sé perfectamente que esa advertencia va dirigida a mi persona porque, ¿cuántos hay en clase que en estos momentos sostengan el móvil entre sus manos?

Estoy aterrorizada. Por muchas razones. La primera y más importante... Si ya era duro hace unos años aguantar las tonterías de Manu, ¡imagínate tenerlo de profesor! ¿Qué habré hecho yo para merecer esto? Luego está, por supuesto, la angustia que me genera el no saber a ciencia cierta si me ha reconocido, los nervios que me entran al pensar que lo voy a tener que ver dos veces por semana y, lo más inquietante de todo, ¿qué narices le ha pasado para convertirse en la persona más borde del planeta? ¿Que alguien me cuente cómo ha acabado el palo metido en su bonito trasero! ¡Hombre, a ver, tampoco es que fuera santo de mi devoción pero, antes, al menos, podía ser hasta gracioso!

Me doy cuenta de que todo sigue en absoluto silencio y me pregunto durante cuánto tiempo habré estado divagando. Así que hago lo único que puedo, dadas las circunstancias. Enderezo los hombros, aprieto fuerte la mandíbula y alzo la mirada. ¡Que sea lo que Dios quiera!

La cara de Manu se contrae, y unas arrugas pronunciadas se instalan en su frente. Parpadea varias veces y ladea la cabeza mientras entrecierra ligeramente los ojos, pero, por alguna extraña razón, parece que no me reconoce.

—Solo lo estaba apagando. —Trato de defenderme de la mejor forma que puedo.

—¿Le ha quedado claro lo que acabo de decir, señorita?

—Cristalino. —Mi voz se va perdiendo poco a poco.

Manu deja de mirarme y pasea la vista por las caras del resto de alumnos que, sin alzar la cabeza, no se atreven a mirarlo.

—Estas son las normas que espero que se cumplan: Nada de móviles. Los

quiero apagados y guardados. La asistencia a clase es voluntaria; si alguno de ustedes no está interesado en la materia que en esta aula se imparte, no se moleste en perder el tiempo y no me lo haga perder a mí. No obstante, el examen será oral y tendré en cuenta la asistencia y la participación activa en clase... ¿Alguna duda? —Todos guardan silencio mientras el profesor evalúa la cara de cada uno de nosotros, sin cambiar su gesto ceñudo. Al cabo de unos instantes de pura tensión, carraspea y vuelve a tomar la palabra —. ¡Ah, una cosa más! Si alguna vez y, para su desgracia, los expulso de clase, no se molesten en volver. —Se mantiene callado el tiempo necesario para crear el pánico colectivo. ¡El muy cabrón sabe cómo someter a la gente!

Pasea la mirada por el aula y se sienta en el borde de la mesa, con un gesto desenfadado, pero que a ninguno de nosotros nos pasa desapercibidos. ¡Será un borde y un estirado, pero este hombre está tremendo! Me muerdo el labio para impedir que una sonrisa insolente asome a mi boca y me escondo tras mis gafas.

—Dicho esto... Comenzaremos por el tema uno.

Dejo de escucharlo. Simplemente desconecto. Empiezo a repasar las últimas conversaciones que he mantenido con mi hermano por si se me ha escapado algo. Tiendo a no prestar atención a lo que me dicen, ya que me distraigo demasiado a menudo, pero ¡digo yo que una noticia como que Manu había vuelto y que iba a dar clases en la facultad donde trato de sacarme la carrera no se me escaparía tan fácilmente!, ¿no?

Vale, a ver. Hace tres años que no lo veo, ni un día más ni uno menos. La última vez fue en el entierro de mis padres, y hoy es su aniversario. No recuerdo que fuera tan estirado, la verdad. El pobre parece tan amargado que casi me da pena. Casi.

No entiendo muy bien por qué esta cabecita mía retrocede algo más de seis años para recordar un beso, el primero, cuando Manu me besó. Cuando yo dejé que me besara. ¡Argggg, ya basta! Me quito las gafas bruscamente y me restriego la cara con las manos, algo temblorosas. Frunzo el ceño cuando el

chico que tengo al lado me da un codazo y yo, como respuesta, me pongo de nuevo las gafas y lo miro mal.

Me hace un gesto para que mire hacia la tarima y, cuando giro la cabeza aguantando la respiración y metiendo un mechón de pelo tras la oreja (más que nada, para mantenerme ocupada en algo), Manu me está taladrando con la mirada mientras apoya las palmas de las manos sobre la mesa. Alza una ceja. Ese es el único cambio que registra su gesto pétreo.

—Señorita, ¿me ha escuchado?

Parpadeo varias veces y abro la boca. Y, ahora, ¿de qué puñetas me está hablando este? ¿Seguro que no me ha reconocido? Porque, para no hacerlo, se está luciendo conmigo.

—¿Hum?

¡Por favor! ¿En serio? ¿Eso es todo lo que estoy dispuesta a decir? Me doy de bofetadas mentales mientras trato de mantener la compostura y busco mi dignidad por el suelo, a mi alrededor.

—Le preguntaba si no le interesa lo que estoy explicando. No veo que esté tomando apuntes...

¡Vaaale! Ahora sí que me está cabreando. Pero ¿qué coño le pasa a este tío conmigo? Mi boca se convierte en una fina línea mientras mis ojos se entrecierran convirtiéndose en dos rendijas por donde salen rayos y centellas.

Se mantiene esperando durante más tiempo del que creo necesario, con el semblante tenso y con los ojos fijos en mi persona, y entonces caigo en que, seguramente, tiene problemas de estreñimiento. Agudo. Si por un momento piensa que voy a agachar la cabeza como el resto de mis compañeros, está muy equivocado. Le mantengo la mirada, ¡a chula no me gana nadie! Y esto parece que se convierte en un duelo de voluntades. Sé que no debo retarlo porque, seamos sinceros, aquí el que manda es él y, si le apetece, puede aplastarme como un simple bichito chiquitito, insignificante y... ¡Vale ya! ¡Carlota, no te vayas por las ramas!

Me doy un sermón mental para tratar de hacerme entender a mí misma que él

es el que está al mando y que, si sigo desafiándolo, la que saldrá escaldada seré yo. Este monólogo conmigo misma no consigue más que crispar todavía más mis, ya de por sí, alterados nervios. Al final carraspea, respira profundamente y empieza a pasear, tranquilo, por la tarima.

—En fin. Espero no tener que volver a interrumpir la clase de nuevo por su culpa. Queda usted advertida.

—¡Será cabronazo, el capullo este de mierda!—. Mi voz es apenas un susurro. Dudo, siquiera de que mi compañero, el del codo de acero, haya sido capaz de oírlo. Sin embargo, parece que no pasa desapercibido para mi recién nombrado profesor favorito por méritos propios, *cum laude* (irónicamente hablando, por supuesto). Así que sí. Deja de caminar y con ese aire de sabiondillo insufrible, se gira hacia mí y me taladra de nuevo con ese par de ojos castaños que tienen ese no sé qué que qué se yo. (Sí, ya, encima tonta de remate, ¡qué le vamos a hacer!).

—¿Decía?

Alza las cejas hasta el nacimiento del pelo que, por cierto, se lo ha dejado crecer y le queda infinitamente mejor que antes, y yo no puedo hacer otra cosa que removerme, incómoda, en mi asiento.

—¿Quién, yo? —Me hago la inocente. Eso sé hacerlo estupendamente bien desde que tengo uso de razón. Así que pongo cara de angelito, de esos que no han roto un plato en su vida—. ¡Absolutamente nada! —Ladeo levemente la cabeza y, por mucho que me esmero, no puedo evitar que una sonrisa pícará aparezca en mis labios.

Espera un momento. ¿Qué ha sido eso? Por un momento la cara de Manu refleja indecisión. Parece sorprendido. ¡Claro, y por las noches yo salgo a volar con mi unicornio azul, no te jode! Desecho esa idea de mi cabeza porque es una gilipollez y miro cómo mete las manos en sus maravillosos pantalones hechos a medida (porque, si no, ya me dirás tú cómo le sientan tan asquerosamente bien) y retoma su lento paseo.

—¡Ya me parecía! —Y no puede evitar decir la última palabra, ¡capullo

arrogante!

Me encojo de hombros y empiezo a garabatear estupideces en mi immaculado folio mientras intento, por todos los medios, que los nervios, que están a punto de estrangular mi estómago, no se me noten demasiado.

Manu

Todavía sigo nervioso. Y no es precisamente por el hecho de ser la primera vez que imparto clases, que lo es. Es cierto que, cuando he entrado en el aula, me sentía un poco inseguro, pero lo que realmente ha hecho que todo mi autocontrol saltara por los aires ha sido una chica. Una chica que se parece demasiado a cierta pelirroja con la que me gustaba mucho meterme, y de eso no hace tantos años.

Consigo entrar, por fin, en mi despacho y, después de haber cerrado con llave, me dejo caer en mi sillón. Prácticamente, he salido corriendo en cuanto he podido escapar de las tres estudiantes que me han tenido acorralado durante más de quince minutos. ¡Joder, necesito saber si es ella! Estaba tan tranquilo escribiendo en la pizarra y, en cuanto me he girado para presentarme a mis nuevos alumnos, mis ojos han volado hasta esa chica. En un primer momento he pensado que se trataba de ella pero luego, mirándola bien, me he fijado que el pelo lo tenía más oscuro, que no había rastro de pecas en su blanca e inmaculada piel (aunque lo más probable es que, desde esa distancia no hubiera podido verlas) y que llevaba gafas, y muy grandes, por cierto.

Por si esa distracción no fuera suficiente, he tenido que enfrentarme a una de las cosas que más me molestan en este mundo: que no me presten la debida atención cuando hablo. Puede ser que parezca vanidoso por mi parte, pero es algo que no soporto. Primero, se ha puesto a trastear con el móvil y después se ha olvidado de todo y me ha sacado de quicio su ensimismamiento. Además,

siendo sincero, tengo que admitir que su sola presencia me tenía obnubilado. Por un momento he pensado que sería incapaz de centrarme y de seguir con la clase, así que he hecho lo único que se me ha ocurrido. Me he enfrentado a ella y, aunque sé que he sido duro y que mi comportamiento ha sido desmesurado, solo eso me ha ayudado a concluir mis explicaciones sin ningún otro sobresalto más.

Tenía pensado abarcarla a la salida, pero esas tres estudiantes me han cortado el paso y, cuando al fin he sido capaz de volver a alzar la cabeza, ella ya había desaparecido. Así que no he podido verle los ojos, que es lo que me hubiera dado la pista definitiva para averiguar si realmente se trataba de Carlota.

Enredo los dedos en mi pelo y tiro un poco de él mientras cierro los ojos. Vale, Manu, vayamos por partes. Decido llamar primero a José, sobre todo porque, desde que llegué a Valencia, hace ya dos días, no he sabido nada de él. Además, todavía no le he contado que he vuelto y que me voy a quedar. Marco y espero a que descuelgue al otro lado de la línea.

—¿Qué pasa, capullo?

—¡Vaya recibimiento de mierda! ¡Me esperaba algo más por tu parte! —
Sonríó mientras me acomodo en mi asiento, apoyando la espalda en el respaldo.

—¿Qué quieres, que te tire besos? ¡Seguro que tienes a más de una que se ocupe de eso!

Oigo una risa al otro lado de la línea telefónica y me uno a ella, más relajado.

—¿Estás en Valencia?

—¡Más quisiera! Ahora mismo estoy en Madrid, y mucho me temo que todavía tengo para algunos días.

Me siento algo decepcionado, pero me sobrepongo enseguida.

—¡Y yo que quería darte una sorpresa! —Me mantengo en silencio esperando la réplica de José.

— ¿Estás en Valencia? ¡No me jodas! ¿Por qué no me has avisado?

—¿Y qué te crees que estoy haciendo, idiota?

—¡Joder! Me refiero a avisarme con tiempo...

—No te preocupes: cuando vuelvas, todavía estaré aquí. Supongo que vas a tener que aguantarme una temporada.

—¿Cómo?

—He aceptado una plaza en la Universidad. Estoy dando clases de Derecho Financiero.

—Pero ¿qué coño...? ¿Desde cuándo?

—He empezado hoy. La verdad es que ha sido todo muy rápido. No tuve tiempo de pensarlo demasiado... Llegué antes de ayer.

—Vale, mira. Ahora no tengo tiempo pero, cuando vuelva, tenemos que quedar para ponernos al día.

—Eso espero.

—Vale, tío. Hablamos.

—Espera, José. Quería preguntarte algo...—. No sé cómo abordar el tema de Carlota, así que lo suelto a bocajarro. —¿Tu hermana está estudiando aquí?

El silencio se hace de nuevo en la línea, aunque esta vez me resulta algo más espeso. Sé que tarde o temprano tendré una conversación con José al respecto. Así como también sé que ya se ha retrasado demasiado y mi amigo no va a ser capaz de aguantarse las ganas durante mucho tiempo más.

Respiro hondo y espero. Oigo cómo suelta el aire de golpe, y me parece que su voz suena algo más dura.

—Sí, estudia Derecho, ¿por?

Río para aligerar el ambiente.

—Me ha parecido verla en clase, pero no estoy seguro. Bueno, Nano, no te entretengo más. Nos vemos a tu vuelta.

—Hecho. Hasta luego... Y, Manu...

— ¿Sí?

—Pórtate bien.

—Lo mismo digo. —Sonrío porque sé perfectamente a qué se refiere. Sé que José no es tonto y, conociéndome como me conoce, siempre ha sabido que algo me pasa con Carlota. De hecho, ese algo siempre ha estado ahí, aunque ni siquiera yo soy capaz de definir qué es.

Una vez desvelada parte de la incógnita y sabiendo que ella estudia aquí, me propongo acortar un poco más el cerco. Hago un par de llamadas más hasta que me hago con la lista de alumnos que están matriculados en mi asignatura. Media hora más tarde, no tengo ninguna duda de que la chica que ha conseguido desarmarme en mi primera clase se trata de la misma Carlota que todavía se cuele, de vez en cuando, en mis pensamientos. Vuelvo a mi apartamento, sintiéndome acojonado por el hecho de pensar que no sé a qué atenerme con ella, conmigo y con lo que va a pasar a partir de este momento.

¿Por qué pone mi mundo del revés cada vez que la tengo delante? Siempre he sabido que ella es especial, especial para mí, porque no he podido evitar nunca meterme con ella, hacerla rabiar hasta que salta y me planta cara. Carlota me pone. Me pone un montón cuando se pone chulita y me enseña las uñas. Nunca he tenido ningún problema con mi sexualidad, aunque otra cosa bien distinta es hablar de los sentimientos. Tampoco he tenido problemas con el género opuesto. Mis conquistas han sido muchas, quizá demasiadas, a este lado del Océano Atlántico y al otro, todo sea dicho.

Una de las cosas que ayudaron a que tomara la decisión de volver a casa fue que ya me había cansado del tipo de mujer que siempre ha calentado mi cama. Fría, vacía y que no me aporta nada. Son tan solo una cara bonita con un cuerpo de infarto, muchas veces conseguido a golpe de bisturí...

Puedo dividir al género femenino en dos mitades: las primeras me odian porque no les he permitido nunca inmiscuirse en mi vida (siempre se ha tratado de un polvo pasajero y casi nunca he repetido con ninguna de ellas). La otra mitad se trata de las madres, hermanas o amigas de la primera mitad, así que también me odian.

¿Que cuál es mi problema? Mi problema siempre ha sido el compromiso, el

sentirme atado a alguien, el confiar plenamente en otra persona. No he tenido una vida típica. Mis padres nunca han estado a mi lado para ayudarme a crecer. No he tenido su cariño ni me han regalado sus consejos, a veces tan necesarios. Así que ese es el gran problema. No sé cómo se hace. No sé cómo dejarme llevar y, aunque consiguiera hacerlo, mucho me temo que huiría acojonado cuando todo empezara a complicarse. Los sentimientos y yo no nos llevamos demasiado bien.

Creo que la relación más larga que he tenido en mi vida fue en el instituto y no puedo decir que ni siquiera cuente demasiado porque yo todavía era un pardillo inmaduro, que, por no tener, no tenía ni pelos en... en la barba. Ese fue mi punto de partida. A partir de esa primera relación, fui cogiendo práctica en el terreno y, desde entonces, no he parado de tontear con las mujeres y de ofrecerles lo único que tengo para ellas: un buen rato en mi cama, o donde se tercié. Al dejar la Gran Manzana, cargo con más affaires de los que puedo contar y con alguna que otra anécdota (no siempre divertida) a mis espaldas.

Parándome a pensar en el prototipo de mujer que me atrae, tengo que decir que no sigo un patrón en concreto pero, ahora que me centro en ello, nunca, en mi vida, me he acostado con una pelirroja (ironías de la vida). No sé si mi subconsciente tiene algo que decir al respecto, pero prefiero no ahondar en el tema, por miedo a lo que me pueda encontrar si decido hacerlo.

Miro a mi alrededor, y se me cae el mundo a los pies cuando pienso en la cantidad de cajas que tengo por desembalar. La mudanza llegó ayer, y todo está patas arriba. Me decidí a venir a vivir aquí. No me hace mucha gracia hacer uso del piso que mi padre compró para mí en la Avenida Francia, pero ¡qué narices!, he decidido aprovecharme un poco de la situación en la que me encuentro y, si mis progenitores no son capaces de darme el cariño que siempre he echado en falta, por lo menos puedo beneficiarme de todo el dinero que tienen y que, gracias a Dios, nunca me han negado.

Con un hondo suspiro, camino descalzo de vuelta a mi dormitorio y, poniéndome un pantalón de chándal y una camiseta blanca básica, me dispongo

a empezar a vaciar cajas. No es que sea el plan que elegiría para un viernes por la mañana, pero en algún momento tendré que hacerlo.

Hacia las seis de la tarde, me dejo caer, exhausto, sobre el sofá y, después de llevarme el botellín de cerveza a los labios para darle un largo trago, decido que voy a salir esta noche. Hace años que no salgo por Valencia, y ya va siendo hora de cambiar eso. Además, después de pasarme el día metido en el piso, me merezco un respiro, y de los grandes.

Me decido por la zona del Carmen. El casco antiguo de Valencia siempre ha tenido un encanto especial para mí puesto que en esas calles he vivido algunos de los mejores momentos de mi vida, junto a José. Paseo sin prisa con las manos metidas en los bolsillos, esquivando cuerpos que van y vienen, tomándome mi tiempo para saborear esa rara nostalgia que ahora mismo está invadiendo mi cuerpo.

Después de tres copas y algunas horas más, decido dar por concluida la noche y, tras girarme con mi copa en la mano y apoyar los codos en la barra, hago un último barrido por el local en el que me encuentro. Está bastante oscuro y la música es demasiado alta, aunque eso no me impide echar un vistazo por si veo algo que me guste. Mis ojos no tardan en posarse sobre cierta cabellera cobriza, extrañamente familiar, que no para de moverse al son que va marcando su dueña. Decido no pararme a pensar en el doble salto mortal que acaba de dar mi corazón cuando, tras girarse, me he dado cuenta de que se trata de Carlota.

Repaso lentamente su figura y, perplejo y gratamente sorprendido, aprecio el cambio que se ha producido en ella durante estos últimos años. Una de las razones por las que no la había llegado a reconocer es por la transformación de su rostro. Aunque ese cambio es sutil, no deja de llamar mi atención la total ausencia de esos rasgos añejados que siempre había visto en ella.

Doy gracias al cielo de que en clase se mantuviera sentada y sin moverse de su asiento porque, con ese cuerpo que Dios le ha dado, difícilmente podría haberme concentrado en nada que no fuera sus caderas moviéndose y la

perfección absoluta de todas y cada una de esas curvas que están consiguiendo que se me seque la garganta y no pare de bizquear con el simple hecho de contemplarla. Respiro profundamente y doy un trago a mi bebida, a ver si así consigo apartar la mirada de Carlota y, ya puestos, dejar de devorarla de esta manera tan descarada.

Alzo de nuevo la vista, a regañadientes, manteniendo una batalla campal entre lo que me dice la cabeza y lo que mis instintos más básicos pretenden de mí. En cuanto me vuelvo a centrar en ella, su mirada, cristalina y algo desenfocada, impacta con fuerza contra la mía. Como si de una cámara lenta se tratara, veo cómo ladea lentamente la cabeza hasta que es totalmente consciente de mi presencia.

Carlota

He perdido la cuenta de los chupitos de tequila que llevo en el cuerpo. Estoy medio afónica de tanto gritar y reírme a carcajadas. Hace ya rato que mi amiga Sara ha dejado de seguirme el juego. Lleva más de media hora tonteando con un tío que le ha entrado en la pista de baile, justo después de arrastrarla allí con mis malas artes, tras haber cambiado tres veces de local.

Desconecto de todo y cierro los ojos mientras dejo que este agradable mareo me envuelva. Siento como si mi cuerpo flotara, así que me dejo llevar y elevo los brazos justo cuando una sonrisa, seguramente bastante idiota, se me dibuja en la cara y balanceo mi cuerpo sin seguir ningún patrón. Separo un poco las piernas para estabilizarme y le doy un pisotón a la rubia de bote que tengo a mi derecha y que no para de darme empujones. ¡Que se joda, por bruja! Mi tonta sonrisa se amplía justo cuando pienso en ello y abro los ojos de golpe cuando consigue clavarme el codo en las costillas.

Giro la cabeza como la niña de *El exorcista*, hasta que algo llama poderosamente mi atención; tanto es así que me olvido completamente de la subnormal de mi derecha. No es la primera vez que me pasa. Mi mente suele jugarme malas pasadas y algún gesto, una mirada o, simplemente una forma peculiar de caminar, me lleva de nuevo a Manu... ¡Puñetero Manu! Es por su culpa que en parte me haya pillado semejante “cogorza”. Me ha hecho sentir tan pequeña en clase... Además, todavía no sé si ha llegado a reconocirme.

Suspiro sonoramente mientras noto cómo el agujero que siento en el pecho se

agranda al recordar qué día es hoy. Sigo echando muchísimo de menos a mis padres y, además, este es el primer año desde que no están que no tengo a mi hermano José para consolarme.

Sacudo la cabeza para apartar de mí esos pensamientos y trato de enfocar un poco más la vista para averiguar si se trata, en realidad, de Manu. En un momento dado, estoy segura de que bizqueo y me lloran los ojos por el esfuerzo. Pero sí, definitivamente es él. Mi cabecita loca así lo cree, por lo menos y, mi cuerpo, que a estas alturas no sigue ningún tipo de orden, aunque me empeñe en recalcarla, empieza a hacer lo que le viene en gana.

Dejo que mis párpados vayan cerrándose y bailo para él. Ya, ya sé que no se lo merece, pero ¿qué le vamos a hacer? Es lo que me pide el cuerpo, y no estoy yo para plantarle cara. Subo un poco el dobladillo de mi top y dejo que la punta de mis dedos acaricie la piel desnuda que encuentra a su paso.

De repente, todo sucede demasiado rápido, o demasiado lento, no estoy segura. Me hago un lío con mis piernas, totalmente descoordinadas, y la rubia de mi derecha me da semejante culazo que me manda al suelo en un abrir y cerrar de ojos.

Es Sara la que me rescata de entre las piernas de la gente que, apiñada, trata de seguir el ritmo de la música, y no debe de resultarle fácil porque, desde donde me encuentro, la oscuridad es prácticamente absoluta, y tampoco es que yo colabore demasiado con Sara para volver a ponerme en pie.

Entro en casa a trompicones y, en cuanto alcanzo mi cuarto, me tiro en plancha sobre la cama y me mantengo completamente quieta durante un buen rato. La habitación no para de dar vueltas, y no estoy yo para dejar que todo lo que centrifuga en mi tripa salga disparado. Odio vomitar: me pongo malísima de la muerte.

Cuando consigo estabilizarme, me doy lentamente la vuelta y poco a poco, me voy quitando la chaqueta. Respiro profundamente un par de veces para mantener a raya las nauseas y, después de conseguir arrancarme los zapatos, literalmente hablando, me meto como buenamente puedo en la cama.

Ni siquiera sé qué hora es cuando una insistente canción me despierta. El tono de *Sexo en Nueva York* hace que abra un ojo, no sin esfuerzo. El no haberme quitado el maquillaje la noche anterior está haciendo estragos en mi piel y, en estos precisos momentos, en mis pestañas, que están completamente pegadas. Así que guiño el ojo y parpadeo, primero con uno y después con el otro. Maldigo por lo bajo y salgo a trompicones de la cama en busca del causante de mi tormento. ¿Dónde puñetas está mi móvil?

Cuando voy por mitad del pasillo, este deja de sonar, ¡bendita sea! Pero no tengo tanta suerte. Solo pasan cinco escasos segundos hasta que la melodía vuelve a invadirlo todo. Entrecierro los ojos al entrar en el salón porque hay demasiada luz, y entonces me pregunto qué hora es. Ni siquiera me molesto en mirar quién me está martirizando cuando le doy a descolgar y me acerco el teléfono a la oreja. Gruño un “¿Sí?” y me dejo caer sobre el sofá.

—¡Ya era hora, pitufa! —La voz de mi hermano José hace que el dolor de cabeza se agudice un poco más. Me aparto el móvil de la cara y espero a que deje de gritar—. ¡Joder, José! ¿No sabes captar una indirecta? ¡Si no cojo el teléfono, será por algo!

—¡Buenoooo! Nos hemos levantado de buen humor, ¿eh?

Me levanto haciendo un esfuerzo titánico y llevo instintivamente la mano libre a mi frente. Me tropiezo con la pata de la mesa de centro al mismo tiempo que los dedos de mi mano rozan una protuberancia que estoy segura de que no tenía la noche anterior.

—¡Joder, mierda, hostia! —Me voy cojeando hacia el cuarto de baño aguantando las lágrimas y enciendo la luz. Primero encojo la pierna y me cojo el dedo gordo del pie, todavía soltando sapos y culebras por mi linda boquita.

—Carlota, ¿qué cojones haces?

Sin poder responder todavía por los pinchazos que noto en el dedo, alzo la cabeza y veo mi reflejo en el espejo del baño.

—¡¿Pero qué coño...?!

Paso los dedos por el tremendo chichón que tengo en medio de la frente y

arrugo la nariz en una mueca imposible.

—Carlota, ¿va todo bien?

—¡No, joder, nada va bien! ¡Me he dado un golpe en el dedo gordo del pie y acabo de descubrir que me está saliendo un cuerno como a los unicornios! ¿Cómo va a ir bien? —Voy bajando la vista hacia mi cara y me asusto tanto de mí misma que doy un respingo. ¡Vaya careto, por Dios! Me restriego los ojos sin pensar que es una mala idea porque el rímel se mezcla con las lágrimas no derramadas y empiezan a picarme de tal manera que de nuevo empiezo a llorar. Dando manotazos, busco a tientas las toallitas desmaquilladoras mientras el teléfono se me resbala de las manos y va a parar directo al lavabo. Oigo de lejos cómo mi hermano se impacienta y empieza a gritar de nuevo, pero soy incapaz de decir o hacer nada hasta que este picor no desaparezca.

Tardo al menos dos largos minutos en conseguir despegar los restos de maquillaje de mi cara y, cuando de nuevo me miro en el espejo, tengo toda la cara llena de ronchas porque, ¿a quién se le ocurre dejarse el maquillaje toda la noche puesto? ¡A mí, por supuesto!

Parpadeo un par de veces más mientras rescato el móvil y vuelvo a acercarlo a mi oreja.

—Perdona, ¿sigues ahí?

—¿Qué narices estás haciendo, Carlota?

—Me estaba desmaquillando...

Oigo cómo José suspira y arrugo la frente esperando su reprimenda.

—¿Una noche dura?

Frunzo los labios mientras apago la luz y salgo del baño.

—Creo que la mañana está siendo peor... —Entro en la cocina y bebo agua mientras pienso qué puedo tomar sin que muera en el intento. Tengo el estómago revuelto y todavía sigo mareada.

—Explícame eso del unicornio, anda.

Trato de hacer memoria, pero me resulta difícil recordar todo lo que pasó la noche anterior, por lo menos la última hora. Me impaciento cuando retazos

sueltos se me van escapando sin que pueda hilar nítidamente los acontecimientos y gruño pensando que tendré que preguntarle a Sara.

Me desespero. Luego me resigno y apoyo la espalda en la pared de la cocina.

—Tengo un chichón del tamaño de una manzana en la frente...

Oigo una risita irritante al otro lado de la línea y formo una mueca mientras cierro lentamente los ojos.

—¿Cómo te has hecho eso, pitufa?

—¡Eso querría yo saber...!

—Anoche te pegaste una buena juerga, ¿no?

Me paso la mano por la frente hasta que el dolor me traspasa y, arrugando la nariz, dejo de hacerlo.

—Cuando hable con Sara, lo sabré.

—¿Me estás diciendo que no te acuerdas?

Exhalo lentamente el aire y subo las piernas al taburete donde estoy sentada, abrazándomelas con desgana.

—Tengo un vago recuerdo de todo... Excepto del final de la noche.

—No me puedo creer que seas tan irresponsable, Carlota.

—¡Oye, ni se te ocurra ponerte en modo padre porque, aparte de que no te pega, soy bastante mayorcita ya! Además, ¿tengo que recordarte las veces que has llegado a casa sin recordar siquiera tu nombre?

El silencio se apodera de la línea hasta que oigo un largo suspiro al otro lado.

—¿Tienes algo que contarme, pitu?

El cambio de tema es típico en mi hermano aunque, esta vez me coge un poco por sorpresa. Repaso lentamente todo lo que ha pasado desde que se marchó, y una lucecita se enciende, de repente, en mi cabeza. Manu. Entrecierro los ojos mientras mi abrazo se estrecha.

—¿Y tú?

—¡Yo he preguntado primero!

Dejo descansar la barbilla sobre mis rodillas y cierro los ojos, cansada.

—Has hablado con él, ¿verdad?

—Me dijo que estaba en Valencia y que iba a dar clases en la facultad. Me preguntó si tú estudiabas allí y que le había parecido reconocerte.

Suelto lentamente el aire porque a estas alturas de la conversación ya estoy agotada. Necesito volver a la cama y dormir, dormir, por lo menos, hasta mañana.

—Supongo que me reconoció... —Cierro la boca bruscamente y me niego a contarle lo que pasó en clase. No quiero poner a mi hermano en contra de su mejor amigo; además, mis batallas pienso librarlas yo sola. En cambio, recapacito un segundo y le cuento cuál fue mi impresión—. Parece que ha cambiado... bastante.

—¿A qué te refieres?

Me encojo de hombros instintivamente.

—Parece más... estirado.

José se carcajea al otro lado de la línea, y a mí se me dibuja una pequeña sonrisa en la boca.

—A ver, pitufa, define “estirado”...

Cambio de postura y estiro las piernas mientras me rasco, distraída, la cabeza.

—No sé... ¿Sabes cuando alguien lleva metido un palo por el culo...? Pues eso.

Oigo la risotada de mi hermano, y tengo que separar de nuevo el móvil de mi oreja por miedo a quedarme sorda. Espero paciente a que se le pase el ataque y sonrío porque me encanta hacerlo reír.

—¿Sabes? A veces olvido lo graciosa que eres... Hasta que dices algo como lo que acabas de decir, claro.

—Me lo tomaré como un cumplido... —Tuerzo mi boca y tiro de un hilo de mi camiseta.

—¿Tan mal fue la clase?

—¡Uf, peor! Me costó reconocer al chico pasota, descuidado y metomentodo que solía ser, la verdad.

—Se lo diré de tu parte.

Me tenso de repente y me endezco en mi asiento.

—¡Ni se te ocurra! ¡Si me entero de que le dices algo de esta conversación, no volveré a contarte nada nunca más!

—¡Tranquila, fiera!

—¡Te lo digo en serio, José!

—Está bien, pitu, no te pongas así. Bueno, cuéntame, ¿qué planes tienes para hoy?

Hago un gran esfuerzo por que se me vaya el enfado y vuelvo a apoyarme en la pared; hasta respirar me cuesta de lo cansada que estoy.

—Pues tengo el plan perfecto... ¡Voy a gandulear hasta cansarme!

—¡Tú nunca te cansas de eso! Bueno, pues te dejo para que puedas empezar.

—José, ¿cuándo vuelves?

—¿Por qué? ¿Me echas de menos?

—Siempre... ya lo sabes.

Siento su sonrisa al otro lado de la línea y sonrío de vuelta.

—Sí, pero me gusta oírtelo decir. El fin de semana que viene me tienes ahí.

Suspiro, resignándome.

—Está bien, aunque quiero que sepas que es demasiado tiempo...

—No me lo recuerdes, anda. Ya verás cómo pasa la semana rápido.

Mi boca dibuja una mueca, y me levanto lentamente.

—Sí, seguro.

—Bueno, pitufa, hablamos pronto, ¿vale?

—¡Vaaaale!

—¡Oye! No te metas en líos.

Sonrío porque imagino la cara que me está poniendo y pongo los ojos en blanco.

—¿Yo? ¡Qué va!

—Un beso.

—Otro.

No vuelvo a coincidir con Sara hasta el martes, en la facultad. Ella estudia ADE, así que ni si quiera compartimos edificio. Como viene siendo costumbre, cuando bajo del autobús, ya me está esperando. Enlaza nuestros brazos y tira de mí para que me ponga en movimiento.

—¿Qué tal la resaca? —Alza las cejas y espera pacientemente a que le conteste.

—Pse... Ya no queda ni rastro, gracias a Dios. Aunque el domingo... El domingo fue catastrófico. —Me llevo instintivamente la mano a la frente—. Ni siquiera el corrector ha conseguido camuflar del todo el tremendo chichón que tengo todavía.

Sara sigue el movimiento de mi mano y, separándose de mí, se tapa la boca con la mano.

—¡Madre mía, Charlie! ¿Y eso?

Suspiro sonoramente y meto un mechón de pelo tras la oreja.

—Esperaba que me lo dijeras tú... no recuerdo nada de la última hora del sábado por la noche.

Sacude la cabeza y sonrío.

—¡No me extraña, estabas desatada! —Frunce un poco el ceño hasta que, al cabo de unos segundos, se le iluminan los ojos—. Seguramente, te lo hiciste cuando te caíste al suelo...

—¿Que me caí al suelo? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Estabas bailando como si no hubiera un mañana... Me giré un momento y, cuando volví la vista, ya no estabas. Te tuve que rescatar de entre las piernas de la gente que bailaba a tu alrededor.

Entrecierro los ojos y empiezo a recordar vagamente a cierta rubia gilipollas.

—... Me dio un culazo...

—¿Cómo dices?

Niego con la cabeza y trato de hacer memoria hasta que me doy de bruces con la puerta de mi primera clase: Derecho Financiero.

El recuerdo de lo que pasó la semana pasada se hace hueco en mi memoria, y me entran los mil males al pensar que voy a tener que soportar al profesor Lafuente durante dos horas más. Supongo que se me nota en la cara porque, de pronto, Sara pone cara de preocupación y me toma del brazo con cuidado.

—Oye, ¿estás bien?

—S...sí, es solo que...

—Tienes clase con Manu, ¿no?

El sábado le conté a Sara lo de mi reencuentro con el mejor amigo de mi hermano, pero lo que no sabe es lo que pasó entre nosotros seis años atrás. No he sido capaz de contárselo a nadie, bueno, a nadie que no fuera el doctor Suarez, mi terapeuta.

Tampoco sabe lo que me hace sentir ese hombre. Cosas totalmente contradictorias, que provocan un remolino de ansiedad e inquietud. Tampoco es que sepa ponerle nombre. A lo mejor se trata de masoquismo, ¡qué sé yo!

Asiento con la cabeza y me resigno... todo lo que puedo. Me despido con la mano y entro en el aula, decidiendo cuál será el mejor asiento para poder pasar desapercibida durante lo que va a durar este tormento. Al final opto por sentarme en el lado opuesto de la tarima, hacia el medio del aula, en un asiento pegado a la pared.

Veó cómo entra en el aula con ese aire autoritario y distinguido, y no puedo apartar los ojos de todos y cada uno de sus movimientos hasta que se encarama en la tarima, deja sus cosas sobre la mesa y, sin siquiera dar los buenos días, se gira para escribir algo en la pizarra. Mis ojos vagan por su cuerpo y me doy cabezazos mentales al no poder apartar la vista de ese cuerpo que Dios le ha dado.

Me subo con el dedo índice las gafas que, sin darme cuenta, han ido resbalando por mi pequeña nariz y suelto un silencioso suspiro. Cojo el bolígrafo entre las manos y me dedico a copiar lo que Manu va escribiendo.

Me escondo todo lo que puedo tras la espalda del compañero que tengo delante pero, evidentemente, desde la altura en la que se encuentra el profesor, es imposible hacerse invisible. Alzo la vista con miedo a lo que me pueda encontrar y veo cómo Manu hace un barrido visual por toda la estancia hasta que sus ojos topan con los míos.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal y noto cómo mis manos empiezan a sudar. Hace un gesto apenas notable con la cabeza y veo reconocimiento en sus ojos. Él sabe quién soy. Por supuesto que sí.

Se aclara la garganta y desvía la vista, por fin.

—Señores, hoy hablaremos del concepto de tributo y sus clases. Sin embargo, antes de empezar, me gustaría saber si tienen alguna duda respecto de lo explicado la semana pasada.

Se hace el más absoluto silencio, salvo el susurro producido por los cuerpos que se remueven en los asientos; nadie osa siquiera respirar. El profesor se mete las manos en los bolsillos y se pasea, indolente, por la tarima.

—Bien, veo que lo tienen todo claro. Veamos hasta qué punto...

Vuelve a pasear la vista por los alumnos mientras cierro los ojos y rezo para que no me haga esto. Cuando vuelvo a abrirlos, tiene sus ojos clavados en mí. Trago saliva y me muerdo inconscientemente el labio.

—Usted, señorita...

Me señala con un dedo y mantiene el semblante pétreo. ¡Será capullo! ¡Como si no supiera perfectamente cómo me llamo!

Carraspeo un poco y alzo la barbilla, desafiante.

—Carlota Ayala.

—Muy bien, señorita Ayala. ¿Sería tan amable de decirnos el contenido del artículo 5.1 de la Ley General Presupuestaria?

Siento cómo mis mejillas empiezan a arder y bajo la vista para fijarla en mis apuntes, por si allí está la respuesta. Pero lo único que puedo ver son las letras borrosas de palabras que, en estos momentos, no tienen ningún sentido para mí.

Así que me resigno, vuelvo a tragar saliva, y alzo la vista para posarla sobre el tirano que tengo delante. Niego lentamente con la cabeza y aprieto con fuerza el bolígrafo en mi mano. Manu ladea la cabeza y exhala lentamente mientras da golpecitos con los dedos sobre la mesa.

—¿No lo sabe o no quiere compartirlo con sus compañeros?

Me obligo a hablar. Aunque estoy tan furiosa que no sé si sabré mantener a raya los pensamientos que pasan ahora mismo por mi cabeza y que tratan de ver la luz a través de mi boca... esa boquita que siempre me pierde.

—No lo sé.

—Disculpe, ¿podría hablar un poco más alto? No la he oído bien.

Me agarro con ambas manos al tablero de mi mesa y me aclaro la voz.

—He dicho que desconozco su contenido... profesor. —Y... sí, ese “profesor” ha sonado como un insulto porque en estos precisos momentos tengo que contenerme para no saltar sobre la tarima y arrancarle la piel a tiras.

Lo que más me jode es el brillo de decepción que veo en su mirada justo antes de apartarla y dirigirse al resto de la clase.

—Bueno, señores, parece que no quedó claro lo que dije la semana anterior. Está bien, lo repetiré de nuevo. —Hace una pausa para captar más la atención del alumnado y prosigue con sus palabras y su paseo—. Espero una participación activa en clase, y eso pasa por que respondan a las preguntas que les hago; de esta manera podré hacerme una idea del tiempo que emplean fuera del aula en preparar la asignatura que imparto, ¿entendido? —Veo cómo todos, sin excepción, asienten como borregos, y yo me enfurezco más y más. El bolígrafo se me resbala de la mano y cae al suelo. Estiro la pierna para cogerlo, pero está demasiado lejos. Dejo de prestar atención a lo que pasa en la tarima y me centro en el rescate de mi bolígrafo. Casi hago contorsionismo con mi pierna para acercarlo. Cuando al fin lo consigo, me agacho, retorciendo mi cuerpo hasta límites insospechados y, con la lengua que está asomando por la comisura izquierda de mi boca, me hago con él. Cuando me incorporo, orgullosa por mi hazaña, me asalta la extraña sensación de notar

varios pares de ojos posados sobre mi persona. Empiezo a ponerme nerviosa hasta que alzo la cabeza y me topo con ese par de ojos pardos, que me miran sin un mínimo atisbo de diversión—. ¿Ha terminado ya, señorita Ayala?

Miro a mi alrededor y frunzo los labios, parpadeando.

—Esto... ¿Sí?

—Me alegra saberlo. —Resopla con fuerza mientras se apoya en la mesa y cruza las piernas a la altura de los tobillos—. No sé cuántas veces tengo que soportar sus absurdas interrupciones, pero mi paciencia tiene un límite... —Se mesa el pelo con una de sus grandes manos y fija de nuevo su irritada mirada en mí—. La próxima vez... No habrá próxima vez, señorita. Una más y la expulso de clase.

No sé muy bien por qué hago lo que hago. Sobre todo después de la oleada de rabia que siento reverberar en mi pecho. El caso es que me pongo a recoger todas mis cosas y, después de meterlas de mala manera en mi bolsa, me pongo de pie con un ágil movimiento. Miro con ira hacia la tarima y me encuentro a Manu cruzado de brazos, alzando una de sus cejas.

Me impaciento cuando una película cubre mis ojos y me impide ver con claridad. ¡Ni se te ocurra ponerte a llorar ahora, Carlota! Hago levantarse a los compañeros que tengo al lado para poder salir de allí y, cuando paso por delante de la tarima, levanto todo lo que puedo la vista y desafío al cabrón de Manu con la mirada.

—No se moleste, ya me voy yo, no vaya a ser que le dé un colapso si se me vuelve a caer el bolígrafo.

Salgo prácticamente corriendo de allí, agradeciendo que a esas horas no haya casi nadie por los pasillos y me encierro en el primer cubículo vacío que encuentro en el cuarto de baño. Apoyo la cabeza contra la puerta y trato de tranquilizarme. Se me encoge el corazón en el pecho y se me contorsiona la cara cuando un sollozo rompe la barrera y se abre paso por mi garganta hasta que escapa de mi boca. Las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas, y ya no soy capaz de parar la desazón y la vergüenza que, por partes iguales,

inundan mi cuerpo.

No sé durante cuánto tiempo me quedo allí, pero lo hago hasta que soy consciente de que se empieza a oír a gente por los pasillos y el baño se llena de chicas que no paran de reír y parlotear. Decido que ya está bien de compadecerme de mí misma y tomo una decisión. Me limpio las lágrimas, ya secas, de mis mejillas y, tras salir de mi improvisado escondite, me dirijo al espejo para borrar como puedo el dolor de mi cara. Respiro con profundidad y me doy fuerzas para poner un pie detrás de otro y salir de allí camino al departamento de Derecho Financiero y Tributario. Espero en la puerta del despacho del profesor Lafuente lo que me parece una eternidad. Y, de pronto, lo veo doblar la esquina.

La sangre se agolpa en mis mejillas y siento un inmenso calor allí mientras hago todo lo posible para no pensar en ello porque sé a ciencia cierta que es mucho peor, porque todavía me pondré más roja. Me limpio el sudor de mis manos en los vaqueros y miro fijamente el cuerpo que se va acercando hacia mí. Se acerca mirando la pantalla de su móvil y sacudiendo ligeramente la cabeza. Todavía no se ha dado cuenta de que estoy esperándolo, frente a su puerta.

Cuando faltan solo unos pasos para alcanzarme, de pronto, sin ningún aviso, alza la cabeza. Entonces me ve. No sé muy bien cómo definir los sentimientos que cruzan su cara en estos momentos, pero podría ser algo así como sorpresa, nerviosismo y sí, una pizca de culpabilidad, cuando frunce el ceño y respira profundamente.

Aparta fugazmente la mirada para abrir la puerta de su despacho y, una vez que la abre, se queda en el umbral.

—¿Me estaba esperando?

Obligo a que mis cuerdas vocales se pongan en funcionamiento y emito un quedo “Ajá”, aunque no estoy muy segura de que lo haya oído. Sin embargo, deja la puerta abierta y me hace un gesto para que entre antes de hacerlo él. Sigo cada uno de sus movimientos hasta que toma asiento al otro lado de su

mesa y, con un gesto, me señala la silla frente a él.

—Tome asiento.

—Prefiero quedarme de pie.

Alza la vista ante el tono hostil que empleo y eleva las cejas durante un momento.

—Usted dirá.

Tomo aire y trato de ordenar mis ideas porque, aunque ha pasado más de una hora desde nuestra última y desafortunada conversación, estoy demasiado nerviosa. Manu me pone muy nerviosa. Cambio el peso de mi cuerpo de un pie al otro y trago saliva.

—No voy a permitir que siga tratándome así.

Centra sus ojos en algún documento que descansa sobre la mesa y se mantiene en silencio. Levanta lentamente la cabeza y aprieta la mandíbula.

—Debería prestar más atención en clase.

—Presto toda la atención que corresponde. Este es mi tercer año, y nunca he recibido ninguna queja por mi comportamiento.

—A lo mejor es que los demás profesores son más benévolos con usted, señorita Ayala.

—¡Ja, eso sí que tiene gracia! Así que la culpa es de los demás...

—Yo no he dicho eso... Tiene que reconocer que se distrae con facilidad...

—¿Por qué será que siempre me pilla? ¿No será que el que está distraído mirando lo que hago a cada momento es usted?

Sonríe sin ganas y se echa hacia atrás, descansando la espalda en el respaldo. Lo más desquiciante de todo es que no puedo dejar de fijarme en la forma de sus labios, en cómo le cae un mechón de pelo sobre la frente, en la fortaleza de su mandíbula. La luz hace que sus ojos parezcan más claros que de costumbre, dándoles un tono entre avellana y dorado. ¡Por Dios, Carlota, qué patética eres, hija!

—Señorita, yo no me distraigo en clase, estoy demasiado ocupado tratando de que aprendan algo útil.

Sacudo la cabeza con incredulidad. Esas ínfulas de superioridad me sacan de quicio. ¿Dónde narices ha aprendido a comportarse así?, ¿en Nueva York?

—Solo he venido a decirle que no voy a consentir que me siga tratando así. Eso es todo.

Se incorpora en el asiento y veo cómo cambia el gesto. Se ha puesto serio.

—¿Y cómo la estoy tratando, si puede saberse?

—Yo diría que su comportamiento roza el acoso, profesor Lafuente.

Se pone de pie con un ágil movimiento y entrecierra los ojos mientras se mesa el pelo. Da dos pasos hacia un lado para separarse de su sillón y señala la puerta cerrada.

—¿Me está usted queriendo decir que sería conveniente que mantuviera la puerta abierta, señorita? Esa acusación es muy grave.

Sé que lo que acabo de decir le ha dolido. Lo veo en sus ojos y en la forma en la que tiembla un músculo en su mandíbula. El calor vuelve a apoderarse de mi cara y siento que estoy a punto de derrumbarme. Otra vez.

Bajo la mirada y cierro los ojos. No sé si voy a ser capaz de mantener la calma. Lo intento, pero en estos momentos no soy capaz de contener el torrente de emociones que está sacudiendo mi cuerpo. Oigo cómo Manu exhala el aire y se mueve en mi dirección.

—Carlota...

—No... —Mi voz suena más como un quejido, y un nudo enorme me obstruye la garganta. Levanto la vista y la clavo en él.

—No sé quién eres...

Veo cómo se pasa las manos por la cara. Sus ojos muestran frustración.

Agarro con fuerza la correa de mi bolsa y doy un paso hacia atrás.

—Déjame en paz. —Giro sobre mis talones y salgo de allí dando un portazo.

Manu

Llevo tres días de mierda comiéndome la cabeza. Me considero un tío decidido, pero en este caso no sé qué hacer. Desde que Carlota salió de mi despacho hecha una furia, con portazo incluido, me he estado devanando los sesos, buscando la manera de acercarme a ella. Pero... acercarme a ella, ¿para qué? ¡Joder, es frustrante, porque ni yo mismo lo sé! ¿Cómo le pido disculpas sin mencionar el motivo por el que me he comportado así? Me da demasiado miedo pararme a pensar en ello.

He estado tentado de llamar a José en más de cien ocasiones para pedirle el teléfono de su hermana, pero sé que me haría preguntas. ¡Joder, me sometería al tercer grado! También he barajado la idea absurda de pasarme por su casa, pero no soy capaz. Así que aquí estoy, viernes por la mañana, en mi despacho, hecho un manojo de nervios porque en escasos quince minutos tengo clase con ella.

Cojo lo que necesito y me encamino, con paso firme, al que estoy seguro va a ser mi tormento. Lo peor de todo es que no ha hecho más que empezar... ¿Cómo voy a ser capaz de soportar este calvario durante todo un semestre? Se me seca la boca cuando abro la puerta del aula y me encamino a la tarima. No me atrevo a mirar a mi alrededor.

Respiro lentamente, ¡hostia, Manu, tranquilízate! y, después de dejar mis apuntes en la mesa y de escribir en la pizarra el tema que voy a explicar hoy, cierro los ojos antes de girarme para dirigirme a la clase. No puedo evitar

hacer un barrido visual por el aula, buscándola, como siempre. Se me cae el alma a los pies cuando no la veo. No está. He hecho que se vaya, y no sé si volverá.

Me paso las dos horas tratando de concentrarme en lo que tengo que decir, pero no puedo borrar a Carlota de mi mente; simplemente, soy incapaz. Eso me frustra y me cabrea todavía más. Salgo del aula con una mala leche monumental y entro en mi despacho de malas maneras. Tiro las cosas sobre la mesa y, apoyando los codos en esta, escondo la cara entre mis manos. Me tiro del pelo y maldigo en voz alta.

Mi móvil empieza a vibrar en mi bolsillo, y eso consigue distraerme por un momento. No tengo ganas de hablar con nadie pero, antes de guardarlo en un cajón, decido mirar quién es y, con un hondo suspiro, me acomodo en mi asiento y descuelgo la llamada.

—¡Ya era hora, cabronazo! —La voz inconfundible de José y el apelativo “cariñoso” que utiliza hace que eleve una de las comisuras de la boca.

—¡Hay quienes trabajan!, ¿sabes?

—Solo quería saber si sigue en pie lo del sábado. Voy con el tiempo pegado al culo, tío.

—Claro que sigue en pie... Cena y cachondeo, ¿no?

Lo oigo resoplar al otro lado de la línea.

—Esto es un infierno. No veo la hora de volver a casa, joder.

—¿Te has dado cuenta de que pareces una nenaza? ¿No irás a ponerte a llorar, verdad?

—¡Vete a la mierda, capullo!

Suelto una carcajada un tanto forzada porque, ahora que estoy hablando con José, se me pasa por la cabeza comentarle lo que me preocupa realmente: Carlota.

Pero es él el que saca el tema a colación, y a mí se me acelera el pulso con el mero hecho de oír su nombre.

—Oye, ¿has visto a Carlota? He estado tan ocupado que no he podido

apenas hablar con ella...

Dudo. Y las palabras que me llenan la boca mueren sin ser pronunciadas. ¿Qué le digo?

—Sí, pero la verdad es que no he hablado con ella. La he visto en clase... esta semana.

—¿No habéis hablado después? —Hace una pausa que a mí se me antoja bastante significativa—. ¿Ni siquiera os habéis saludado?

Me pongo tenso en mi sillón y empiezo a jugar con un clip.

—Pues, la verdad, es que no he tenido oportunidad. Cuando llego, ya está sentada y, cuando me voy, después de contestar alguna que otra duda, ella ya ha salido.

El silencio se apodera de la línea hasta que José lo rompe, de golpe.

—Entiendo...

¿Qué es lo que entiende? ¡Joder, esto no puede seguir así, necesito hablar con Carlota lo antes posible! Evidentemente, no le cuento lo que pasó el martes en mi despacho, ni que esta mañana no ha asistido a clase. Me lo trago formando una bola enorme que me impide respirar. Odio con todas mis fuerzas mentirle a mi mejor amigo pero, en estos momentos, no soy capaz de hacer otra cosa.

—¿Va todo bien, Manu?

¡Mierda! Si ya sabía yo que, dijera lo que dijera, José se iba a dar cuenta. ¡Me cago en la puta! Pongo en la boca una sonrisa forzada, pero sonrisa al fin y al cabo, y trato de quitarle hierro al asunto. Hago lo mejor que sé hacer, es decir, que me hago el loco descaradamente—. ¡Pues claro! ¿Por qué no iba a ir bien?

—No sé... Estás un poco raro.

—¿Raro? Pero ¿qué dices, hombre? ¡Estoy como siempre! En cambio, tú... estás un poco espeso, ¿no?

Oigo su respiración fuerte desde el otro lado de la línea y, aunque no soy yo muy de rezar, rezo para que se acabe esta mierda de conversación.

—Bueno, Manu, te dejo, que tengo una reunión ahora. Trataré de llegar a tiempo pero, si no, dame margen, ¿vale?

—¡Eso está hecho, hombre! No te preocupes. —Respiro, por fin mientras aprieto los labios.

—Te dejo.

—Hasta el sábado.

Me tiro hacia atrás hasta que mi espalda choca con el respaldo de mi asiento y cierro los ojos cuando me paso las manos por la cara. ¡Mierda de día!

El sábado me levanto temprano. No he podido dormir bien, y eso suele pasarme factura. Salgo de casa con ropa de deporte y corro durante más de una hora. Cuando me meto bajo la ducha, tengo los músculos doloridos, pero relajados. Correr me ayuda a pensar, a tomar decisiones. Apenas he salido de la ducha cuando mi móvil empieza a sonar en el salón. Me sujeto la toalla en la cintura, todavía con el pelo mojado, sintiendo cómo las gotas de agua se precipitan y caen sobre mis hombros, resbalando por mi espalda. Hago una mueca cuando veo quién me llama pero, aunque estoy tentado a rechazar la llamada, me acerco el teléfono a la oreja y contesto.

—Padre.

—Manuel. —Mi padre se mantiene en silencio, creando esa tensión que tanto parece gustarle. Al cabo de unos segundos, retoma la conversación—, ¿por qué no nos has dicho a tu madre y a mí que habías vuelto a Valencia?

¿Acaso importa? Mi padre y su hipocresía. Exhalo el aire muy lentamente y ladeo la cabeza a izquierda y derecha para aliviar la tensión sobre mis hombros.

—He estado bastante ocupado desde que llegué. La verdad es que no creí que os importara demasiado.

—Hijo, es lo menos que podías haber hecho. Cuando he hablado con Luis y me lo ha contado... —Vuelve a quedarse en silencio. Me vuelve loco con sus gilipolleces, la verdad—. En fin, no me gusta enterarme por el conserje del edificio, eso es todo.

—No creí que fuera tan importante. —Mi tono de voz no deja lugar a ningún tipo de duda: este hombre siempre consigue sacar lo peor de mí—. Teniendo en cuenta que hace más de un mes que no hablamos...

—Memeces, Manuel. Además, ¿me puedes explicar qué estás haciendo aquí, si puede saberse?

Me obligo a llenar mis pulmones de aire mientras camino hacia la ventana y miro hacia la calle. Trato de distraerme con algo pero, teniendo a este hombre al otro lado del teléfono, es imposible.

—He aceptado un puesto de profesor en la universidad.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Has dejado un puesto prometedor en uno de los bufetes más importantes de Wall Street para hacerte cargo de unos chicos estúpidos en la facultad? ¿En qué estabas pensando?

¡Cómo me jode que menosprecie todo lo que le rodea, especialmente a mí y mis decisiones!

—Padre, te recuerdo que estamos hablando de mi vida. Es una decisión mía, y tendrás que respetarla.

—¡Idioteces, Manuel! Has tomado la peor decisión que podrías haber tomado.

Cierro los ojos y apoyo la frente en el frío cristal mientras dejo que los débiles rayos de sol calienten mínimamente mi cuerpo.

—Tengo que colgar, padre.

—Espera un momento. Debemos hablar sobre este tema detenidamente...

—No, no tenemos que hablar de nada más.

El silencio vuelve a adueñarse de todo hasta que oigo cómo se cierra una puerta al otro lado de la línea.

—A tu madre y a mí nos gustaría verte. Podrías venir a cenar a casa.

—Claro, un día de estos. —*¡Ni lo sueñes, viejo!*

—Está bien, tengo que colgar. Volveremos a hablar pronto. Tengo que plantearte algo, hijo.

Esa frase me deja un poco descolocado. Normalmente, cuando mi padre

quiere algo, lo pide o, más bien, lo exige, con premura, sin dilación. No obstante, en esta ocasión no concreta nada, y eso me hace cuestionarme de qué podrá tratarse.

—Claro, como quieras. Adiós.

Ni siquiera se despide. Muy típico de él. Cabeceo mientras tiro el teléfono sobre el sofá y vuelvo sobre mis pasos para vestirme.

Miro de nuevo mi reloj. José se está retrasando. Llevo más de media hora esperando y, como siga bebiendo cerveza, no voy a poder levantarme de la silla. Por fin lo veo aparecer, sorteando las mesas. Lleva el pelo alborotado y pinta de no haber pegado ojo en una semana, por lo menos. Me levanto rápidamente en cuanto lo tengo delante y nos abrazamos con cariño, palmeándonos la espalda. Se separa mínimamente de mí y apoya sus manazas en mis hombros.

—¡Qué alegría verte, joder! ¿Cuándo fue la última vez que coincidimos?

Me rasco la mandíbula pensando un poco y sonrío.

—Hace ya más de un año, creo.

Echa la cabeza hacia atrás y se carcajea.

—¡Joder, es verdad! ¡Menuda juerga nos corrimos!

—¡Y que lo digas! ¡Al día siguiente me desperté desorientado, en una cama que no era la mía, con el cuerpo desnudo de una morenaza a mi lado!

—¡Yo perdí los gayumbos! —José se rasca la cabeza mientras toma asiento frente a mí.

Nos reímos durante un buen rato mientras pedimos al camarero y me cuenta cómo le va en el trabajo.

—Estoy agotado... Cada vez se me hace más pesado salir de viaje y dejar a Carlota aquí.

—¡Vamos, José! Carlota ya es mayorcita. Sabe cuidarse sola.

José levanta la vista lentamente y me escruta con su mirada. Espero con el corazón atronando en el pecho a que se lance. Le mantengo la mirada, y trago saliva.

—Hablando de mi hermana... ¿Qué te pasa a ti con ella?

Suelto todo el aire de golpe y hago tiempo mientras me llevo un bocado a la boca y lo mastico con parsimonia. Me encojo de hombros y me limpio con la servilleta. Después doy un trago a mi copa de vino.

—A mí no me pasa nada con Carlota, ¿qué iba a pasarme?

—Vamos, Manu, que nos conocemos...—Me mira extremadamente serio y sé que no me voy a poder escapar esta vez—. ¿Sabes? Al principio pensé que solo se trataba de un entretenimiento. Tú la hacías saltar, y ella te enseñaba los dientes pero, después veo algo en tu forma de actuar cuando se trata de ella, en cómo te incomoda el simple hecho de mencionarla... Eres mi mejor amigo, Manu, pero ella es mi hermana; espero que no se te olvide. —Ladea un poco la cabeza y me hace un gesto para que hable—. Explícamelo, ¿quieres?

Trato de no alterarme, así que me obligo a respirar con calma y sigo comiendo con normalidad, aunque parezca que en mi estómago esté digiriendo hormigón armado. Hago oídos sordos a la clara advertencia que acaba de hacerme; lo miro a los ojos y decido contarle una verdad a medias—: Podría decirse que no hemos empezado con buen pie.

Entrecierra los ojos y frunce el ceño. ¡Mierda! Sin embargo, continúa callado, esperando a que yo me explique.

—Si hay algo que no soporto es que no me presten atención cuando estoy explicando algo, y tu hermana tiende a... ¿cómo te diría?

—¿Pasar de ti como de la mierda?

Sonrío de medio lado y sacudo la cabeza.

—Se evade. Simplemente, desconecta y ya está. Además, los dos sabemos que no puede quedarse mucho tiempo quietecita, así que, sumado a lo anterior, consigue desbaratarme la clase y me pone de un humor de perros.

—¡Vaya, eso es nuevo! Si no recuerdo mal, eras tú el que siempre conseguía sacarla de sus casillas.

—Sí, bueno, supongo que han cambiado las tornas.

Sonríe un poco más relajado, y yo consigo que mi corazón vuelva a latir sin

sobresaltos.

—¡Donde las dan, las toman, amigo mío!

—Sí, ya. Sería gracioso si no ocurriera en clase, con la atención de todos esos chicos puesta sobre mí, y yo teniendo que interrumpir mis explicaciones cada dos por tres.

—¿Y no sería más fácil si pasaras de ella?

¡Pero qué sagaz, capullo! ¡Si fuera tan sencillo! Eso es lo que pienso pero, claro, me abstengo de decirlo en voz alta. Eso dejaría al descubierto lo que me pasa con su hermana y, además, lo pondría en alerta y, ¡joder!, no quiero que se preocupe, más cuando ni yo mismo sé qué es lo que está pasando. Así que, por toda respuesta, niego con la cabeza y sonrío sin saber muy bien qué contestarle. El camarero llega para retirar los platos y doy gracias por esa interrupción.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo es que has decidido empezar a dar clases en la facultad? Todavía sigo sorprendido por la noticia. En la vida me lo hubiera imaginado, la verdad, y... ¡Oye, no me verás quejarme! Ya sabes que pienso que es cojonudo tenerte de vuelta, solo es que... No acabo de entenderlo. — José se encoge de hombros y se echa hacia atrás para apoyarse en el respaldo de su silla.

Me paso la mano por la frente y esbozo una tenue sonrisa.

—Estaba muy cansado de mi vida allí. Siempre lo mismo... Casos multimillonarios de multinacionales podridas de dinero. Simplemente, me entró claustrofobia, y me largué.

—En todas las veces que hablamos, nunca oí que te quejaras.

Cojo la servilleta, que descansa sobre mi pierna, y la dejo con cuidado en la mesa. Me pongo más cómodo y bebo un poco de mi copa.

—Simplemente, me desperté un día, y nada tenía sentido. El puesto de profesor suplente me vino como anillo al dedo en ese momento y, la verdad, no lo pensé. ¡Ya sabes que suelo funcionar por impulsos!

—¡Joder, si lo sé! Entonces... Supongo que el cambio habrá sido brusco.

—Bueno, simplemente es diferente. No tiene nada que ver. Además, tenía muchas ganas de volver a casa; tú ya me entiendes...

—Eso está claro pero, ¡joder!, ¡allí ganabas una pasta, Manu!

—El dinero no es lo más importante, José y, en contra de lo que piensan algunos, no da la felicidad: eso te lo puedo asegurar.

—Vale, no dará la felicidad, pero seguro que ayuda a encontrarla.

Sacudo la cabeza porque no estoy, para nada, de acuerdo con lo que está diciendo. Sin embargo, es difícil de hacerle entender algo así a alguien que siempre se ha sentido muy querido por sus padres, alguien que ha tenido una infancia normal, rodeada de amor y cariño.

Cuando vuelvo a mirar a mi amigo, está revisando su teléfono y tiene una estúpida sonrisa pintada en la cara. Aparecen esos dos hoyuelos que tan locas vuelven a las tías. Al cabo de un momento, levanta la cabeza y deja el móvil sobre la mesa.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Mi hermana... Está muy loca, pero me encanta eso de ella. A pesar de todo por lo que ha tenido que pasar, sigue manteniendo esa fuerza...

De repente siento cómo algo se retuerce en mi interior y no sé muy bien cómo definirlo. Podría tratarse de envidia, porque José siempre ha tenido una familia de verdad, pero no es eso. La complicidad que tiene con Carlota... Prefiero no ahondar demasiado en el tema. Me sacudo esa sensación y me centro en nuestra conversación.

—¿Alguna persona especial en tu vida, aparte de tu hermana?

José se rasca la nuca y me regala una sonrisa canalla.

—¡Qué va! Mi vida ya es bastante complicada sin meter a nadie más en ella. Me paso la vida viajando, preocupado por Carlota; no necesito a nadie más a quien tener que darle explicaciones, gracias.

—Así es que te mantienes casto y puro.

José se carcajea ante mi afirmación, y su cara refleja de todo, menos castidad y pureza.

—Ya me conoces, capullo. Que no esté dispuesto a iniciar una relación con alguien del sexo opuesto no quiere decir que, de vez en cuando, no eche una canita al aire. —Le da un sorbo a su copa y me mira con un destello de diversión en sus ojos verdes—. Y tú, ¿qué? Porque no me dirás que no te has cepillado a ninguna tía despampanante en Nueva York...

Me encojo de hombros tratando de dejar por zanjado el tema, aunque sé que José no se va a dar por satisfecho. Suelto un hondo suspiro y paso mis dedos por el pelo, de forma perezosa

—Ya sabes cómo soy. Nunca he desaprovechado una oportunidad para llevarme el gato al agua.

—¡Qué mamón!

—Sí, ya. Eso lo dice la hermanita de la caridad, ¡no te jode!

Una hora después, ya estamos apurando nuestra primera copa en un pub que, aunque no tiene el ambiente que más me gusta, no está tan mal. La música está demasiado alta, y no hay mucha luz. Veo cómo José no deja de mirar el móvil de forma compulsiva y me pregunto si habrá quedado con alguien más esta noche.

Carlota

Estoy impaciente. Mi hermano me ha enviado un whatsApp hace algunas horas pidiéndome que nos veamos en el pub al que acabo de entrar, arrastrando literalmente a Sara de la mano. Ni siquiera me detengo cuando varias personas se interponen en mi camino; simplemente voy abriéndome paso con los codos y, como no se aparten, a bocados si es preciso.

Oigo vagamente cómo mi amiga reniega detrás de mí pero, aun así, sigo sin detenerme. Alzo la cabeza mientras me pongo de puntillas para alcanzar el fondo del local. Lo veo apoyado en la barra con esa pose tan arrogante suya, contemplando cómo bailan las chicas a su alrededor. Tiro nuevamente de Sara con prisa y sigo empujando a todo aquel que me me obstaculiza el paso hasta que lo tengo delante. Sara choca contra mi espalda cuando freno, de golpe, frente a José.

Espero, mordiéndome los labios, a que repare en mí y, cuando lo hace, tomo impulso y salto sobre él, rodeándolo con brazos y piernas para darle un sonoro beso en la mejilla.

—¡Vaya, yo también me alegro de verte, pitufa! —Su fuerte risa reverbera en su pecho y yo lo acompaño con una sonrisa traviesa.

—¿Me has echado de menos? —Soy incapaz de dejar de sonreír cuando vuelvo a apoyar los pies en el suelo y me separo un poco de él.

—Claro que te he echado de menos, enana.

—¿Y por qué no has venido a cenar a casa?

Veo cómo gira levemente la cabeza y yo sigo su mirada hasta que me doy de bruces con la persona que menos deseo ver del planeta.

—Había quedado con Manu. Hacía un siglo que no lo veía, aunque creo que tú ya lo has honrado con tu presencia en su clase, ¿no?

Me pongo nerviosa al pensar que tal vez Manu le haya contado nuestros últimos encontronazos y todavía lo hago, más cuando recuerdo que ayer no asistí a clase. La sonrisa se me borra de un plumazo, y el gesto se me agria en cuanto Manu da dos pasos hacia mí.

—Carlota...

Ladeo un poco la cabeza y le escruto con la sonrisa más cínica que consigo poner.

—Manu... Profesor Lafuente... La verdad es que no sé muy bien cómo debería dirigirme a usted...

Veo cómo aprieta los labios sin dejar de mirarme fijamente.

—¡Bueno, bueno, veo que habéis empezado con buen pie! ¿eh?

Mi hermano me toma de la cintura, y eso me distrae un poco y, aunque Manu no deja de fulminarme con la mirada, decido dejarlo pasar. Seguro que mi bienestar emocional me lo agradece.

Me acuerdo de repente de Sara y me giro para encontrarla justo a mis espaldas, mirando hacia atrás. Sé que está incómoda porque no deja de retorcerse las manos y creo saber la razón por la cual se encuentra así.

Decido darle un empujoncito y, separándome de mi hermano, poso mi mano sobre su brazo para llamar su atención. Sara vuelve la cara con una sonrisa, aunque a mí no me engaña. Está histérica. Me giro hacia mi hermano y sonrío.

—José, ¿te acuerdas de mi amiga Sara?

Los ojos de José la escrutan por un momento y creo ver en estos algo de sorpresa. Los entrecierra de repente y entreabre la boca.

—¿Sara? —Ladea la cabeza y le pega tal repaso a mi amiga que hasta yo me sonrojo—. ¿La misma Sara que se paseaba por casa con esos rizos salvajes y que siempre llevaba la cara manchada de chocolate?

Veó cómo mi amiga enrojece hasta el nacimiento del pelo mientras centra la vista en el suelo. Se encoge de hombros y coge uno de sus rizos entre los dedos, para retorcerlo con saña.

—Creo que hace bastantes años de eso. Dejé de llevar la cara manchada mucho antes de entrar en la adolescencia pero... sí, supongo que soy esa Sara. —Se atreve, por fin, a levantar la vista y posarla sobre mi hermano.

La conexión es instantánea. Mientras Sara sonrío un tanto cohibida, José no pierde oportunidad de comérsela con los ojos. ¡Madre mía, esto no puede estar pasando! Y es que conozco demasiado bien esa mirada suya. El cazador frente a su presa. ¡Mierda, mierda y más mierda! Le doy un codazo a mi hermano en las costillas sin el menor miramiento posible y lo fulmino con los ojos.

—¡Auch! —Se gira con el ceño fruncido y me interroga con un gesto. Por lo menos he conseguido que deje de mirar así a mi mejor amiga—. ¿A ti qué te pasa? —Se pasa la mano por la zona magullada y le da un trago a su cerveza.

Nada de lo que hago durante la hora que sigue sirve de nada para ahuyentar a mi hermano ni para hacer desistir a mi amiga de su enamoramiento por él. Estoy asustada, lo confieso. No quiero que José juegue con ella porque sé que no busca nada más que pasar un buen rato mientras que Sara hará todo lo que él quiera: así de subnormales nos hace el amor.

En un momento dado y totalmente desesperada, tomo de malas maneras a mi amiga por el brazo y la arrastro hasta el baño. La empujo dentro del único cubículo que está libre y me encierro con ella dentro.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —Sara se retuerce hasta que logra zafarse de mi agarre y se cruza de brazos, muy indignada.

—¡Dime que ni siquiera lo estás pensando!

—Pensar... ¿qué?

—¿Cómo que qué? ¡Pues lo que es evidente, claro!

Sara abre desmesuradamente los ojos y niega con la cabeza.

—¡Oh, por el amor de Dios! ¡He visto cómo te mira! Y... —Le pongo un

dedo en la boca cuando veo que va a contestarme— ...¡Ni se te ocurra negarlo, Sarita, que nos conocemos!

Me aparta la mano de forma brusca y pone los brazos en jarras.

—¡No sé de qué coño estás hablando!

Trato de dar vueltas, pero me es imposible, dadas las escasas dimensiones del cubículo en el que estamos encerradas. Alzo un dedo y la apunto con este.

—¡Dime que no te irás con él, joder! y ya, de paso, ¡deja de hacerte la tonta, por Dios!

Sara se cruza de brazos y sacude lentamente la cabeza.

—Pero a ti, ¿qué te pasa?

Suelto todo el aire de golpe y soplo un mechón que se me pone sobre el ojo.

—¡Me pasa que estoy preocupada por ti! ¡Me pasa que ya hablé contigo acerca de lo que hace mi hermano con las jovencitas como tú! ¡Me pasa que eres mi mejor amiga y él, mi hermano! Y... ¡Me pasa que no quiero que te haga daño porque...! Dime, ¿qué podría hacer yo si eso ocurre?

Sara frunce el ceño y parpadea rápidamente.

—Pero vamos a ver, Charlie, ¿por qué te estás comiendo la cabeza con eso ahora? Tu hermano no sabe siquiera que existo...

Ahora soy yo la que pone los brazos en jarras y los ojos en blanco. El puñetero mechón de pelo no deja de incordiar, así que me lo meto de malas maneras detrás de la oreja.

—¡Eso es lo que tú te crees, bonita! ¿Pero es que no ves cómo te mira? ¡Vamos, como siga así, se te va a desintegrar hasta la ropa!

Sara suelta una risotada y pone esa mirada soñadora que por desgracia tanto conozco y que siempre me regala cuando hablamos de José, junto con una de las sonrisas más gilipollas que le he visto nunca. ¡Pues sí que estamos bien! Paso la mano por mi frente, totalmente frustrada. Vale, esto no está saliendo como yo esperaba... ¡Joder! Sara me coge por los hombros y me zarandea dulcemente.

—¡Venga, Carlota, no es para tanto! Creo que te estás equivocando... Es

imposible que tu hermano quiera nada conmigo...

Rodeo con mis manos sus muñecas y la miro muy fijamente.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho? Créeme, conozco a mi hermano, y está interesado en ti... Bueno, en meterse dentro de tus bragas, para ser más exactos.

—¡Hay que ver, hija, qué bruta eres!

—Y lo peor de todo es que no veo que te importe lo más mínimo... ¡Mierda, Sara, tú sueñas con el amor, y él solo quiere darse un buen revolcón!

—Te aseguro que, si ese es el caso, podré con ello, ¡joder!

—¡Ni de coña, vamos! Mi hermano no quiere nada serio, y yo no quiero que te rompa el corazón.

—Me doy por enterada. No me romperá el corazón porque yo no dejaré que lo haga... ¿satisfecha?

—¡Oh, sí, vamos, me quedo supertranquila!

Me coge la cara entre sus pequeñas manos y me aprieta hasta que hace que ponga boca de pez.

—No quiero que te preocupes por mí. Estaré bien.

Le aparto las manos y parpadeo varias veces.

—¿Y eso qué significa, eh? —La miro detenidamente hasta que veo lo que le pasa por la cabeza y me deshincho como un globo—. ¡Así que te da igual!, ¿no? Lo vas a hacer de todas maneras. —Cierro los ojos y dejo que el aire abandone lentamente mis pulmones—. Muy bien, tú sabrás... Luego no me vengas llorando... —Cuando los vuelvo a abrir, Sara me está mirando con una sonrisa preciosa pintada en su cara. Sé que le romperá el corazón. Solo espero que eso no haga que pierda a la mejor amiga que he tenido nunca.

Volvemos a la barra en cuanto Sara consigue que me tranquilice, e inmediatamente me pido una copa. Acabo de decidir que lo mejor que puedo hacer es emborracharme. José vuelve a acercarse a mi amiga y comienza el juego del tonto. Un roce por aquí, que si qué pelo más bonito tienes por allá. Mientras me pregunto cuánto tiempo tardará en llevársela de allí, veo cómo le

mete la lengua hasta la campanilla. Vale, definitivamente, necesito otra copa. Tan solo un cuarto de hora después, José se acerca a mí y me da un suave empujón con el hombro.

—Pitufa, ¿estarás bien si te dejo sola?

Me giro y lo fulmino con la mirada mientras me llevo el vaso a la boca para acallar la sarta de improperios que estoy a punto de soltar. Me rehago como puedo y miro por encima de su hombro.

—¿Te vas... solo?

Mira por un momento hacia atrás, y sé que está buscando a Sara, que no para de retorcer la correa del bolso que lleva al hombro.

—No, esto...

—Ya. Tú sabrás, eres mayorcito. Ahora, escúchame bien, como me entere de que le haces daño... de que la tratas mal o...

—¡Eh, eh, eh, para el carro!

—¡No, para el carro tú! Te vas a tirar a mi mejor amiga, y los dos sabemos que eres el mejor hermano del mundo y que te quiero con locura pero, como tío... dejas mucho que desear, así que lleva cuidado y, José... —Me acerco más y le hablo al oído—. Trátala como se merece o te las verás conmigo, ¿entendido?

Alza las manos y sonrío de medio lado, mirándome durante una fracción de segundo. Después se gira y, dándole a Sara un beso en el cuello, le susurra algo al oído y la arrastra hacia el exterior.

Apoyo los codos en la barra sin importarme si está mojada o no y escondo la cara entre mis manos hasta que noto movimiento muy cerca de mí.

—Parece que tu hermano se ha ido con... —La voz de Manu suena demasiado cerca de mí para mi gusto.

—Sara.

—Eso... —Se mantiene en silencio el tiempo necesario para que yo gire la cabeza, que todavía descansa sobre mis manos, y lo mire—. José me ha pedido que te lleve a casa y que cuide de ti.

—Gracias, pero no. Sé cuidarme solita.

Veo cómo Manu toma aire muy lentamente y mira hacia la pista de baile; después apoya sus manazas en las caderas y vuelve a posar su vista en mí.

—Vale, esto no va demasiado bien que digamos.

Giro mi cuerpo, totalmente en tensión y aprieto los labios.

—¿Ah, no? ¿Y qué es lo que esperabas?

Se rasca la nuca y suelta el aire de golpe.

—Tenemos que hablar.

—Perdona, pero tú y yo no tenemos nada de que hablar.

—Discrepo.

Genial, solo me falta que saque ese aire fanfarrón que tanto me revienta. Levanto las cejas y me cruzo de brazos (claro gesto defensivo), aunque me temo que no lo va a pillar.

—Mira, sé que hemos empezado con muy mal pie y... me gustaría hablar contigo para aclarar algunas cosas.

Alzo un poco más las cejas y creo que llegan a rozar el nacimiento de mi pelo. Me impaciento porque no quiero tener esta conversación, y menos ahora que estoy preocupada por Sara.

—Pues lo dejamos para otro momento: ahora no estoy de humor.

—No. Lo vamos a aclarar ahora. Es posible que pienses que me he pasado contigo en clase, pero...

—¿En serio? ¿Cómo has llegado a esa conclusión, Sherlock? —Veo cómo aprieta la mandíbula y se pasa las manos por el pelo. Bien, está nervioso, ¡qué se joda!

—Deja el sarcasmo para otro momento, ¿quieres? Estoy tratando de hablar contigo de un modo civilizado.

—Civilizado, dices. ¿Y qué había de civilizado en la forma en la que me trataste el martes pasado, eh?

—¡Joder, Carlota, eres exasperante! ¡Si consigues callarte durante más de un segundo, podré explicártelo!

Me quedo helada. Nunca le he visto tan cabreado, y eso me asusta un poco (para qué nos vamos a engañar). Parece que el palo que lleva metido por el culo le hace daño o, a lo mejor, son las almorranas. Bueno, da igual: el caso es que me quedo en silencio y él parece que se relaja un poco.

—No esperaba verte en mi clase aquel primer día. Me quedé confundido porque no sabía si eras tú. Después, cuando no hubo ninguna duda... tú... Carlota... —Vuelve a pasarse las manos por el pelo y se mueve incómodo hasta que resopla y parece ponerle orden a sus pensamientos—. ¡Joder, me distraes... constantemente! Pierdo el hilo de lo que estoy diciendo, y eso no me lo puedo permitir. Además, ¿es que no puedes estarte quieta ni un minuto? ¡Por el amor de Dios!

Ahora soy yo la que me indigno, ¡será capullo! Pongo los brazos en jarras y miro hacia arriba para encararlo. Sigue siendo alto, aunque vaya subida en mis tacones

—¿Que si no me puedo estar quieta? ¡Lo que me faltaba! ¿Cuántos somos en clase, ochenta? ¿Por qué tienes que estar continuamente siguiendo cada uno de mis movimientos?

Sé que lo he pillado cuando mira hacia el techo y trata de respirar con normalidad. Después clava sus ojos en mí y me atraviesa con su mirada.

—¡Ojalá lo supiera! ¡Ojalá pudiera hacer como si no estuvieras en clase, créeme, sería estupendo!

Vale, me he perdido. En serio, que alguien me explique qué me está queriendo decir, porque no entiendo nada.

—No... No lo entiendo.

—¡Pues ya somos dos! Sería mucho más fácil si fueras tan solo una más pero, por alguna razón que no logro entender, no lo eres, ¿contenta?

—Pues no, la verdad es que no.

—¿Por qué no viniste ayer a clase?

Bueno, pues ahí está: cambio brusco de tema y pregunta del millón. Tarde, pero ha llegado y, ¡mierda! No me puedo escabullir y dejarlo estar. Aun así,

miro a mi alrededor por si veo algún hueco por el que escapar de aquí, pero lo dejo estar. ¿Desde cuándo me he convertido yo en una cobarde? Cuadro los hombros y trago saliva.

—No me apetecía verte la cara ni aguantar tus gilipolleces, la verdad.

Abre la boca, pero la vuelve a cerrar de golpe. Sé que trata de no enfadarse, aunque la vena que se le marca en la sien lo delata. No obstante, cuando vuelve a hablar, lo hace pausadamente.

—No lo comparto, pero lo entiendo.

—¿En serio? —¡Bueno, bueno, lo nunca visto! Al final voy a pensar que ha crecido y ha madurado este hombre.

—Sí, en serio. —Espera, veo cómo trata de esconder la sonrisa que asoma de sus labios y, no me extraña, mi cara de estupefacción tiene que ser un poema—. No me comporté adecuadamente contigo el martes pasado y te pido disculpas. Trataré de que no vuelva a ocurrir. Me harías un gran favor si te mantuvieras quietecita el tiempo suficiente para que no me dé un infarto.

—¡Pero si se me cayó el boli!

—Carlota, por favor...

—Está bien, lo intentaré; lo prometo, pero con una condición...

Manu levanta una ceja y ladea la cabeza a la espera de mi petición.

—Tú quítate el palo que llevas metido por el culo, y yo trataré de no moverme en clase nada más que para respirar y tomar apuntes.

Abre la boca desmesuradamente, y sé que se le pasan por la mente mil y una réplicas. Aun así, parece que se contiene cuando deja escapar el aire por la nariz y aprieta la boca.

—Con que el palo por el culo, ¿eh? —Me toma de la muñeca y me acerca a él un poco—. Anda, dime qué quieres tomar, necesito una copa... o dos.

Después de una copa y de haber bailado de media hora, mientras Manu y yo no nos quitamos los ojos de encima, veo cómo se acerca, decidido, hasta donde estoy y se pega a mí por detrás. No sé si es el alcohol que corre por mis venas o mi imaginación que me juega una mala pasada, pero juraría que acaba

de cogirme de las caderas y se balancea al mismo ritmo que mi cuerpo. El corazón se me desboca en el pecho y soy incapaz de abrir los ojos. Dejo caer la cabeza hacia atrás, hasta que queda apoyada en su amplio pecho. Su aliento me hace cosquillas cuando me habla al oído.

—¿Nos vamos, Cabeza de Zanahoria?

Ese escalofrío que estaba sintiendo por la espalda se desvanece de un plumazo en cuanto oigo el apodo asqueroso que siempre utilizaba conmigo, ¡será mamón! Giro la cabeza en un movimiento enérgico para contestar a su bromita como se merece, pero parece que calculo mal porque mi nariz choca con la suya y nos quedamos muy, muy quietos. ¿Por qué no ha apartado la cabeza después de decirme lo que me ha dicho?

—¿Qué...? ¿Qué haces? —Mi aliento se mezcla con el suyo, y mi estómago da un doble salto mortal cuando veo cómo sus ojos reposan en mi boca.

No sé muy bien qué es lo que se cortocircuita en su mente pero, dos segundos después, se ha incorporado y me mira parpadeando desde su altura, separándose de mí al mismo tiempo.

—Bueno, ¿Qué? ¿Nos vamos?

Vamos por la calle de camino a casa. No he logrado convencerlo de que puedo llegar solita, así que aquí me tienes, devanándome los sesos sin saber muy bien a qué atenerme con este hombre, porque ¿qué ha sido lo de hace un rato?, ¿son imaginaciones mías o Manu tenía tantas ganas como yo de estampar su boca contra la mía?

Conseguimos hablar de tonterías durante unos diez minutos seguidos; después vuelve ese silencio incómodo entre nosotros. Nuestras manos se rozan por casualidad un par de veces, y eso hace que se me ponga de punta el vello del brazo. ¡Malditas sensaciones! ¿Sentirá él lo mismo que yo? ¿Estará pensando lo mismo? ¡Argggg! Pero, ¿qué me pasa a mí con este hombre? Lo detesto, lo odio a morir pero, sin embargo, me atrae como nadie nunca lo ha hecho. Me recuerdo a mí misma que en parte él fue el culpable de que yo me hundiera en el lodo, buscando un beso que me hiciera sentir algo parecido a lo

que había sentido con el primero de mi vida, con el que Manu me había dado. ¡Mierda, mierda y más mierda!

Cabeceando, recordando y reprochándome a mí misma esos pensamientos tan inconvenientes, conseguimos llegar hasta mi casa. Delante del portal, tardo una eternidad en encontrar las llaves y, después de más de tres intentos, por fin consigo abrir la puerta.

Esa sensación de mareo agradable que te proporciona el alcohol se ha esfumado de mi cuerpo hace ya rato y la extraño tanto, ¡joder, vaya si lo hago! Pensando en eso estoy cuando me doy cuenta de lo cerca de mí que se encuentra Manu al girarme para despedirme. Estoy demasiado histérica y no tengo tiempo de preguntarme el porqué cuando mi corazón planea hacer de butronero y escapar, haciendo un agujero, de mi pecho. Después de tratar de tranquilizarme y fracasar estrepitosamente, mi cuerpo está a escasos centímetros del suyo. Y no sé si es por la impresión pero, al dar un paso hacia atrás para separarme, tropiezo con el escalón y, si no es por los brazos de Manu que rodean rápidamente mi cintura, estoy segura de que hubiera acabado de hacer el ridículo más espantoso cayendo de culo ante él. Me cojo de sus brazos por puro instinto, y la maniobra que he iniciado para alejarme resulta ser totalmente contraproducente.

Siento cómo el rubor cubre mis mejillas y miro hacia el suelo, bastante avergonzada.

—Lo siento, bueno... Gracias por acompañarme. —No me atrevo a alzar la vista del suelo. Sé que, si lo hago, estaré perdida, completa y absolutamente perdida.

Manu suelta el aire poco a poco y, del mismo modo, va aflojando sus brazos hasta que se separa completamente de mí. Abre la puerta y me hace pasar dentro.

—Vamos, te acompaño hasta arriba.

No replico. Simplemente porque no sé si seré capaz de articular palabra. Rezo para no volver a hacer el ridículo con las llaves y, milagrosamente,

consigo abrir a la primera. Apoyo la frente en la puerta y suspiro. Me giro lentamente y me encuentro con su mirada y con una expresión indescifrable en su rostro.

Da un par de pasos hacia mí y me toma de la mano mientras tira de mí para tenerme más cerca. Deposita un beso en mi mejilla, peligrosamente cerca de la comisura de mis labios. Cuando se dispone a hacer lo mismo en la otra, apenas aparta la cara, lo que provoca que su nariz roce levemente la mía. Siento su mano en mi cadera mientras besa con reverencia mi piel ruborizada.

Se para un momento para deslizar su mirada por mi rostro y se detiene finalmente en mis labios. Veo cómo se acerca muy lentamente. Su otra mano trepa despacio por mi brazo, lo que hace que mi piel se erice. Sé que va a besarme y, ¡Dios, cómo lo deseo! Solo soy consciente de su boca, de cómo su lengua humedece sus labios mientras yo entreabro los míos, impaciente, nerviosa.

—Pitufa, ¿eres tú? —La voz de mi hermano se cuela por la puerta medio abierta.

El instante se pierde para siempre. Manu se separa de mí, me da las buenas noches y corre escaleras abajo sin mirar atrás.

—Sí, soy yo —grito un poco para que me oiga mientras cierro la puerta detrás de mí, algo aturdida todavía y, sacudiendo el deseo de mis entrañas, dejo entrar un pensamiento en mi mente. Miro el reloj. Son apenas las cuatro de la mañana. ¿Cuánto hace que mi hermano y Sara se fueron? Apenas tres horas... ¿Estará Sara con José? Sacudo la cabeza porque ya sé la respuesta a eso, ¡ni de coña! Mi hermano nunca trae a sus conquistas a casa, por muy necesitado que esté. Doy por hecho que habrán ido al piso que Sara comparte con dos compañeras de facultad pero, entonces, ¿qué está haciendo en casa tan pronto?

Me desvisto haciendo lo imposible por no darle vueltas al asunto y rechazando la idea absurda de ir a su habitación a cantarle las cuarenta. Pienso en mandarle a mi amiga un mensaje, pero desisto de ello y decido dejarlo

pasar hasta mañana: estoy demasiado exhausta.

Carlota

Todavía sigo tratando de encontrar un hueco para hablar con Sara. Le mandé un mensaje el domingo pero, tras haberme contestado con evasivas, le dejé el espacio que parecía necesitar.

Esta mañana no me estaba esperando en la parada del bus. Es martes, y Sara no está. Eso es muy raro. Con un hondo suspiro entro en clase con toda la decisión que consigo reunir, que viene siendo más bien poca y tomo asiento en una de las esquinas pensando que, si tengo que volver a salir corriendo, mejor lo hago sin molestar a mis compañeros.

Los nervios me oprimen el estómago y hacen que mis manos tiemblen cuando empiezo a sacar mis cosas de la mochila. Me pongo mis gafas de pasta y, aunque es bastante absurdo, me ayudan a sentirme algo mejor. ¿La razón? ¡Ni pajolera idea! ¡Así funciona mi mente, y no estoy yo ahora mismo como para ahondar en ello!

Cuando el silencio se hace en el aula anunciando que el profesor acaba de hacer acto de presencia, los nervios se han transformado en mamuts dentro de mi tripa que hacen que tenga ganas de vomitar. Pero no: de eso nada, amiguitos, no vais a poder conmigo.

Relajo los hombros y alzo poco a poco la vista hacia la tarima. Manu está escribiendo el enunciado del tema que trataremos hoy y sigue estando tremendo con esos pantalones ajustados que le sientan tan bien. Lleva la camisa remangada hasta los codos, luciendo unos antebrazos fornidos y

levemente bronceados. Trago saliva y decido mirar hacia otro lado para preservar mi bienestar emocional, más que nada.

Cuando me vuelvo a armar de valor y miro hacia el frente, me encuentro con sus ojos fijos en mí. Un escalofrío me recorre la espalda, y todo mi cuerpo se tensa. Me quedo atrapada en esa mirada suya, hasta que lo veo sonreír levemente. Mi corazón hace un movimiento raro en mi pecho, y algo cálido se expande por mi cuerpo. Mis labios se curvan hacia arriba de forma automática, devolviéndole la sonrisa y no sé por cuánto tiempo nos mantenemos así (no sé si por unos cuantos segundos o por una eternidad, porque me tiene totalmente cautivada con su influjo). Todo lo que me rodea se desdibuja, y solo soy consciente de nosotros dos.

La conexión se rompe cuando Manu se da por fin cuenta de lo que pasa y, con un leve carraspeo, se recompone y empieza a hablar hacia el resto de la clase. Gracias al cielo, no me hace ninguna pregunta acerca de lo explicado en la clase anterior y me imagino que es su forma de hacer las paces conmigo, lo cual le agradezco enormemente.

La tensión se va evaporando poco a poco, y los mamuts que acampaban en mi estómago se van transformando en mariposas que revolotean sin descanso durante toda la clase. Me afano en tomar apuntes y, en más ocasiones de las que me gustaría, pillo a Manu con su vista clavada en mí, lo cual hace que no acabe de relajarme del todo y que mi cuerpo se tense cada cinco minutos.

Cuando suena el timbre, dando por finalizada la clase, me doy prisa por recoger mis cosas. He visto cómo Manu sigue cada uno de mis movimientos y estoy casi segura de que quiere hablar conmigo, pero no puedo. No ahora, no aquí. Mi valentía se esfuma, y aprovecho que unos alumnos se acercan a él para marcharme silenciosamente del aula.

A media mañana y, después de que Sara no haya dado señales de vida, decido mandarle un mensaje con el móvil: “Sarita, cielo, deja ya de esconderte. Dnd te has metido sta mañana?”.

Silencio el teléfono y lo guardo en la mochila cuando entro en mi siguiente

clase y, aunque intento desesperadamente prestar atención y tomar apuntes, me resulta muy difícil, teniendo a Sara y Manu en mi cabeza.

Por fin acaban las clases y, mientras me dirijo a la parada del bus, miro el móvil para ver si Sara ha contestado. Allí está su mensaje: “Comemos juntas?”.

Dejo salir el aire poco a poco y me relajo, por fin, después de una puñetera mañana de infarto. “Claro, voy hacia el bus”. Y me contesta: “Vale, espérame en la parada. Voy para allá”.

Cinco minutos después, veo cómo mi amiga se acerca hacia donde me encuentro y sonrío mientras me ajusto la mochila en el hombro y camino a su encuentro.

—¡Joder, ya era hora! ¿Dónde te habías metido? —Me planto frente a ella con el ceño fruncido y los brazos en jarra.

Sara levanta la mirada poco a poco y, cuando por fin me mira, arruga la nariz y me hace un mohín con los labios que ni Escarlata O’Hara hubiera hecho en sus mejores momentos. Esa pose tan estudiada mía no se mantiene por mucho tiempo más, teniendo en cuenta la cara de estreñida que me está poniendo, así que me resigno cuando una pequeña sonrisa asoma a mis labios. Relajo el gesto y, tomándola del brazo, tiro de ella hacia la parada del bus. Me giro hacia ella mientras la voy arrastrando calle abajo e intento darle a mi voz un tono desenfadado.

—¿Dónde te apetece ir?

Se encoge exageradamente de hombros y se muerde el labio inferior sin dejar de mirar al frente.

—Necesito muchas calorías... ¿Qué te parece una hamburguesa grasienta con mucho ketchup y patatas fritas?

Siento cómo la sonrisa se expande en mi cara mientras trato de averiguar qué es lo que me esconde.

—¡Suenan deliciosos! —Cambio el sentido de nuestros pasos y acelero todavía más; de repente, tengo mucha hambre y muchas ganas de que me cuente

lo que pasó con mi hermano el pasado fin de semana, aunque no estoy muy segura de que me guste lo que voy a oír.

Llevamos media hora sentadas y empiezo a estar muy harta de ver cómo Sara pasea las patatas fritas por el plato mientras su hamburguesa sigue prácticamente intacta. Suelto el aire de forma sonora y, apoyando el codo en la mesa, dejo descansar la barbilla sobre mi mano.

—Bueno, ¿qué? ¿Piensas contarme lo que te pasa? Parece que te estás escondiendo de mí. —Levanto una ceja mientras me meto una patata en la boca y la mastico con parsimonia.

Sara se relame los labios visiblemente incómoda y se encoge de hombros, lo cual parece ser su deporte favorito últimamente.

—¿Y bien? Sigo esperando... —Pasan dos minutos y, después de que se me agota la paciencia, teniendo en cuenta que me quedaba más bien poca, decido sacar yo el tema—. Cuando el sábado volví a casa, mi hermano ya había llegado y, aunque no pretendo que me des detalles —arrugo la nariz y hago como si me estremeciera—, necesito saber que todo fue bien... Que tú estás bien.

Sara apoya ambos codos en la mesa y se coge la frente con las manos. Después de unos interminables momentos, por fin alza la cabeza y me mira. Su cara es todo un poema. —No hay mucho que contar. —Vuelve a encogerse de hombros y yo hago un titánico esfuerzo por no empezar a soltar sapos y culebras por esa boquita mía que suele ser mi perdición—. Nos enrollamos en mi habitación, lo hicimos, se vistió y se fue. Esa fue la secuencia.

Escruto su cara por si encuentro algo en ella que me ayude un poco a saber cómo se siente, pero no lo consigo.

—Bueno, ya sabemos cuál es el *modus operandi* de mi hermano... ¿Cómo estás tú?

—Si te soy sincera... ni yo misma lo sé. —Pasea la mirada por su alrededor hasta que suelta un hondo suspiro y vuelve a centrarse en su plato. Coge una patata, la moja en el ketchup y la deja suspendida en el aire, a medio camino

de su boca—. Aunque las dos sabemos cómo actúa José con las chicas, tenía la absurda esperanza de... —Por fin se mete la patata en la boca y la mastica con decisión, casi con furia, y tengo la vaga impresión de que se está imaginando que esa pobre patata frita es mi hermano.

—Creías que contigo sería diferente.

Se encoge nuevamente de hombros, y yo le pongo los ojos en blanco.

—Llámame ilusa, ¿qué quieres que te diga?

Le sonrío antes de limpiarme la boca con una servilleta de papel y, después de haber hecho una bola con esta y de haberla lanzado a mi plato, alargo el brazo y le doy un toque con mi dedo en su mano.

—¡Eh! Es normal que pienses eso. Las dos sabemos lo romántica que eres pero, aunque tenga que utilizar una frase tan manida como esta... ¡Te lo dije! ¡Por Dios, Sara, deja de hacerte ilusiones con mi hermano! Lo único que vas a conseguir es que te destroce el corazón.

Me pone cara de cachorro abandonado bajo la lluvia, y a mí se me parte un poco el alma. Empiezo a notar cómo los instintos asesinos crecen en mi interior y rezo para no encontrarme a mi hermano cuando llegue a casa. Repito el mismo mantra hasta que me calmo un poco: “No debo meterme en los asuntos privados de los demás”.

Cuando vuelvo a levantar la vista, los ojos de Sara miran hacia el infinito, y una película acuosa los empaña. Frunzo los labios y respiro sonoramente. Esto hace que mi amiga salga de su ensoñación y se centre de nuevo en mí.

—¿Y a ti cómo te fue con tu querido profesor de Derecho Financiero y Tributario? —Una sonrisa pícaro se dibuja en su cara mientras empieza, por fin, a dar buena cuenta de su hamburguesa.

Es mi turno de encogerme de hombros pero, en cuanto me doy cuenta del gesto, cabeceo con una sonrisa mientras trato de decidir si es buena idea contarle a Sara lo que realmente me pasa con Manu desde hace ya más de seis años. Me muerdo el interior de la mejilla y meto un mechón de mi pelo detrás de la oreja.

—Al final no tuve más remedio que consentir que me acompañara a casa y...
—Bajo la vista hasta mi plato y me humedezco los labios—... Y casi nos besamos.

—¡Espera! ¿Cómo? —Sara tiene los ojos como platos mientras me mira con cara de incredulidad total.

Me deshago la coleta y me la vuelvo a hacer con la intención de ganar algo de tiempo para poder contarle a Sara todo lo que, hasta ahora, me ha pasado con Manu.

—Explícamelo porque no lo entiendo. Hasta el sábado, se suponía que lo odiabas a muerte... ¿o es que me he perdido algo?

Arrugo la frente y hago un mohín con mi boca, la misma que siempre acaba metiéndome en más problemas de los que me gustaría.

—Puede que haya omitido alguna que otra cosilla en el pasado.

—¿Perdona?

La cara de mi amiga no es muy alentadora en estos momentos; me mira con cara de perdonavidas y a mí se me encogen las entrañas. Necesito contarle todo lo que arrastro con Manu pero, al mismo tiempo, me da un miedo terrible abrirme a alguien de esa manera. Además, es muy probable que, hablando con ella del tema, descubra cosas que todavía no estoy dispuesta a asumir.

—Manu fue el primer chico que me besó...

Sara abre ligeramente la boca mientras hace aspavientos con las manos delante de mi cara.

—¡No me lo puedo creer! —Se pasa las manos por la cara y vuelve a mirarme, patidifusa—. ¿Y cuándo se supone que ocurrió eso?

—Hace unos seis años, más o menos.

—¿Y no se te ocurrió que era buena idea contármelo? ¿Llevas seis años ocultándome algo tan trascendental como eso? —Niega vehementemente con la cabeza y parpadea muy rápido—. ¡Joder, Charlie! ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Sabes cómo me siento?

Ahora soy yo la que la mira con ojos de perro pachón. Hago un leve

movimiento de cabeza y trato de acercar mi mano a la suya, pero ella la aparta con rapidez.

—Soy tu mejor amiga, o por lo menos eso creía hasta hace escasos cinco minutos. Las amigas se lo cuentan todo...

Está dolida, y yo me doy de cabezazos mentales por hacerle daño.

—Lo... Lo siento, Sara. Nunca se lo había contado a nadie hasta ahora. No sé por qué no te dije nada en su día. Supongo que me daba mucha vergüenza.

—¿Vergüenza? ¡Vergüenza debería darte ocultarle cosas a tu mejor amiga!

—Siempre te he dicho que no lo soportaba, que era insufrible y que se pasaba la vida metiéndose conmigo... ¿Cómo querías que te contara que había dejado que me besara? No quería que pensaras mal de mí.

—Vamos a ver, Carlota. Incluso cuando te volviste insufrible en el instituto, cuando no dejabas que nadie se te acercara, cuando me diste de lado totalmente... nunca pensé mal de ti.

Me estremezco porque no me gusta recordar aquella época nefasta de mi vida, y ella se da cuenta. Sus hombros se relajan y baja un poco la guardia.

—Está bien, más vale tarde que nunca... Cuéntamelo todo. —Se arrellana en el asiento, poniéndose cómoda mientras mi incomodidad crece por momentos. Supongo que no hay posibilidad de echarse atrás a estas alturas. Allá voy.

—¿Recuerdas a aquel chico del instituto que me llevaba loca? —Espero hasta que Sara asiente con la cabeza—... Nacho se llamaba. El muy cabrón me dio el plantón de mi vida... ¡En fin! dicen que no hay mal que por bien no venga... Recuerdo que estaba tan avergonzada... era la primera vez que alguien me pedía salir, y todo resultó ser un desastre. Llovía débilmente, aunque no por ello dejaba de ser molesto. Llegué a casa empapada, arrastrando los pies. El rímel, que no solía ponerme, se había convertido en gruesos surcos negros que me hacían parecer un mapache y estaba tan mal que no tenía ganas ni de llamarte para ponerte al día de mi desgracia. —Aparto la vista de mi amiga y me centro en jugar con un trocito de patata que descansa, solitario, en el plato—. Recuerdo que me irrité muchísimo cuando oí que Manu entraba en casa

con mi hermano y que recé para que no viniera, como hacía siempre, a meterse conmigo. La verdad es que estaba hecha polvo y solo quería estar sola. — Paseo la mirada por el bar sin ser consciente de lo que me rodea, hasta que vuelvo a centrarme en mi amiga—. No me preguntes cómo pasó porque no tengo ni idea. En un momento tenía a Manu sentado a mi lado en la cama consolándome y, al momento siguiente, su lengua metida hasta la campanilla. —Me encojo de hombros y me muerdo el interior de la mejilla, algo distraída.

—¿Y después? —Por la cara que está poniendo Sara, veo que no da crédito a lo que le estoy contando, pero la entiendo perfectamente. Yo tampoco podía creérmelo cuando ocurrió.

—Pues después mi hermano le llamó a gritos, y Manu acabó definitivamente con el beso, el momento y todo. Me pidió perdón por haberme besado y se largó de mi habitación.

—¡Joder! y... ¿Ya está? ¿No hablasteis del tema? ¿No volvió a pasar?

Sacudo la cabeza a modo de negativa y después la dejo reposar sobre mi mano, con el codo apoyado en la mesa.

—Después desapareció sin más. Se fue a Estados Unidos a estudiar un máster; se quedó a trabajar allí y solo volví a verlo para el entierro de mis padres.

—Ya sé que esta conversación llega con seis años de retraso pero... ¿cómo fue?

Sé que me ruborizo hasta las pestañas porque noto la cara extremadamente caliente, aunque trato de restarle importancia porque me consta que, si no, va a ser peor.

—Fue... No sé. Yo no tenía ni idea de que un beso pudiera ser así de... — Trato de encontrar la palabra que lo defina lo mejor posible y tardo más de la cuenta.

—¿De qué? —Ahí está la impaciente Sara.

Me río por lo bajo porque, si se comportara de forma diferente, dejaría de ser ella y, aunque a veces me exaspera hasta límites insospechados, en el

fondo me gusta que sea tal y como es.

—De impresionante, extraordinario e increíblemente caliente. Fue perfecto y eso fue lo peor.

Sara frunce el cejo.

—No lo entiendo.

—Gran parte de mi problema, después de que mis padres murieron, fue mi obsesión por ese beso. —Ahora es cuando Sara alza las cejas tanto que se pierden bajo sus espesos rizos—. Me obcequé en conseguir sentir lo mismo que Manu me había hecho sentir aquella tarde en mi habitación. Fui de tío en tío, buscando sentir, aunque fuera, una décima parte de lo que había sentido estando con él.

—¡Guau! Así que, después de todo, Manu es el culpable de aquella época...

Cierro los ojos y hago un mohín con mi boca.

—A estas alturas y, después de todas las locuras que he hecho en mi vida, trato de no pensar demasiado en eso. No creo que Manu tenga mucho que ver; al fin y al cabo, la que se obsesionó fui yo solita. También hay que tener en cuenta que solo tenía quince años y que es posible que lo magnificara todo un poco... demasiado. No sé qué pensar, la verdad.

—¿Por eso estás tan a la defensiva desde que ha vuelto convertido en tu flamante profesor?

Me río sin muchas ganas por la forma de dirigirse hacia él y me restriego la cara con las manos, algo cansada.

—¿Qué quieres que te diga? Sigue sacándome de mis casillas, con ese aire arrogante que se da, pero, realmente, lo que más me jode es que ejerce cierto poder sobre mí y, por mucho que trato de resistirme, soy incapaz de escapar de él.

—Vaya...

Suelto un hondo y pesaroso suspiro, más propio de Sara que de mí, y vuelvo a apoyar la cabeza sobre mi mano.

—¿Te gusta?

—¿Cómo dices?

—Que si sientes algo por él...

Cierro un ojo, arrugo la nariz y gruño débilmente. Sara me tiene calada y ese es un hecho irrefutable.

—¡Yo que sé! Cuando lo veo, siento que una taladradora está agujereando mis tripas y cuando abre esa boca que tiene... ¡le arrancaría la piel a tiras y le retorcería ese palo que lleva metido por el culo!

La risotada de Sara reverbera a nuestro alrededor durante unos segundos y soy incapaz de contener la sonrisa en mis labios.

De repente vuelve a ponerse seria.

—¿Dirías que tiene algo que ver con el hecho de que no quieras acercarte a ningún chico desde hace... cuánto? —Alza ambas cejas y las mueve cómicamente por su frente, arriba y abajo y, aunque el gesto debería de parecerme gracioso porque realmente lo es, el hecho de sacar ese tema en concreto no me hace ninguna gracia.

Me humedezco los labios y pienso acerca de lo que me acaba de preguntar Sara.

—No sé... no creo. La verdad es que, después de los meses de desenfreno que desgraciadamente viví, tengo la ligera sensación de que he cumplido el cupo de tíos que han de pasar por mi vida hasta, por lo menos, los cuarenta.

—Nunca me has hablado de ello... ¿Tan malo fue? —Noto su incomodidad por preguntar porque, de repente, ha bajado el tono de voz hasta convertirlo en un susurro.

Me estremezco solo con pensar en aquellos días. Nunca hemos hablado de ese tema porque prefiero seguir escondiendo esos recuerdos en el lugar más oscuro que mi mente consiga encontrar. De hecho, a veces pienso que aquellos días vividos solo son fruto de mi imaginación... ¡Nada más lejos de la realidad! Nunca me ha ayudado el hecho de recordar aquella etapa y no creo que volver a recrear todo aquello lo haga ahora.

—Fue más que malo, sí. —Dudo por un momento de si seguir hablando con

Sara de este tema, pero supongo que le debo una explicación, después de haberla apartado de mí, por perdonármelo todo, sin rencores, sin exigencias —. ¿Cómo te sentirías si no recordaras tu primera vez? —Veo cómo mi amiga abre lentamente la boca, pero no sale ni una palabra de ella. Doy por hecho que está tratando de hacerse a la idea—. En mi caso, estaba tan borracha que, al día siguiente, no recordaba ni con quién ni cómo había sido. —Cierro momentáneamente los ojos hasta que me atrevo a levantar la vista para ver el impacto que han tenido mis palabras y me sorprende cuando veo que Sara tiene los ojos húmedos. Así que decido dejar de lado el tema porque sé que no me va a llevar a ningún sitio, no nos va a ayudar a ninguna—. Después de haberme pasado meses levantándome de camas que no conocía, enredada en los cuerpos de tíos de los que, por supuesto, no recordaba ni su nombre, en habitaciones que no había visto en mi vida, comprenderás que hasta ahora no haya vuelto a sentir ninguna necesidad de compartir con ningún espécimen del género opuesto cualquier tipo de fluido, la verdad.

Sara cierra los ojos y sacude la cabeza casi imperceptiblemente; unos segundos después, una pequeñísima sonrisa hace que las comisuras de su boca se tensen mientras me mira con dulzura. No creo que sea consciente de lo que eso me ayuda.

Manu

Llevo un buen rato dando vueltas en la cama y no consigo conciliar el sueño. Al fin y al cabo, con los nervios de punta y con las sábanas enredadas entre mis piernas, me incorporo un poco para ver qué hora es. ¡Mierda, más de las tres de la madrugada! A este ritmo, después de varias noches de insomnio, voy a parecer un zombi que deambula por la facultad. Lo peor de todo es que no consigo concentrarme en nada, y eso me saca de mis casillas y me enfurece. Mucho.

Si a todo esto le añadimos que cierta mocosa pelirroja no vino ayer martes a clase y que me ha estado evitando durante toda la semana anterior...

Me paso las manos por la cara, frustrado. No me explico cómo no soy capaz de quitármela de la cabeza. Me pasé toda la semana pasada tratando de hablar con ella al final de clase pero la muy... consiguió escabullirse. Soltando un hondo suspiro, me pongo a mirar al techo, pensando que tampoco es que tuviera muy claro lo que iba a decirle. El sermón mental que me doy a mí mismo diciendo que esto (sea lo que sea) no está bien por muchos motivos: 1) Ella es mi alumna y yo, su profesor; 2) su hermano es mi mejor amigo... ¡Por el amor de Dios!; 3) ella es demasiado joven... aunque, siendo sincero conmigo mismo, eso es una excusa barata ya que nunca me ha frenado la diferencia de edad en el pasado; 4) un montón de motivos más que ahora no me apetece puntualizar y que no me han servido de nada hasta el momento.

Mi mente es invadida de nuevo por el recuerdo de la noche en la que la

acompañé a su casa y siento cómo el calor se cuele en cada parte de mi tenso cuerpo. No puedo quitarme de la cabeza esos ojos grandes, atentos y expectantes, el dulce olor de su piel, el color rosado de sus mejillas; cómo, a esa escasa distancia, conseguí ver sus pecas que, para mi absoluta desgracia, siguen volviéndome medio tonto... ¡Joder, casi la beso... otra vez! Lo peor de todo es que lo deseaba. ¡Dios, me moría por probar de nuevo sus labios, por comerme su boca!

Me remuevo incómodo al notar cómo la erección crece rápidamente y me tapo la cara con la almohada soltando un hondo gruñido. ¡Esto tiene que parar... ya!

A eso de las seis de la mañana y, después de haber dormido apenas unas dos horas, aparto las sábanas arrugadas y salgo a correr. Espero desesperadamente que la carrera me ayude y fuerzo mi cuerpo para ver si así consigo relajar algo mi mente, saturada de tanto darle vueltas al mismo tema de siempre. Me planteo seriamente si ha sido buena idea aceptar el puñetero puesto en la facultad y, apretando los dientes, acelero un poco más hasta que noto que los músculos de mis piernas me queman y que mi respiración se vuelve completamente errática. Después de llevar más de una hora y media corriendo como si me persiguiera Godzilla por el antiguo cauce del Río Turia, me encorvo apoyando las manos en mis piernas y trato de recuperar el resuello. Cuando, pasados unos momentos, parece que la respiración vuelve a ser regular, emprendo el camino de vuelta, algo más relajado. El sol empieza a asomar y, lentamente, las sombras de la noche van quedando atrás. El móvil vibra en mi mano y descuelgo sin mirar la pantalla.

—¿Manu? —La voz seria de José invade el silencio que me rodea.

—¿Qué pasa, tío?

—¿Estabas durmiendo?

—No, qué va. He salido a correr un rato, no te preocupes.

Oigo cómo suelta el aire al otro lado de la línea antes de volver a hablar.

—Vale. ¿Tienes clase hoy?

—Ehhh, no, ¿por?

—Mira, estoy en el aeropuerto. Mi vuelo sale dentro de media hora, y estaré fuera unos días... El caso es que estoy preocupado por Carlota...

Dejo de andar en el mismo instante que escucho su nombre salir de boca de mi amigo.

—¿Qué le pasa?

—Lleva desde ayer con fiebre y no consigo que le baje. Creo que tiene gripe o algo. ¡Mierda, Manu! No te molestaría si tuviera otra opción, pero... no puedo cancelar las reuniones que tengo y no creo que consiga volver antes del fin de semana.

Cierro los ojos y empiezo a correr de nuevo hacia casa.

—Yo me ocupo...

—¿Seguro? No quiero ponerte en ningún compromiso... Ya sé que mi hermana y tú no os lleváis bien, pero...

—No te preocupes, yo cuidaré de ella. ¿La ha visto un médico? —Tan ensimismado estoy que por poco me choco con una bicicleta que viene de frente. La esquivo por los pelos sin hacer caso de las protestas del ciclista y sigo corriendo, cada vez más rápido.

Oigo la risa seca de José atravesar la línea mientras salgo del “río” y empiezo a callejear por Valencia.

—¿Un médico? ¿Y para qué necesita ella un médico? —No se me escapa el tono sarcástico de su voz.

—Está bien, tranquilo. Me voy a dar una ducha y salgo para allá. ¿Tú crees que me abrirá cuando llame?

—Ni puta idea, tío. Mira, lo mejor que puedes hacer es pasarte por mi oficina. Llamaré a mi secretaria para que te tenga preparado un juego de llaves.

—Genial. Dame media hora, ¿de acuerdo?

Oigo cómo suspira lentamente y se hace el silencio. Al cabo de unos momentos vuelvo a oír la voz de José, pero esta vez parece más pausada.

—No sabes cuánto te lo agradezco, de verdad. ¡Ah, oye, una cosa más...!

—Dime...

—Mi hermana... Este... Carlota puede ser un poco irritante cuando está enferma...

—¿Solo cuando está enferma?

José se carcajea al otro lado de la línea.

—Sí, bueno, ya la conoces.

No tanto como me gustaría... Increíble, Manu... Vaya pensamientos de mierda.

—Bueno, Nano, te dejo. Ya he llegado a casa y quiero darme prisa. —Meto la llave en la cerradura y abro la puerta mientras me voy arrancando, literalmente, las zapatillas por el camino—. ¿Algo más que deba saber antes de entrar en la guarida del león?

José vuelve a reír, y yo me alegro de conseguir que se tranquilice. Se mantiene en silencio durante un buen rato hasta que vuelve a hablar.

—Llévale chocolate caliente y algo dulce para acompañar, y la tendrás comiendo de tu mano.

Cuando las palabras “caliente”, “dulce” y “comiendo de tu mano” van juntas en la misma frase y esta hace referencia a Carlota, algo se cortocircuita en mi interior y empiezo a estar bastante sofocado. Tengo que apoyar la cabeza en la puerta del cuarto de baño y cerrar muy fuerte los ojos para calmar esta mente sucia mía de una puñetera vez. Inspiro lentamente hasta que mi cuerpo empieza a destensarse y consigo hilar más de dos palabras juntas.

—Eso está hecho... Aunque no creo que consiga que deje de ladrarme, la verdad. —La voz me sale un tanto ahogada y maldigo en silencio de nuevo.

—Tío, Manu, muchas gracias... Tengo que dejarte ya. Todavía tengo que hablar con mi secretaria y ya estoy en la puerta de embarque. Mantenme informado y, si necesitas algo, no dudes en llamarme... A la hora que sea, ¿vale?

—¿Sales del país?

—No, qué va. Solo voy a Bilbao.

—Ok. Quédate tranquilo, yo me ocupo de Cabeza de Zanahoria.

—Te estás buscando la ruina si te empeñas en seguir llamándola así, lo sabes, ¿verdad?

—Ajá... Cuídate, Nano.

—Lo mismo y... ¡cárgate de paciencia!

—¡Joder, macho, qué negro me lo estás poniendo!

—Sí, ya... luego me lo cuentas. Gracias, en serio.

—A mandar.

Dejo el teléfono de cualquier manera y, arrancándome la ropa pegada al cuerpo por el sudor, me meto rápidamente en la ducha.

Solo tardo diez minutos en estar listo. Cojo la cartera y las llaves del coche, y bajo hasta el garaje.

Después de haber recogido las llaves de casa de José y de haber coqueteado brevemente con su secretaria (el muy bribón no me ha dicho nunca lo buena que está), paro en un supermercado para comprar el chocolate a la taza y alguna que otra porquería hipercalórica que pueda resultarle apetecible a Carlota.

Consigo aparcar el coche en su barrio después de haber dado varias vueltas y, tras haber apagado el motor, apoyo la frente en el volante. Tengo las manos sudadas, el corazón late demasiado apresurado en mi pecho y, aunque no quiero reconocerlo, estoy nervioso.

Hace varios días que no veo a Carlota y tengo miedo de que no consiga reprimir esta mierda de cosa (y digo: “cosa” porque no sé muy bien cómo llamar a esto) que me pasa cuando la tengo en mi presencia.

Me paro frente a su puerta y apoyo mis manos a ambos lados, agarrando el marco con fuerza. Cierro los ojos e inspiro fuerte sin saber muy bien qué es lo que voy a encontrarme. Dudo por un momento si llamar a la puerta y, en el último instante, cuando estoy a punto de meter la llave en la cerradura, golpeo la madera con los nudillos.

Me mantengo quieto, intentando agudizar el oído por si oigo algún movimiento al otro lado de la puerta pero, después de dos largos minutos y de haber acabado totalmente con mi paciencia, giro la llave y entro en su casa.

Me siento como un ladrón y me doy dos hostias mentales cuando veo que actúo como tal. ¡Por el amor de Dios, si hasta estoy andando de puntillas! Respiro profundamente y me obligo a relajarme cuando llego al salón y hago un barrido visual por la estancia. Me froto la frente con los dedos, algo indeciso y miro a mi alrededor.

—¿Carlota? —Mi voz me sale algo ronca y carraspeo un par de veces—. Carlota, ¿dónde estás? —Dejo la bolsa encima de la mesa y espero. Oigo cómo algo se cae al suelo, y una maldición que le sigue mientras me acerco a su dormitorio. Me paro frente a la puerta, que está entreabierta, pero no me atrevo a pasar. Doy un par de golpes suaves sobre la madera—. ¿Cabeza de Zanahoria? —Sonrío de medio lado porque me estoy imaginando la cara que está poniendo y doy un paso al frente mientras empujo suavemente la puerta.

No sé por qué me viene a la mente aquella tarde en la que la besé, pero no pienso consentir que ese pensamiento se instale en mi cabeza, no ahora que estoy preocupado y nervioso y tenso, ¡joder, la hostia de tenso!

Encuentro a Carlota en la cama, cogiendo las mantas como si le fuera la vida en ello y tapada hasta la nariz. Solo consigo ver unos ojos verdes grandes que me miran sin parpadear.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —Su voz queda amortiguada por las mantas que la tapan, y yo no puedo reprimir una sonrisa socarrona cuando parpadea unas cien veces seguidas y estornuda de repente.

Me acerco lentamente hasta los pies de su cama, y la sonrisa se me borra de la cara en cuanto veo la mueca que se forma en su cara cuando trata de tragar saliva.

—Tu hermano estaba muy preocupado por ti y me ha pedido que venga a ver cómo te encuentras.

Pone los ojos en blanco y deja caer la cabeza sobre la almohada. Se la ve

exhausta y respira con algo de dificultad.

—¿Cómo has entrado?

Me encojo de hombros.

—Por la puerta...

Entrecierra los ojos y trata de domar la maraña de pelo que ahora mismo descansa desparramada por la almohada.

—Muy gracioso...

—Tu hermano me ha dado un juego de llaves. Estaba muy preocupado cuando me ha llamado esta mañana, ¿sabes?

—Típico de José... Hacer las cosas a mis espaldas y tratarme como si tuviera cinco años.

—Será porque a veces te comportas como si los tuvieras... —No puedo evitar la pulla (pueden más los años de práctica para convertirme en un maestro sacando de quicio a esta chica) y me muerdo el labio para impedir que mi boca suelte otra de mis lindezas porque no creo que sea el momento dadas las circunstancias y el estado en el que se encuentra.

—Serás... —Carlota empieza a toser y veo cómo su cara se contrae y va adquiriendo el color de un tomate maduro. Me acerco hasta su lado cuando veo que el ataque no cesa, aunque ella me detiene con un simple gesto de su mano.

—No quiero que estés aquí... ¡Vete! —Su voz suena ahogada y se tapa la boca con la mano mientras sigue tosiendo.

Paseo la vista por la habitación, pero no encuentro lo que busco, así que me apresuro hasta la cocina y lleno un vaso de agua mientras Carlota sigue tosiendo. Se lo tiendo, y ella lo acepta sin mirarme siquiera. Da dos sorbos y lo deja torpemente sobre la mesita de noche.

—Ya sabía yo que no podía ser tan fácil... Por un breve segundo había tenido la feliz idea de que me habías hecho caso y habías salido de mi casa.

Paso de lo que me dice y me acerco un poco más a la cama.

—¿Mejor?

—Estaría infinitamente mejor si no te tuviera delante.

Vale, Manu, inspira, expira. Inspira, expira. Cierro los ojos y hago como si no hubiera oído nada, aunque me cuesta un mundo no contestar a sus pullitas.

—¿Tienes fiebre?

—¿Y a ti qué te importa?

Alargo el brazo y poso la mano en su frente mientras noto cómo Carlota da un respingo por el repentino contacto de mi piel con su piel. ¡Mierda, está ardiendo! Paseo la vista por su cara y me fijo en que tiene los ojos vidriosos y las mejillas sonrojadas. Le sigue costando respirar y mantiene la boca entreabierta porque tiene la nariz demasiado congestionada para que puede pasar aire por ella.

—¿Dónde tienes el termómetro? —Me giro para mirar por encima de la cómoda, pero no veo nada. Vuelvo a centrar la vista en ella y veo cómo cierra los ojos y refunfuña.

—Estoy demasiado cansada para seguir peleándome contigo...

—Dos no pelean si uno no quiere, Cabeza de Zanahoria.

—¡Te juro que si me vuelves a llamar así...! —Alza la voz, pero no consigue terminar su amenaza porque otro acceso de tos se lo impide.

Me tiro del pelo porque no sé cómo llego a ser tan cretino de llamarla así cuando se encuentra tan mal y, maldiciendo en silencio, me voy directo al cuarto de baño para ver si doy con el puñetero termómetro.

Lo encuentro al cabo de un buen rato, cuando a Carlota ya se le ha pasado el ataque y todo vuelve a estar en silencio. Entro en su dormitorio con dos largas zancadas y me quedo completamente paralizado cuando la veo acostada, con los ojos cerrados y completamente quieta. Me sorprende el hecho de encontrarla así porque no recuerdo ni una sola vez en la que haya estado tan inmóvil.

—¿Carlota?

—¿Mmmmm?

—Traigo el termómetro, ¿puedes ponértelo para ver si tienes fiebre?

Niega lentamente con la cabeza sin siquiera abrir los ojos, y yo me cruzo de brazos con el termómetro todavía en la mano.

—¿Recuerdas cuando te he dicho que a veces te comportas como una niña de cinco? Ahora es un claro ejemplo... O te pones el termómetro tú o lo hago yo, como prefieras.

Entreabre un ojo mientras arruga la nariz y me mira realmente mal, como si me quisiera desintegrar con ese simple gesto. Escondo como puedo la sonrisa que pugna por salir y alzo una ceja. Carraspea y cambia de posición en la cama.

—No... No serías capaz...

Ladeo la cabeza y sonrío, arrogante.

—¿Quieres averiguarlo?

Me mantiene la mirada durante unos segundos más hasta que saca el brazo de debajo de las mantas y lo alarga con la mano abierta.

—Eso pensaba... — Le doy la espalda y me acerco a la ventana para darle algo de privacidad. Miro por encima de mi hombro cuando vuelvo a oír movimiento tras de mí y me giro completamente cuando veo que tiene el termómetro de nuevo en su mano.

—Dame que vea... —Hace una mueca cuando vuelve a alargar el brazo.

—¡Joder, Carlota, tienes treinta y nueve con seis! ¿Qué te has tomado para la fiebre?

Se pone de lado en la cama y se acurruca todo lo que puede.

—José me dio un paracetamol antes de irse esta mañana.

—¿Cuánto hace de eso, un par de horas?

Se encoge casi imperceptiblemente de hombros y esconde un poco más la cara en la almohada.

—Vale, no te muevas de aquí. —Camino hacia la puerta mientras oigo a mis espaldas un “Pero qué gracioso” y sonrío sin poder evitarlo.

Saco el teléfono del bolsillo de mis vaqueros y busco entre mis contactos. Al cabo de dos minutos y una breve conversación, paseo por el salón, bastante

intranquilo. Cuando llaman a la puerta, casi corro para llegar allí. Me paso los dedos por el pelo y respiro profundamente antes de abrir.

—¡Hola, Fran! Pasa. —Hago un gesto con la cabeza, acompañando mi petición y cierro la puerta tras él—. ¿Qué tal todo?

—Bien, macho. La verdad es que me ha sorprendido tu llamada. ¿Cuánto hacía que no hablábamos, años?

Cambio el peso del cuerpo de un pie a otro mientras dejo descansar las manos en las caderas, en un gesto relajado.

—Sí, algunos años. No sé si sabes que he estado fuera hasta hace poco.

—Sí, algo me dijeron. ¿Qué es de tu vida, tío?

Me impaciento y me restriego las palmas de las manos en mis vaqueros mientras trato de mantener la compostura.

—Todo bien, ninguna novedad. ¿Y tú?

—Pues igual. ¿Sabes? Solemos quedar de vez en cuando, como hace años; a ver si te animas y te apuntas: seguro que todos se alegran de verte.

—Claro, eso está hecho...

Por fin parece que Fran nota mi impaciencia porque, cambiando de mano el maletín que lleva consigo, me pregunta.

—Bueno y... ¿quién es el enfermo?

—Es la hermana pequeña de José... ¿Te acuerdas de él?

—¡Joder, pues claro! Menudas juergas nos hemos corrido con vosotros dos. —Carraspea y vuelve a ponerse serio. —¿Qué le pasa?

—Parece ser que empezó ayer con fiebre. Hace una media hora que le he puesto el termómetro y tenía casi cuarenta. Le cuesta tragar y tiene una tos bastante fea...

—¿Se ha tomado algo?

—Paracetamol, que yo sepa.

—¿Puedo verla?

—¡Claro, joder, para eso te he hecho venir! —Sonrío y le palmeo la espalda mientras nos adentramos por el pasillo hasta la habitación de Carlota.

Llamo suavemente a la puerta y entro sin esperar a que me conteste. La encuentro de espaldas, hecha un ovillo y sin moverse siquiera.

—Carlota, está aquí el doctor y quiere examinarte. —Me acerco lentamente a la cama mientras ella se da trabajosamente la vuelta sin apenas abrir los ojos.

Fran deja su maletín a los pies de la cama y se posiciona a mi lado.

—Hola Carlota, soy Fran, amigo de Manu. Me ha llamado porque dice que empezaste a encontrarte mal ayer y has empeorado. —Pone su manaza sobre la pierna que se aprecia bajo las sábanas y le da un suave apretón—. Manu, ¿tienes el termómetro a mano? Me gustaría tomarle la temperatura.

Una vez con el termómetro puesto, Fran empieza a sacar cosas de su maletín.

—Manu, ahora voy a examinarla...

—Vale, estaré fuera; si necesitas algo, házmelo saber.

Deambulo por el salón y trato de mantenerme ocupado dejando las cosas que he comprado sobre la encimera de la cocina. ¡Parece que no pasa el tiempo, coño! Al cabo de lo que se me antoja una eternidad, Fran aparece por fin con su maletín en una mano y con una tonta sonrisa pintada en la cara.

—¿Qué? ¿Cómo está?

—Se pondrá bien. —El gilipollas sigue sonriendo y a mí me entran ganas de borrarle la estúpida sonrisa a guantazos—. Tiene una laringotraqueobronquitis.

—¿Y eso qué cojones es?

—Es una infección de las vías respiratorias superiores. —Saca papel y boli y empieza a escribir a buen ritmo—. Toma, tienes que comprar esto en la farmacia; te he puesto la dosis que se tiene que tomar de cada uno de los medicamentos y los intervalos de tiempo, ¿vale?

Asiento mientras cojo el papel que me ofrece y lo doblo para meterlo en el bolsillo de mis vaqueros. Fran se acerca más a mí y vuelve a sonreír.

—¿Dices que es la hermana pequeña de José? —Alza las cejas y a mí no me gusta nada la cara que está poniendo—. ¡Pues sí que está crecidita! ¿no te

parece? —Me da un codazo mientras me mira, socarrón, y noto cómo los instintos asesinos empiezan a crecer en mí—. ¡Está buena la pelirroja... tiene un par de...!

Y, simplemente, exploto. Lo cojo del cuello de la camisa y me acerco peligrosamente a su cara.

—Por tu bien, espero que no acabes esa frase. —Le hablo amenazadoramente bajo, apretando los dientes.

Fran me coge los puños y trata de soltarse de mi agarre mientras parpadea un par de veces y pierde el color del rostro.

—Perdona, macho, no sabía que estabas con ella.

Inspiro profundamente mientras obvio lo último que ha dicho; paso de gastar saliva sacándole de su error. Cuando me doy cuenta de que sigo agarrándole de la camisa, lo suelto bruscamente y le lanzo la mirada más dura que puedo.

—¿Qué te debo? —Saco la cartera del bolsillo trasero de mis pantalones y evito mirarlo a los ojos; no sé si seré capaz de controlarme de nuevo.

—¿Qué me vas a deber, hombre? ¡Deja, deja! —Camina hacia la entrada y abre la puerta apresuradamente—. Bueno, tío, nos vemos, ¿eh? y... perdona, no sabía que...

Levanto la barbilla a modo de despedida y le mantengo la puerta abierta.

—Nos vemos... —Ni siquiera espero a que conteste; le cierro la puerta en las narices y empleo más fuerza de la que debería, pero me importa un carajo.

Por el momento he conseguido que se tome un caldo y las medicinas; acabo de ponerle el termómetro, y la fiebre ha bajado lo suficiente para que pueda empezar a respirar algo más tranquila.

Salgo al pasillo dispuesto a mandarle un mensaje a José para informarle al respecto cuando oigo un estruendo en la habitación. Entro justo en el momento de ver cómo Carlota se tambalea, de pie junto a la cama, después de haber tirado la lamparilla de noche y corro para cogerla al vuelo de la cintura y evitar que se abra la cabeza.

—¿En qué coño estás pensando?

Su cuerpo tiembla apoyado en mi pecho y siento cómo sus miembros apenas pueden soportar su peso.

—Necesito ir al baño. —Su aliento cálido atraviesa la fina tela de mi camiseta y hace que me estremezca. Cierro los ojos y me obligo a mantener la cordura.

—¿Y no podías decírmelo, joder? —Bajo la vista cuando me siento lo suficientemente preparado y reparo en su perfil y en cómo un mechón de su pelo se posa sobre su mejilla. La acomodo mejor sobre mí y le aparto el pelo metiéndolo detrás de su oreja mientras veo cómo cierra con fuerza los ojos.

Andamos a paso de tortuga hasta el baño y, aunque parezca mentira, tengo que decir que se me hace demasiado corto el trayecto, ya que solo soy consciente de las partes de nuestro cuerpo que están en contacto. Definitivamente, estoy enfermo. Cabeceo, resoplando por lo bajo mientras entro con ella en el baño y la separo de mí a regañadientes.

—¿Estarás bien?

Cuando la miro a la cara, veo cómo el color baña sus mejillas, y ya no sé si es por la fiebre o por otra cosa.

—Sí, no te preocupes... Solo necesito darme una ducha y estaré como nueva. —Se muerde el labio inferior y me mira desde abajo, a través de sus largas pestañas. ¡Me cago en la puta! Creo que no acaba de ser consciente del efecto que produce ese simple gesto en mí. Pensando en eso estoy cuando proceso lo que acaba de decir, por lo que esa sensación cálida que estaba sintiendo se esfuma dando paso a una mala hostia mal contenida.

—¿Tú estás mal de la cabeza? ¿Cómo te vas a dar una ducha? ¿Qué pretendes, abrirte la crisma?

Se gira de espaldas a mí y empieza a subirse la camiseta del pijama sin esperar si quiera a que salga del cuarto de baño y no sé si pretende que me dé un ictus o un paro cardíaco.

—¿Podrías traerme una pijama limpio, por favor? Están en el último cajón de la cómoda.

Me doy la vuelta mientras cierro tan fuerte los ojos que me hago daño y salgo del baño dando un sonoro portazo. Ya en el pasillo, empiezo a caminar arriba y abajo, tirándome del pelo y tratando de respirar con normalidad y de borrar de mi retinas la imagen de su espalda, de esa piel blanca, de la cantidad de pecas doradas que bañan sus hombros.

Apoyo la cabeza en la pared y la golpeo varias veces como un demente, salido, pero demente al fin y al cabo. Cuando parece que he conseguido calmarme lo suficiente, voy a su dormitorio y hago lo que me ha pedido. Una vez de vuelta, dudo por un momento hasta que cabeceo y golpeo la puerta del baño.

—Carlota, te traigo el pijama.

—Entra y déjalo sobre el mueble del lavabo, por favor.

Abro la puerta con miedo y no soy capaz de mirar más allá de mis zapatos cuando entro y hago lo que me ha pedido. Noto cómo una rabia inmensa se cuele en mis tripas cuando pienso que me estoy comportando como un quinceañero de mierda sin pelos en los huevos, así que me digo que ya está bien de tanta gilipollez y, apoyando la cadera en el lavabo, me cruzo de brazos.

—¿Necesitas ayuda ahí dentro? —*¡Coño, sí, eso está mejor!*

Carlota cierra el grifo de golpe mientras una mueca de disgusto se pinta en mi cara al darme cuenta de que no puedo ver nada más allá de la cortina de la ducha.

—¡Fuera de aquí, capullo!

—Ya me parecía... —Con la sonrisa más canalla de mi repertorio y una erección de campeonato, vuelvo a salir del baño.

Carlota

Por mucho que froto mi cuerpo con la esponja, no soy capaz de quitarme de encima la sensación que se ha quedado grabada en mi piel. Mi cuerpo es un traidor asqueroso que pasa de mí. Mi cuerpo va por libre cuando entra en contacto con la piel de Manu y no soy capaz de controlarlo. ¡Mierda, mierda y más mierda!

Apoyo la frente en los azulejos de la pared y cierro los ojos mientras dejo que el agua caiga, caliente, por mi espalda. ¿Cómo he sido capaz de quitarme la camiseta delante de él? ¡Por el amor de Dios!

Arrugo la nariz mientras siento cómo la sangre empieza a calentar mis mejillas, llegando hasta mis orejas. *¡Vale, Carlota, ya está bien!* Tiene que haber sido por la fiebre... Sí, seguro que ha sido eso.

Saco la cabeza a través de la cortina de la ducha para cerciorarme de que Manu no está en el cuarto de baño y cabeceo cuando vuelvo a pensar en su obsceno ofrecimiento... Bueno, en eso y en cómo ha reaccionado mi cuerpo en cuanto sus palabras han salido de su boca.

Apoyo la mano en la pared en cuanto el mareo vuelve a envolverme, y eso consigue que cambie la línea de mis pensamientos. Me visto poco a poco y como puedo y, cuando me siento algo preparada, abro la puerta del baño y salgo al pasillo con pasos torpes. Siento la debilidad por todo mi cuerpo, y un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Mi sentido del olfato me juega una mala pasada en cuanto entro en el salón porque un tenue olor a chocolate llega

hasta donde me encuentre. Trato de inspirar con fuerza por la nariz, pero es imposible debido al taponamiento que tengo y lo único que consigo es estornudar. Cinco puñeteras veces seguidas.

Después de estremecerme todas y cada una de las cinco veces, por fin consigo abrir los ojos justo para ver cómo Manu cruza con dos de sus zancadas la estancia, hasta que se pone a mi lado.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —Apoya esas manazas que tiene en sus caderas y, por un fugaz momento, pienso qué será capaz de hacer con ellas... *¡Uf, estás de atar, Carlota!*

—¡Joder, Carlota, podías haberme avisado y te hubiera ayudado! ¿En qué estás pensando? —*Si tú supieras...*

Cierro brevemente los ojos para centrarme, resoplo ante su mirada de malas pulgas y cruzo los brazos a la altura del pecho, sintiendo cierta debilidad en mis piernas y balanceándome levemente.

—¡No me ha pasado nada, jolines! Deja ya el modo padre porque no te pega nada.

Abre la boca, totalmente indignado, pero la vuelve a cerrar de golpe sin decir nada.

El mareo vuelve a mí y me tambaleo sobre mis pies, algo más inestable que hace un momento. Trago saliva y cierro los ojos.

—Creo que voy a sentarme un momento...

Siento, más que veo, las manos de Manu rodear mi cintura, haciendo que me apoye en su pecho y, juntos, avanzamos lentamente hasta que consigue dejarme, con sumo cuidado, sobre el sofá. Abro los ojos a tiempo de ver cómo respira profundamente y me mira detenidamente.

—¡Me cago en la hostia, Carlota, vas a conseguir que me dé un infarto! ¿Tanto te costaba quedarte en la cama? —Se pasa las manos por el pelo, despeinándose un poco y consiguiendo que todavía esté más atractivo. ¡Mierda!

—¡Estoy aburrida! —Frunzo los labios en un mohín y me acurruco junto a

los cojines para tratar de estar más cómoda.

Manu se aleja un momento y, tras coger del brazo del sofá una manta, la extiende y me la echa por encima. Pone una de sus manos sobre mi frente y no puedo evitar cerrar los ojos cuando vuelvo a sentir ese cosquilleo que siento cada vez que nuestra piel entra en contacto.

—Eres una pésima enferma, lo sabes ¿no? Voy a por el termómetro. No te muevas de ahí.

¡Estúpido maníaco del control! ¡Cómo si me resultara fácil moverme de donde estoy! Me siento totalmente exhausta, así que acomodo la espalda en el respaldo, subo un poco más la manta y cierro los ojos. Vuelve al cabo de unos segundos con el termómetro en la mano y una mirada traviesa.

—¿Te ayudo a ponértelo? —Sonríe de esa forma que consigue que se me desintegren las bragas, y yo aprieto un poco más la boca. ¡Puñeteras sensaciones!

—¡Que te den!

Oigo su risa ronca mientras veo cómo se pierde por el pasillo y vuelvo a cerrar los ojos. Los abro de nuevo cuando el termómetro empieza a pitar y, con sumo esfuerzo, me lo quito. Sin dejar que pueda ver el resultado, Manu me lo arranca de la mano y se aleja de mí.

Resoplo porque no consigo soportar esa manía suya de controlarlo todo y, aunque me gustaría plantarle cara y cruzarme de brazos, no tengo fuerzas.

—Vale, tienes treinta y siete con nueve. No está mal. —Mira su reloj de pulsera durante un momento—. Dentro de una hora te tengo que dar la medicación.

—¿Es que no piensas irte a tu casa? ¿No tienes nada que hacer?

Se gira lentamente y posa sus ojos en mí.

—No pienso moverme de aquí hasta que considere que estás mejor. Vete acostumbrando.

Suspiro, y me entra la tos. Siento cómo un millón de cristales me arañan la garganta y cómo una opresión en el pecho no me deja respirar. Me lloran los

ojos y me duelen las abdominales del esfuerzo. Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá en cuanto consigo calmarme un poco y abro de nuevo los ojos para encontrarme con un vaso de agua frente a mis narices.

—Bebe un poco de agua, te sentará bien.

A regañadientes, hago lo que me dice y, después de haber dado un par de sorbos, dejo el vaso encima de la mesa de centro para darme cuenta de que hay una taza de chocolate caliente y un par de ensaimadas sobre una bandeja.

—¿Qué es esto?

Manu mete las manos en los bolsillos de sus vaqueros y se encoge de hombros.

—Tu hermano me dijo que te gustaba el chocolate caliente, así que... —Se muerde el labio inferior y eso hace que desvíe mi vista hacia ese punto. *Mala decisión, Carlota, muy muy mala...* Aparto los ojos en cuanto soy consciente de lo que estoy haciendo y me paso la mano por la frente. Creo que me está subiendo otra vez la fiebre...

Poco a poco y como buenamente puedo, bajo los pies al suelo y me acerco al borde del sofá. Muevo con la cucharilla el chocolate, y el recuerdo de mi madre que me cuidaba con mimo cuando estaba enferma invade mi mente. Soy incapaz de evitar que los ojos se me llenen de lágrimas. Siento cómo la nariz se me congestiona todavía más y, aunque trago en varias ocasiones, no puedo quitarme el gran nudo que ahora mismo tengo en la garganta.

Una lágrima traidora resbala por mi mejilla mientras trato de conseguir que la barbilla no me tiemble. Miro fijamente la taza que tengo frente a mí y, lentamente, dejo de nuevo la cucharilla sobre el plato.

—Ey... ¿qué pasa? —Manu se sienta a mi lado y se restriega las manos en sus pantalones. Está incómodo.

Niego con la cabeza y se me escapa un sollozo.

—¡Oh, joder, no llores...!

Las lágrimas empiezan a caer cada vez más rápido, y mi cuerpo se convulsiona sin remedio. Trago la bola de sensaciones y entreabro la boca

para que el aire llegue a mis pulmones.

—Quiero a mi madre...

Chasquea la lengua mientras pasa un brazo sobre mis hombros y me acerca a él acunándome lentamente.

—Ven aquí... Chsssst, ya está, venga, no llores más.

Escondo la cara en su pecho mientras sigo llorando sin consuelo y no sé cuánto tiempo pasamos así.

Cuando consigo calmarme un poco, me seco con torpeza las lágrimas, aunque no soy capaz de separarme de Manu. Siento cómo sus largos dedos recorren lentamente mi espalda, calmándome, consolándome.

Todavía con la cabeza apoyada en su pecho, giro la cara para dejar de esconderme y respiro todo lo hondamente que el resfriado me permite.

—Lo siento...

Pasa fugazmente la mano por mi pelo y me aparta un mechón que tengo pegado a la mejilla.

—No pasa nada. Lo entiendo...

Trato de incorporarme, pero Manu me lo impide cuando me aprieta más contra su costado. Al final acabo con la cabeza apoyada en su hombro y la mirada perdida en algún punto del salón.

—Echo de menos que me cuide. La echo de menos siempre, cada día, a cada momento pero... cuando me encuentro tan mal... —Sacudo la cabeza y me humedezco los labios, reseco por el llanto—. Ella conseguía hacerme sentir bien. Siempre me preparaba un chocolate caliente y algo dulce y... no sé, pero... todo parecía que mejoraba.

Manu sigue acariciándome la espalda y, aunque no me había dado cuenta hasta ahora, logra calmarme de alguna manera que no alcanzo a entender.

—Tu madre era la mejor... también la sentía un poco mía, teniendo en cuenta que yo no... que mi madre nunca ha estado ahí... bueno, ya sabes a lo que me refiero.

Suelto un hondo suspiro y, sin pensarlo siquiera, alargo el brazo y pongo mi

mano sobre la suya, que descansa en su regazo. Cuando estoy a punto de retirarla, Manu me la coge y, dejándola donde estaba, empieza a dibujar con su pulgar sobre mis nudillos.

Cierro los ojos porque las sensaciones que ahora mismo estoy sintiendo son demasiado poderosas. Mi pecho se hincha, y mi corazón empieza a galopar, desbocado, presionando en mis costillas. Noto movimiento cuando aparta un poco la cabeza y mira hacia abajo, fijando la vista en mi cara.

—¿Dónde las tenías metidas?

Alzo la cabeza y parpadeo.

—¿A qué te refieres?

Pasea la lengua por su labio inferior y yo casi bizqueo.

—¿Dónde han estado todo este tiempo tus pecas?

Arrugo la nariz y hago un mohín, removiéndome, incómoda.

—Supongo que... escondidas bajo el maquillaje. ¡Las odio!

Sus ojos se pasean lentamente por mi rostro hasta que se posan sobre los míos.

—A mí me vuelven loco...

Algo cálido y viscoso (porque no consigo despegarlo y se mantiene ahí, cubriendo mis entrañas, durante más tiempo del que me gustaría) se extiende por mi pecho y, por primera vez, soy consciente de la escasa distancia que separa nuestras bocas y, supongo que él también lo es cuando sus ojos se posan en mis labios entreabiertos. La mano que mantiene en mi espalda deja de acariciarme mientras que la otra obliga a la mía a abrirse y, tras recorrer lentamente la palma, sus dedos se entrelazan con los míos.

Dejo de respirar. Me humedezco los labios y me obligo a que entre aire en mis pulmones. Manu recorre el espacio que nos separa (que viene siendo más bien poco) y, cuando siento su aliento rozar mi mejilla, su móvil empieza a sonar, lo cual rompe definitivamente el momento.

Se separa bruscamente y, levantándose de golpe y mirando en todas direcciones (excepto en la que yo me encuentro), sale del salón en busca de su

teléfono. Aunque se me han quitado las ganas, me obligo a tomarme el chocolate y le doy un par de bocados a la ensaimada, cubierta de polvo de azúcar. Trato de disfrutar de mi merienda tanto como puedo, aunque los mamuts que campan por mi estómago me lo están poniendo realmente difícil. Al cabo de unos cuantos minutos, Manu regresa al salón con el móvil en la mano.

—Tu hermano quiere hablar contigo. —Extiende el brazo ante mí y me ofrece el teléfono.

Nuestros dedos se rozan, y yo maldigo en silencio por ese pellizco que siento siempre que eso pasa, mientras me preparo mentalmente para soportar la retahíla de preguntas que sé que me va a hacer José.

Para lo que no estoy preparada es para lo que hace Manu... ¡para nada, joder! Capta totalmente mi atención cuando se mantiene frente a mí, mirándome fijamente y, cuando menos me lo espero, extiende el brazo y, sujetando mi barbilla, repasa mi labio inferior con el pulgar, dejándome totalmente fuera de juego y sin ninguna posibilidad de poder hilar dos palabras seguidas. Acerca su boca a mi oído y me susurra.

—Tenías chocolate... —Su aliento mueve mi pelo y se mantiene así durante un momento indeterminado hasta que inspira con fuerza y, después de incorporarse, sale de la habitación.

¿Por qué me calienta de esa manera? Y la pregunta más importante: ¿por qué tiene que provocar lo que provoca en mí? ¡Argggg, es desquiciante!

Oigo una voz lejana que me llama en varias ocasiones y, cuando consigo deshacerme de la imbecilidad transitoria que me provoca Manu, me acerco, por fin, el teléfono a la oreja.

—Ho...hola, José.

—¡Joder, ya era hora! —Se mantiene en silencio y yo sé que está tratando de contener la mala leche que le sale de serie. Cuando vuelvo a oír su voz, es mucho más dulce y contenida—. ¿Cómo te encuentras, pitufa?

—Estoy mejor... —Me pongo seria y apoyo la espalda en el respaldo del

sofá mientras dejo que el cabreo monumental que he ido acumulando durante el día salga por fin a la luz—. ¿Cómo se te ocurre pedirle a Manu que venga a cuidarme? ¿Tan poco me quieres?

Se mantiene en silencio durante un momento y supongo que no se esperaba esa reacción, pero se lo tiene merecido.

—Solo he hecho lo que he creído mejor para ti... Estaba muy preocupado... ¡Estoy muy preocupado, Carlota!

—Y, ¿qué pasa? ¿no había otra persona a la que le pudieras pedir el favor? ¿Tenía que ser él?... De verdad, José, me dan ganas de... —Al levantar la voz, me entra uno de mis ataques de tos, así que dejo de hablar, más que nada porque la tos me lo impide y, como siga así, me va a salir hasta el higadillo por la boca. Me incorporo como puedo y cojo el vaso de agua para darle un gran trago. Al cabo de un largo minuto, consigo parar de toser. Me aclaro la garganta y trato de hablar lo más bajo posible—. No me lo vuelvas a hacer.

—¡Vamos, canija! Lo último que quería era disgustarte... —Suspira a través de la línea y sé que se está pasando la mano por la nuca (siempre lo hace cuando está inquieto o incómodo, o las dos cosas juntas). —Lo siento, ¿vale?

—Vaaale. —Me arrebujó debajo de la manta y me acomodó mejor en el sofá.

—Bueno, ¿y cómo te encuentras?

—Me ha bajado la fiebre, pero todavía siento como si tuviera una lija en la garganta... ¡Ah, y mis conciertos de tos están siendo épicos!

Se ríe, y eso hace que una tonta sonrisa se dibuje, sin remedio, en mi cara.

—Seguro que poco a poco te encuentras mejor. ¿Qué tal el médico?

—Psss... Pues un médico. Creo que es amigo de Manu...

—Sí, conocemos a Fran desde hace años. Esto... Carlota, no te enfades...

—¡Joder, José! ¿Por qué me pides que no me enfade? ¿Qué has hecho ahora? Mi hermano vuelve a soltar un hondo suspiro y me da todavía más rabia.

—Le he pedido a Manu que se quede a pasar la noche en casa.

Me incorporo como si tuviera un resorte en la espalda y, al hacerlo, vuelvo a

sentir el mareo y la debilidad por todo mi cuerpo así que, respirando profundamente, cierro los ojos y me dejo caer de nuevo en el sofá.

—¡Anda que ya te vale! Estoy cansada de que tomes decisiones que me conciernen a mí sin consultarme si quiera. Cuando vuelvas de tu viaje, hablaremos largo y tendido.

Supongo que está sorprendido. Así lo demuestra con su silencio. Y es que soy más de gritos y pataletas, pero estoy tan cansada y me encuentro tan mal que no tengo fuerzas ni para discutir. Oigo la fuerte respiración de José a través de la línea y cabeceo, resignada.

—Está bien, pitufa, hablaremos en cuanto vuelva.

—¿Y cuándo va a ser eso?

—Pasado mañana me tienes ahí.

—¿Me lo prometes? —Siento cómo el nudo de mi garganta se va haciendo grande mientras los ojos se me llenan de nuevo de lágrimas.

—Claro que te lo prometo, Carlota...

—¿Sí? —Apenas consigo pronunciar palabra... Ya me está costando demasiado mantener la compostura. Empiezo a contar lentamente hasta que noto cómo las lágrimas retroceden y me siento más segura.

—... Te lo compensaré, ¿vale?

—No tienes nada que compensar, José, solo es que te echo de menos.

—Y yo a ti, pitufa, siempre. Oye, hazle caso a Manu y ponte buena.

—Si le hago caso a ese chalado, es posible que acabe de cabeza en un psiquiátrico...

Oigo la ronca carcajada que rompe el silencio y sonrío de vuelta.

—¡Esa es mi chica! Echaba de menos tus salidas...

—Te quiero, tete.

—Y yo a ti, pitufa.

Dejo el móvil sobre la mesa y, tras haber subido las piernas al sofá, me tapo un poco más con la manta. Cuando estoy a punto de quedarme dormida, Manu aparece en el salón. Entrecierro los ojos y lo miro mientras dejo que recoja la

bandeja. Dos minutos después, tras haberse guardado el teléfono en el bolsillo de los pantalones, se sienta en el otro extremo del sofá. Giro un poco el cuerpo para tenerlo de cara y ladeo la cabeza.

—¿Así que te vas a quedar a dormir?

Me mira de reajo y se encoge de hombros, como si no le importara nada. Un gesto típicamente pasota al que ya me tiene acostumbrada.

—Dormiré en la habitación de tu hermano... Salvo que quieras hacerme un hueco en tu cama, claro —lo dice como si nada, y a mí me sale la vena asesina mientras siento cómo el calor invade mis mejillas.

—¡Serás capullo, más quisieras! —Me giro para no verle la cara de idiota y me cruzo de brazos.

Al cabo de unos momentos oigo cómo suspira y veo, por el rabillo del ojo, cómo se mueve para acercarse a mí.

—¿Tregua?

Me mira con cara de niño bueno, de esos que no han roto un plato en su vida, pero eso solo consigue que desconfíe más todavía. Lo miro de reajo y frunzo el ceño sin estar muy segura. Al final, suelto el aire de mis pulmones y, flexionando las rodillas, me cojo las piernas con los brazos y apoyo la mejilla en ellas.

—¿Qué haces aquí?

Levanta una ceja, algo sorprendido por mi pregunta.

—¿Aquí... ahora?

Sonríe por la cara que pone y niego con la cabeza.

—No, aquí en Valencia. Tenía entendido que te iba de lujo en la Gran Manzana.

Se encoge nuevamente de hombros y, estirando las piernas, las cruza a la altura de los tobillos.

—No me podía quejar, pero... supongo que me cansé.

Alzo las cejas y hago un movimiento con el brazo, invitándolo a continuar.

Sonríe de medio lado y se acaricia el labio inferior con el índice mientras

trato de poner toda mi fuerza de voluntad en no seguir con mis ojos ese movimiento. *¡De esta acabo desquiciada... seguro!*

—Era siempre lo mismo: los mismos ricos queriendo hacerse todavía más ricos... Siempre la misma mierda. —Suelta el aire de golpe y, echándose hacia atrás, enreda los dedos en el pelo, despeinándose un poco y consiguiendo así ese aire de chico malo del que nunca se desprende—. Me cansé de tanto gilipollas y de tener que defender siempre a la misma escoria. El ofrecimiento de la Universidad de Valencia me vino como anillo al dedo.

—Supongo que te costó tomar la decisión.

—No, para nada. Me lo ofrecieron; acepté, y a los dos días estaba aquí.

Me sorprende que sea tan impulsivo, teniendo en cuenta que es un maniático del control.

—No creo que sea una decisión como para tomarla tan a la ligera...

Esa sonrisa canalla tan suya hace acto de presencia, y una de las comisuras se curva hacia arriba.

—Ahora mismo me recuerdas a mi padre.

—¿Por?

—Siempre tan comedido, tan conservador. A veces, cuando todo te hastía, lo mejor que puedes hacer es romper con lo que te provoca esa sensación y cambiar de aires.

Entrecierro los ojos mientras estudio su gesto despreocupado porque no creo que sea tan sencillo, y me arriesgo con mi siguiente pregunta.

—¿No habrá sido otro el motivo de tu regreso?

Sacude levemente la cabeza y alza las cejas.

—¿Como qué?

—No sé... Que pusieras en pie de guerra a la población femenina de Nueva York, por ejemplo.

Una honda carcajada atraviesa su garganta y, echando la cabeza hacia atrás, la apoya en el respaldo mientras yo soy demasiado consciente del movimiento de su nuez y de la piel expuesta de su cuello. Gira la cabeza para centrarse en

mí, todavía con una pequeña sonrisa. —No he tenido ninguna queja al respecto por el momento.

Me muerdo el labio con inquina porque yo solita he conseguido que la conversación se vuelva de lo más incómoda. *¡Estás que te sales, Carlota!*

—¿Y tú? ¿Has conseguido sacar de sus casillas a algún incauto? —Me mira de tal manera que hace que me estremezca. Todos y cada uno de mis músculos están ahora en tensión y mi mente trabaja, descontrolada, para pensar en una respuesta que no me deje completamente expuesta.

Al final, me encojo de hombros, tratando de aparentar indiferencia, y cambio de postura en el sofá, sin ser consciente de que el movimiento hace que nuestras piernas se rocen. *¡Jo-der!*

—¡Pero qué gracioso! —Lo digo con todo el retintín que puedo.

Empuja su hombro con el mío y me mira, esperando una respuesta mejor.

—Vamos, prometo no contarle nada a tu hermano...

Cabeceo mientras suelto el aire de golpe, sin ser consciente de que lo he tenido retenido desde que su pregunta ha abandonado su boca.

—Si lo que quieres saber es si estoy con alguien ahora, la respuesta es no.

Entrecierra los ojos y me escruta con su mirada.

—¿Y antes de ahora?

Me giro un poco para mirarle de frente y frunzo el ceño.

—¿Y a ti que te importa?

Levanta las palmas de las manos hacia mí y se ríe.

—Has empezado tú.

Aparto la manta de un manotazo y me levanto del sofá.

—Creo que me voy a ir a la cama: estoy cansada. —Me tambaleo hasta que Manu me sostiene, y yo empiezo a estar más que harta de tener que apoyarme en él. No me malinterpretéis... El chico está como un queso, pero es justo por ese motivo y porque me hace sentir ciertas cosas que me repatean las entrañas, por lo que no quiero que me toque... ¡Cuánto más lejos, mejor!

Nos adentramos en el pasillo, y solo puedo ser consciente de su mano sobre

mi cintura, del movimiento de su cuerpo que envuelve al mío...

—¿Estás bien, Cabeza de Zanahoria?

Odio con todas mis fuerzas que me llame así. Una rabia líquida y caliente me recorre el cuerpo y ya no soy capaz de mantener cerrada esta boquita mía, que tanto me pierde. Simplemente exploto.

—Si vuelves a llamarme así, te corto las pelotas. —*¡Muy femenino, sí, señor!*

Manu se ríe mientras me aprieta un poco más contra su costado. Gira sobre sí mismo y, encarándome, me sujeta la cara con la mano que tiene libre, presionando su pulgar sobre mis labios. Me mira fijamente desde su altura, y toda esa rabia desaparece como por arte de magia.

—Tienes una boca muy sucia.

El roce continuo de su cuerpo sobre el mío hace que se me encienda la piel y que la respiración empiece a ser irregular. Odio el poder que este hombre ejerce sobre mí.

Dejo de divagar cuando Manu aprieta un poco más la mano que ciñe mi cintura y solo puedo ser consciente de ese contacto. Entreabro la boca y, sin saber muy bien qué es lo que estoy haciendo, mi lengua se asoma, tímida, y roza el dedo que, todavía sobre mis labios, me está volviendo loca.

Y algo se cortocircuita en su interior porque me empotra contra la pared, literalmente hablando. Su mirada atrapa la mía y licúa mis entrañas mientras aprieta la mandíbula con una expresión hambrienta recorriendo su rostro. Apoya su frente en la mía y respira profundamente.

Al segundo siguiente me suelta de un solo movimiento y se apoya en la pared de enfrente sin dejar de mirarme, con la respiración acelerada. Estoy tan enfadada que creo que me sale humo de la cabeza. No sé si lo hace adrede, pero lo único que consigue con sus actos es que cada vez esté más confundida. *¿Qué es lo que pretende, volverme loca?* Me separo de la pared con toda la indignación que siento corriendo por mis venas y, antes de entrar en mi dormitorio, me giro y le encaro.

—No vuelvas a tocarme. —Por supuesto, el portazo se oye hasta en la China.

Paseo de arriba abajo hasta que mi cuerpo no lo soporta más y el mareo hace que todo empiece a darme vueltas y más vueltas. Me meto en la cama refunfuñando y decido llamar a Sara para ver si así me calmo un poco.

—¿Charlie...? ¿Cómo te encuentras?

—Pfff... —Apoyo la cabeza en la almohada y escondo un poco más la cara bajo las mantas.

—¿Y eso qué significa, perla?

—Mi hermano ha mandado a Manu a cuidarme... Te puedes hacer una idea. —Trato de hablar lo más bajo posible porque no tengo ningunas ganas de que el imbécil que tengo en casa se entere de nada. Sara se parte de risa al otro lado de la línea—.¿En serio, Sara? ¡Joder, creía que estarías de mi parte!

Sigue riendo hasta que se calma un poco y consigue contestarme.

—Y lo estoy; es solo que es demasiado gracioso.

—¡Vete a la mierda!

Mi amiga carraspea hasta que el silencio vuelve a adueñarse de la línea.

—¿Y qué tal te trata tu enfermero improvisado?

Suspiro teatralmente y me hundo un poco más en la almohada.

—Sin comentarios...

—Venga, no te hagas la dura y desembucha...

—No puedo hablar ahora, no quiero que oiga nuestra conversación...

—Vamos, Carlota, ¡ni que estuviera con la oreja pegada a la puerta!

—¡Pues no me extrañaría!

—Está bien, como quieras... Pero que sepas que no se me va a olvidar... Esta conversación queda pendiente. —Su voz suena a desilusión pero, aunque me sabe mal y daría casi cualquier cosa por poder contarle todo lo que me pasa con el gilipollas de Manu, pienso que no es el momento adecuado porque, conociéndome como me conozco, seguro que acabo gritando.

—Oye, ¿te ha bajado la fiebre?

—Un poco, por lo menos ahora ya no estoy al borde del delirio... Si mejoro lo suficiente, creo que el viernes podré volver a clase.

—Genial. Ya sabes que te echo de menos...

—Y yo a ti, Sarita.

Unos suaves golpes en la puerta interrumpen mi conversación. Me despido apresuradamente de mi amiga y me incorporo un poco en la cama.

—¿Qué quieres?

La cabeza de Manu asoma por la puerta. Cualquier expresión de su rostro ha sido sustituida por... nada. Su cara no refleja absolutamente nada.

—Vengo a traerte la medicina.

—Está bien, déjala sobre la mesita de noche y vete.

Se acerca a la cama con toda la seguridad que lo caracteriza y yo aparto la mirada. Ya he tenido bastante de Manu por el día de hoy.

—Me gustaría hablar contigo si no te encuentras demasiado mal.

—Tú y yo no tenemos nada de que hablar. —Trato de tranquilizarme porque no sé lo que le pasa a mi cuerpo cuando este hombre está cerca y... ¡No lo soporto!

—Como viene siendo costumbre... Discrepo. Me parece bien; si tú no quieres hablar, lo haré yo. Tú, simplemente, quédate quietecita escuchando. Supongo que no es mucho pedir.

¡Argggg, es que no puedo con él! Me recuesto en la cama y me tapo hasta las orejas, fijando la vista al frente.

—Con eso me vale. —Se separa de la cama y empieza a caminar por la habitación, echándome una mirada de vez en cuando—. Mira, Carlota. Sea lo que sea lo que está pasando entre nosotros...

Me giro de golpe nada más oír sus palabras, pero me mantengo callada. No pienso decir ni una palabra.

—El caso es que... no puede ser. —Suelta el aire de golpe y se pasa las manos por el pelo—. Por miles de razones que supongo que tú ya sabes.

Entrecierro los ojos mientras veo cómo pasea su dedo índice por ese labio

inferior perfecto que tiene y cierro los ojos porque estoy segura de que no puede ser bueno para mi salud.

—Tan solo quería que supieras que entre nosotros no va a pasar nada y... quería pedirte disculpas si, con mis actos, te he hecho pensar que...

Una cosa es lo que trato de hacer y otra bien distinta es lo que acabo haciendo guiada por mis instintos (que no siempre aciertan, todo hay que decirlo). Así que el mutismo voluntario al que me había sometido hasta el momento se esfuma y me pongo en modo *perra del infierno* en cuestión de milésimas de segundo

—¡Serás arrogante, creído, capullo...! —No entiendo cómo las palabras salen de mi boca, teniendo en cuenta que estoy apretando tanto los dientes que hasta al aire le cuesta colarse entre ellos—. Eres un... ¡Fuera de mi habitación!

—Carlota, por favor, solo te pido que te comportes como una persona adulta, solo por esta vez...

—¡Argggggg, es que no te aguanto más! —Le tiro un cojín, que es lo primero que encuentro aunque, para mi desgracia, consigue esquivarlo sin problemas. Paseo la vista por mi alrededor y cojo el despertador dispuesta a lanzarlo por los aires—. ¡Que te largues, joder!

Me echa una última mirada de soslayo; niega con la cabeza y sale por fin de mi dormitorio.

Manu

Aunque no suele ser mi estilo, me quedo en la cama hasta que todos y cada uno de mis músculos protestan. Por fin es sábado. Si tengo que volver a pasar por lo que he pasado durante esta interminable semana... Me pego un tiro.

Todavía trato de entender cómo he sido capaz de soportar haber tenido a Carlota a tiro de piedra y no haberle puesto una mano encima, o dos o, ya puestas, el cuerpo entero. ¡Dios! Mi dolor de huevos y yo llevamos tantos días conviviendo juntos que estoy a punto de que me dé un parraque.

En la vida hubiera imaginado que conseguiría tener tanta fuerza de voluntad para ir contra mis instintos más básicos. ¿Pero qué tiene esa chica para que consiga nublar mi entendimiento y que me resulte tan puñeteramente difícil portarme como un buen tío...? Será porque de buen tío tengo más bien poco. Será porque suele atraerme demasiado lo prohibido. Será porque, desde que probé por primera vez su boca, no he conseguido sacármela de la cabeza.

Bueno... ¡Se acabó! ¡Basta ya de pensar en lo mismo, hostia! Aparto el edredón de un manotazo y salgo de la cama con demasiado ímpetu. Vale, necesito centrarme. Necesito dejar de pensar en ella. Lo que tengo que hacer es salir esta noche y llevarme a alguna chica a casa. Sí, eso haré. Después de un café bien cargado y una breve conversación telefónica con José, por fin respiro un poco más tranquilo.

Me paso el resto del día encerrado en casa, repasando el temario y preparando mis clases para la próxima semana hasta que decido darme una

ducha y preparar algo de cena. José me llama a eso de las once para decirme que viene de camino. Cuando entra por la puerta, estoy acabando de recoger.

—¿Qué pasa, Nano? Entra, estoy en la cocina.

Me giro para ver cómo apoya la cadera en el quicio de la puerta y se cruza de brazos.

—Todavía se me hace raro que estés aquí, ¿sabes?

Me encojo de hombros mientras cierro un armario.

—¿En la cocina?

—¡No, mamón, en Valencia! —Sacude la cabeza con una sonrisa llena de hoyuelos.

—¿Te apetece una copa?

—¡Pues claro! ¡Vaya pregunta, capullo!

Me echo a reír porque tiene razón. Ha sido una pregunta estúpida. Nos acomodamos en el sofá mientras preparo dos ron con Cola y veo de reojo cómo José se rasca la nuca, así que me quedo esperando a que me diga lo que me tenga que decir, sea lo que sea.

—¿Qué tal con mi hermana?

Alzo las cejas mientras me llevo mi vaso a los labios y pruebo el líquido marrón.

—Creía que ya te había puesto al día con respecto a Carlota.

—No me refiero a cómo evolucionó su resfriado, Manu...

Me hago el loco porque sé perfectamente adónde quiere llegar, pero no pienso ponérselo fácil porque ahora mismo, en estos momentos, ni yo mismo tengo pajolera idea de lo que pasa con Carlota.

—Explícate un poco mejor, porque no te sigo.

Carraspea y bebe de su copa durante unos cuantos segundos, alargando el silencio entre los dos.

—Me refiero a vuestra relación... Ya te dije que Carlota podía resultar algo difícil cuando está enferma...

—¡Ah, te refieres a eso...! —Me encojo nuevamente de hombros y apoyo la

espalda en el respaldo mientras cruzo las piernas a la altura de los tobillos—. Bueno, nada que tú no sepas, supongo. No le hizo ni puta gracia que estuviera allí... Por lo demás, conseguí capear el temporal como mejor pude. ¡Ah, por cierto! El chocolate ayudó... Gracias, tío —Levanto la copa en su dirección y después le doy un trago.

Me mira de reajo entrecerrando los ojos y suelta el aire de golpe.

—¿Te portaste bien, verdad?

—¿Disculpa? —Abro los ojos de par en par, tratando de pasar por alto el camino hacia el que se dirige la conversación.

Se pasa las manos por la cara y suspira.

—¡Joder, macho, no me lo pongas más difícil! ¡Sabes perfectamente a lo que me refiero!

Me humedezco el labio inferior mientras pongo cara de póker.

—José, fui a tu casa a cuidar de tu hermana pequeña porque tú me lo pediste. Carlota estaba hecha unos zorros... ¡Por el amor de Dios! ¿En qué coño estás pensando?

Cabecea lentamente mientras cierra los ojos.

—No sé lo que te pasa a ti con mi hermana, Manu. Desde siempre... Tú y ella... No sé pero, cada vez que os juntáis en la misma habitación...

—¿Qué?

Se gira para tenerme de frente y juega con la copa entre sus manos.

—¡Saltan chispas, joder!

Me pongo serio porque ya sabía yo que esta conversación tendría que llegar tarde o temprano. Le doy un largo sorbo a mi copa, bebiéndome más de la mitad y me giro lentamente.

—No voy a ponerle un dedo encima a Carlota, si es lo que te preocupa. Soy muy consciente de quién es y, aparte de ser tu hermana pequeña, es mi alumna. Tranquilízate, ¿vale?

Me sostiene la mirada mientras sopesa lo que acabo de decir.

—Lo único que demuestra eso es que sabes perfectamente que no debes

hacerlo, no que no quieras hacerlo.

Me paso por el arco del triunfo lo que acaba de decir porque ha dado de pleno.

—No entiendo que me pidieras que fuera a cuidarla si estabas pensando en... eso. —Niego con la cabeza y me acabo la copa de un solo trago. Necesito cambiar de tema. Inmediatamente.

—Confío en ti, aunque no te lo creas.

—¿Estás seguro? ¡Me estás sometiendo al tercer grado, *desgraciao!*

José se ríe a regañadientes y yo lo imito porque necesito soltar toda esta tensión que está creciendo desde que mi amigo ha pisado mi casa.

—Mira, me iba a preparar otra copa, pero ¿y si te acabas la tuya y nos tomamos la siguiente en algún otro sitio? Llevo todo el día encerrado en casa y necesito que me dé el aire. —Sabe que he dado por zanjado el tema y, tras mirarme por un momento que a mí se me antoja eterno, suelta el aire y sonrío.

Se lleva el vaso a los labios y apura su copa de un trago.

—¡No se hable más, vamos a por la segunda!

Está claro que José se conoce más Valencia que yo a estas alturas pero, en cuanto me he dado cuenta de que su intención era llevarme al pub donde coincidimos con Carlota y su amiga la última vez, debería haberme negado en redondo. Sin embargo, heme aquí, apoyado en la barra, bebiendo de mi copa y mirando a mi alrededor. Se supone que ando buscando una tía buena a la que llevarme a casa. Pero... ¿quién se cree esa milonga? Lo único que estoy haciendo es barrer el local buscando una cabellera roja como un demente idiota al que le faltan demasiadas neuronas en su cerebro de mierda. ¡Hay que joderse!

Me paso los dedos por el pelo, totalmente desquiciado, y decido tratar de concentrarme en los cuerpos sugerentes que bailan en la pista. No hay puta manera.

De repente la veo. O eso me parece porque el sentido de la vista parece estar también algo jodido y no me fío mucho. Me giro hacia José y lo veo con

la mirada fija y acechante que tan bien conozco. Miro hacia esa dirección y veo a la amiga de Carlota dar saltos mientras se parte de risa. ¡Hostia puta, como al cabrón de José se le ocurra largarse otra vez con ella y dejarme al cargo de su hermana...! me restriego las manos por la cara y sacudo la cabeza porque no me lo puedo creer. Debo de haberme portado rematadamente mal en otra vida para que Dios me esté castigando de esta manera...

Sé que Carlota nos ha visto. Lo sé porque nuestras miradas han colisionado hace apenas unos momentos y el suelo ha temblado a mis pies. ¡Sí, así de imbécil me hace sentir! Veo cómo le dice algo al oído a su amiga y esta se gira hacia nuestra dirección. Asiente casi imperceptiblemente y, cogidas de la mano, se van abriendo paso hacia nuestro lugar en la barra.

Cuando está lo suficientemente cerca, se cuelga literalmente del cuello de José y le da un sonoro beso entre risas. A mí, por supuesto, me ignora. Lo que ella no sabe es que ese comportamiento hace que mis instintos se vuelvan todavía más cavernícolas, y de lo único que tengo ganas es de cargarla sobre mi hombro y llevármela de allí para... *¡Basta ya, joder!*

José se pone a tontear casi inmediatamente con Sara (creo recordar que ese es su nombre... soy malísimo para eso), aunque sé que no le pasa desapercibido que su hermana y yo apenas nos dirigimos la palabra. No me verás quejarme, de hecho, agradezco que no se acerque a mí porque, sinceramente, no respondo de mis actos.

Necesito echar un polvo, a poder ser, esta misma noche, con alguien que no se parezca ni remotamente a la hermana pequeña de mi mejor amigo que, por cierto, es mi alumna... *¡Mi a-lum-na! ¿Lo recuerdas, Manu?*

Decido darle la espalda a todo y a todos y pido otra copa. Al cabo del rato, José se acerca a mí para decirme que se larga con la amiga de su hermana... *¡Estaba cantado!*

—¡Pásalo bien, cabronazo!

Suelta una sonrisilla, aunque se pone serio en cuestión de segundos.

—Cuida de Carlota, ¿vale? —Estoy asintiendo sin mucho entusiasmo cuando

se vuelve a acercarse a mí—. ¡Pero sin pasarte, eh!

Alzo las cejas totalmente incrédulo y le doy un empujón en la espalda.

—¡Anda, pedazo de mamón, lárgate ya!

Lo veo desaparecer con la sonrisa todavía pintada en los labios hasta que, al girarme, me encuentro con la cara de pocos amigos de su hermana. Me paso el dedo índice por mi labio inferior y veo cómo ella lo sigue con su mirada. *¿Por qué cojones tendrá que ponérmela tan dura?*

En cuanto percibe que me he dado cuenta de que no me quita ojo de encima, cabecea y, con un ágil movimiento, me da la espalda y se dirige a la pista de baile. Buena decisión. Me concentro en mi copa y poco más. No me hago responsable de mis actos si me da por mirar cómo baila esa chica. Hago tiempo mirando el móvil durante un cuarto de hora hasta que, por pura inercia, alzo la cabeza y hago un barrido por el local.

Y lo que veo no me gusta una mierda. Vale, está claro que llevo unas cuantas copas encima y puede ser que esté maximizando la escena demasiado pero, ¡coño, como el gilipollas que está sobando a Carlota no quite sus manazas de encima en cinco putos segundos no respondo! Me centro en los gestos de Carlota y, aunque no parece molesta, tampoco es que esté muy cómoda ante las atenciones que le está prestando ese tipo.

Me paso la mano por la cara y trato de hacerle entender a mi cerebro que no es mi puñetero problema y me obligo a mirar hacia otro lado. Sigue sin haber manera. Como soy un masoca redomado, mis ojos vuelan una y otra vez hacia donde se encuentra Carlota.

Apuro mi vaso y lo dejo sobre la barra para girarme a tiempo de ver cómo el capullo le coge de la cintura y acerca la boca a su oreja, demasiado cerca de su cara y, sin darme apenas cuenta, mis pies se mueven y me voy abriendo paso hacia donde ellos se encuentran. Cuando estoy lo suficientemente cerca, veo cómo el muy gilipollas le coge un mechón de pelo mientras le da un beso peligrosamente cerca de su boca y, de repente, todo se vuelve de color rojo.

—Pero ¿qué coño haces, Manu?

Cuando las palabras de Carlota consiguen hacerse eco en mi mente, parpadeo varias veces para darme cuenta de que estoy cogiendo de la camisa al tío que hasta hace un momento la tenía agarrada de la cintura y lo empujo totalmente fuera de mí.

—¡Largo!

Aparta mis manos de un manotazo y, después de mirarnos de forma intermitente a Carlota y a mí, hace un gesto con el brazo dando a entender que no vale la pena el esfuerzo y se marcha.

Entonces me centro totalmente en ella. Invado su espacio personal y miro un poco hacia abajo para encararla.

—¿Te gustaba lo que te hacía?

Pone los brazos en jarras y alza la cara para fulminarme con su mirada irritada.

—¿Y a ti qué cojones te importa si me gustaba o no?

Aprieto la mandíbula y trato de controlar cada músculo de mi cuerpo.

—¡Contesta, joder!

Veo cómo vacila y se pasa la lengua por los labios. *¡Esta chica va a acabar conmigo!*

No dice ni una palabra.

Doy un paso más hasta que nuestros cuerpos se rozan.

—Eso me parecía. —Me sale un susurro ronco mientras no puedo hacer nada más que mirar fijamente su boca entreabierta.

Dios sabe que lo he intentado, pero...

Me rindo.

Cojo aire cuando bajo un poco más la cabeza y apreso su labio inferior entre los dientes, acallando el jadeo de sorpresa de Carlota. Lo mordisqueo y tiro de él para después acariciarlo lentamente con la lengua mientras noto cómo mi corazón empieza a acelerarse dentro de mi pecho.

Afianzo una mano en su nuca mientras la otra se pierde en su cadera, sintiendo cómo sus brazos suben, indecisos, por los míos, dejando descansar

en mis antebrazos sus pequeñas manos, y la estrecho un poco más.

Cuando abre la boca para tomar aire, aprovecho para introducir la lengua, recorriendo todos y cada uno de sus rincones. La rodeo con mis brazos y presiono la erección contra su vientre mientras sus jadeos se pierden en mi boca. La devoro a mi antojo, como llevo años soñando, sin ser consciente del lugar en el que nos encontramos, olvidándome absolutamente de todo, excepto de ella. De su cuerpo. De sus labios y su lengua jugando con la mía.

Separo bruscamente mi boca para tomar aire y le acaricio el cuello con mi nariz. *¡Joder, qué bien huele!* Le muerdo el lóbulo de la oreja, tratando de no imprimir demasiada fuerza y le susurro al oído.

—Vámonos.

Doy un paso atrás para poder ver la expresión de su cara. La indecisión recorre su rostro, pero lo que prima en este es deseo. Deseo líquido y caliente. Sus grandes ojos verdes me observan sin pestañear mientras su boca permanece entreabierta, rosada y perfecta. Húmeda.

La tomo de la mano sin esperar que me responda y me abro camino a través de la gente hasta llegar a la calle. Paro un taxi porque no soy capaz de ir andando hasta su casa. No quiero perder el tiempo. Sin embargo, mientras atravesamos las calles casi desiertas de Valencia, empiezo a pensar con algo más de claridad y me viene a la mente la conversación que esa misma noche he mantenido con José. Miro de reojo a Carlota, perdida en sus pensamientos mientras mira por la ventana. Cuando salimos del taxi, yo ya he tomado una decisión. Nunca, repito, nunca, me hubiera imaginado que sería capaz de decir lo que estoy a punto de decir.

—Carlota... —Le tomo de la cintura cuando está a punto de abrir la puerta del zaguán y la obligo a que se dé la vuelta—. Escucha...

Se muerde el labio inferior y evita mirarme centrando toda su atención en el suelo.

—Vas a irte, ¿verdad?

—Es lo mejor... Lo siento. —Flexiono las piernas para poner la cara a su

altura y busco su mirada con mis ojos. —Oye... Sabes que esto no puede pasar.

Da un paso atrás y se aleja de mí. Dejo caer las manos a ambos lados de mi cuerpo y me enderezo lentamente.

—Creo que no es la primera vez que te lo digo pero, por si se te ha olvidado, que parece ser que sí... —No me pasa desapercibida la mirada fría y dolida que tiene cuando alza la cabeza y me encara por primera vez desde que nos hemos besado.

—No vuelvas a tocarme. —Veo el movimiento de su garganta cuando traga saliva y sé que le estoy haciendo daño. *¡Joder!*—. No quiero que te vuelvas a acercar a mí. Déjame tranquila. —Se gira apresuradamente y, abriendo la puerta, desaparece por el zaguán.

Apoyo la espalda en la pared y, cerrando los ojos, me pellizco el puente de la nariz. *¡Cojonudo, Manu!* Un dolor sordo me oprime el pecho y me sorprende porque nunca antes había notado nada parecido. Lo último que quiero es hacerle daño, pero parece ser que últimamente es mi deporte favorito.

Inspiro lentamente y me separo de la pared sin saber muy bien qué hacer a continuación. Pongo mis pies en funcionamiento y deambulo por las calles hasta que llego al mismo pub del que hemos salido Carlota y yo tan solo media hora atrás.

Cabeceo mientras me planto en la puerta sin decidirme del todo a entrar hasta que alguien, al pasar, me da un pequeño empujón y me pone en movimiento. Entro sin saber muy bien para qué y pido una copa mientras me hago un hueco en la barra. Me giro, copa en mano, y apoyo los codos en la barra mientras paseo la mirada por el local en penumbra.

Un par de chicas me miran, descaradas, mientras sonrían y yo me esfuerzo por devolverles la sonrisa, forzada, pero sonrisa al fin y al cabo. Suelto el aire poco a poco y decido dar un paso hacia esa dirección. Literal y metafóricamente hablando.

Me acerco a ellas con paso resuelto y con la sonrisa más canalla de mi

repertorio mientras me paso los dedos por el pelo y le doy un trago largo a mi copa.

Después de haber intercambiado un par de frases de rigor, me doy cuenta de que ninguna de las dos me hacen sentir nada. *¿Pero qué coño, Manu? Las tías no tienen que hacerte sentir nada...*

En lo único que puedo pensar es en Carlota.

Mal pensamiento.

Mala idea.

Dejo de pensar y, ya puestos, de sentir... nada. Soy un experto en eso. Así que lo único que tengo que hacer es sonreír un poco, decirle a la rubia que tengo a mi derecha lo guapa que es, justo lo que quiere oír y, con un poco de suerte, la tendré donde quiero en menos de veinte minutos. Reconozco perfectamente a esa clase de chicas. Esas que se largan contigo sin tener que emplear demasiado esfuerzo.

Pero... ¿realmente es lo que quiero? *¡Virgen santa, Manu, céntrate de una puta vez!*

Lo que necesito es follar y sacarme a Carlota de la cabeza.

Dejo la mente en blanco y, de paso, de darle mil vueltas a las cosas y fijo mi atención en la rubia. Buen cuerpo, buenas tetas... Servirá.

Le digo dos tonterías al oído para acercarme a ella y, tras comprobar que la tengo donde quiero, asalto su boca y, aunque no se parece en nada a lo que consigue hacerme sentir Carlota, pongo más empeño y me concentro de una santa vez en lo que estoy haciendo.

Lorena o... Leticia o... como sea que se llamara la rubia, por fin se ha ido de mi casa. Me doy una ducha y me entretengo bajo el chorro de agua caliente. Planto mis manos a ambos lados de la pared y levanto la cara, después de cerrar los ojos, para ver si el agua me aclara las ideas.

Está claro que ya no sufro de dolor de huevos, pero no he sentido nada mientras me la follaba. Ha resultado todo demasiado mecánico.

Artificial.

Sin sentido.

Cierro de un manotazo el grifo y salgo de la ducha al tiempo que cojo una toalla y me la sujeto en las caderas.

Antes nunca me había importado no sentir nada. *¡El sexo es solo eso, coño!* Estoy desvariando. No sé lo que me está pasando, pero no me gusta una mierda.

Me paso los dedos por el pelo mientras me miro en el espejo y, tras apoyar las manos en el lavabo, miro mi reflejo, humedezco mi labio inferior, aprieto la mandíbula y cabeceo.

¡Se acabó esta mierda de darle tantas vueltas a las cosas, joder!

Me estoy abotonando la camisa cuando suena el teléfono y, aunque no tengo ningunas ganas de cogerlo, al final insisten tanto que no me queda más remedio.

Me acerco el auricular a la oreja mientras miro de reojo la hora. ¿Quién coño me llama a las nueve y media de la mañana, un domingo?

En cuanto oigo la voz al otro lado de la línea, me entran ganas de colgar. Sin embargo, tras pasarme la mano por la frente, me dejo caer en el sofá y, apoyando los codos en las rodillas, contesto.

—Hola, papá.

—Manuel, tu madre y yo estamos esperando a que te dignes a contestar nuestros correos electrónicos.

Cierro los ojos y me pellizco el puente de la nariz.

—No he tenido tiempo.

—¿Me quieres decir que tu maravilloso trabajo en la universidad no te deja tiempo ni para contestar a tus padres un mísero email?

Paso por alto su tono de voz y su ironía y me mantengo en mis treces.

—Estoy muy ocupado.

—Ya veo. En fin, no te robaré mucho tiempo ya que, por lo visto, no te sobra. —Se hace el silencio en la línea. Ya empezamos... Oigo cómo carraspea mientras me paso los dedos por el pelo por enésima vez y apoyo la espalda en el respaldo—. Tu madre y yo te esperamos a las dos en casa. Para comer. Nos gustaría verte y...

—Tengo planes, papá.

—¡Pues los cancelas! —No lo soporto. Cuando se pone en plan autoritario, tirano, me saca de mis putas casillas.

—Padre...

—No, Manuel. ¿Cuánto llevas en Valencia, dos meses? Todavía no te hemos visto y... además, tengo que comentarte algo importante.

Supongo que, esta vez, no voy a poder pasar de ellos, mal que me pese, así que suspiro y, apoyando la cabeza en el respaldo, cierro los ojos.

—Está bien, papá, tú ganas. Allí estaré.

—Manuel...

Ni siquiera contesto. Me mantengo en silencio a la espera de lo que me quiera decir.

—... Sé puntual, por una vez en tu vida. —Tras esta última demanda, cuelga sin siquiera despedirse, como viene siendo típico de él.

Tras saludar escuetamente a mis padres y mantenernos en un incómodo silencio, nos sentamos en la mesa del comedor y nos empiezan a servir la comida.

Mi madre, tras varios intentos frustrados de entablar conversación conmigo y tratar de que intervenga mi padre, opta por centrarse en su plato y pasea su comida de lado a lado sin siquiera alzar la mirada. Cuando creo que el suplicio llega a su fin, mi padre le da una nueva vuelta de tuerca a la incómoda situación y, alargando mi agonía, me insta a pasar a su despacho.

—Siéntate, por favor. Tenemos que hablar.

Hago lo que me pide mientras alzo una ceja. Trato de ponerme lo más cómodo posible, ya que la situación no lo está siendo, para variar.

—Verás, uno de los motivos por los que he insistido en que vinieras hoy a casa ha sido porque quería comentar contigo un tema importante que tiene relación con la empresa familiar.

Bajo un poco el mentón y lo miro fijamente.

—Querrás decir: “tu empresa”.

—Vamos, Manuel, deja ya los tecnicismos. Los dos sabemos que la empresa pasará a ser tuya...

Me paso el índice por el labio inferior y cabeceo.

—Si tú lo dices...

—En fin... Lo que quería plantearte es lo siguiente... —Deja pasar los segundos en un absoluto mutismo y hace que me hierva la sangre en las venas. Inspiro con fuerza y aguanto estoicamente sus gilipolleces—. Me gustaría que, a partir de ahora, te fueras haciendo cargo de ella...

Abro la boca para protestar, pero me frena en seco con un movimiento de su mano.

—Primero poco a poco, bajo mi supervisión, para que te vayas familiarizando con todo y, cuando te sientas preparado... Me gustaría retirarme definitivamente.

Sonrío sin un atisbo de humor en todo mi cuerpo. Me revuelvo en mi sillón y trato de guardar la compostura, aunque me está costando un mundo, ¡joder! Cuando hablo lo hago con la voz más contenida que tengo.

—¿Cómo es que te han entrado las prisas ahora? Nunca antes te ha importado que no me interesara por nada relacionado con el negocio; es más, siempre lo has considerado tuyo y de nadie más. No entiendo que ahora me permitas meter las narices en él. —Le mantengo la mirada con la expresión más fría que logro poner.

—Vamos, Manuel, no dramáticos...

Entrecierro los ojos y me agarro a los brazos del sillón. No voy a entrar en discusiones vacías con mi padre a estas alturas. Además, lo único que me apetece en estos momentos es escapar de él, del ambiente que se respira.

—No me interesa, pero gracias.

Me levanto con un ágil movimiento y, sin dejarle continuar con su diatriba, salgo con paso decidido del despacho y, por fin, dejo atrás esa casa.

Carlota

Aunque no quiero reconocerlo, estoy hecha una mierda. Han pasado dos semanas desde que Manu me besó, por segunda vez en mi vida y, si pensaba que la primera me había dejado tocada de por vida, la segunda... La segunda me dejó pendiendo de un fino hilo. Soy consciente de lo que hubiera pasado si Manu llegaba a subir a mi casa y, muy en el fondo, sé que es mejor así porque... *¡Porque yo qué sé!* Cabeceo mientras me dejo caer en la cama cuan larga soy y, después de haber rebotado un par de veces sobre el colchón, me paso las manos por la cara y suspiro.

No dejo de darle vueltas y más vueltas al tema, replanteándomelo todo, tratando de entender qué es lo que pasó, por qué Manu no dejó que pasara lo que los dos queríamos que pasara y, sobre todas esas cosas, qué es lo que hice mal.

Me siento avergonzada, poca cosa y, para qué voy a mentirme a mí misma, bastante triste. Lo de la vergüenza... lo entiendo. Al fin y al cabo, dejé que viera que soy incapaz de hilar dos pensamientos seguidos cuando me toca de esa manera aunque, si fue capaz de parar, supongo que es porque solo soy un capricho más, uno prescindible y muy, muy minúsculo, insignificante, y no lo suficientemente atractivo...

¡Joder, odio cuando por su culpa me menosprecio de esta manera! Si paró, es su problema. Si no quiere saber nada... ¡él se lo pierde! Dejo salir el aire de golpe mientras me tapo los ojos con el antebrazo y me muerdo el interior de la

mejilla.

Lo que me tiene más preocupada es este sentimiento que se ha instalado en mi pecho y no me deja respirar; me va oprimiendo las entrañas y hace que una bola cada vez más grande se afiance en mi garganta y... *¡Y vale ya, Carlota! Deja de pensar idioteces.* Seguro que lo que pasa es que tengo hambre o sueño o *¡vete tú a saber qué!*

Como viene siendo normal desde hace casi tres semanas, entro en el aula y me decido por un asiento pegado a la pared, más o menos a mitad de clase, y voy sacando mis cosas después de ponerme las gafas.

Como viene siendo normal, desde que Manu y yo nos besamos, mi profesor de Derecho Financiero y Tributario se pasa las dos horas evitando mirarme, fijando su vista en cualquier cosa menos en mí y, como también viene siendo habitual, yo centro toda mi atención en mis hojas, mi bolígrafo y en cómo pasan los minutos, hasta que por fin termina la clase y puedo empezar a desentumecer todos y cada uno de mis músculos y, también por fin, empiezo a respirar algo tranquila.

Sara me intercepta cuando estoy saliendo del edificio y se pone a caminar a mi lado.

—Vaya cara llevas, Charlie.

La miro de reojo y arrugo la nariz.

—¿Tú te has mirado al espejo?

Veo cómo una pequeña sonrisa asoma a su boca y choca el hombro contra el mío.

—Conque... así de mal están las cosas, ¿eh?

Me encojo de hombros y trato de esconder mi cuello un poco más bajo el abrigo.

—¿Es que no piensas decir nada? Llevas más de dos semanas evitando

hablar conmigo... Yo creo que ya es hora, ¿no te parece?

Me paro de repente y, después de meter las manos en los bolsillos, giro el cuerpo hacia su dirección y suelto el aire poco a poco. Sacudo la cabeza y, por fin, sonrío.

—¿Qué haces esta tarde, pesada?

—Creo que iré a tu casa para que me pongas al día de tus mierdas. —La sonrisa más deslumbrante del mundo mundial explota de repente en su cara y, aunque me resisto con todas mis fuerzas, se me contagia.

Ladeo la cabeza todavía sonriendo y vuelvo a ponerme en marcha.

—Genial, vaya planazo. —Y no puedo evitar el sarcasmo ni la mueca en mi boca porque, últimamente y para mi desgracia, nada me parece bien y estoy peleada con el mundo.

Al final acabamos comiendo unas tapas cerca de casa y, tras haber aguantado cómo despotrica Sara de algunos de sus profesores, entramos en casa y nos dirigimos directamente a mi habitación. Soltamos nuestras bolsas, que quedan desparramadas por el suelo y nos dejamos caer sobre la cama.

—Bueno, ¿me lo vas a contar o qué? —Sara coge un par de cojines y se los pone tras la espalda para estar más cómoda mientras se cruza de brazos sin quitarme los ojos de encima.

—¡Qué pesadita eres!

—Creo que he tenido mucha paciencia... Carros y carros de paciencia, diría yo. —Levanta una ceja que me recuerda mucho a Escarlata O'Hara en *Lo que el viento se llevó* y baja un poco el mentón.

Miro a mi alrededor para ganar un poco de tiempo mientras pienso en formas de escaquearme pero, al final, me doy por vencida y acabo posando mis ojos en ella y metiéndome el mismo mechón rebelde de siempre detrás de mi oreja.

—Manu y yo nos hemos vuelto a besar...

—¡Coño, Carlota! ¿Y has esperado más de dos semanas para decírmelo? — Me mira realmente mal mientras cabecea lentamente.

—No se lo he contado a nadie, Sara. Ya sabes que soy muy reservada para

estas cosas.

—Supongo que con “estas cosas” te refieres a tus sentimientos, ¿no?

Me humedezco los labios y dejo escapar el aire de forma bastante sonora. No digo nada porque no sé muy bien qué decir al respecto: bastante mal me siento ya.

—¿Y bien?

Abro los ojos todo lo que puedo.

—Y bien... ¿qué?

—¡Hay que ver, hija! Pues que cómo fue, qué sentiste, si habéis hablado del tema... ¿Qué? —Se pasa las manos por la cara y parece frustrada—. Lo último que sé es que casi te besa cuando fue a cuidarte a casa, aunque me dejaste bien claro que no ibas a dejar que se volviera a acercarse a ti...

Me encojo de hombros y abrazo el cojín que tengo sobre el regazo.

—Supongo que mentí... Quiero decir que me mentí a mí misma, porque no sé lo que me pasa con Manu pero... Las pocas neuronas que tengo se ponen hasta arriba de vete tú a saber qué cuando lo tengo cerca y no consigo pensar con claridad.

—A ver si adivino... Te besó la noche que me fui con José. —Se muerde el labio inferior mientras deja de mirarme para centrarse en el edredón y empieza a jugar con uno de sus rizos.

—¡Qué lista eres... Sherlock! —Y no se me escapa el cambio brusco en sus gestos ni la carita de desolación absoluta que acaba de poner. Así que, sin pensarlo, levanto una de las comisuras de mi boca y le tiro el cojín que estaba abrazando.

Por lo menos consigo que se ría, después de haberle dado de lleno en toda la cara.

—¡Serás zorra! —Me tira el cojín de vuelta y, a diferencia de ella, lo atrapo al vuelo—. ¡Vamos, Charlie, mi paciencia tiene un límite!

—¡Está bien, joder, ya voy! —Vuelvo a abrazar el cojín mientras cruzo las piernas al estilo indio—. No nos habíamos dirigido la palabra en toda la

noche y, cuando mi hermano y tú os fuisteis, decidí irme a bailar porque si seguía al lado de Manu... Bueno, la verdad es que no sé muy bien lo que me pasa con él. Dejo de pensar con claridad y siempre acabo haciendo cosas tan estúpidas como quedarme boba mirándole los labios o... —Cabeceo mientras pienso en lo que estoy diciendo y noto cómo me ruborizo.

—Entonces te fuiste a bailar y... ¿Manu te siguió?

—¡Ni de coña! Manu me dio la espalda y se pidió una copa, pasando de mí como de la mierda... O eso pensaba yo. El caso es que se me acercó un tío y empezó a hablar conmigo.

—¿Un tío que quería ser tu amigo? —Me guiña un ojo y se mantiene expectante.

Me río por la salida de Sara y me humedezco el labio inferior.

—Sí, mi amigo... con derecho a roce. El chaval empezó a tomarse algunas libertades y, al final, acabó con una mano en mi cintura, cogiéndome con la otra un mechón de pelo y besándome demasiado cerca de la boca.

—¿Y tú qué hiciste?

Suspiro teatralmente y sonrío.

—No me dio tiempo de hacer nada... Ya se encargó Manu de ello.

Abre unos ojos como platos y se remueve un poco acercándose a mí en la cama.

—¿En serio? ¡Vaya, no sabía yo que se las daba de caballero de brillante armadura!

Sonrío ante su comentario y me muerdo el interior de la mejilla.

—Cogió al tío de la camisa y, de un empujón, lo separó de mí.

—¡Guau! Seguro que en ese momento mojaste las bragas.

Vuelvo a tirarle el cojín mientras me muero de risa.

—¡Serás cochina!

Sara se une a mí en las risas y, al final, las dos acabamos tumbadas boca arriba con lágrimas en los ojos.

—¡Venga, ahora en serio! ¿Qué pasó luego?

—Luego me encaré con él mientras se iba acercando más a mí y, cuando quise darme cuenta, estaba comiéndome la boca. —En cuanto las palabras abandonan mis labios, siento que un escalofrío recorre mi espalda y tengo que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para no volver a recrear ese beso. Sé que voy a acabar enferma del coco si dejo que mi mente recuerde ese momento porque entonces entrará en bucle y no seré capaz de pensar en nada más. Cierro los ojos y alejo ese pensamiento de mi cabeza todo cuanto soy capaz—. ¿Te apetece un café? Porque yo lo necesito... con urgencia. —Me levanto de un salto, sin esperar ninguna respuesta por parte de Sara y, tirando de ella, la llevo por el pasillo hasta la cocina.

Empiezo a trastear por los armarios hasta que lo tengo todo preparado y, cuando estoy poniendo azúcar a nuestras tazas, oigo cómo se cierra la puerta de casa. Le tiendo el café a mi amiga mientras me apoyo en la encimera y le doy un sorbo al mío.

—¿Pitufa? —La voz de José llega lejana hasta la cocina y puedo oír sus pasos por el pasillo.

—Estoy aquí. —Me da por mirar a Sara y veo cómo se tensa desde los pies hasta el último rizo de su cabeza.

José se queda quieto en el quicio de la puerta en cuanto se da cuenta de que no estoy sola. Tensa la mandíbula y se rasca la nuca hasta que, soltando el aire, viene a mi encuentro y me da un beso en el pelo.

—Hola, hermanita. —Le sonrío a modo de bienvenida y sigo observando la escena. La cocina se ha convertido en un campo de tensión donde chisporrotean los átomos cuando chocan unos con otros. Mi hermano se separa de mí y mira de reojo a Sara cuando cruza de nuevo la cocina hacia la puerta—. Sara... —Levanta el mentón acompañando el silencioso y escueto saludo y desaparece de la estancia con pasos decididos.

Cuando vuelvo a mirar a Sara, tiene los ojos cerrados y respira con algo de dificultad. La taza de café peligró en su mano, así que me acerco y se la arrebato antes de que acabe poniendo el suelo perdido. Apuro mi café, ahora

que todavía sigue caliente, dejando luego la taza, junto a la de Sara, en el fregadero.

—Creo que tú también tienes algo que contarme, ¿no te parece?

Sara abre por fin los ojos y sacude la cabeza haciendo que sus rizos vayan en todas direcciones.

—Supongo que sí...

Volvemos a mi habitación y me aseguro de que la puerta esté bien cerrada. Después de la reacción de estos dos, no estoy muy segura de si debería permitir que se vuelvan a cruzar, por lo menos mientras se encuentren entre estas cuatro paredes.

Me acomodo en la cama mientras observo cómo mi amiga se pone a mirar por la ventana, dándome completamente la espalda. Después de concederle unos segundos, dejo salir el aire y me decido a hablar.

—¿Qué acaba de pasar en la cocina?

La espalda de Sara se tensa un poco más mientras cruza los brazos sobre el pecho. Se encoge casi imperceptiblemente de hombros y mantiene la vista fija en la ventana.

—Deberías preguntarle a tu hermano... Yo no tengo ni puñetera idea.

Entonces se encoge sobre sí misma y apoya la frente contra el cristal de la ventana.

Me levanto y voy hasta ella para abrazarla por la espalda. Sara se tapa la cara con las manos para no hacer ruido mientras llora.

La dejo que se desahogue y nos pasamos así, en esa postura, un largo rato. Por fin noto que su cuerpo se relaja y deja de sacudirse entre sollozos y, lentamente, me separo de ella, le tomo suavemente de la mano y hago que se siente en el borde de la cama.

No digo nada. Solo quiero darle tiempo para que ella se abra. Así que, después de haber aguantado el silencio durante más tiempo del que creía que sería capaz, por fin empieza a hablar.

—¡Tu hermano es un...! —Aprieta los labios, haciendo que se frunzan en una

mueca imposible y sacude la cabeza con más ímpetu del que debería. De repente levanta la mirada y me mira con sus ojos rasgados, llenos de lágrimas e ira—. ¡Y ni se te ocurra decirme eso de “Ya te lo había dicho”! ¿Me oyes?

Alzo las manos con las palmas hacia fuera y me mantengo calladita, por mi propio bien. Sé perfectamente la mala leche que se gasta mi amiga y no estoy yo como para provocarla.

—¡Si es que no sé por qué no te habré hecho caso, joder! Mira que me avisaste de cómo era tu hermano y yo, nada... ¡Me lo tengo merecido, por imbécil!

—Vamos, Sara, no seas tan dura contigo. Solo te has dejado llevar, eso es todo.

—Sí, y mira cómo he terminado. ¿Cómo puede tratarme como si no existiera, como si no nos hubiéramos acostado, no una sino dos veces? —Sacude la cabeza, con lo que consigue que sus rizos se vuelvan un poco más rebeldes en su cabeza.

—Es mi hermano, pero tú eres mi mejor amiga y, como tu mejor amiga que soy, te aconsejo que pases de él. No quiero que te haga más daño, Sara.

—Sí, eso está muy bien, pero no es tan fácil. Carlota, estoy colada hasta el tuétano de los huesos por José y hasta ahora no he sido capaz de decirle que no. Cuando me toca... ¡Joder! Es la persona más divertida que he conocido. Me siento muy a gusto cuando estamos juntos y me es muy fácil hablar de mis cosas con él. Ya estaba enamorada, pero ahora... Además, el sexo es...

—¡Para el carro ahí! No quiero oír ni una palabra referente al sexo con mi hermano... ¿Quieres que tenga pesadillas por las noches o qué?

Sara suelta el aire de golpe y se deja caer en la cama, con las piernas que cuelgan por el borde.

—Tengo la solución perfecta a nuestros problemas... Nos vamos de fiesta esta noche. Vamos a bailar y reír hasta que tengamos agujetas en sitios que ni siquiera sabíamos que existían.

Sara esboza una pequeña sonrisa que hace que me relaje de golpe y que

empiece a respirar un poco más tranquila. De repente me entra un mensaje en el móvil y, desviando la mirada, me centro en la pantalla: “Pitufa, voy a salir, llegaré tarde”. Frunzo el ceño porque no entiendo por qué no me lo ha dicho en persona y le contesto rápidamente: “¿¿¿No estabas en casa????”.

Su respuesta no tarda en llegar junto con el ruido de la puerta al cerrarse: “Acabo de salir por la puerta. No quería molestar”.

Madre mía, qué capullo puede llegar a ser...

“Entiendo... Está bien, yo también voy a salir... también llegaré tarde”. Espero, mirando la pantalla iluminada mientras José escribe su respuesta: “Ve con cuidado y no hagas nada que yo no haría”.

Tengo que respirar hondo un par de veces para controlarme y no soltarle una bordería. “Ya... vale. Pórtate bien”.

“Siempre”.

¡Ya... Claro! No dejo que Sara se vaya. Al final la convengo de que se quede, de que encarguemos una pizza y le dejo un top para que se arregle en casa. Nos pasamos más de una hora maquillándonos la una a la otra y, por fin, a eso de las once y media, salimos a comernos el mundo (Esa es la actitud, ¿no?).

Después de habernos bebido nuestra primera copa como si lleváramos una semana recorriendo el desierto, nos vamos a bailar. Sara se muestra algo apática pero, tras pegar un par de saltos a su alrededor y hacer el tonto para ella, consigo que se relaje y empiece a disfrutar.

En una de las vueltas que doy, una cara, al fondo del local, junto a la barra, llama mi atención y, después de haberle dado la espalda a mi amiga y centrado un poco más la vista, maldigo en voz alta (¡total con el volumen de la música nadie se va a enterar!) y me doy de cabezazos mentales. *¡Por el amor de Dios, con todos los locales que hay en Valencia! ¿tenemos que coincidir siempre con mi hermano y su odioso mejor amigo?*

Rezo mentalmente para que Sara no se haya dado cuenta y trato de seguir en lo mío sin mirar mucho hacia ese lugar por si mi amiga se percata. Me acerco

a ella y le sujeto el codo para que deje de bailar.

—¿Y si vamos a otro sitio?

Frunce el ceño y me mira fijamente.

—¿Por qué? ¡Nos lo estamos pasando bien aquí!

Me encojo de hombros porque no quiero que se dé cuenta de mi nerviosismo pero, de repente, veo cómo mira fijamente un punto tras de mí y que le cambia completamente la cara. Sus ojos reflejan dolor y rabia mientras empiezan a humedecerse. Se muerde el labio y se mantiene completamente inmóvil.

Giro la cabeza en el momento justo para ver cómo mi hermano le susurra algo a una chica que no para de reír. Un momento después y, tras besarla brevemente en la boca, la toma de la mano y los dos desaparecen entre la gente.

Se me corta la respiración mientras vuelvo a centrarme en Sara. Sigue sin moverse hasta que, después de unos segundos, sus ojos vuelan hasta los míos y, tras haber visto pasar por su rostro un montón de sentimientos enfrentados, cierra los ojos cuando una lágrima desciende por su mejilla, y se va corriendo al baño.

Yo me quedo plantada, en medio de la pista de baile, mientras la gente me da empujones y trata de hacerse sitio. Respiro profundamente y, justo en el momento en el que decido alzar la cara, mi mirada colisiona con la de Manu como si de un tren de mercancías se tratara.

Me mira fijamente mientras aprieta la mandíbula y se pasa los dedos por el pelo. Se separa de la barra y hace ademán de venir hacia donde yo estoy. Cierro los ojos porque, si no, no seré capaz de desengancharme de su mirada y, aunque deseo con todas mis fuerzas que se acerque y me haga sentir mejor, sé que no puede conseguirlo porque es por él, entre otros motivos, por lo que me siento tan devastada ahora mismo, así que vuelvo a abrir los ojos, lo miro un breve segundo más, niego con la cabeza y, antes de que cambie de opinión, giro sobre mí misma y voy al encuentro de Sara.

Sara

No consigo que las lágrimas dejen de salir. Tengo la nariz taponada y los ojos hinchados. Mis labios, tersos y calientes, no consiguen contener los sollozos que, al cabo de tanto tiempo, se han convertido en meros susurros. Mi cuerpo sigue agarrotado y se estremece cada cierto tiempo por culpa del hipo que ha aparecido desde que me acosté en la cama, cuando una nueva oleada de lágrimas y lamentos han salido de mí.

¡Cómo duele!

Y eso que no es la primera vez que me enamoro. Sin embargo y, a diferencia de la primera, sí es la primera vez que me rompen el corazón. La primera vez que sentí mariposas en el estómago, todo se fue apagando poco a poco, hasta el punto de que ni él ni yo nos hicimos daño cuando todo terminó.

Ahora, en cambio, aunque lo que sea que haya habido entre José y yo (a lo que ni siquiera puedo ponerle nombre, porque ni si quiera sé si es algo), parece que se ha terminado antes de empezar.

Escondo la cara en la almohada para ahogar el grito de pura frustración que siento. *¡Dios! ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Estúpida, estúpida...* Le he dado todo lo que soy a una persona que ni siquiera sabe que existo... Y ahora... ¿Qué? Ahora solo estoy yo y mi corazón, hecho trizas.

Me muerdo el labio inferior mientras me aparto un rizo de los ojos, empapado de tanta lágrima y trato de que entre aire por mi boca, ya que la nariz está demasiado congestionada. Me suena el móvil en la mesilla de noche

y decido levantarme e ir al cuarto de baño a lavarme la cara y sonarme la nariz antes de intentar cualquier otra cosa.

Evito mirarme en el espejo porque, si lo hago, sé que volverán las lágrimas, los sollozos, y todos los lamentos y reproches que llevan sonando en mi cabeza a modo de disco rallado durante toda la noche desde que vi cómo se iba José de aquel pub acompañado de otra chica.

Aprieto los párpados para tratar de bloquear esa imagen y, después de apartarme algunos mechones de la cara, vuelvo en silencio a mi dormitorio. Me siento en la cama soltando un exagerado suspiro y cojo el móvil. Es Carlota: “Sara, cielo, me tienes preocupada. ¿Cómo estás?”.

Inspiro bruscamente y me vuelvo a meter en la cama, tapándome con el nórdico hasta la barbilla. “He estado mejor... No te preocupes, saldré de esta”.

La pantalla no tarda ni quince segundos en volverse a iluminar con un nuevo mensaje de mi amiga: “No sabes cuánto lo siento... ¿Qué quieres que haga... le rompo las piernas?”.

No sé cómo consigue, incluso en los peores momentos, arrancarme una sonrisa. Y, aunque en este caso no llega a mis ojos, sigue siendo eso: una sonrisa, pequeñita, pero sonrisa. “No será necesario... Aunque no estaría mal perderle de vista durante una buena temporada... Ayudaría a la decisión que he tomado”. Carlota trata de adivinar: “Que es...”.

Me seco con el dedo una lágrima solitaria que ha empezado a caer por mi mejilla y me reprendo por ser tan tonta. “Voy a olvidarme de José... para siempre”

Aunque sé que es lo mejor, mi firmeza pende de un hilo y, ahora mismo, no sé si seré capaz de llevarla a cabo.

“Me ayudarás?”.

La respuesta de Carlota no tarda en llegar: “Pues claro que sí... Solo dime qué tengo que hacer”.

“Solo tienes que estar a mi lado cuando vaya a cometer alguna estupidez como, por ejemplo, volver a marcharme con él...”.

Cierro los ojos porque, de repente, me siento exhausta y, aunque pongo toda mi fuerza de voluntad en volver a abrirlos, soy completamente incapaz.

Los días empiezan a pasar, lentos, casi agónicos, mientras a mí me cuesta cada mañana un poco menos salir de la cama y continuar con mi vida. Y todos y cada uno de esos días vienen acompañados de la misma canción. La dulce y triste voz de Lorene Scafaria con su 28 es la banda sonora perfecta para mis días grises.

La verdad es que la Navidad cae como una bendición. Salgo de Valencia y vuelvo a casa, con mi familia; dejo atrás las clases y me concentro en disfrutar de los míos. Compró regalos y estudio, menos de lo que me gustaría, pero lo hago.

Y, cada día, dedico menos tiempo a pensar en José, aunque me sigo lamiendo las heridas. Y, poco a poco, voy construyendo un muro que me proteja de él, del poder que ejerce sobre mí, del daño que sé que puede hacerme.

Aunque Carlota me pide (casi, casi me suplica) que vuelva a Valencia para salir con ella y con otros amigos de la universidad en Nochevieja, decido quedarme en casa porque, aunque parezca increíble, el estar en mi hogar, rodeada de la gente que me quiere y me echa de menos, me está haciendo mucho bien.

Además, tampoco quiero tentar a la suerte... No sé qué pasaría si me volviera a encontrar esa noche con José o, peor aun, con José que se va con otra chica que no soy yo.

Hoy hace veintiún días que no lo veo y, aunque sigue doliendo, poco a poco va pesando menos. Es domingo, y Carlota se ha empeñado en que vaya a su casa para merendar. La señorita quiere que hagamos chocolate caliente y galletas de mantequilla *¡Ya ves, como si tuviéramos diez años!*

No las tengo todas conmigo porque la cocina y yo estamos total, absoluta y

definitivamente reñidas, pero ¿quién soy yo para negarle algo a la cabezota de mi mejor amiga?

Me ha asegurado por activa y por pasiva que su hermano no estará en casa porque ha ido a pasar el fin de semana a no sé dónde y no volverá hasta la noche. Sin embargo, volver a su casa supone un gran esfuerzo para mí porque, aunque él no esté, cada foto, cada detalle me lo recuerda y no deja de ser sumamente doloroso.

Bloqueo mi mente para que deje de pensar en José o en algo (por muy pequeño que sea) que tenga que ver con él y me centro en lo que estoy haciendo, que viene siendo guarrear con la masa de galletas (si a ese pringue se le puede llamar así).

—¡Ay, espera, Sara, tienes un pegote en las pestañas!

Trato de abrir el ojo, pero no puedo, así que dejo que Carlota me limpie con el paño de cocina.

—¡Lo que me extraña es que no tenga de esta mierda hasta en el chichi!

—¡Qué cerda eres! —Y, conforme lo suelta, me da con el trapo en el culo, mientras se parte de risa.

Trato de despegar de mis dedos ese mejunje terriblemente pegajoso, pero me es prácticamente imposible. Soplo para quitarme un rizo que me está haciendo cosquillas en la nariz porque, con las manos así, cualquiera se toca el pelo...

Al cabo de media hora por fin puedo decir que hemos hecho galletas y *¡Oh, Dios! ¡No se nos han quemado!*

De un salto me siento sobre la encimera mientras veo cómo mi amiga apaga el horno, saca las galletas que, sorprendentemente, huelen estupendamente bien, y se pone a preparar el chocolate a la taza.

—¿Puedes poner la mesa, pedazo de vaga? —Carlota me mira de reojo con una sonrisilla irritante mientras sigue removiendo el chocolate en el cazo.

—Perdona, bonita, te recuerdo que esta es tu casa y yo, tu invitada.

—¡Déjate de gilipolces y arrima el hombro!

Le hago una mueca mientras me separo de la encimera de un salto y me

pongo a hacer lo que me ha pedido.

Al cabo de quince minutos nos ponemos a merendar y, aunque parece increíble, las galletas están de muerte, y el chocolate no sabe a cuerno quemado.

Cuando me queda menos de media taza de chocolate, oigo cómo se cierra la puerta de casa, y todo mi cuerpo se tensa mientras el aire se queda atascado en mi garganta.

Miro a Carlota con cara de auténtico terror mientras veo cómo ella pone cara de sorpresa. Y, aunque por un momento se me pasa por la cabeza, sé que ella no tenía ni idea de que su hermano llegaría antes.

Alarga el brazo sobre la mesa y me da un apretón con su mano mientras en sus ojos puedo ver toda la determinación que sé que a mí me falta.

—Pitufa... ¿estás en casa?

—¡Mierda! —El susurro de Carlota me saca de mi ensimismamiento—. ¡Estoy en la cocina! —grita para que su hermano la oiga, aunque sigue sin quitarme los ojos de encima—. Mantén la calma, ¿vale? Y... sígueme la corriente.

Frunzo el ceño ante la última petición de mi amiga y siento un miedo atroz porque vete tú a saber qué se le habrá ocurrido a esta loca de la pradera. Oigo los pasos de José acercarse mientras trato de serenarme todo lo posible y me preparo mentalmente para el impacto que va a suponer volver a verlo después de tanto tiempo.

Cierro los ojos y agacho la cabeza en cuanto asoma por la puerta mientras trato de respirar con normalidad. Suelto el aire una última vez y, abriéndolos de nuevo, me yergo en la silla.

No se me escapa la cara de sorpresa que pone José al verme en su cocina, así como tampoco lo hace la cara de pilla que está poniendo Carlota ahora mismo. *¡Ay, Dios mío! ¿En qué estará pensando?*

—¡Hola, José! —Se levanta y le da dos sonoros besos—. ¿Tú no llegabas esta noche?

José se rasca la nuca y nos mira intermitentemente a su hermana y a mí.

—Hacía demasiado frío y hemos decidido volver antes.

—¡Pues da gracias que he invitado a Sara, y no a un chico... Nos podías haber pillado montándonoslo en la cocina!

Su hermano se pone serio.

—Espero que eso no pase nunca... No respondo si te encuentro en esa situación, Carlota... Y no bromeo.

Carlota le dedica la sonrisa más angelical que puede y pone los brazos en jarras.

—¿No piensas saludar a Sara?

Y ahora es cuando le tiraría la taza a la cabeza...

José deja de mirarla para prestarme toda su atención, y yo solo quiero que me trague la tierra y me escupa a miles de kilómetros de esta cocina.

—¿Qué hay, Sara?

Suelto el aire muy poco a poco para que no se note lo nerviosa que estoy y alzo la vista para mirarle.

—Hola, José.

Me mantiene la mirada durante un momento más de lo que se consideraría normal, hasta que parece percatarse y gira sobre sí mismo.

—¿Qué merendáis?

—Chocolate con cookies...

—¡Joder, huele de maravilla! —Se acerca al cazo, mira en su interior y coge una galleta—. ¿Queda chocolate? Creo que probaré un poco... —Le da un gran bocado a la galleta y se pone a trastear con una taza.

Cierro los ojos y me obligo a apartar la vista de su ancha espalda y de su pelo, que le ha crecido lo suficiente como para que empiece a rizársele en la nuca. Lo que dice a continuación Carlota me deja tan patidifusa que por poco me caigo de la silla.

—¿Sabes que vi el otro día a Rodro? —Y no se me escapa el gesto que me hace con la mano para que le siga el juego.

Alzo las cejas hasta que desaparecen entre mis rizos a la vez que abro desmesuradamente los ojos.

—¿A... A Rodro?

—Sí... Es compañero tuyo en la facultad, ¿no? —Ladea la cabeza y me mira insistentemente.

—Sí... —Dudo por un momento hasta que decido seguir hablando como si el chico del que estoy perdida y absolutamente enamorada no estuviera en la misma habitación que yo—. Si no recuerdo mal, hemos coincidido alguna que otra vez cuando hemos salido de copas.

—Me preguntó por ti...

—¿Ah, sí?

—Ajá. —Amplía su sonrisa y me da la impresión de que, con esa cara, podría ser perfectamente una *locamaníacadesquiciada*—. ¿Sabes que le gustas, verdad?

Y no se me escapa el movimiento brusco que acaba de hacer José y que acabo de ver por el rabillo del ojo mientras asiento, confundida, sin conseguir que mi garganta emita ni un solo sonido.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Con Rodro?

—No... ¡Con el grano del culo! ¡Pues claro que con Rodro! ¿Con quién si no?

Me río por lo absurda que puede llegar a ser y decido dejar pasar su último comentario.

—Dejaré que insista; al fin y al cabo, es bastante mono...

—¿Cómo que insista? ¿Te ha dicho algo y no me lo has contado?

Me paso la lengua por los labios para limpiarme los restos de chocolate y sonrío de medio lado. Sé que José no me quita ojo y tener toda su atención, aunque debería ponerme histérica, me da cierta sensación de poder.

—Me ha pedido dos... no, tres veces.

Carlota hace una bola con su servilleta de papel y me la tira.

—¡Eres una...! —De repente se queda muy callada (cosa muy rara en ella) y parpadea un par de veces—. ¿Por qué vas a dejar que insista?

Apoyo los codos en la mesa y me inclino hacia delante.

—Por si me convence... —Le guiño un ojo y me meto dos rizos tras las orejas al mismo tiempo que oigo cómo algo se rompe a mi derecha.

—¡Me cago en la puta! —La taza de José ha ido a parar al suelo, no sin antes mancharle el jersey y parte de los pantalones de chocolate líquido y caliente.

Me quedo paralizada ante la visión que tengo delante y no sé si partirme de risa o ayudarlo con la que acaba de liar. Sin embargo, cuando nuestros ojos se encuentran, me doy cuenta de que lo mejor que puedo hacer es desaparecer de la cocina y, ya puestos, de su casa. Su gesto pétreo y su mandíbula tensa así me lo indican.

—¡Vaya tela, hermanito, qué patoso eres! —Y, como no podía ser de otro modo, Carlota pone la puntilla antes de hacerme una seña con la cabeza para que salgamos de allí.

Sonrío porque esta ocurrencia de Carlota no podía haber salido mejor y, parándome a su lado, me giro para despedirme.

—Me voy a casa, chalada. Ya me has alimentado para un mes y tengo que estudiar. Solo quedan tres semanas para que empiecen los exámenes, y no quiero que me pille el toro como el año pasado.

Carlota me regala la sonrisa más deslumbrante de todo su repertorio.

—Te acompaño a la puerta. —Me coge de la mano y me da un fuerte apretón mientras se ríe lo más silenciosamente que puede y me arrastra hasta la entrada mientras mira hacia la cocina, donde José continúa limpiando el desastre, sin dejar de soltar palabras malsonantes—. ¡Chúpate esa, tonto del culo!

Y, por primera vez desde hace casi un mes, me río con ganas, desde el fondo de las entrañas, hasta que se me saltan las lágrimas.

¡Chúpate esa, José!

Manu

¡Todavía quedan dos putas semanas!

Cabeceo mientras me dirijo a mi última clase de Derecho Financiero y Tributario del semestre. Es la última clase que impartiré antes del examen, que tendrá lugar dentro de veinte días. ¿Que cómo lo sé? Porque he contado los días en el calendario como un obseso.

Miro el reloj mientras con el otro brazo empujo la puerta del aula y alguien choca contra mí haciendo que me tambalee y que los papeles que llevo salgan volando. Por puro instinto, cojo el cuerpo que tengo enfrente y lo sujeto con fuerza para evitar que se caiga al suelo.

Y, cuando por fin bajo la cabeza para ver quién ha sido el imbécil que se dedica a atravesar las puertas sin mirar siquiera, se me paraliza el aire en la garganta. ¡Me cago en la puta! De las ochenta personas que asisten a esta clase, ¿tenía que tratarse de Carlota?

Su cara está tan cerca de la mía que puedo ver sus pecas, esas que camufla a base de maquillaje. Sus ojos están muy abiertos, y el aire que sale por su boca y choca contra mi cuello solo consigue que cierta parte de mi cuerpo empiece a despertar.

¡Por el amor de Dios! ¿En serio?

De repente soy demasiado consciente de todas y cada una de las partes de nuestro cuerpo que están en contacto. Sus manos apoyadas en mis antebrazos, sus pechos aplastados contra mi torso...

Su respiración se entrecorta mientras parpadea varias veces hasta que se da cuenta de la situación, y reacciona. Y menos mal que lo hace porque ahora mismo yo no soy capaz de mover ni las pestañas...

Da un paso atrás y se separa de mí para ponerse a recoger los papeles que reposan, sin orden ni concierto, en el suelo del aula. Una vez amontonados de cualquier manera entre sus manos, me los entrega sin mucha ceremonia, se pasa las manos por los vaqueros, como si tuvieran una arruga imaginaria y tratara de alisarla y, después, se mete un mechón de pelo tras la oreja mientras se humedece el labio inferior y siento cómo cada uno de mis músculos se contraen y mi polla se sacude dentro de mis pantalones.

¡La hostia, Manu. Para. De. Una. Maldita. Vez!

Me repongo en cuanto me doy cuenta de que tenemos público y cuadro los hombros. Me pongo la máscara de indiferencia y, con dos largas zancadas, me dirijo a la tarima no sin antes girar la cabeza para hablar por encima del hombro.

—La clase acaba de empezar, señorita Ayala. Le agradecería que volviera a su asiento y... La próxima vez tenga más cuidado, hágame el favor.

Maldigo en silencio cuando me doy cuenta de que vuelvo a ser el tirano estirado que ella tanto odia, pero es que estoy a punto de explotar y ya no puedo más. Trato de concentrarme en el temario y en resolver todas aquellas dudas que los alumnos puedan tener, pero me es prácticamente imposible. Mis ojos vuelan cada cierto tiempo hacia ella como de un imán se tratase, mientras lo único que hace es ignorarme, como viene haciendo desde hace más de un mes.

Lo que quiero es que termine ya este suplicio. ¡Es agotador! Mi fuerza de voluntad flaquea cada vez que Carlota está delante. Y es que no tengo por costumbre ir en contra de mis instintos, y lo único que quiere mi instinto más básico es llevarse a esa chica a un lugar más íntimo y hacérselo de todas las formas imaginables.

¡Mierda! ¡Genial, Manu, a punto de terminar la clase y ya estás otra vez

empalmado!

Me despido apresuradamente de mis alumnos, deseándoles suerte en la vida porque, con lo desgraciados que son la mayoría de ellos, seguro que la van a necesitar. Cierro la puerta de mi despacho con más ímpetu del que debería y apoyo la espalda en la madera. Me tiro del pelo mientras cierro los ojos y aprieto la mandíbula.

¿Qué cojones me está pasando?

El móvil empieza a sonar y me lo saco del bolsillo con pocas ganas mientras entreabro un ojo para ver quién me llama.

¡Mierda, el que faltaba!

Cabeceo mientras me separo de la puerta y me dejo caer sin mucha ceremonia sobre la silla de cuero. Miro fijamente el teléfono hasta que mi padre decide dejar de insistir; la llamada se corta y lo tiro de cualquier manera sobre la mesa.

Apoyo la cabeza en el respaldo y miro al techo. Todavía no he conseguido sacarme de la cabeza el encontronazo con Carlota. Lo bien que se sentía su cuerpo contra el mío, su olor dulce, sus pecas... *¡Mierda!* Me remuevo en la silla y cierro los ojos tratando de pensar en otra cosa. *¡Céntrate de una vez, hostia!* Muevo los papeles sobre mi escritorio y decido ponerme a trabajar un rato a ver si así alejo a esa chica de mi mente.

Mi móvil vuelve a sonar sobre la mesa y, aunque espero que no sea mi padre, me alegro de la distracción que supone. Lo cojo mientras miro la pantalla para averiguar que se trata de José.

—¿Qué pasa, Nano?

—Necesito salir esta noche. —Su voz ronca y apresurada hace que frunza el ceño.

—¿Qué pasa? Te noto un poco desesperado.

Inspira profundamente y se mantiene en silencio. *¿Qué cojones le pasa?*

—Tengo que distraerme... Llevo una semana de mierda y... ¡No puedo más!

—¡Eso es porque eres una nenaza! —Sonrío de medio lado esperando una

réplica que no llega. José se mantiene en silencio, y lo único que escucho desde el otro lado de la línea es su respiración profunda y un tanto alterada—. ¿Tan mal te ha ido?

—¡No lo sabes bien! Bueno... ¿qué? ¿Tomamos algo esta noche o te vas a rajar?

Me sorprende el cambio brusco de tema. Si no lo conociera tan bien, pensaría que algo le preocupa.

—¿Estás bien? —Un pensamiento fugaz se me pasa por la cabeza y, sin pensarlo, mi boca lo materializa en forma de palabras—. ¿Carlota está bien?

El silencio vuelve a adueñarse de la línea hasta que, después de una respiración profunda, José se anima a hablar de nuevo.

—Está todo bien, de verdad, solo necesito divertirme un rato y olvidarme de todo.

—Entonces, de acuerdo, esta noche salimos por ahí.

—¿Quieres venir a casa a cenar algo?

Aunque la proposición de José es demasiado tentadora, me obligo a rechazarla porque, con dos raciones de Carlota a la semana, tengo más que suficiente. Además, visto lo visto, no sé si sería capaz de contener mis impulsos si la tengo delante.

—Mejor salimos a tomar unas tapas y unas cervezas que, con lo cansado que estoy esta semana, ¡si me encierras en tu casa, luego no va a haber quien me saque!

—Como quieras. Entonces quedamos donde siempre... —Su voz sigue apagada y yo vuelvo a fruncir el ceño. Esta noche tengo que hablar con él al respecto.

—En el mismo sitio a la misma hora... Bueno, macho, tengo que dejarte, estoy liado preparando los exámenes.

—Sí, yo también tengo trabajo. Luego nos vemos.

Dejo el móvil sobre la mesa y me rasco la mandíbula de forma distraída durante unos segundos; después decido centrarme en el trabajo y alejar de mi

cabeza, aunque solo sea por un rato, a la familia Ayala al completo.

Después de habernos tomado un par de cervezas y alguna que otra tapa, decidimos cambiar de aires. La verdad es que cualquier bebida con mayor graduación no me vendrá nada mal después del día que llevo.

Todavía es pronto, así que encontramos un rincón en la barra donde apoltronarnos y, tras haber pedido nuestras copas, nos acomodamos en nuestros sitios. Decido abordar el tema como suelo hacer, a saco.

—¿Me vas a contar qué carajo te ocurre?

José tensa la mandíbula y empieza a rascarse la nuca. Está incómodo.

—Ya te lo he dicho: es el trabajo que me lleva estresado, perdido.

—No, tío, a ti te pasa algo más, y no me lo quieres decir.

Respira profundamente y se lleva el vaso a los labios para evitar contestar.

Y no insisto más porque ya es mayorcito y, si no quiere hablar del tema, tampoco le voy a poner una pistola en la sien para que suelte prenda.

Al cabo de un momento, noto su codo golpear mi costado y me giro con el ceño fruncido.

—Esa tía de ahí no te quita ojo. —José alza las cejas y me pone esa sonrisa tan suya llena de hoyuelos.

Me encojo de hombros y miro disimuladamente de reojo.

—Hoy no estoy de humor, Nano. —De un trago, me bebo lo que queda de mi copa y me giro hacia la barra para pedir una segunda ronda.

Veo por el rabillo del ojo cómo José se sorprende ante la actitud que tengo, pero es que no puedo sacarme a cierta pelirroja de la cabeza... Parece que se ha metido bajo mi piel.

A cualquiera que me conozca le sorprendería el hecho de saber que no me he vuelto a acostar con nadie desde la noche que decidí portarme como un buen chico con Carlota y rehusé su invitación a subir a su casa, acabando con una rubia tonta en mi piso y deseando que se fuera cuanto antes de allí. No tengo ni pajolera idea de qué me pasa, pero el caso es que ninguna mujer consigue atraerme tanto como para pasar la noche con ella.

¿Que cómo estoy? Pues hecho un puto desastre, con los cojones morados y con la cabeza desquiciada. Esa sería una buena descripción de mi penosa persona ahora mismo.

Noto movimiento cerca y, cuando vuelvo a girarme, veo cómo una chica le entra a José. Sonrío de medio lado y espero a que se acerque a mí con la típica frase de “Me largo, tío. Espero que lo pases tan bien como lo voy a hacer yo”, pero nunca llega. Al cabo de cinco escasos minutos, la tía se aleja con cara de malas pulgas y yo miro a José con la sorpresa pintada en la cara.

—¿Qué ha sido eso, macho?

José vuelve a rascarse la nuca y cierra los ojos por un brevísimo momento.

—No estoy de humor... —Y no se me escapa que haya utilizado la misma frase que yo.

—¿Desde cuándo?

—Desde el mismo momento en el que tú has decidido pasar de una tía buena que te miraba con ojos de cachorro abandonado. —Apura su copa y se pide otra.

Dejo salir todo el aire por la nariz y pongo cara de circunstancias mientras noto cómo mi teléfono vibra en mi bolsillo.

—¡Pues sí que estamos bien!

Acabamos nuestra segunda copa prácticamente en silencio.

Miro el móvil por curiosidad y compruebo que tengo tres mails de mi padre. *¡Joder, qué pesado es!* Todavía sigue en pie su propuesta, y yo no tengo nada claro al respecto.

—¿Todo bien? —La voz de José me saca de mis pensamientos.

—Sí, solo es mi padre...

—¿Te está dando la vara?

Exhalo el aire y me acomodo de nuevo en la barra.

—Se le ha metido entre ceja y ceja que tengo que tomar las riendas de la empresa, y yo no las tengo todas conmigo. —Abre los ojos de golpe y se mantiene en silencio, animándome a continuar—. No creo que mi padre sea

capaz de dejarme dirigir su imperio sin inmiscuirse, después de todos los años en los que ha estado al mando, haciendo lo que le ha venido en gana...

—¿Qué es lo que te preocupa realmente?

Me paro a pensar y trato de ordenar mis ideas para darles algo de sentido.

—Ya sabes que me gusta controlarlo todo... —Sonríe con sorna y yo cabeceo—. Si me ocupara del negocio, no me gustaría que nadie metiera las narices ...

—Ya entiendo. Tienes miedo de que no te deje tranquilo. Que no te deje tomar decisiones y que, aunque en apariencia estés tú al mando, continúe queriendo controlarlo todo desde la sombra.

—Ni yo lo hubiera expresado mejor. —Le doy una palmada en la espalda y guardo el móvil en el bolsillo.

—¡Pues habla con él! Plantéale tus inquietudes, a ver por dónde sale.

Me paso los dedos por el pelo y niego con la cabeza.

—Supongo que no pierdo nada por intentarlo.

—La pregunta que realmente debes de hacerte a ti mismo es si estás dispuesto a ocuparte de la empresa. ¿Es lo que quieres? ¿Te apetece? ¿Estás preparado?

Entrecierro los ojos y le miro de reojo.

—Eso son demasiadas preguntas... —Me giro para tenerlo de frente y le doy un toque en el hombro—. Además... ¡Yo nací preparado, capullo!

Suelta una carcajada mientras murmura algo ininteligible.

Tres copas y ya voy un poco perjudicado. Me meto en la cama pensando que a lo mejor es la edad... Antes hacían falta más de diez copas para tumbarme... ¡Quién me ha visto y quién me ve!

Estiro las piernas bajo las sábanas y suspiro. Cierro los ojos y trato de dejar la mente en blanco para ver si el sueño llega.

Pero no.

Después de haber dado unas cuantas vueltas y otros tantos gruñidos de frustración, abro los ojos y miro al techo. Y no es que vea gran cosa. La habitación está más oscura que los cojones de un grillo y tardo unos momentos

en conseguir ver alguna que otra sombra, después de que mis pupilas se acostumbren.

El tema de la propuesta de mi padre compite con la fijación que tiene mi mente últimamente en imponerme la visión de Carlota, su cuerpo, sus pecas, las caras que pone, incluso su manera de caminar. Así que, por mi bienestar físico y mi salud mental, encierro a la pelirroja en el lugar más oscuro y recóndito de mi cabeza y me centro en si debo aceptar dirigir la dichosa empresa o no.

Decido hacer una lista mental con los pros y con los contras y, después de varios minutos y de haber notado cómo mi cuerpo reacciona empezando a sudar, dejo escapar el aire por la boca y me tapo los ojos con el antebrazo.

Si acepto, dejaré de dar clase en la facultad y, si dejo de dar clase, podré estar con Carlota...

Pero... ¿Qué mierda, Manu? ¿De dónde cojones ha salido ese pensamiento?

¡Por enésima vez! No puedo estar con Carlota porque: 1) —y punto más importante— es la hermana pequeña de mi mejor amigo y, 2) realmente, NO quiero estar con Carlota... Bueno sí, quiero estar dentro de ella... muchas veces, en muchas posturas diferentes, pero no con ella.

Cojo la almohada de muy malas maneras y la estampo contra mi cara, ahogando un grito. Cambio de postura para alejar ese pensamiento y, una vez que lo he conseguido (más o menos), vuelvo a centrarme en lo que me preocupa... Aparte de Carlota.

Si voy a decir que sí, tengo condiciones... Condiciones no negociables. Si mi padre no las acepta, paso del tema. Con esos pensamientos por fin caigo en un sueño agitado, pero sueño al fin y al cabo.

Me despierto temprano y, antes de hacer nada, decido ir a correr para despejar mi mente y ejercitar mi cuerpo. Después de una carrera de más de una hora, bajo una llovizna débil pero insistente y de que se me han congelado las ideas, vuelvo a casa y me meto en la ducha.

Me visto con lo primero que pillo en los cajones y, todavía poniéndome el suéter, marco el teléfono de mi padre mientras voy a la cocina a por un café bien cargado.

—¿Manuel?

Carraspeo mientras me ajusto el suéter y apoyo una mano sobre la encimera, cerrando los ojos.

—Si voy a aceptar, tengo condiciones...

Oigo cómo mi padre suelta el aire lentamente desde el otro lado de la línea.

—Está bien, te escucho.

Una hora después y con los nervios y excitación que corren por mis venas, cojo las llaves y salgo de casa.

Ahora mismo soy un hombre con una única misión, y parece que me vaya la vida en ella cuando conduzco de forma agresiva callejeando por Valencia. Los demás coches me regalan sus atenciones con algún que otro pitido pero, ahora mismo, no presto atención a nada, excepto a mi objetivo.

Se me pasa un poco el subidón cuando tengo que dar unas cuantas vueltas hasta que encuentro un puñetero sitio donde aparcar pero, una vez conseguido, la sonrisa nerviosa vuelve a mi cara.

Me encuentro a José en la cocina, preparándose el desayuno y, girando levemente la cabeza, mientras vierte café en una taza, me mira de arriba abajo.

—¿Dónde está el incendio?

Me dejo caer de cualquier manera en una de las sillas sin quitarme el marinero siquiera.

—He aceptado.

José se gira lentamente con la taza llena de café humeante y apoya las caderas en la encimera.

—¿Te refieres a la propuesta de tu padre?

Me paso los dedos por el pelo que, ahora que me fijo, debe de ser un desastre, y asiento.

—Le he dicho que aceptaría solo con varias condiciones y, después de casi

una hora de negociación al teléfono, hemos llegado a un acuerdo.

Alza las cejas y se lleva la taza a los labios dándole un pequeño sorbo.

—¡Joder, me alegro! Y, ¿cuándo empiezas?

—El lunes... Estaré un mes aprendiendo con él todo lo que tenga que aprender y luego me quedaré solo al mando.

—¡Guau! ¿Y la facultad?

—La dejo en cuanto acaben los exámenes.

—¿Serás capaz de trabajar codo con codo con tu padre?

Me encojo de hombros y alzo una de las comisuras de mi boca en una sonrisa de las mías.

—¡De vez en cuando hay que hacer algún sacrificio!

Toma asiento en la silla de enfrente y alza la taza.

—Perdona, me has pillado tan de sorpresa que no te he ofrecido ni siquiera un café... ¿Quieres?

—No, gracias. Acabo de desayunar...Escucha, tío. No he venido hasta aquí solo para contarte lo de mi padre...

José deja la taza sobre la mesa y me mira de hito en hito.

—¿Ah, no?

Me yergo en la silla y cuadro los hombros mientras fijo mi mirada en la cara de mi amigo.

—Vengo a hacerte una proposición...

—¡Pues espero que no sea indecente!

—¡Calla y escucha, capullo!

Apoya los codos en la mesa y toma la taza entre sus manos.

—Soy todo oídos...

—Quiero que formes parte de mi equipo... Necesito alguien de confianza para que sea mi mano derecha. Tienes mucha experiencia en el sector de ventas y sé que eres uno de los mejores.

José se echa hacia atrás hasta apoyar la espalda en el respaldo y abre los ojos, sorprendido.

—¡Coño, no me esperaba esto!

—Tú escucha. Sé que estás harto de ir de aquí para allá casi todas las semanas. Te ofrezco estabilidad y muy poca movilidad. Solo tendrías que viajar al principio para ver cómo van las sucursales de la empresa en Londres. Mi padre me ha comentado que tiene previsto ampliar el negocio a Estados Unidos, así que es posible que también tengamos que ir allí un par de veces pero, quitando eso, no te moverías de aquí...

—No sé, tío...

Me quedo con la boca abierta, apunto de contestar una réplica a José, pero las palabras se me atragantan en la garganta cuando veo a Carlota atravesar la cocina como una exhalación, directo a la cafetera. No creo que sea consciente de mi presencia y, tampoco estoy muy seguro de que haya visto siquiera a su hermano.

Tengo que cogerme al tablero de la mesa cuando se pone de puntillas para alcanzar una taza de la parte más alta del armario. Creo que es una visión que se me quedará grabada a fuego en la mente mientras tenga un aliento de vida. Carlota recién levantada, despeinada y sin maquillar, con una camiseta vieja, raída y casi transparente, un hombro lleno de pecas al descubierto, unas piernas kilométricas, unos calcetines imposibles a rayas de mil colores y, lo más desquiciante y sobrecogedor de todo, un culo firme y respingón enfundado en unas braguitas rosas con corazones rojos que asoma a través de la roñosa camiseta cuando estira el brazo para llegar hasta la taza.

José carraspea para llamar su atención, y eso me ayuda a apartar, de mala gana, mi mirada de Carlota, aunque es una distracción que no dura demasiado. En cuanto veo, por el rabillo del ojo, cómo se gira y pega un brinco, dándose en la frente con la puerta del armario, vuelvo a centrar toda mi atención en la pelirroja.

—¡Me cago en la...! ¿Me quieres matar de un susto? —Se masajea la parte golpeada y frunce el ceño, mirando a su hermano.

Su hermano, por su parte, la mira primero a ella y después a mí, haciéndole

ver que no están solos en casa.

—Pitufa, eres un completo desastre... ¿Cómo puede ser que no nos hayas visto cuando has entrado en la cocina?

Carlota lo mira parpadeando hasta que se da cuenta de mi presencia. Se muerde el interior de la mejilla mientras el color baña sus mejillas, cuello y hasta sus orejas. Arruga la naricilla y se gira muy lentamente, dándonos la espalda. Deja la taza sobre la encimera y niega con la cabeza mientras susurra con la voz algo tomada.

—Esto no puede estar pasando... ¿Por qué, Dios mío... Qué te he hecho yo...? —Vuelve a girarse y traga saliva mirando solo a su hermano—. Si me disculpáis... —Sale de la cocina tan rápido como ha entrado, aunque para mí ya sea demasiado tarde.

¿Cómo voy a poder sacarme ahora a Carlota de la cabeza después de la visión que me acaba de regalar? ¿Cómo se me ocurre presentarme en su casa sabiendo que ella iba a estar? ¿Por qué cojones no puedo pensar un poco más las cosas antes de actuar?

¡En fin... Esto ya no tiene remedio!

Arderé en el infierno... Lo sé, lo presiento.

José

—¿Estás completamente seguro? —El tenedor que sostiene Carlota se ha quedado suspendido en el aire a medio camino de su boca.

—Sí. Es una buena propuesta, pitufa. Sería de género idiota no aceptarla.

—¿Has avisado ya a la empresa?

Suelto el aire por la nariz y me remuevo en la silla.

—Sí, ayer presenté la carta de dimisión. Me iré en un mes.

—¡No entiendo nada, José! Creía que Manu había vuelto para ser profesor en la universidad, no para hacerse cargo de la empresa de su padre... ¡Pero si no lo soporta! —Mi hermana frunce el ceño mientras mastica con demasiado ímpetu.

—En un principio volvió por eso pero, hace poco, su padre decidió que ya era hora de jubilarse y le ofreció el mando de la empresa familiar. Y, sí, tienes razón, no lo soporta, pero tampoco es que vaya a tener que estar con él todo el tiempo...

—Bueno, lo que haga Manu o deje de hacer no es mi problema... —Levanta la barbilla y mira por la ventana, aunque a mí no me engaña. Sé que todo lo que tiene que ver con mi mejor amigo le afecta de una manera que ni siquiera yo logro entender—. Solo quiero que estés seguro de la decisión que tomas. Quiero que seas feliz con lo que haces y me preocupa un poco...

—¿Qué es lo que te preocupa, a ver?

—Ya sabes el dicho: “Donde tengas la olla...”.

Suelto una carcajada porque con esta niña no puedo evitarlo.

—¡Ay, hermanita! Somos amigos; por eso me ha ofrecido el puesto. Además, dejaré de viajar tanto y de verdad que lo necesito. Estoy cansado de ir de acá para allá todas las semanas. Necesito un poco de estabilidad...

—¿Estabilidad? —Alza una ceja y apoya los brazos en la mesa. —¿Por qué? ¿Estás pensando en empezar una relación con alguien, hermanito?

¡Joder! Me atraganto con el agua y empiezo a toser sin medida.

—¿Pretendes matarme? —Toso un par de veces más hasta que se me pasa—. ¡Claro que no!

Encoge un hombro y pone cara de circunstancias.

—No sé, por si te había entrado la vena esa de empezar a traer críos al mundo; como ya vas teniendo una edad...

Cabeceo sin poder evitar la sonrisa y le tiro un trozo de pan a la cabeza pero, por una vez, sus reflejos son rápidos y lo esquiva.

—Para o recogerás tú la cocina. —Me apunta con el dedo y entrecierra los ojos.

Me levanto, todavía con la sonrisa pintada en la cara, y llevo mi plato al fregadero, dando por zanjado el tema.

Después de haber recogido la cocina, Carlota se mete en su habitación y yo me quedo en el sofá haciendo un poco de zapping. Cuando siento que el sofá me abraza y me estoy quedando medio dormido, llaman al timbre.

Decido hacer oídos sordos y me arrebujó un poco más hasta que me doy cuenta de que mi hermana no piensa abrir la puerta y me levanto de muy mala gana. Abro la puerta del zaguán sin preguntar quién es mientras me restriego la mano por la cara a ver si me despejo un poco. El sonido estridente del timbre me sobresalta tanto que casi me da un infarto y, después de haber conseguido que el corazón siga dentro de mi pecho, abro con cara de muy pocos amigos hasta que, al alzar la vista por pura inercia, veo de quién se trata.

En lo primero que me fijo es en su sonrisa deslumbrante. Su labio inferior, carnoso y brillante, sigue siendo igual de apetecible, o quizá más. Sus ojos

grandes y almendrados siguen sonriendo cuando levanto un poco más la vista y sus rizos suaves y esponjosos enmarcan su rostro. Mis ojos siguen el movimiento de su boca cuando se muerde ese labio que sabe tan bien.

—Hola, José. ¿Está Carlota? Había quedado con ella.

Tengo que parpadear un par de veces para que sus palabras calen en mi aturrido y tonto cerebro.

—Sí... claro.

Se queda parada en el umbral de la puerta y abre casi de forma imperceptible los ojos.

—¿Puedo pasar?

¡Dios, seré gilipollas! Me paso la mano por la nuca y me aparto a un lado mientras veo cómo su sonrisa cambia a otra de pura diversión. *¡Genial, lo estás haciendo de lujo, tío!*

—Está en su habitación... Creo que conoces el camino.

Me quedo sujetando la puerta, abierta de par en par, hasta que Sara se pierde por el pasillo. Entonces me doy cuenta de lo subnormal que soy y acabo cerrando con demasiado ímpetu, por lo que el portazo retumba en todas y cada una de las paredes de la casa.

Después de pasarme más de media hora tratando de seguirle el hilo a una película de serie B de esas que echan los fines de semana por la tele y de no enterarme de casi nada, decido encerrarme en mi habitación.

No sé muy bien por qué, pero el hecho de saber que Sara está en mi casa me está poniendo extremadamente nervioso. Me dejo caer en la cama y miro por la ventana. Desde que la encontré merendando en casa aquella tarde y escuché la conversación que tenían ella y Carlota, no consigo sacármela de la cabeza. ¿Por qué me molesta tanto el hecho de que pueda enrollarse con otro? Sara solo ha sido un revolcón más de tantos...

Llevo dos semanas comiéndome la cabeza con el mismo tema y, lo peor de todo es que no me apetece acostarme con nadie que no sea ella.

¡Eso no puede volver a pasar!

Sé a ciencia cierta que, si volvemos a estar juntos, todo se irá a la mierda porque, mal que me pese reconocerlo, esa chica me gusta demasiado. Cierro los ojos, y lo primero que veo es su sonrisa. Puedo oír el sonido contagioso de su risa, su voz dulce...

¡Argggg, ya vale, joder!

A eso de las cinco y media decido salir de casa porque mi cabeza echa humo y sé que me vendrá bien un poco de aire, aunque este venga congelado. Deambulo por las calles transitadas de Valencia sin rumbo fijo, hasta que me suena el móvil en el bolsillo del abrigo con un mensaje de Manu: “¡Qué pasa, capullo! ¿Salimos esta noche, o qué?”. No sé cómo lo hace, pero siempre consigue arrancarme una sonrisa.

“No sé, no sé...”.

Su réplica no tarda en llegar. “Cómo que no sabes? Dónde estás?”.

“Por ahí”

Y quince segundos después tengo su respuesta: “Estás con alguien?”.

“Nop”.

“Entonces deja ya de hacer el idiota y dime dónde estás para que pueda ir a buscarte... Estoy aburrido, coño!”.

Me río en medio de la calle y una señora que pasa por mi lado me mira de reojo.

“Estoy en el centro, pesado!”.

“Mándame ubicación y te veo en 10”.

No sé cómo acabamos en el mismo garito de siempre. En otras circunstancias no me importaría pero, desde que mi hermana sale con su amiga por esta zona, me molesta bastante el hecho de tener que encontrármelas. Bueno, siendo sincero, lo que me molesta es encontrarme con Sara. Esa chica me descoloca de tal manera que acabo sin saber ni cómo me llamo.

Cuando son más de las dos de la madrugada y no han dado señales de vida, mi cuerpo empieza a relajarse, aunque es mi mente la que me trae de cabeza porque, sin venir a cuento, me siento decepcionado. Es una sensación de

“Quiero, pero no quiero”, un “Sí, pero no”, que me desquicia demasiado.

Apuro mi tercera copa mientras escucho la voz de Manu que me está contando no sé qué de la empresa y, cuando, después de haber dejado el vaso vacío en la barra, me giro, me encuentro con los ojos marrones de Sara, que me miran fijamente desde la otra parte del local.

¡La hostia!

Aunque de verdad lo intento, no soy capaz de quitarle los ojos de encima y cuando un tonto del culo me tapa con su gran cabezón, ladeo la cabeza y cambio de posición con tal de no perderla de vista.

Sin embargo, lo que veo me deja helado en mi sitio. Y, de verdad que no estoy preparado para ello. Siento cómo me hierve la sangre en las venas. De hecho, estoy casi seguro de que la de la sien se está hinchando por momentos.

Sara está hablando con un tío que no deja de invadir su espacio personal, aunque a ella no parece importarle en absoluto. Y, aunque le dice algo al oído y sonrío, Sara sigue mirándome a mí fijamente y, cuando la besa en la comisura de la boca, sigue con los ojos bien abiertos, clavados en mí.

Aprieto la mandíbula y me paso la mano por la nuca y, por fin, giro la cabeza sin ser capaz de seguir mirando. Más bien porque no respondo si sigo haciéndolo.

—¡Ey, macho! ¿Estás bien? —La voz de Manu me ayuda a sacarme la imagen de la cabeza y, después de soltar de forma sonora el aire por la nariz, giro la cabeza y lo miro con una tensa sonrisa en la cara.

—Sí, estoy bien.

Entrecierra los ojos mientras le da un trago a su copa.

—Tienes cara de querer matar a alguien...

Aunque lo intento con todas mis fuerzas, soy incapaz de no volver a mirar hacia donde está ella y lo hago justo en el momento en el que se está yendo con el tío ese. Me obligo a girarme y pido una copa más. Creo que no es mal momento para emborracharme.

De un solo trago me bebo más de la mitad, ante la atónita mirada de Manu.

Dejo el vaso con demasiada fuerza sobre la barra y, sin pensarlo siquiera, salgo del local como alma que lleva el diablo.

Miro a izquierda y a derecha hasta que me parece ver los rizos de Sara al otro lado de la calle. Está completamente sola. Cruzo apenas sin mirar y me acerco a ella con grandes zancadas. Me impaciento al no poder verle la cara, ya que está de espaldas.

Cuando la tengo a apenas un metro de distancia, puedo oír que está llorando; entonces la preocupación se hace dueña y señora de todo mi cuerpo. La tomo suavemente del brazo y me acerco a su costado.

—Sara, ¿estás bien?

Lo único que obtengo por respuesta es su llanto, y eso hace que todavía se me crispen más los nervios.

—¡Joder, Sara! ¿Te ha hecho algo ese tipo?

Es entonces cuando alza de golpe la cara y me mira con toda la ira del mundo acumulada en sus dos ojos pardos.

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

Me sorprendo por la frialdad de su voz.

—¿Estás bien?

Se seca de un manotazo las lágrimas que le caen por las mejillas y mira al suelo, no sin antes soltar su brazo de mi mano.

—Lo estaría si me dejaras en paz.

Mi cara debe de ser un poema cuando las palabras calan en mi cerebro, bastante aturdido por el giro de los acontecimientos.

—¿Qué quieres, José? ¿Qué estás haciendo aquí? —Vuelve a taladrarme con su mirada vidriosa, y yo me pongo tan tenso y nervioso que por un momento no sé dónde meter las manos.

—Yo... Te vi salir con ese tío y... —Me paso la mano por la nuca y desvió la mirada.

—Y... ¿qué?

—Solo estaba preocupado por ti...

—¿Desde cuándo?

Frunzo el ceño porque da la impresión de que está enfadada conmigo.

—¿Cómo dices?

Sara cabecea y suelta un profundo suspiro.

—Estaba dispuesta a irme con ese chico, pero... Pero no he podido.
¿Contento?

Necesito ponerme en movimiento, así que empiezo a pasear arriba y abajo.

—No... yo... Mira, lo mejor será que te lleve a casa.

—¿Para qué? ¿Para echarme un polvo y largarte a los cinco minutos? ¡No, gracias!

Abro la boca para protestar, pero me doy cuenta de que Sara ya se ha puesto en movimiento y se aleja de mí casi corriendo.

—¡Eh, espera, joder! —Echo a andar detrás de ella mientras dobla la esquina y la pierdo de vista.

Cuando por fin llego a la calle por donde ha desaparecido, Sara se está metiendo en un taxi que la aleja definitivamente de mí. Vuelvo al bar en cuanto me doy cuenta de que he dejado abandonado a Manu, aunque no me doy excesiva prisa. Sigo pensando en la extraña conversación que acabo de mantener con Sara. Cojo mi vaso y le doy un buen trago tras apoyarme de espaldas a la barra.

—¡Ya era hora, macho! ¿Dónde coño te habías metido? —Manu me mira con cara de pocos amigos mientras frunce pronunciadamente el ceño.

Me encojo de hombros tratando de restarle importancia a mi extraño comportamiento y le miro de reojo.

—Estaba tratando de solucionar un problema.

Alza una de sus cejas y me pone cara de total incredulidad.

—¿Y lo has conseguido?

—¡Qué más quisiera! —*¡Joder, no puedo estar más frustrado!* Por mucho que trato de quitármelo de la cabeza, no puedo evitar volver una y otra vez a repasar las palabras de Sara.

—Por casualidad, ese problema tuyo... ¿tiene nombre?

Giro la cabeza para mirar a mi amigo, y no se me escapa la sonrisilla guasona que me tiene preparada. Suelto el aire de golpe y me acabo la copa, dejándola después sobre la barra.

—Puede...

—Ya me parecía... —Me pasa el brazo por los hombros y me empuja suavemente—. Anda, vamos para casa y me lo cuentas por el camino... ¡Si es que quieres compartirlo conmigo, claro!

Cabeceo mientras salimos del bar y, una vez en la calle, me ajusto bien el cuello del abrigo y meto las manos en los bolsillos.

—Cuéntame qué te pasa con Sara.

Ladeo la cabeza y lo miro de reojo.

—¿Tanto se me nota?

Manu se rasca la mandíbula con desgana mientras sonrío de esa forma suya tan canalla.

—¿Cuánto hace que nos conocemos...? —Alza las cejas sin dejar de sonreír—. ¡Pues claro que se te nota, capullo!

Me paso la mano por la cara para tratar de aclarar mis ideas y ganar algo de tiempo—. ¡No tengo ni puta idea de lo que me pasa con ella! El otro día la oí hablando con mi hermana de otro tío y no me gustó lo que sentí al respecto... ¡Estoy hecho un lío!

—Ya... por eso hoy, cuando la has visto salir con ese gilipollas, has perdido el culo por ir tras ella, ¿no?

Me rasco la nuca y claudico; es de género idiota seguir negándome a mí mismo lo que parece tan obvio.

—Me gusta.

—¿Que te gusta? ¡Serás *desgraciao*! ¡Esa chica te trae de cabeza, mamón! —Me da un empujón que hace que me tropiece y se carcajea en medio de la calle desierta.

Suelto el aire de golpe y me humedezco el labio inferior.

—Sí, ya... Pues esta noche me ha ido como el culo con ella... —Cierro los ojos y sacudo la cabeza en cuanto me pongo a recordar la dichosa conversación que he tenido con Sara.

—¿Qué ha pasado, *Don Juan*?

—¡Para ya de reírte de mí, pedazo de cabrón! —Y, aunque lo digo en serio, no puedo evitar sonreír porque la cara de Manu es un poema y no me da alternativa alguna—. ¡A ti tendría que verte así...! —Y, aunque mantiene su sonrisa intacta, veo cómo aprieta la mandíbula mientras mira hacia otro lado. Se recompone casi al instante y me palmea la espalda.

—¿Me lo piensas contar antes del siglo que viene?

—¡Vete a la mierda, *atontao*! —Espero hasta que se le pasa la risa de imbécil y lo miro de reajo—. Cuando he salido a buscarla estaba sola... Ni rastro del idiota con el que había salido.

—¿Y? —Hace un movimiento con el brazo para animarme a continuar, y yo suspiro exasperado como respuesta a su impaciencia.

—Estaba llorando, y he pensado que el hijo de puta ese le había hecho daño.

Manu frunce el ceño y se para de golpe en medio de la calle. Cabeceo mientras sigo andando, animándolo tácitamente a que él haga lo mismo—. Me ha dicho que su intención era haberse ido con él, pero que al final no ha podido.

—¡Ahí lo tienes!

Abro los ojos y debo de poner cara de acelga porque veo cómo Manu se troncha de risa a mi costa.

—¿Qué es lo que tengo?

—Pues que Sara no se ha ido con otro por ti...

Me río sin ganas ante la gilipollez tan grande que acaba de soltar mi amigo.

—¡Más quisiera! Estaba enfadada conmigo... Me ha dado a entender que lo único que busco es echar un polvo y desaparecer del mapa. —Manu se sigue desternillando en medio de la calle, y a mí se me empieza a agotar la paciencia—. ¡Joder, Manu, tío, para ya, no tiene puñetera gracia!

Hace como si se limpiara las lágrimas de los ojos y a mí me dan ganas de soltarle un sopapo en esa cara de idiota redomado que Dios le ha dado.

—¡Esa chica te tiene calado, capullo!

Sacudo la cabeza y paso de él. Me pongo a andar con grandes zancadas; ya me he cansado de Manu y de esta conversación de besugos que no me va a llevar a ningún sitio.

—¡Lo que tú digas, macho! El caso es que no sé cómo sacármela de la cabeza.

—Ya sabes el dicho... Un clavo saca otro clavo.

Me paso, nervioso, la mano por la nuca y suelto el aire por la nariz.

—¿Te crees que no lo he intentado ya? —Lo miro con cara de muy pocos amigos y alzo las cejas—. Solo hay un pequeño inconveniente a esa teoría tuya... A la única que quiero llevarme a la cama es a Sara.

—Así es que el problema es que te pone cachondo...

—Si solo fuera eso... no habría problema, ¿no crees? Lo que pasa es que, cuanto más estoy con ella, más necesito estar con ella; es un sinsentido...

—Y no nos olvidemos de que no te hace demasiada gracia cuando la ves con otro.

—¿Tú crees? —El sarcasmo se abre paso a través de mi boca.

Manu sonrío por enésima vez hasta que se pone serio de repente.

—Deberías hablar con ella. Si de verdad te gusta, díselo y que sea lo que Dios quiera.

—El problema es que no quiero que me guste. Estoy muy bien como estoy.

—¡Lo que estás es como un puto cencerro, capullo!

—Bueno... eso también.

Nos despedimos y, con un gran esfuerzo por mi parte, consigo dejar de pensar en Sara... por lo menos hasta que me meto en la cama.

Carlota

—Así que te pusiste a llorar como una magdalena y mi hermano te pilló con la cara hecha un mapache... —Sigo probándome ropa delante del espejo sin decidirme del todo.

Por fin puedo respirar tranquila después de las semanas de infarto que he pasado estudiando y haciendo exámenes. No hay mejor manera para deshacerte del estrés postraumático que salir de fiesta con tus amigos hasta que el cuerpo aguante.

—Te lo digo en serio, Charlie, si sigues interrumpiéndome cada cinco segundos, voy a pasar de contarte nada...

Miro a Sara a través del espejo y le hago una mueca sacándole la lengua mientras me pongo delante un vestido negro, demasiado corto.

—Usted perdone, princesa, es que eres muy lenta y me desespero, ¿qué quieres que haga?

—¿Que qué quiero que hagas? ¡Pues para empezar, pedazo de zorra, que te mantengas calladita el tiempo suficiente para que pueda soltar, al menos, un par de palabras seguidas!

—¡Ten amigas y te sacarán los ojos...! —Arrugo la nariz mientras trato de esconder la sonrisa que pugna por asomar a mi boca, aunque mucho me temo que estoy fracasando estrepitosamente.

Mi amiga pone los brazos en jarras y entrecierra los ojos.

—Dirás: “Cría cuervos”...

Me encojo de hombros y hago un movimiento con el brazo para quitarle importancia.

—Amigas, cuervos... ¡Qué más da! Los dos se parecen mucho...

La verdad es que no veo venir el cojín. Simplemente noto el impacto cuando choca contra mi cabeza y, prácticamente al instante siguiente, me abalanzo sobre la cama, donde está sentada Sara, y le hago un placaje que ni en la liga profesional de rugby. Al final acabamos despatarradas sobre el colchón, muertas de risa.

—¿Me vas a contar el final de la historia?

Sara se pone cómoda sobre la cama, suelta un hondo y muy dramático suspiro y mira fijamente al techo.

—¡Joder, estaba tan cabreada...!

—Cabreada... ¿Por qué?

—En primer lugar, conmigo misma por no ser capaz de pasar página e irme con Rodro... y, en definitiva, con tu hermano, porque es un capullo, promiscuo, gilipollas en el que, por desgracia, no puedo dejar de pensar... —Cierra los ojos y se los tapa con el antebrazo. Al cabo de unos segundos, se incorpora, apoyando los codos en el colchón, y me hace un gesto con la cabeza—. Deberías ponerte esos tacones, seguro que estás muy sexy... —Levanta las cejas varias veces y hace que me entre la risa floja.

—Si me pongo esos tacones, no estaré sexy, Sarita... Además, los tengo porque tú me los regalaste... Otro de tus útiles regalos, por cierto. —Se lo digo con toda la ironía del mundo, claro está.

Frunce el ceño antes de alzar una de sus negras cejas.

—¡Pero si son preciosos, joder!

—Sí, preciosos y asesinos despiadados.

—Sigo pensando que son muy sexys.

—Sara, dejan de ser sexys si, cuando te los pones, pareces un ciervo recién nacido.

Se deja caer sobre la cama tronchándose de risa mientras yo me levanto y me

decido, al fin, por unos pantalones pitillo negros y un top de tirantes plateado. Definitivamente, paso de tener frío. Una de las reglas indispensables para pasártelo bien es ir lo más cómoda posible... Así que nada de tacones ni de minifaldas imposibles.

Doy un par de saltos hasta que consigo entrar en los pantalones y me pongo a maquillarme frente al espejo.

—Esta noche pienso olvidarme de todo lo malo.

—Pues dime en qué estás pensando para conseguirlo; seguramente, acabe apuntándome...

—Esta noche me voy a emborrachar hasta perder el sentido.

Miro a mi amiga por encima del hombro y veo la cara de circunstancias que me está poniendo.

—¿Por qué me pones esa cara?

—¿Que por qué? Por desgracia, tengo bien presente la primera vez que te pillaste una buena curda...

Me encojo de hombros y parpadeo para despegar el pegote de rímel que, sin querer, acabo de poner en mis pestañas *¡Mierda!*

—¿Y...?

—Todavía me acuerdo de la pobre Puka...

Me giro definitivamente con la barra de labios a medio camino de mi boca sin entender absolutamente nada.

—¿Puka?

—¡Sí, joder, mi hámster! ¿Recuerdas que lo sacaste de la jaula?

Abro la boca para protestar, pero Sara no me deja decir nada.

—Lo tiraste por el balcón gritando: “¡Pikachu, yo te elijo!”.

—¿Todavía sigues con lo mismo? Le puse uno de esos paracaídas que traían los soldados de juguete de tu hermano pequeño...

Sara niega con la cabeza con cara de resignación total y absoluta.

—Puka no volvió a aparecer... Todavía sigo llorando su pérdida.

Levanto una ceja y la miro muy seria.

—¡Cuando te pones en plan Escarlata, no hay quien te aguante! Además, me ciño a la primera regla de la borrachera.

—¿Qué narices es eso?

—”Si no me acuerdo... ¡No pasó!”.

—¡Y una mierda no pasó! Mi hermano todavía me mira mal cuando se acuerda de la estúpida y, por supuesto, inverosímil historia que le conté sobre lo que le había pasado al pobre animalito.

Son más de las doce de la noche cuando acudimos al garito que han escogido nuestros amigos. Antes, Sara y yo hemos hecho una pequeña parada para tomarnos una copa en un lugar más tranquilo ya que, según ella, necesitaba terminar la conversación que habíamos empezado en mi habitación porque quería desahogarse conmigo.

Esto de no vernos en tres semanas es lo que tiene... Se nos acumulan las cosas importantes que tenemos que contarnos la una a la otra y luego nos pasamos horas y horas dándole a la lengua.

Cuando por fin nos reunimos con nuestro grupo, me doy cuenta de que es bastante numeroso. Después de haber saludado escuetamente a todas las personas que conozco, cojo del brazo a Sara y me la llevo directa a la barra.

—¡Eh, eh, tranquila, fiero! —Sara me grita desde detrás mientras yo tiro de su brazo y me voy abriendo paso a través de la multitud.

Cuando conseguimos hacernos hueco en la atestada barra, mi amiga, que se queda a mi espalda, me coge de la cintura y apoya la barbilla en mi hombro.

—¡Madre mía, pues sí que te tomas al pie de la letra eso de olvidarte de todo lo malo...!

Sonrío sin mirarla y giro un poco la cabeza para que me oiga.

—¡Soy una chica con una misión!

—¿Y esa misión es...?

—¡Beberme hasta el agua de las macetas!

Sara se parte de risa detrás de mí. Lo sé por las convulsiones de su pequeño cuerpo contra el mío y yo, gracias al cielo, por fin logro captar la atención del

camarero buenorro que hay al otro lado de la barra y pedir nuestras bebidas.

Después de haber pagado y de haberle dado a Sara su copa, me giro para tratar de alejarme de la barra y volver con nuestros amigos hasta que algo llama poderosamente mi atención y hace que me quede petrificada.

Por supuesto, pierdo a mi amiga de vista en menos de lo que canta un gallo, en cuanto fijo mi mirada de forma bastante inquietante (todo hay que decirlo) en Manu, que está apoyado en la barra y no se ha percatado de mi presencia *¡Gracias al cielo!*

Respiro hondo y bebo un gran sorbo de mi copa antes de abrirme paso entre la gente con la esperanza de que pase desapercibida entre la marea humana que atesta el local y Manu no se fije en mi presencia.

Después de algo más de media hora y todavía con un tercio de mi copa intacta (y es que soy incapaz de hacer pasar nada por la garganta debido al nudo que se me ha formado en ella), trato de seguir el ritmo de la música y disfrutar, aunque el hecho de saber que el mejor amigo de mi hermano está en el mismo bar que yo hace que me sienta inquieta y extremadamente nerviosa. *¡Malditas sensaciones que van por libre y hacen lo que les viene en gana!*

Trato de no mirar demasiado a mi alrededor y, por ese motivo, llevo ya un rato dándome cuenta de que un tal Guille (lo he conocido esta noche y creo que así se llama) no para de sonreírme y de hacerme ojitos. *¡Justo lo que me faltaba!*

La copa que sostengo empieza a molestarme entre las manos y, después de haber mirado con ojo crítico a mi alrededor el tiempo extremadamente necesario (no vaya a ser que me tope con la mirada de cierto hombre exasperante), decido dejarla sobre una pequeña barra que hay en uno de los pilares.

Cuando me vuelvo a girar, me encuentro con el cuerpo de Guille prácticamente pegado al mío. *¡Genial!* Acerca su cara y me habla al oído.

—Carlota... ¿verdad?

Le sonrío con pocas ganas y asiento sin abrir la boca.

—¿Estudias con Sara? No te había visto nunca por la facultad.

—No, estudio Derecho. Sara y yo somos amigas de antes...

El chico se rasca la cabeza distraídamente mientras sigue cada uno de mis gestos.

—¡Ah, ya decía yo que no me sonaba tu cara! Yo soy amigo de Rubén, que va con Sara a clase, y también estudio ADE.

—¡Qué bien! —Pongo la sonrisa menos convincente que me sale (lo sé, lo sé, tengo que practicar más), y me da a mí que estoy enseñando demasiado los dientes, como si fuera un perro sarnoso y con la rabia, aunque Guille no parece darse cuenta. Miro desesperada por encima de su hombro por si doy con Sara y puede rescatarme, pero el chico es una mole de músculos y no me deja ver nada más allá de su camisa de marca—. Esto...si me disculpas... necesito ir al baño un momento. —Simplemente me giro y me voy, sin darle opción a que pueda decir nada.

Hago cola para conseguir meterme en uno de los minúsculos cubículos porque, como ya sabéis, siempre la hay para entrar en el baño de las chicas... *¡Todo un misterio por resolver!* (Seguramente haya estudios sobre ello).

Estoy tan histérica que me dan ganas de pasearme, pero el espacio es tan pequeño que ni siquiera puedo extender los brazos sin atravesar la mampara. Yo, que me las prometía tan felices esta noche y 1) Sara ha desaparecido del mapa; 2) no puedo relajarme porque el imbécil de Manu está en el mismo local que yo; 3) me ha salido un admirador y lo único que quiero es que me dejen en paz; 4) quería emborracharme y tengo la garganta cerrada a cal y canto.

Me paso las manos por la cabeza y trato de domar mi pelo que, con toda seguridad, se debe de haber convertido en algo parecido al nido de algún pájaro. No obstante, meto dos mechones rebeldes detrás de las orejas y respiro hondo. Cierro los ojos y empiezo a respirar lentamente hasta que los golpes en la puerta me sacan de mi trance espiritual (irónicamente hablando porque, ¡qué más quisiera yo!)

—¡Que es para hoy, maja!

Vaaaale, lo último que necesito ahora es entrar en una disputa con otra tía por el pequeño y sucio espacio en el que me encuentro atrincherada así que, muy dignamente (o por lo menos, todo lo que me permite mi estado anímico), salgo del cubículo, evitando mirar a la tía que acaba de gritarme desde el otro lado de la puerta.

Me lavo las manos y me miro en el espejo, pasando los dedos bajo los ojos para quitar el lápiz de ojos corrido, me ajusto los pantalones y me aliso el top y, haciendo una mueca a mi reflejo en cuanto me doy cuenta del estado lamentable de mi pelo y a sabiendas de que no tengo nada que hacer con él, salgo del baño sorteando los cuerpos de las que, como yo hace un rato, esperan para tener su minuto de gloria dentro de esas cajas de zapatos llamadas *WC*.

Una mano grande y fuerte me coge del brazo y me separa de la multitud femenina para llevarme a un rincón algo más oscuro. Cuando, por fin, dejo de ser arrastrada y mi espalda choca contra la pared, me giro con muy mala leche y nada de control sobre mi temperamento y, como era de esperar, la persona a la que me encuentro no hace que ninguno de esos sentimientos belicosos se disipe ni un poquito.

Manu me mira con un costado apoyado en la pared, los brazos cruzados sobre su ancho pecho y cara de muy pocos amigos. Parece cabreado. *¡Perfecto, ya somos dos!*

—¿Qué narices te crees que estás haciendo? —En cuanto alzo la vista, mis ojos impactan contra los suyos, entrecerrados y con algo peligroso que baila en ellos.

—¿Quién era ese?

Pongo los brazos en jarras y alzo las cejas tanto que, seguramente, me llegan al nacimiento del pelo.

—¿Disculpa?

Manu se humedece el labio inferior perdiendo un poco más la poca

paciencia que parece quedarle. *¡Pues me importa una mierda!*

—¿Con quién estabas hablando?

—¿Y a ti qué te importa? —Le pongo una sonrisa cínica y frunzo el ceño.

Manu descruza los brazos y los deja caer a ambos lados de su cuerpo, aunque no se me escapa que sigue teniendo las manos cerradas en dos apretados puños.

—Tenemos que hablar.

—¿Tenemos? Que yo sepa yo no tengo nada que decirte.

Suelta todo el aire por la nariz de forma bastante sonora y me vuelve a clavar la mirada.

—Está bien... Tengo que hablar contigo.

—Tendrá que ser en otra ocasión: ahora estoy ocupada.

Hago amago de irme, pero su cuerpo me obstaculiza el paso y a punto estoy de chocar contra él.

—¿Piensas dejarme pasar?

Apoya la mano en la pared, aprisionándome en un rincón y sonrío de medio lado.

—No, ahora mismo no es algo que tenga en mente. —Pasea la vista por su alrededor como si estuviera buscando algo hasta que sus ojos pardos vuelven a posarse sobre mi cara, que debe de ser un poema ahora mismo—. ¿Qué estás haciendo con ese tío?

—Ya te he dicho que no te importa lo que haga o deje de hacer. —Me pongo muy seria y aprieto la mandíbula, aunque lo que en realidad me apetece es retorcerle el pescuezo al imbécil arrogante que tengo delante.

—Tu hermano no está...

Abro la boca para replicar, pero Manu me lo impide cuando sigue hablando.

—Sé que está de viaje, así que, en su defecto, es a mí al que le toca cuidarte y evitar que hagas ninguna estupidez.

Inspiro y expiro varias veces para tratar de calmarme lo suficiente para evitar cometer ninguna tontería como, por ejemplo, soltarle un sopapo al

prepotente del mejor amigo de mi hermano.

—No me toques las narices... —Las palabras escapan de entre mis dientes como un siseo.

Se encoge de hombros de forma despreocupada y mete las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—Sería una gilipollez demasiado grande irte con ese niño de ahí fuera...

Me cruzo de brazos y alzo una ceja.

—Conque niño, ¿eh? —Lo miro de arriba abajo con una media sonrisa muy significativa—. Ya, a ver si lo he entendido bien... Quieres que pase de Guille para irme contigo para hablar, ¿no es eso?

Se pasa la mano por el pelo, cada vez más largo (por cierto) y, por una milésima de segundo, parece que duda, aunque esa indecisión enseguida desaparece de su rostro para dar paso a la más férrea determinación.

—Sí, eso es exactamente lo que quiero. Así que te aconsejo que muevas ese culito, cojas tu abrigo y nos larguemos de aquí para que pueda llevarte a casa.

Abro la boca completamente estupefacta.

—Pero, vamos a ver, ¿quién te has creído que eres?

Manu se vuelve a encoger de hombros, y eso hace que pierda un poquito más los nervios y, sin decir ni una palabra más, me toma del brazo y empieza a abrirse paso entre la gente.

No me esperaba que fuera a ser Manu el que me ayudara en mi huida de ese tal Guille... Sopeso las alternativas que tengo y decido dejar las cosas tal y como están. Trato varias veces de zafarme de su mano pero, como era de esperar, me es imposible todas y cada una de esas veces.

Cuando me quiero dar cuenta, estoy sentada en el asiento del copiloto de su coche y, aunque mi cabreo sigue siendo épico, me es imposible no dirigirle la palabra.

—Oye, lumbreras, no se te habrá ocurrido beber, ¿verdad?

Pone el coche en marcha sin echarme ni un pequeño vistazo siquiera. *¡Este hombre me saca de mis casillas!*

—¡Que te estoy hablando, joder!

—Esa insinuación no merece respuesta, Cabeza de Zanahoria... Por supuesto que no he bebido, tontita.

Cierro los ojos con fuerza y cuento hasta el infinito para no saltar sobre él y arrancarle la piel a tiras. Opto por ignorarlo y me pongo a mirar por la ventanilla para ver si así me distraigo lo suficiente como para olvidarme de su existencia.

Esfuerzo totalmente en vano, por supuesto.

Llegamos a mi barrio y tardamos más de diez minutos en encontrar sitio para aparcar. Con el motor todavía en marcha, me bajo del coche y camino hacia mi portal buscando las llaves para ganar algo de tiempo. La verdad es que necesito perder de vista a este hombre, cuanto antes mejor para mi salud mental.

Parece ser que no tengo demasiada suerte esta noche. A lo mejor se debe a la rara alineación de los astros o, ya puestos, a mi mala estrella o vete tú a saber a qué...

El caso es que en escasos segundos lo tengo pegado a mis talones y, gracias a esas zancadas que da, consigue ponerse a mi lado cuando ni siquiera puedo ver el portal de mi edificio.

—¿Por qué tienes tanta prisa de repente?

Cabeceo sin perder el ritmo y no me molesto en girar la cabeza para mirarlo cuando contesto.

—Será que estoy deseando perderte de vista...

Su mano vuelve a sujetarme el codo, aunque esta vez es bastante más cuidadoso que las dos veces anteriores.

—Oye, espera... Quiero hablar contigo.

Me paro en seco en medio de la calle y me giro para encararle.

—Di lo que tengas que decir y déjame en paz.

Se pasa la mano por el pelo y se humedece el labio inferior y, aunque sabe Dios que lo intento con todas mis fuerzas, soy incapaz de dejar de seguir el

movimiento de su lengua en su recorrido por ese labio perfecto suyo. De ello me doy cuenta demasiado tarde para mi gusto, justo cuando cierta sensación que me resulta más que molesta se instala en el vértice de mi cuerpo y va creciendo, hormigueando hacia arriba.

Se aclara la garganta, y eso consigue sacarme de mi trance y hacer que vuelva a fijar la vista al frente y me ponga de nuevo en movimiento.

—Solo quería decirte que estoy muy orgulloso de ti...

Llegamos a mi edificio cuando las palabras logran calar en mi cerebro por lo que, con la llave suspendida a medio camino de la cerradura, me giro y lo miro con la cara de estupefacción más grande que creo que he puesto nunca.

Una pequeña pero genuina sonrisa explota en la cara de Manu. *¡Joder, mi cara debe de ser para troncharse!* Se acerca algo más a mí, muy lentamente.

—He corregido tu examen. Sé que puedo llegar a ser un cabrón exigente y aun así... —Vacila por un momento y a mí se me paraliza el corazón en el pecho.

—¿Eso quiere decir que he aprobado?

Echa la cabeza hacia atrás y se carcajea. Ese sonido hace que todas y cada una de mis terminaciones nerviosas se pongan hipersensibles de golpe. *¡Dios, es el mejor sonido del mundo!*

—Carlota, has sacado un nueve con tres, creo que has hecho algo más que aprobar...

Ese corazón que estaba completamente parado empieza a latir con fuerza y de forma descontrolada cuando oigo las palabras de Manu y, como buena mujer que se guía por sus instintos que soy, con un ágil movimiento me cuelgo de su cuello y lo abrazo con fuerza.

Soy vagamente consciente de cómo sus manos se meten bajo mi abrigo y recorren mi espalda hasta anclarse en mis costados, abarcándome por entero y estrechando al máximo el abrazo.

Mi respiración se agita cuando su nariz recorre lentamente mi cuello y la punta de sus dedos roza levemente el inicio de mis pechos.

—¿No piensas invitarme a subir?

Separo bruscamente la cabeza en busca de sus ojos y, cuando por fin impactan con los míos, frunzo el ceño.

—¿Para qué exactamente quieres que lo haga? ¿Quieres volver a rechazarme? —Sus ojos recorren todos y cada uno de los rincones de mi cara hasta recalar en mis labios—. Créeme, mi ego no lo soportaría si hubiera una segunda vez... —Me muerdo el labio inferior y veo cómo sus pupilas se dilatan y sus manos recorren perezosamente mi espalda—. Todas y cada una de las razones que me expusiste siguen estando ahí. Sigues siendo mi profesor...

—Técnicamente, no.

—Mi hermano es tu mejor amigo.

Una de sus manos abandona mi espalda para pasear su pulgar por mi labio inferior.

—¡A la mierda con eso!

Y no tengo oportunidad de réplica porque lo siguiente que siento es su boca sobre la mía.

Sus dientes muerden mi labio inferior con bastante ansiedad, tirando de él y provocando miles de sensaciones en mi cuerpo.

Me empuja contra la puerta del zaguán. Sin darme apenas cuenta, me quita las llaves de las manos sosteniéndome con uno de sus brazos y, separando lo estrictamente necesario su boca de mi boca, abre la puerta.

Me arrastra hasta el ascensor sin soltarme en ningún momento y, una vez dentro del cubículo, me empotra contra el espejo del fondo, aprisionando mi cuerpo con sus caderas, tocándome por todos lados.

Todavía no hemos entrado en casa, y ya me está quitando el abrigo a tirones. Cierra la puerta de una patada y me recorre de pies a cabeza con ojos hambrientos. Me muerdo el labio inferior mientras observo cómo se va acercando a mí y no puedo evitar el nerviosismo que se va abriendo paso en mi mente y que me hace abrir la boca y decir exactamente lo que estoy

pensando, aunque eso haga que me sienta demasiado expuesta.

—Dime que luego no te arrepentirás...

Suelto todo el aire que estaba conteniendo cuando su mano hace que el tirante de mi top resbale por mi hombro y caiga a lo largo del brazo desnudo. Eso consigue ponerme la piel de gallina y, sin poder evitarlo, empiezo a temblar.

Manu me mete un mechón de pelo tras la oreja para poder morderme el lóbulo a su antojo.

—No me arrepentiré... ¿Lo harás tú?

Niego con la cabeza porque soy incapaz de hilar una palabra con lo que me está haciendo sentir.

Sus labios van abriéndose camino a lo largo de mi cuello hasta acabar mordiendo esa zona sensible que lo une con el hombro.

Jadeo.

—Llévame a tu habitación.

Lo tomo de la mano y camino hacia mi cuarto sintiendo cómo las piernas se me van convirtiendo en mantequilla. Me paro frente a la cama, dándole la espalda, y él desliza el otro tirante de forma tortuosamente lenta.

Sus manos se pasean por mi cintura, hacia delante, hasta que se cuelan por debajo de mi top y siguen un camino ascendente, descansando sobre mis pechos. Me aparta el pelo a un lado y me da un suave beso detrás de la oreja.

—No llevas sujetador... —Su susurro hace que se me erice todavía más la piel del cuello. Con un ágil movimiento me quita la prenda por la cabeza y me da la vuelta entre sus brazos. Levanto mis manos, temblorosas, y trato de desabotonar su camisa, aunque me está resultando extremadamente difícil. Sus manos rodean las mías y alzo la vista para encontrarme con sus ojos—. Estás temblando... ¿tienes frío? —Vuelvo a negar con la cabeza y veo cómo alza una de las comisuras de su boca en una de sus sonrisas—. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

Resoplo porque, aunque este hombre me pone un montón, también me

exaspera hasta límites insospechados. Al final, pienso que es mejor ser lo más sincera posible y me decido a hablar.

—Es solo que estoy nerviosa.

Acaba de desabrochar su camisa y se la quita muy lentamente, haciendo que a mí se me haga la boca agua y tratando de no desviar demasiado la mirada hacia toda esa piel expuesta.

Alza una ceja y me mira de forma interrogante mientras con manos diestras desabrocha el botón de mis pantalones y baja la cremallera. Me humedezco los labios y tengo que cerrar los ojos y ahogar un gemido cuando me pellizca uno de mis pezones. Apoyo la frente en su hombro porque no soy capaz de hablar mientras me mira así, de esa manera.

—Hace mucho que no... —Trago saliva. De repente noto la boca demasiado seca.

Desliza la tela de mis pantalones por las caderas, pero se quedan atascados a mitad de camino.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué clase de tortura en forma de pantalones es esto?

Sonrío a través de su piel y lo ayudo con los pantalones hasta que forman un charco a mis pies.

Recorre con sus dedos el borde de mis bragas y no puedo evitar suspirar por la anticipación. Se quita los vaqueros con un par de movimientos ágiles y pega su cuerpo al mío mientras vuelve a devorar mi boca y su lengua se adentra, decidida, en busca de mi lengua.

Me da pequeños besos en la mandíbula, sus manos acaban en mi culo y me aprieta más contra su erección.

—¿Cuánto es mucho, Carlota?

Mis manos se atreven a pasarse por su ancho y bien formado pecho, al principio algo indecisas, hasta que me quita las bragas, agachándose frente a mí.

—Ehhh... —No puedo pensar ahora mismo, no cuando la lengua de Manu

está haciendo magia sobre mi ombligo. Encojo los dedos de los pies y enredo los de las manos en su pelo—. Hace... Hace algo más de dos años.

Deja de golpe de besar mi vientre y me mira con los ojos completamente abiertos desde su posición.

—¡Joder! ¿Dos años? ¿Por qué? —Frunce el ceño y se mantiene quieto... Bueno, excepto sus manos que no cejan en su incursión a través de mi cuerpo.

—Es una larga historia... —Me muerdo el labio inferior a la espera de su reacción.

Sonríe de esa forma suya tan canalla, y el cosquilleo que llevo sintiendo en la tripa se intensifica exponencialmente.

—Entonces mejor me la cuentas en otro momento... Ahora mismo tengo otros planes para nosotros.

Se quita la ropa interior y me empuja suavemente hasta que los dos caemos en la cama. Su boca comienza su descenso desde mi boca hasta uno de mis pechos y hace que arquee la espalda de forma instintiva.

Una de sus manos se pasea por mi costado muy lentamente hasta que desciende por la parte externa del muslo y vuelve a ascender por la interna, terminando abriéndose paso a través de mi sexo, arrancándome un gemido involuntario.

Su boca vuelve atropelladamente a mi boca y se mantiene allí mientras explora de forma incansable el vértice de mi cuerpo. De repente se separa de mí y baja de la cama de un salto. Me incorporo apoyando los codos en el colchón y lo veo rebuscar en su cartera.

Rasga el envoltorio del preservativo con los dientes sin dejar de mirarme en ningún momento y se lo pone lentamente haciendo que baje la mirada y siga cada uno de sus cadenciales movimientos.

Un instante después vuelvo a sentir su cuerpo sobre el mío. Me mira a los ojos muy serio y me acaricia la mejilla.

—Iré con cuidado.

Es esa frase la que consigue que algo explote en mi interior y tenga que

cerrar los ojos.

—Me muero por estar dentro de ti, Carlota. —Se hace un hueco entre mis piernas y yo lo cobijo abriéndolas un poco más para él.

Entra poco a poco en mí sintiendo cómo me dilata a su paso y soy incapaz de abrir los ojos. Recorro su espalda con mis manos, notando cómo se contraen cada uno de sus músculos. Separa un poco la cara de la mía.

—Oye, mírame... —Abro los ojos de golpe y me encuentro con los suyos, preocupados y expectantes—. ¿Estás bien?

Asiento y lo abrazo un poco más fuerte. *¡Por favor que no siga haciendo eso!* Si sigue siendo tan cuidadoso conmigo, acabaré completamente enamorada de él y hecha polvo, seguro.

Alzo una de las piernas y lo rodeo con ella.

—Muévete, por favor... Necesito...

Sale casi por completo de mí para volver a embestirme con un poco más de fuerza.

—¿Así?

—Sí... ¡Uhhmmm! —Arqueo el cuello y le clavo las uñas en los omoplatos.

Me acomodo rápidamente a su ritmo y, al poco, empiezo a sentir cómo va creciendo en mí esa sensación única que provoca el orgasmo. Y, cuando estoy a punto de llegar a él, Manu me besa y me mira fijamente.

—Eso es, córrete, vamos...

Exploto a su alrededor sintiendo cómo él alcanza también el clímax.

Se desploma sobre mí, sintiendo su corazón tan desbocado como el mío y su respiración agitada y algo entrecortada.

De repente algo me oprime el pecho y los ojos se me humedecen tras los párpados cerrados. Hago todo lo posible para no llorar y, aunque una lágrima traidora se me escapa de la comisura del ojo, consigo limpiarla con la almohada. Siento el frío sobre mi cuerpo desnudo en cuanto Manu se separa de mí y se dirige al cuarto de baño.

Aprovecho para meterme bajo las mantas y lo espero con el corazón en un

puño y los nervios a flor de piel. Entra de nuevo en mi habitación con toda la elegancia que lo caracteriza, se pone el bóxer y me mira mientras se humedece el labio inferior.

Consigo ver en sus ojos algo para lo que no estoy preparada. Cojo el nórdico entre mis manos y lo miro fijamente mientras comienza a vestirse con dilación.

Reprimo como puedo las ganas de llorar y aprieto la mandíbula, tragando saliva.

—No hagas eso... —Ni siquiera sé cómo consigo pronunciar palabra ya que tengo un gran nudo en la garganta que apenas me deja respirar.

Gira la cabeza evitando el contacto visual y cabecea.

—Carlota, yo... No puedo...

—No te vayas...

Y con un “Lo siento” que queda flotando en el aire desaparece de mi habitación, dejándome completamente devastada.

Carlota

Hace más de una hora que se ha ido y todavía no he conseguido dejar de llorar.

Estoy tan decepcionada... Me dijo que no se arrepentiría y, sin embargo, me ha hecho sentir como una cualquiera. Solo le ha faltado tirarme dinero en la cama antes de desaparecer. Esta sensación me trae demasiados malos recuerdos.

Me había prometido a mí misma que no volvería a dejar que ningún hombre me ninguneara. No soy la misma. No me merezco el menosprecio de nadie, y menos el de él.

Escondo la cabeza bajo la almohada y sorbo por la nariz. Tengo la boca seca de respirar por ella y la cabeza embotada. Me levanto dando tumbos y llego hasta la cocina. Necesito beber agua. De vuelta a mi dormitorio, hago una rápida parada en el cuarto de baño y me lavo la cara hasta que consigo quitar cualquier resto de maquillaje que pueda quedar en ella. Cuando por fin levanto la cabeza, mis ojos impactan con el reflejo de mí misma que me devuelve el espejo y, prácticamente al segundo siguiente, vuelvo a empezar a llorar.

Maravilloso.

Me meto en la cama con desgana, secándome por enésima vez las lágrimas con las sábanas. Seguro que mañana me toca cambiarlas. Deben de estar negras por el rímel corrido.

¿Cómo he podido ser tan estúpida? Debería haber pensado en las

consecuencias. Si hace ya seis años el beso de Manu me dejó tocada, lo que ha pasado esta noche entre los dos me ha destrozado completamente.

No puedo seguir engañándome a mí misma de esta manera. Es cierto que me saca de quicio, que hace cosas que me enfurecen pero, desgraciadamente, estoy enamorada de Manu. Hasta las trancas. Y estoy perdida por ello. Lo sé.

Esta noche me he sentido tan bien entre sus brazos... Hasta que ha hecho lo último que tendría que haber hecho... Se ha ido.

Ni siquiera me ha ofrecido una triste explicación. “No puedo...”. Esa es la frase que ahora mismo tengo bailando en mi cabeza y, por mucho que le doy vueltas, no consigo descifrar su significado.

Debo de haberme quedado dormida llorando hasta altas horas de la madrugada porque no me doy cuenta de que mi hermano ha llegado de su viaje ni de que entra en mi habitación hasta que sus labios rozan mi frente.

—¡Ey, dormilona, que es casi la una! ¿Qué haces todavía en la cama?

La alegría que siempre siento cuando mi hermano regresa a casa queda aplastada por este nuevo sentimiento de desolación absoluta. Lo único de lo que tengo ganas ahora mismo es volver a esconderme bajo las sábanas y llorar a moco tendido hasta dentro de una semana... o un mes. Reprimo como puedo las lágrimas y abro un ojo para acostumbrarme a la luz que se cuele entre las rendijas de la persiana.

Veo de forma algo borrosa cómo la sonrisa de mi hermano se esfuma dando paso a un ceño fruncido.

—¿Qué te pasa? — Se sienta en el borde de la cama y me aparta un mechón de pelo de la cara.

Vuelvo a cerrar el ojo y empiezo a contar hasta cien para pensar en algo que no sea cómo me siento o lo que pasó anoche con Manu. Y mi cara debe de ser un poema porque José se remueve sobre el colchón mientras su pulgar va

acariciando distraídamente mi mejilla, lo que hace que la congoja se afiance todavía más en mi pecho y me oprima de tal forma que no pueda apenas respirar.

—Carlota... ¿qué ha pasado?

Cabeceo lentamente mientras los ojos se me llenan de lágrimas bajo los párpados. Me muerdo el labio inferior pensando que, si me hago daño, el dolor hará que la tristeza quede relegada a una segunda posición.

No es cierto y no funciona. Cuando José mete las manos tras mi espalda, me incorpora y me abraza, soy incapaz de seguir soportándolo. En cuanto las lágrimas recorren el camino de descenso por mis mejillas, mi cuerpo se convulsiona con hondos sollozos y mis manos se agarran al suéter de mi hermano como si les fuera la vida en ello.

José me separa no sin esfuerzo de su cuerpo y enmarca mi cara entre sus manos. Sus ojos no dejan de escrutar mi rostro, tratando así de encontrar algún indicio que le diga lo que me ocurre.

—¡Carlota, por Dios, me estás preocupando!

Mi cara se contrae en una mueca antes de volver a romper a llorar y soy incapaz de decir nada. Me da un beso en la frente y vuelve a abrazarme mientras me acaricia el desastre de pelo que estoy completamente segura de que tengo.

No sé durante cuánto tiempo me mantiene así, protegida y segura entre sus brazos; lo que sí sé es que consigue calmarme y que deje de llorar, y eso ya es un logro. Cuando las lágrimas dejan de caer, no sé lo que tengo más congestionado, si la cabeza o la nariz. Me dejo caer sobre la almohada mientras mi hermano desaparece por la puerta para volver, tan solo unos momentos después, con un pañuelo de papel.

—Gracias. —Me sueno la nariz sin mucha ceremonia y parpadeo varias veces hasta que consigo enfocar la vista.

—¿Estás mejor?

Asiento un poco avergonzada y empiezo a retorcer la sábana entre mis

manos.

—¡Y yo que creía que te alegrarías de verme...!

Pongo una sonrisa triste y me atrevo a mirarlo a la cara.

—Me alegro mucho de que estés en casa, no seas tonto. Además, ya no volverás a irte... ¿Este era tu último viaje, no?

—Sí... Mañana empiezo en la empresa de Manu.

Soy incapaz de esconder la mueca que forma mi cara cuando escucho ese nombre. Y no soy tan tonta como para pensar que ha pasado desapercibida para José, ni mucho menos.

Me muerdo el interior de la mejilla en cuanto reúno el valor necesario para alzar la vista y mirarlo a los ojos. Mi hermano me estudia con los ojos entrecerrados y con el ceño todavía más fruncido que hace unos momentos.

—¿Qué pasa con Manu, Carlota?

Niego vehementemente con la cabeza y aparto la mirada.

—No pasa nada.

Se cruza de brazos y me mira muy serio. Conozco esa mirada y sé que no trae nada bueno, por lo menos en lo que a mí respecta. Mi hermano puede llegar a ser tan testarudo como yo y, cuando se le mete algo en la cabeza, rara vez lo deja pasar tan a la ligera.

¡Mierda!

—¿Qué hiciste ayer?

Cambio de postura bajo las mantas y trato de mantener la cara lo más natural posible.

—Salí por ahí con Sara y los amigos de la facultad.

—Ya...

José cruza las piernas a la altura de los tobillos y se rasca la nuca.

—¿Adónde fuiste?

Me encojo de hombros y miro hacia la ventana.

—Adonde siempre.

—¿Viste a Manu? —Alza una ceja y se mantiene inflexible en su escrutinio

de mi persona.

Estudio la forma en la que mis manos siguen retorciendo las sábanas y me encojo casi imperceptiblemente de hombros.

—Puede...

—¿Sí o no, Carlota?

Alzo la mirada hacia él con la mandíbula apretada y los labios tensos.

—¡Sí, joder, vi a Manu!

Ahora es su turno de apretar la mandíbula.

—¿Qué pasó?

Noto cómo las lágrimas vuelven a empañar mi mirada y tengo que apartarla de los ojos escrutadores de mi hermano. Trago saliva y cabeceo, incapaz de contestar.

José se pone en pie y empieza a caminar por la habitación, cada vez más agitado.

Lo miro de reojo y veo cómo se pasa los dedos por el pelo y se restriega la cara con las manos.

—Carlota, ahora mismo están pasando por mi cabeza demasiadas cosas y ninguna es buena, así que te aconsejo que me cuentes lo que pasó anoche porque, si soy yo el que tiene que hacer conjeturas...

Las lágrimas empiezan a caer libremente por mis mejillas mientras el corazón martillea en mi pecho.

—Yo... no puedo, José. No me pidas eso...

Se para en medio de la habitación con las manos en las caderas.

—¡Mierda, Carlota...! —Cabecea y cierra los ojos por un momento hasta que vuelve a posar su dura mirada sobre mí—. ¿Te ha hecho daño?

Mi cara se contrae cuando un sollozo escapa de mi garganta. Me tapo las manos con la cara y lloro. Solo soy capaz de escuchar el gruñido que sale de su boca antes de abandonar mi habitación con grandes zancadas. Al cabo de unos segundos también escucho la puerta de la calle cerrarse de un portazo.

Salto de la cama y corro hacia la entrada pero, evidentemente, mi hermano

ya no está en casa. Paseo, histérica por el salón, hasta que me decido a ir a por mi móvil.

Sara contesta al segundo tono.

—¡Bueno, bueno, ya me puedes empezar a contar... Ayer te vi salir con Manu del bar y...!

—Sara... —Y, como viene siendo costumbre desde hace ya algunas horas, rompo a llorar. *¡Madre mía, parezco una princesita de esas del siglo xvi... no me soporto ni yo!*

—¿Charlie? ¿Qué pasa?

—José acaba de enterarse de lo de Manu y se ha ido de casa hecho una fiera...

—¿Pero qué pasa con Manu...? Vale, no te muevas, voy para allá y me lo cuentas todo.

Manu

Conduzco como un loco hasta llegar a casa. Tengo tanta rabia dentro que ahora mismo en lo único que puedo pensar es en estampar mi puño contra alguien o, en su defecto, contra algo. Aparco el coche derrapando en la plaza correspondiente del garaje y, después de pasearme como un animal salvaje enjaulado por el pequeño cubículo del ascensor, entro en casa y cierro la puerta con un gran portazo.

Me arranco el marinero, y consigo que uno de los botones salga volando por los aires y aterrice sobre el sofá; me adentro en el piso con grandes zancadas. Me paro justo en el umbral de la puerta de mi dormitorio y me tiro del pelo.

—¡Me cago en la puta! —En mi interior bullen demasiados sentimientos ahora como para poder reconocerlos todos, aunque uno de los que más me está atormentando es la decepción de mí mismo.

Le prometí a Carlota que no me iba a arrepentir y *¡Joder!* no lo he hecho... aunque esa haya sido la impresión que he dado al marcharme cuando ella me ha pedido justo lo contrario.

¡Mierda! ¿Cómo he podido largarme así? Me siento en la cama para desatarme las botas y dejo escapar todo el aire por la nariz. Cuando consigo meterme en la cama, le he dado tantas vueltas a las cosas que el dolor de cabeza que tengo hace que tenga ganas de arrancármela de cuajo.

Me tapo los ojos con el antebrazo y suelto un gruñido. No consigo sacarme de la cabeza la imagen del gesto de Carlota cinco segundos antes de

desaparecer de su casa. Sus palabras se hacen eco en mis pensamientos y todavía tengo grabado el dolor de sus ojos cuando me ha pedido que no me fuera.

Aprieto los labios en una fina línea y respiro quedamente. Trato de convencerme a mí mismo de que esto es lo único que sé hacer... largarme sin más. Nunca he sentido la necesidad de quedarme en la cama después de haberme acostado con una mujer y, si lo hemos hecho en la mía, siempre les he pedido amablemente que se largaran en cuanto me he metido en el baño para darme una ducha.

Entonces, ¿por qué me siento ahora como una mierda? Me paso las manos por la cara y vuelvo a gruñir. *¡Seré gilipollas!* Si lo que realmente me apetecía era quedarme... *¿por qué cojones me he largado así?*

Trato de desenredar todas estas sensaciones que me asaltan cada pocos segundos y hacen que me revuelva incómodo en la cama pero, después de más de una hora intentándolo sin obtener resultado alguno, desisto del todo y me levanto a tomarme algo para este dolor de cabeza que me está volviendo completamente loco.

Apoyo la cadera en la encimera mientras me bebo un vaso de agua y, aunque lo intento con todas mis fuerzas, no soy capaz de dejar de pensar en Carlota y en todo lo que ha pasado esta noche.

Se suponía que, una vez que me acostara con ella, se me quitaría esta especie de obsesión que siento pero, para mi desgracia, no ha sido así. Ahora que sé lo que es estar con ella, lo que se siente al tocar esa piel suave y pálida, después de que se me han clavado en el cerebro esos ruidos tan adorables que hacía mientras estaba dentro de ella, ahora lo único que quiero es repetirlo, mil veces más, de todas las formas posibles. Lo único que quiero es poder volver a ver esa cara de absoluto éxtasis, esos ojos hambrientos de deseo, esas mejillas arreboladas...

¡Mierda!

Y hay una pregunta que flota en el aire y de la que no soy capaz de evitar

prestar atención cuando se repite, a modo de bucle, dentro de mi cabeza. Si siempre he buscado mi satisfacción personal antes que cualquier otra cosa, ¿por qué esta noche lo único que quería era conseguir que Carlota se deshiciera entre mis brazos?

Me pellizco el puente de la nariz y suelto un resoplido. *¡Me estoy volviendo loco, joder!*

Apoyo las manos en la encimera y cierro los ojos tratando de alejar esos pensamientos de una vez por todas, antes de que consigan destrozarme por completo y, tras unos momentos en los que trato de recuperar el resuello, vuelvo a la cama aun a sabiendas de que no voy a conseguir pegar ojo en lo que queda de noche.

Me despiertan unos golpes en la puerta. Al principio pienso que lo he soñado y me doy la vuelta en la cama, todavía sintiendo un sordo dolor de cabeza. Pero, tras unos segundos de lucidez a medias, me doy cuenta de que alguien está aporreando la puerta de casa. La mala hostia va trepando por mi cuerpo desde que me levanto de muy mala gana y voy andando hacia la entrada todavía con los ojos entrecerrados.

Abro la puerta sin siquiera mirar de quién se trata, dispuesto a cantarle las cuarenta al gilipollas que lleva dando golpes durante más de dos minutos, aunque me quedo sin palabras cuando, al abrirla con demasiado ímpetu, al que me encuentro resollando es a José.

Lo único a lo que me da tiempo es fruncir el ceño porque lo siguiente que siento es que mi cabeza se gira bruscamente hacia la derecha, desestabilizándome y haciendo que mi cuerpo se estampe contra la pared.

Espera un momento... ¿Eso ha sido un directo de derecha?

Cuando consigo separarme de la pared, noto el sabor metálico de la sangre en la boca. *¡Joder, este imbécil me ha abierto el labio inferior!*

La cabeza me retumba como un tambor y no consigo enfocar bien la mirada. Me limpio con el dorso de la mano la sangre que resbala desde mi labio y alzo la vista para mirar por primera vez a mi mejor amigo desde que he recibido el

puñetazo.

—¿Pero qué cojones estás haciendo, joder?

José me empuja para hacerse sitio y cierra la puerta a sus espaldas. Me mira con cara de asesino, como si su misión en esta vida fuera aniquilarme.

—¿Qué le has hecho, cabrón?

Frunzo todavía más el ceño y me sujeto la barbilla, haciendo un movimiento de derecha a izquierda con la mandíbula. *¡Menudo puñetazo me ha dado!*

—¿De qué me estás hablando? —Pero, conforme voy formulando la pregunta, la neblina que tengo en la cabeza y que me impide pensar con lucidez se va atenuando poco a poco... *¡Mierda, Carlota!* Me paso la mano por el pelo, quitándome un mechón de la frente y parpadeo, todavía algo confundido.

—¿Está bien?

José aprieta la mandíbula mientras me coge la camiseta con ambas manos, zarandeándome al mismo tiempo.

—¿Bien? ¡Está destrozada, capullo! —Me suelta después de darme un empujón que me deja prácticamente en medio del salón.

Siento cómo el corazón acelera dentro de mi pecho y un dolor sordo se va extendiendo por el plexo solar.

—¿Qué te ha contado?

Niega con la cabeza mientras sus ojos brillan de rabia cuando vuelve a mirarme.

—No ha querido contarme nada... Solo me ha dicho que te vio anoche. —Se pasa la mano por la nuca y vuelve a cabecear—. ¿Qué paso exactamente?

Giro la cabeza, incapaz de encararlo, y me paso la lengua por el labio magullado. *¡Joder, cómo escuece!*

—Yo...

Se acerca peligrosamente a mí y me apunta con el dedo en medio del pecho.

—¡Te dije que te mantuvieras alejado de ella, hostia! Y tú... —Se ríe con una sonrisa demasiado sádica—... Tú me aseguraste que no pasaría nada. ¡Es mi hermana pequeña, joder! —Suelta todo el aire por la nariz, y eso me hace

pensar en un toro a punto de embestir. He visto a José cabreado un millón de veces, pero nunca tan fuera de sí—. Será mejor que hables antes de que siga haciendo conjeturas por mí mismo... ¡No sabes todo lo que se me está pasando por la cabeza!

Me restriego la cara con las manos tratando de ganar algo de tiempo para buscar las palabras precisas y que no suene todo tan mal como lo está haciendo en mi cabeza.

—Ella y yo... Bueno... —Suelto todo el aire de golpe y cierro los ojos—... nos hemos acostado.

José da un paso hacia mí y me mira con cara de odio profundo. Siento su respiración agitada debido a su cercanía, así que doy a su vez un paso hacia atrás.

—¿La has forzado? —Sus palabras salen entre sus dientes como un sordo siseo amenazante. Veo cómo se le tensan los músculos del cuello al apretar la mandíbula y cómo late la vena de su sien.

Supongo que mi cara debe reflejar toda la sorpresa que me han ocasionado sus palabras. Cabeceo después de abrir los ojos para después fruncir pronunciadamente el ceño. —¿Qué? ¡No, joder! ¿Por quién coño me has tomado? —Doy un paso hacia delante y me planto a escasos centímetros de su cara—. ¿De verdad crees que sería capaz de hacer algo así?

José se humedece los labios y apoya las manos en sus caderas.

—A estas alturas ya no sé qué pensar... Le he preguntado si le habías hecho daño y se ha puesto a llorar... ¿Qué coño quieres que piense?

Doy media vuelta y me alejo con dos grandes zancadas. Miro al techo y después cierro los ojos mientras mis manos se quedan apoyadas en mis caderas.

¡Mierda! ¡Dios! ¿Cómo puedo ser tan gilipollas? ¡La he cagado a lo grande!

Siento un leve dolor en el pecho y, por desgracia, no se trata de algo físico. Puedo lidiar con cualquier cosa, menos con eso... No sé cómo gestionar nada

que tenga que ver con los sentimientos, y menos de este tipo. *¿Qué mierda me está pasando?*

Giro la cabeza y miro a José por encima de mi hombro.

—Nunca he tenido la intención de hacerle ningún daño a Carlota... Si ayer lo hice, créeme, no fue a propósito...

Mi amigo sigue con la mandíbula apretada.

—Supongo que actuaste como siempre... Te la tiraste y te largaste... Eres un...

Me paso las manos por el pelo y me giro por completo para encararle.

—¡No seas hipócrita, José! No actúo de forma distinta a como tú lo haces...

José vuelve a acercarse a mí y alza la voz cuando habla.

—¡Pero ella es mi hermana!, ¿o es que se te ha olvidado? —Se pasa la mano por la nuca mientras sus ojos recorren mi cara como si me vieran por primera vez—. ¿Cómo has sido capaz de hacerlo?

No puedo seguir manteniéndole la mirada, así que bajo la cabeza y me miro los pies descalzos.

—Lo siento mucho, tío.

—Lo has echado todo a perder...

Frunzo el ceño cuando sus palabras calan en mi cerebro porque no sé a qué se refiere, pero suenan demasiado mal.

—No quiero volver a saber nada más de ti. —Lo que más me sorprende es el tono de voz que utiliza, completamente comedido—. No vuelvas a acercarte a mi hermana. No te acerques a mí. A partir de ahora tú y yo dejamos de ser amigos... ¡Ah, y olvídate de que vaya a trabajar para ti, eso no va a pasar ni ahora ni nunca!

Abro la boca para protestar, pero ni siquiera soy capaz de encontrarme la voz. Lo sigo por el pasillo hasta la entrada mientras veo en cámara lenta cómo abre la puerta.

—Solo espero que desaparezcas de nuestras vidas cuanto antes. Y... por tu bien, espero que mi hermana se recupere de lo que sea que le hayas hecho

porque si no...

—¡Joder, espera José...! —Trato de cogerle del brazo, pero se suelta de un solo movimiento.

—¡No me toques! —Entrecierra los ojos y me mira fijamente—. De todas las mujeres que te podías llevar a la cama... tenía que ser justamente Carlota... Podías haber tenido a cualquiera... —Cabecea mientras cierra los ojos y abre la puerta del todo—. ¡Espero no volver a cruzarme contigo!

Esa frase sigue flotando en el aire incluso segundos después de que la puerta se cierre tras él. Apoyo la espalda en la pared y me doy de cabezazos contra ella.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Lo que más me llama la atención es que, después de todas las palabras hirientes que han salido de la boca de mi amigo, lo que más me duele es el daño que yo le haya podido causar a Carlota.

Siento una rabia sorda que va recorriendo mi cuerpo cuando me doy cuenta de que he hecho justo lo contrario a lo que de verdad quería haber hecho anoche. Tendría que haberme quedado con Carlota. Tenía que haberle pedido perdón y haber vuelto junto a ella.

Y ahora tengo lo que me merezco.

Ahora lo he perdido todo.

He perdido a la única familia que tenía de verdad.

Ahora ya no me queda nada.

Carlota

Sara llega a mi casa cuando todavía no hace ni media hora que he hablado con ella por teléfono. Aunque durante ese tiempo he tratado de tranquilizarme, no he conseguido una mierda. Mi cara es un auténtico desastre. Tengo los ojos llorosos e hinchados, la nariz roja y pelada de tanto sonarme y los labios, calientes, resecos e igual de hinchados que los ojos.

Abro la puerta, esperando a Sara y, cuando sale por fin del ascensor, se queda parada en el umbral de la puerta.

—¡Vaya, estás hecha un asco! —Arruga esa naricilla suya y me mira de arriba abajo.

Abro un poco más la puerta, con una invitación tácita a que entre en casa y suspiro, con la nariz completamente taponada por el llanto.

—Ese tipo de comentarios no ayuda mucho, ¿sabes? —Trago saliva, en un vano intento de que la voz no suene tan gangosa.

Alza un brazo y me muestra una bolsa de papel.

—Te he traído algo para comer.

Ahora es mi turno de arrugar la nariz y hacer una mueca.

—Te lo agradezco, pero no tengo hambre.

—Charlie, tienes que alimentarte...

—Ahora mismo no me pasa ni la saliva por la garganta... No insistas, por favor.

Se encoge de hombros y se pierde por la puerta de la cocina.

—Está bien, si cambias de opinión, te dejo aquí el sándwich... —grita un poco para hacerse oír, y su voz retumba por las paredes.

Me dejo caer en el sofá, haciéndome un ovillo y, apoyando la cabeza en el respaldo, cierro los ojos. Me siento demasiado cansada como para contestar algo. Al poco noto cómo se hunde el sofá a mi lado, pero me niego a abrir los ojos: me escuecen demasiado.

—Bueno... Cuéntame qué ha pasado, anda.

Dejo escapar el aire poco a poco por la boca ya que me es imposible hacerlo por la nariz, que sigue igual de congestionada.

—No sé por dónde empezar...

Oigo, más que veo, las palmadas que se da mi amiga en las piernas antes de volver a hablar, con esa energía inagotable que la caracteriza.

—¿Y si empiezas por el principio? Te vi saliendo del bar con Manu...

—Sí... Eso... —Aprieto los párpados para conseguir mantener a raya las lágrimas que, de nuevo, tratan de abrirse paso. *¡Estoy harta de llorar, es agotador!*—. Lo había visto en la barra cuando pedimos nuestras bebidas y había tratado, por todos los medios, de pasar desapercibida... —Sonrío sin ganas y cabeceo lentamente—. Supongo que no lo conseguí, al fin y al cabo... Me interceptó cuando salía del baño.

—¡Joder, yo ni me había dado cuenta de que estaba en el pub!

Me encojo de hombros y la miro de reojo para después volver a mi posición inicial, esto es, con los ojos cerrados y con el corazón igual de destrozado.

—Se puso en plan hermano mayor y me dijo que tenía que hablar conmigo y, como lo único que me interesaba en ese momento era quitarme de encima a un plasta que se me había acercado, creí que sería buena idea que me llevara a casa...

—¿Y no lo fue? —Sara abre desmesuradamente los ojos, haciendo que su frente se frunza.

Sacudo la cabeza y me aovillo un poco más en el sofá.

—¡Para nada...! ¡Si hubiera sabido que me iba a hacer tanto daño...!

—Ains, Carlota, me estás poniendo histérica... ¿Podrías darte un poquito más de prisa en contarme las cosas?

Abro los ojos de golpe y la miro mal durante un segundo. Después desisto porque supone demasiado esfuerzo para mí y vuelvo a dejar caer la cabeza sobre el respaldo, algo mareada.

—Quería hablar conmigo para decirme que había corregido mi examen y para felicitarme por el sobresaliente que había sacado... y, viniendo de él, la verdad es que fue todo un cumplido... Me dijo que estaba orgulloso de mí y...

—Ya me imagino... ¡Se te cayeron las bragas hasta los tobillos! —Alza una de sus negras cejas y sonrío, divertida.

Yo me río porque, ¿qué otra cosa puedo hacer ante semejante comentario? Y me siento bien, para variar, algo bueno en el día de hoy, aunque sea pequeño y efímero. Hago una inhalación profunda y me centro en lo que le estoy contando.

—No sé cómo pasó lo que pasó después... Una cosa llevó a la otra y, al final, acabó en mi casa...

Asiente poniendo cara de circunstancias.

—Me hago una pequeña idea... Tú despatarrada y Manu entre tus piernas... ¡Cariño, se veía venir, estaba cantado! —Suspira de una forma teatral y frunce los labios cómicamente—. No sabía cuándo, pero sabía que pasaría tarde o temprano... Cuando los dos estéis en la misma habitación... —Ladea la cabeza y suelta un silbido muy significativo.

—Pero si apenas lo soportaba... —La voz me sale en un susurro roto y trato de alejar de mi cabeza el recuerdo de lo vivido la noche anterior, sobre todo el final de esta.

—¡Ni de coña, cariño! ¿Tengo que recordarte que ya te habías enrollado con él no una sino dos veces...? Y porque él se refrenaba porque, si no...

—Lo odio... —Se me rompe la voz, y tengo que callarme porque un nudo enorme me atenaza la garganta.

—Si lo odiaras, no te habrías acostado con él... Si lo hicieras, no estarías tan

hecha polvo, ¿no crees? —Su mano me aprieta cariñosamente la pierna y la deja descansando ahí durante un momento. Después carraspea y sube las piernas al sofá.

—Y... ¿Cómo fue?

Abro un ojo y la miro de hito en hito.

—No esperarás que te dé detalles...

Asiente enérgicamente.

—¡Anda, pues claro!

—Ya te puedes ir olvidando, Sarita... —Me paso la mano por la frente y meto un mechón de pelo tras la oreja. No quiero ni pensar en la cantidad de nudos que debo de tener en esta maraña llamada “pelo”.

El silencio se hace dueño y señor del lugar durante más o menos un minuto, tiempo que aprovecho para relajarme algo y descansar hasta que Sara lo rompe con su voz cantarina.

—Pero... tú no estás así por eso, ¿verdad?

Suelto el aire de golpe y niego con la cabeza. Aunque la frase me baila en la boca, me cuesta un mundo decirla en voz alta; todo parece mucho más real cuando eso sucede. Al final, me armo de valor y la dejo escapar entre mis labios agrietados.

—Él se marchó a pesar de que me había prometido que no se arrepentiría, a pesar de que le pedí que no lo hiciera...

Mi amiga cierra los ojos y aprieta la mandíbula.

—¡Joder!

Supongo que ese comportamiento le trae demasiados malos recuerdos.

—No intento insinuar nada, pero... Aunque hace ya bastante tiempo que tú no... Esto...

—Vamos, escúpelo ya...

Se muerde el labio y me mira indecisa.

—Si solo se trata de sexo...

Cabeceo con todo el dolor del mundo reflejado en mi cara.

—Entiendo... —La voz de mi amiga me llega lejana, en un susurro.

Alzo la vista y la miro.

—No sé cómo ha podido pasar, Sara...

—Pero lo quieres...

—Creo que desde siempre... A pesar de todo, después de todo lo que se ha metido conmigo, de los malos ratos que me hizo pasar hace años con ese mote odioso que me puso... Siempre he estado enamorada de él. —Una lágrima solitaria resbala por mi mejilla y me la limpio con la manga del pijama. Sorbo por la nariz y me vuelvo a sentir muy, muy pequeña, casi minúscula—. Siempre ha sido Manu, Sara. Solo él...

Al cabo de un momento me mira fijamente, con toda la comprensión del mundo en sus ojos y un brillo de tristeza mal escondida.

—¡No sabes cuánto lo siento, Carlota! Por desgracia sé perfectamente cómo debes sentirte después de que se fue de esa manera... —Apoya la mano en mi espalda y comienza a moverla con movimientos lentos, cadenciosos y relajantes.

No dejo que siga porque necesito parar de pensar en ello y, además, todavía no he terminado de contárselo todo.

—Todavía no he terminado...

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con eso?

—Como te podrás hacer una idea, el comportamiento de Manu me dejó destrozada pero... Esta mañana ha llegado mi hermano de viaje y me ha encontrado hecha un mar de lágrimas...

—¡No me jodas! —La vista de Sara se desvía hacia el pasillo, con una clara mezcla de sorpresa y desasosiego.

La cojo de la mano y cabeceo.

—No está en casa...

Puedo ver cómo se deshincha poco a poco y su rostro se relaja.

—José puede llegar a ser muy intuitivo y también un cabezota de cuidado... Ha empezado a hacerme preguntas y, al final, después de haber atado cabos y

de haber sabido que había estado con Manu de una forma u otra, me ha preguntado si me había hecho daño y no he podido evitar echarme a llorar y yo... Tengo miedo de que haya ido a por él...

—Pues perdona que te diga esto, pero... si tu hermano la toma con Manu, se lo tendrá bien merecido... ¡A ver si con un poco de suerte se muelen a palos el uno al otro!

Me tapo la cara con las manos y respiro entrecortadamente. Solo de pensar en esa posibilidad, se me pone todo el cuerpo en tensión.

La puerta de casa se abre y se cierra segundos después con un sonoro portazo que hace que Sara y yo demos un respingo en el sofá. Unos pasos apresurados anteceden a la entrada de mi hermano en el salón, haciendo que me prepare como pueda para lo que me viene encima. Me levanto muy despacio y me abrazo a mí misma mientras sigo todos y cada uno de sus movimientos.

Repaso con mucho cuidado todo su cuerpo por si encuentro algún indicio que me haga saber qué ha pasado durante el tiempo que se ha ausentado de casa, pero no consigo ver nada fuera de lo normal. Me armo de valor y, por fin, dejo escapar en voz alta la pregunta que llevo más de una hora queriendo hacerle.

—¿Dónde has estado?

José nos mira de forma intermitente y aprieta un poco más la mandíbula. Sus ojos me dicen que no está para tonterías y su estado, inquieto y sin parar de moverse, que sigue igual de alterado que cuando se ha largado de casa.

Me señala con el índice en alto mientras le brillan los ojos de pura rabia mal contenida.

—¿Cómo has podido?

Abro la boca, pero no sale ni un mísero sonido de ella.

Parece ser que a mi hermano no le importa demasiado porque sigue con sus preguntas.

—¿Cómo te has dejado...? —Aprieta los labios, lo que convierte su boca en

una fina línea mientras se pasa una y otra vez la mano por la nuca—. ¿Con Manu, Carlota... en serio? —Posa las manos en las caderas e, incapaz de mantenerme la mirada, fija la vista en el techo, negando sin parar.

Veo de reojo cómo Sara se pone de pie y se queda a mi lado, cogiéndome de la mano. Supongo que es su manera de prestar su apoyo y se lo agradezco en silencio.

—José, creo que no es asunto tuyo con quién esté o deje de estar. —Mi voz apenas es un leve murmullo.

Sonríe de medio lado y me taladra con su mirada.

—Sí, pero la cosa cambia cuando te revuelcas con el que, hasta ahora, era mi mejor amigo.

Me recorre un escalofrío ante su forma de hablar y lo que acaba de dar a entender, pero Sara se me adelanta e, irguiendo la espalda, da un paso al frente.

—¡Oye, controla lo que dices! ¿de acuerdo?

José deja de fijar la vista en mí para encararse con mi amiga.

—¡Esto no va contigo!

Sara vuelve a abrir la boca, pero le aprieto la mano para que se calle antes de soltársela para acercarme a José.

—Soy bastante mayorcita para saber lo que me hago...

—¡Y una mierda! —Me fulmina con su mirada y da un paso más hacia mí. —
¡Mira cómo te ha dejado ese hijo de puta!

—¡Él no ha hecho nada! ¿vale?... —Cierro los ojos tragándome las lágrimas mientras siento que el corazón se me va a salir del pecho de un momento a otro.

—¿Que no ha hecho nada? Entonces... ¿Por qué estás así?

Giro la cara para evitar su mirada penetrante.

—No es asunto tuyo.

De repente me fijo en su mano, en sus nudillos magullados, y me llevo la mano a la boca para acallar un grito. Mis ojos recorren cada parte de su

cuerpo, tratando de encontrar algún indicio más de lo que ha podido pasar, pero no encuentro nada.

Empiezo a atar cabos, y se me cae el mundo a los pies. Lo cojo de la muñeca y levanto su mano.

—¿De dónde vienes?

Se suelta de un tirón y se lleva la mano a la nuca.

—Tenía que arreglar algo...

—Dime que no has ido a su casa.

—¿Y qué si lo he hecho?

—¡Oh, Dios mío! —Me dejo caer en el sofá y me tapo la cara con las manos. Vuelvo a ponerme en pie cuando los temblores que siento ceden un poco.

—¿Le has pegado? —Lo miro horrorizada y, en mi fuero interno, rezo para que no haya sido así.

—¡Se lo merecía, joder!

—¿Por qué?

—Por dejarte así de destrozada. —Mi hermano me toma de la mano y tira de mí hasta que me envuelve en uno de sus abrazos de oso.

Trato de sollozar en silencio, pero no lo consigo. Escondo la cara en el cuello de José y me dejo llevar por lo que siento.

—No tenías ningún derecho... —Mis palabras salen débiles, atragantándome con mi propia saliva, mientras las lágrimas no dejan de caer, mojándole la camisa.

José me aparta de sus brazos y me toma la cara con las manos, limpiando con sus pulgares las lágrimas calientes que bañan mis mejillas.

—Mira cómo estás por su culpa.

—José, no... Él no ha hecho nada... Soy yo...

—Él hizo lo que siempre hace, follarse a la primera que se le pone a tiro y después largarse.

Sus palabras me lastiman de una forma que no alcanzo a explicar y, de alguna manera, activan la rabia latente en mí. Aparto sus manos de un

manotazo y me echo hacia atrás, asqueada.

—Hace lo mismo que sueles hacer tú: tratar a las mujeres como meros trozos de carne sin sentimientos, así que no me vengas ahora de digno. —Me obligo a coger aire y lo suelto rápido; no quiero que lo que deseo decir se me quede enquistado en el pecho—. Pero, claro, la cosa cambia cuando lo que tú has venido haciendo desde siempre se lo hacen a tu hermana pequeña, ¿verdad? —Alterno mi mirada entre mi hermano y Sara para que quede claro a lo que me estoy refiriendo—. De hecho, tengo claro que tú eres mucho peor que él porque tú se lo has hecho más de una vez a Sara y vete tú a saber a cuántas más antes que a ella.

Oigo un leve gemido proveniente de mi amiga y, acto seguido, veo cómo recoge sus cosas y se marcha sin decir ni una sola palabra.

¡Genial, Carlota, ahora sí que la has cagado a lo grande!

—¡Mierda! —Al volver la vista hacia mi hermano, puedo ver la cara de desesperación que tiene. Da dos pasos hacia la entrada y después se pasa las manos por el pelo—. ¡Me cago en la puta, joder!

Me siento en el sofá, totalmente vacía. Vacía de rabia, vacía de lágrimas, vacía de todo. Apoyo la espalda en el respaldo y cierro los ojos. Al rato noto cómo mi hermano se sienta a mi lado. Me incorporo un poco y lo miro muy seria.

—¿Qué ha pasado en casa de Manu, José?

Aprieta la mandíbula y me imita, dejando caer la espalda en el respaldo y pasándose las manos por la cara, aturdido y cabizbajo.

—He ido a pedirle explicaciones... Me ha contado por encima lo que pasó ayer entre vosotros dos y luego lo he atizado...

—Muy maduro de tu parte.

Me mira de reojo y sonrío de medio lado. Esa sonrisa, la primera sincera del día, consigue que todo mi cuerpo se destense un poquito.

Se encoge de hombros y cabecea.

—Era eso o tirarlo por el balcón... —Mira al techo y lanza un hondo suspiro.

—Le he dicho que no quiero volver a saber nada más de él.

—¿Cómo? —Giro la cabeza para verle bien y parpadeo, incrédula—. ¡Vamos, José, pero si sois amigos desde párvulos!

—¡Eso se acabó!

Trato de pasarme los dedos por el pelo pero, evidentemente, no puedo. Me frustro un poquito más y me tiro de este como una loca desquiciada.

—¡Es que no me lo puedo creer! ¿Por qué tienes que meter las narices donde no te llaman? ¡Esto es algo entre Manu y yo, joder! ¡No me puedo creer que por esto hayas acabado con años de amistad!

Oigo su risa desganada y me giro para mirarlo.

—También le he dicho que no pienso trabajar para él.

Ahora es cuando algo se cortocircuita dentro de mí y, levantándome como si tuviera un resorte, comienzo a dar grandes zancadas por la habitación.

—¿Pero es que te has vuelto completamente loco? —Pongo los brazos en jarras y me paro frente a él—. Te recuerdo que te despediste de tu anterior trabajo hace más de quince días y que mañana empezabas en la empresa de Manu.

—Pues eso ya no va a pasar.

Abro los ojos como platos y le señalo con un dedo acusador.

—¡Ya lo creo que sí! ¡Aunque tenga que llevarte de la oreja hasta allí! ¿Me oyes?

Camino hacia la ventana y apoyo la frente en el frío cristal. Hago varias respiraciones profundas y trato de pensar con algo de claridad.

Después de unos minutos de un denso silencio, vuelvo al sofá y me siento a su lado, algo más tranquila.

—José, eres una persona responsable y madura. Si quieres acabar con la amistad de Manu, cosa que no comparto (para que conste donde tenga que constar) pero que voy a respetar, adelante. Ahora bien, lo que está en juego es tu futuro y la estabilidad de esta familia. Te recuerdo que yo todavía estoy estudiando y que no traigo ingresos a casa...

José frunce la boca y me mira de reojo. Después de un momento, suelta todo el aire de golpe y se rasca la mandíbula.

—Está bien, tú ganas. Espero que todavía siga en pie su propuesta.

—¿Has firmado el contrato, no?

Asiente con desgana y hace ademán de levantarse, pero lo retengo cogiéndolo del brazo.

—No tan rápido, amiguito...

Se queda donde estaba y frunce el ceño mientras me mira.

—¿Ahora qué pasa?

—¡Eso es lo que yo quisiera saber! ¿Qué pasa con Sara? —Lo miro de hito en hito, esperando algún tipo de reacción por su parte.

José cierra los ojos y cabecea despacio.

—Carlota, por favor...

—Tengo la versión de ella, pero me gustaría que me contaras la tuya.

—No hay nada que contar, pitufa.

El apodo cariñoso que utiliza siempre para referirse a mí me da a entender que cualquier roce que pudiera haber habido entre los dos ha dejado de existir. Eso hace que yo y mis músculos castigados nos relajemos un poco más.

—¿Estás completamente seguro de eso? He visto cómo la mirabas cuando se ha marchado. Vi lo que pasaba con la taza de chocolate el otro día en la cocina.

—No sé de qué estás hablando... Lo único que pasó el otro día con el puñetero chocolate fue que, a veces, se me pega lo pastosa que eres...

—¡Ja! El otro día te pusiste celoso...

—¡Deja ya de leer novelas ñoñas: se te está friendo el cerebro!

Le doy con todas mis fuerzas con el cojín que tengo a mi lado y se echa a reír.

—Ahora en serio, José. Mira, Sara es mi mejor amiga, pero tú eres mi hermano. No pretendo desvelar ningún secreto porque eso me dejaría muy mal frente a ella y nuestra amistad, pero lo que sí te voy a decir, porque te quiero y

solo quiero que seas feliz, es que, si no espabilas pronto (y con pronto me refiero a ya mismo), todo se irá a la mierda con ella y acabará explotándote en esa cara tan arrogante que te gastas.

—¡Qué gráfico!

—Solo es para que te hagas una idea... —Elevo las cejas y pongo cara de circunstancias—. Ahora en serio, José. ¿Sientes algo por ella?

Mi hermano se remueve incómodo en el asiento y se vuelve a pasar la mano por la nuca. Veo cómo sus mejillas enrojecen ligeramente y mira hacia otro lado.

—Vale, está bien, no me contestes, pero haz algo... ¡Ya!

—¿Ya... ahora? —Parpadea varias veces y me mira con cara de pez.

—¡Joder, pues claro! ¡Mueve el culo y ve a por ello de una vez por todas! — Dejo escapar el aire que estaba conteniendo y sonrío. —Si de verdad te gusta, y creo firmemente que así es, búscala y díselo...

Me deja con la palabra en la boca cuando sale escopetado de casa, dejándose el móvil y las llaves sobre la mesa.

José

Estoy a medio camino de casa de Sara cuando me doy cuenta de que me he dejado el móvil y las llaves de casa. *¡Seré capullo!*

Me sudan las manos sobre el volante y no puedo evitar cogerlo con fuerza, haciendo que los nudillos se me pongan blancos y la tensión crezca hasta dimensiones épicas. Toda la determinación que tenía cuando he salido de casa está desapareciendo a pasos agigantados. Intento prepararme para lo que le voy a decir a Sara cuando llegue a su casa, si es que la encuentro allí, pero me doy cuenta de que tengo la mente en blanco. *¡Mierda!*

Aparco sin fijarme mucho en si hay alguna señal que me lo impida y respiro profundamente mientras salgo del coche. Estoy a punto de explotar de lo nervioso que estoy porque, siendo sincero, no recuerdo la última vez que me declaré a una chica...

Eso de llevármelas al huerto se me da de puta madre, pero mostrar mis sentimientos... abrir mi corazón quedándome totalmente expuesto... *¡Eso me da un miedo de la hostia!* Me fijo en el temblor de mi mano cuando llamo al timbre. Cierro los ojos y me meto las manos en los bolsillos de los vaqueros.

Pasan treinta segundos y nadie responde. Aprieto la mandíbula y me sobresalto cuando una señora con su perro abre la puerta del zaguán y pasa por mi lado sin dirigirme la palabra. A pesar de mi aturdimiento, consigo meter el pie antes de que la puerta se cierre definitivamente. La empujo con más ímpetu del necesario y entro con decisión, esa misma decisión que me va

abandonando, conforme subo las escaleras hasta llegar al rellano del segundo piso. Me planto frente a la puerta de Sara y, apoyando ambas manos en el quicio, dejo caer la cabeza hacia delante y respiro profundamente. No sé cuánto tiempo pasa hasta que estoy preparado para llamar.

Aunque parece que no hay nadie en casa, la esperanza no me abandona y la especie de intuición que ahora mismo me está gritando en la cabeza que Sara está dentro no cesa en su empeño de que le preste atención. Llamo, por fin, al timbre. *¡Ya era hora, coño!* Y sí. La voz de mi conciencia es una mamona que no me da ni un puñetero respiro.

Afino el oído en cuanto escucho unos pasos que se acercan a la puerta. Nadie abre, sin embargo. Inspiro, y todo mi cuerpo se tensa un poco más. Golpeo la madera con los nudillos y espero unos cinco segundos.

—¡Vamos, Sara, abre la puerta!

Espero lo que me parece una eternidad hasta que oigo cómo se descorre un cerrojo y veo cómo se abre una pequeña rendija. Alzo los ojos en cuanto la cabeza de Sara asoma por la puerta y se me cae el corazón a los pies cuando veo sus ojos enrojecidos y llorosos. *¡Me cago en la puta!*

Aunque no le quito ojo de encima, ella parece incapaz de mantener mi mirada ya que su cabeza baja rápidamente hasta que sus rizos le tapan casi todo el rostro cuando se pone a mirar al suelo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Abro la boca para contestar, pero no me da opción cuando lo siguiente que dice se me clava como un puñal en las tripas.

—Si has venido a follar, no estoy de humor... ¡Búscate a otra!

Frunzo el ceño a la vez que aprieto la mandíbula. Si esa es la imagen que tiene de mí, voy bien jodido. Carraspeo y trato de tranquilizarme.

—Solo quiero que hablemos.

—No me interesa. Adiós. —Hace ademán de cerrarme la puerta en las narices, pero se lo impido metiendo la mano y empujando.

Al final, Sara cede y consigo entrar en su casa casi como un ladrón.

Llegados a este punto, soy totalmente consciente de que Sara no piensa ponérmelo nada fácil. Si a la inexperiencia de mostrar mis sentimientos se le une la intransigencia de Sara, estoy casi completamente seguro de que el resultado va a ser catastrófico.

¡Vamos, cálmate hombre, y échale huevos, joder!

Sara sigue tratando de evitar mirarme mientras mi corazón continúa golpeando con tanta fuerza mi pecho que parece que quiere escapar de él. Me paso la mano por la nuca y estudio su cuerpo menudo y tenso como la cuerda de una guitarra, tan distinto a como se veía las veces que la he tenido entre mis brazos... *¡Genial, macho! ¡Deja de pensar en eso, por el amor de Dios!*

Cierro los ojos y me paso, completamente histérico, las manos por la cara, a ver si así me quito el agilipollamiento de una maldita vez por todas.

—¿Podemos sentarnos?

Sara cabecea mientras veo su fugaz sonrisa irónica.

—¡Pero qué cara más dura tienes! Te presentas en mi casa por las buenas y prácticamente te cuelas en ella y ahora me dices que si podemos sentarnos... ¿Quieres que te prepare también un café?

Suelto el aire de golpe y niego levemente.

—Lo siento pero... no podía dejar que te fueras así y... creo que es hora de que hablemos.

Me mira por primera vez desde que he entrado en su casa y no me gusta nada ese brillo peleón que veo en sus ojos.

—Yo no tengo nada que hablar contigo y corrígeme si me equivoco, pero las dos veces que has estado aquí, tú tampoco estabas muy interesado en hablar... estabas demasiado ocupado en otros... *asuntos*.

Empieza a exasperarme esa actitud tan cerrada y borde, así que intento encontrar en alguna parte la paciencia que sé de sobra que no tengo. Inhalo con fuerza y, sin esperar su consentimiento, me siento en una esquina del sofá.

—¿Y tus compañeras de piso?

Sara no se mueve de donde está. Se cruza de brazos y me mira con cara de

mala leche.

—Se han ido a comer con su familia... Cosa que debería estar haciendo yo, para tu información.

Cruzo las piernas a la altura de los tobillos en un gesto relajado y confiado que, desde luego, no tengo en realidad.

—Solo te robaré cinco minutos.

Suspira hondamente y se acerca al sofá para sentarse lo más lejos que puede de mí. Vuelve a cruzarse de brazos mientras alza una ceja diabólica.

—A estas alturas juraría que me has robado algo más que mi tiempo... —Lo dice casi en un murmullo, como si no quisiera del todo que lo oyera, aunque lo hago de igual modo.

El silencio se apodera de la estancia y de lo único de lo que soy consciente es del martilleo errático que produce el corazón en mi pecho; taladra mis oídos y hace que piense que incluso Sara puede llegar a oírlo.

Ella vuelve a alzar una ceja mientras me mira fijamente con los brazos cruzados con una expresión que me dice que no va a tardar en perder la paciencia, y yo me aclaro la garganta a la vez que trato de desenredar la madeja en la que se han convertido mis pensamientos en estos momentos.

—Yo... siento lo que ha dicho Carlota... lamento que te hayas ido así.

Aprieta la boca haciendo que sus deliciosos labios se frunzan y su mirada se vuelve más fría todavía.

—Tu hermana solo se ha limitado a decir la verdad.

Descruzo las piernas y apoyo los codos en las rodillas.

—Eso también lo lamento...

—¿Qué exactamente, José?

Giro la cabeza para mirarla y, por una milésima de segundo, consigo vislumbrar algo de vulnerabilidad en sus ojos.

—Haberme comportado contigo así...

Encoge uno de sus hombros y ladea la cabeza.

—¿Por qué? Tú siempre haces lo mismo con las chicas... No sé por qué

conmigo deberías de comportarte de forma diferente.

Me paso la mano por la nuca sin dejar de recorrer su rostro desenchajado.

—Está claro que te he hecho daño... no me había dado cuenta...

Aunque sus ojos se humedecen, ella no deja de sonreír de vuelta.

—¿Desde cuándo te importa lo que a una de las muchas que te has tirado le pase o... lo que sienta?

Me yergo en mi asiento y la miro muy serio. *¡Allá vamos!*

—Desde que te conocí a ti.

Veo cómo alguno de los pedazos de esa máscara de imperturbabilidad cae de su rostro, aunque se recompone rápidamente. Se levanta de repente y se aleja del sofá. De mí. Y, más que cruzar los brazos, lo que hace es abrazarse a sí misma. Traga saliva y se esconde tras sus rizos oscuros.

Me levanto lentamente y doy un par de pasos en su dirección.

—Sara, yo...

Todo su cuerpo se tensa cuando levanta la cabeza y me mira.

—Será mejor que te vayas.

—¡Joder, Sara, espera un momento! No me lo estás poniendo fácil, ¿sabes?

Abre la boca totalmente indignada y se acerca peligrosamente a mí.

—¿Que no te lo estoy poniendo fácil? ¡Bueno, esto ya es el colmo! —Pone los brazos en jarras y se gira mirando a la entrada para después señalar con ímpetu la puerta—. ¡Largo de aquí!

No sé por qué hago lo que hago; el caso es que no pienso mi siguiente movimiento. Simplemente me dejo guiar por cierta parte de mi cuerpo de la que rara vez ningún hombre debiera dejarse guiar... Y, tomándola firmemente de los brazos, la pego a mi cuerpo y la beso. Y, por supuesto, resulta un beso demasiado brusco, casi doloroso, al igual que la bofetada que me da.

Siento el escozor tan solo unos segundos después de que haya retirado la mano, después de haberme girado literalmente la cara. Y estoy casi seguro de que ha dejado marcado cada uno de sus pequeños dedos en ella; casi juraría que pueden verse las huellas dactilares en mi pobre mejilla.

Me paso la mano por la parte afectada y aprieto la mandíbula. *¡Si es que me lo tengo merecido por capullo!* Vuelvo a girar lentamente la cabeza hasta conseguir volver a la posición inicial antes del guantazo que me ha dado y veo la cara de horror que pone al mismo tiempo que me fijo en que ha dado un par de pasos hacia atrás para mantener las distancias.

Sara se humedece los labios para después apresar el inferior entre sus dientes.

—Yo... lo siento.

—No te disculpes, ha sido culpa mía por haber hecho lo que he hecho... no tenía ningún derecho... ¡Mierda! ¿sabes? Sabía que iba a ser difícil, pero no me imaginaba cuánto...

Frunce el ceño y alza la cabeza para mirarme fugazmente.

—¿A qué te refieres?

—Yo... quiero estar contigo. —Lo suelto lo más rápido que puedo y noto como si me quitara un gran peso de encima a pesar de que el corazón se me va a salir por la garganta de un momento a otro y de que, por mucho que me empeño, no consigo averiguar qué es lo que está pensando Sara.

Parpadea un par de veces para poner después cara de asombro. Tras unos segundos de incredulidad, entrecierra los ojos y vuelve a ponerse la máscara de inexpresividad que tan descolocado me deja.

—¿Quieres decir que tu intención es que nos acostemos juntos todas las veces que quieras o te apetezca?

Ahora soy yo el sorprendido.

—¿Qué? —Le devuelvo la mirada con el ceño fruncido—. ¿Quién está hablando de sexo?

Ladea la cabeza y levanta la barbilla.

—Viniendo de ti, no sé a qué otra cosa podrías referirte.

Se me escapa un gruñido porque, llegados a este punto, ya no sé qué cojones pensar. *¡Menudo concepto tiene esta chica de mí, joder!*

—¡Mierda! —Enredo los dedos en el pelo y tiro un poco de él—. Lo que

estoy tratando de decirte es que me gustaría salir contigo. Ya sabes, ir a cenar, al cine, hablar... ¡Vamos, lo que viene siendo pasar tiempo juntos!

—¿Por qué?

Alzo las cejas y la miro, perplejo.

—¿Cómo que por qué? —Doy un par de pasos hacia ella y la miro a los ojos—. Sara, vamos, estoy tratando de que entiendas que siento algo por ti...

Veo el brillo de sus ojos cuando se humedecen de repente, aunque parpadea un par de veces y aprieta un poco más los labios.

—No te creo.

Abro la boca, pero la vuelvo a cerrar inmediatamente. *¿Pero qué cojones...?*

—Y, ¿por qué no ibas a creerme?

Descruza los brazos y los deja caer a ambos lado de su pequeño cuerpo.

—Bueno, dados tu historial y lo que sueles hacer con las mujeres, permíteme que dude de lo que me dices...

Apoyo las manos en las caderas y resoplo. Estoy seguro de que ya he perdido casi toda mi cordura.

—¿Crees que estaría aquí, después de la hostia que me has dado y aguantado tus desplantes, si no quisiera algo más que sexo contigo?

Sara agacha la cabeza y cabecea lentamente.

—Yo... ya no sé qué pensar, sinceramente.

—Eh, vamos, mírame... —Alargo la mano y la tomo de la barbilla para que levante la cabeza. Cuando nuestros ojos colisionan, soy incapaz de desenredar nuestras miradas y mi pecho se expande. *¡Estoy loco por esta chica!*—. Solo te pido una oportunidad...

Gira levemente la cabeza para que deje de sujetar su barbilla y cierra los ojos. Cuando, pasados unos momentos, los vuelve a abrir y me mira, solo encuentro dolor e incredulidad en ellos.

—No quiero que me hagas más daño, José.

Alzo las cejas y dejo caer el brazo.

—No lo haré, por lo menos, no a propósito.

Sara se restriega las manos en los pantalones y empieza a jugar con la manga del jersey que lleva puesto.

—¿Y si te dijera que ya me lo has hecho?

Abro la boca para protestar, pero Sara se me adelanta.

—Sé que no has sido consciente de ello y que no tienes la culpa... Tú nunca me has prometido nada. Sé que, cuando salimos de aquel bar juntos la primera vez, solo iba a ser sexo pero... —Se muerde el labio inferior, y un cosquilleo me recorre la espina dorsal. *¡Cómo deseo ser yo el que muerda esos labios, joder!* Interrumpe la línea de mis pensamientos cuando vuelve a hablar con un susurro—. Mira, seguramente tú no lo sepas... Bueno, ¡claro que no lo sabes, qué estúpida soy...!

—Oye, tú no eres estúpida. —La miro con devoción y le acaricio fugazmente la mejilla, levemente ruborizada.

Se aparta dando un paso atrás y me mira durante dos segundos.

—Calla y escucha, ¿vale? —Inspira hondo y deja escapar el aire lentamente—. Cuando tú no sabías ni que existía, yo ya estaba colgada por ti.

Abro desmesuradamente los ojos cuando sus palabras calan en mi aturdido cerebro.

—¿Qué?

—Yo... Cuando te fijaste en mí, yo sabía a lo que me atenía contigo, pero prefería tenerte así, aunque solo fuera por una vez, no... —Sara sacude la cabeza y sus rizos se disparan hacia todas direcciones.

El silencio se adueña de la habitación y soy incapaz de soportarlo durante un segundo más.

—Sara...

Cuando consigo que alce la cabeza y me mire, lo único que encuentro es una vulnerabilidad infinita. ¡Dios, no quiero que vuelva a sentirse así por mi culpa nunca más!

—Mi dulce Sara... —Parpadea un par de veces, y me invade algo nuevo que no había sentido hasta ahora. Quiero protegerla del mundo, de todo lo que

pueda lastimarla. Quiero que se sienta segura entre mis brazos. Quiero que sea feliz—. Estoy enamorado de ti.

Su rostro se contorsiona en una mueca antes de soltar un quedo gemido. Y ya no soy capaz de soportarlo más. Doy una larga zancada para aproximarme a ella y, antes de que consiga escapar de mí, la aprisiono entre mis brazos y la abrazo al fin.

Su cuerpo se acopla perfectamente al mío. Siento el momento exacto en el que se rinde. Sus brazos se extienden rodeándome lentamente y su cabeza queda apoyada en mi pecho. Aprovecho para hundir mi cara en su pelo y aspirar su aroma dulce y, por primera vez en mi vida, me siento como en casa.

Recorro sus antebrazos y abarco su rostro, separándome un poco de ella. Alzo su cara para que me mire, justo cuando una lágrima surca su mejilla. La seco con el pulgar y le beso la punta de la nariz.

—¡Ey! ¿Por qué lloras? —Le beso un párpado y después el otro. Ella sacude la cabeza entre mis manos y se encoge de hombros mientras yo recorro cada uno de los rasgos de su cara y pienso que eso es lo que quiero hacer todos y cada uno de los días de mi vida—. Déjame cuidar de ti. Solo quiero hacerte feliz.

Sus pestañas aletean hasta que abre los ojos y me mira. Me mira y me desarma, y algo inmenso explota en mi pecho. Una sonrisa temblorosa aparece de pronto en su boca mientras asiente con la cabeza todavía entre mis manos. Después se muerde el labio. Meto dos rizos detrás de sus orejas y recorro con los ojos su boca antes de posar la mía sobre ella, tratando de transmitir en ese beso todo lo que siento ahora mismo. Y es leve, cuidadoso y dulce, pero no pasa mucho tiempo hasta que se convierte en algo voraz, hambriento y húmedo. Cuando los dos nos separamos, con el aliento entrecortado, apoyo mi frente sobre la suya y sonrío, por fin. Siento su sonrisa más que verla y, cuando habla, su aliento me calienta la mejilla.

—Si ya sabía yo que lo que querías era acostarte conmigo... —Me separo de golpe y frunzo el ceño, hasta que veo su sonrisa juguetona de nuevo y mi

cuerpo se relaja de golpe.

Ladeo la cabeza y me acerco a su oído.

—No te equivoques, nena, voy a hacerte el amor.

Me fijo en su cara para ver su expresión y, cuando su boca se abre levemente para soltar un pequeño jadeo, aprovecho para volver a asaltarla sin nada de recato, con todo mi corazón.

Manu

Salgo del despacho del decano de la Universidad pensando que, casi con total seguridad, esta sea la última vez que recorro estos pasillos. Decido bajar a pie los tres pisos que me separan de la calle y, cuando enfilo el último tramo de escaleras, me parece ver una cabellera pelirroja en el hall del edificio. Suelto el aire de golpe y me restriego los ojos con las manos. Estoy cansado de ver espejismos. Últimamente, todo me recuerda a ella.

Pero, a pesar de mi reticencia, cuando vuelvo a abrir los ojos, mi mirada no puede dirigirse a otro sitio que no sea el de hace unos segundos y, a pesar de todo, ahí está Carlota. Tiene una sonrisa pintada en la cara y parece ser que ha visto algo que la hace sonreír. Desgraciadamente, ese algo no soy yo. *¡Qué más quisiera!*

Bajo de dos en dos los escalones porque lo único que quiero es tenerla más cerca. Necesito decirle algo... *¿Algo cómo qué, Manu?* Cuando tan solo nos separan un par de metros y creo que por fin va a fijarse en mí, el cuerpo de un chico se interpone en mi camino y me quedo paralizado en medio de la estancia cuando se funde en un abrazo con ella.

Soy incapaz de dejar de mirar todos y cada uno de sus movimientos cuando la rodea con los brazos, cierra los ojos, apoya la cabeza en su hombro y su sonrisa se ensancha. Aprieto la mandíbula cuando algo muy desagradable empieza a oprimir mi pecho. Siento subir una rabia líquida hasta mi garganta y tengo que cerrar la boca con todas mis fuerzas para evitar el gruñido que hace

vibrar a mis cuerdas vocales.

Sin embargo y a pesar de todo, mis ojos son incapaces de apartarse de su presencia. No sé durante cuánto tiempo me quedo como un pasmarote parado frente a ellos; el caso es que me sobresalto cuando Carlota abre de repente los ojos y, sin dejar de abrazar a ese tío, me mira fijamente. Me mira y soy incapaz de mover un solo músculo de mi tenso cuerpo.

Me mira y me atrapa mientras sus ojos fríos me atraviesan. Y su mirada me dice muchas cosas, pero ninguna es buena. Soy consciente del muro que está poniendo entre los dos cuando el brillo de sus ojos se intensifica, hasta que sus párpados vuelven a caer y ya no me dice nada. Luego desaparezco para ella. Y todo su mundo vuelve a estar lleno de sonrisas, sonrisas que no son para mí.

Soy incapaz de seguir mirando, así que trago saliva y, dándome la vuelta, me marcho de allí. Solo me doy cuenta de la velocidad que ha alcanzado mi coche cuando dejo de pensar en Carlota abrazando a otro y consigo levantar el pie del acelerador.

¡Mierda! Esto (sea lo que sea) me está pasando factura. Como siga así, un día de estos voy a tener un accidente. Cabeceo mientras salgo del coche y me dirijo a la oficina. Necesito centrarme en el trabajo. Desgraciadamente, tampoco es que allí las cosas vayan como la seda.

Hace un mes que José trabaja conmigo y, a pesar de no haber cumplido su amenaza de no pisar un pie en la empresa, solo me dirige la palabra para hablar de cosas concernientes a su cargo. Así que solo hablamos de balances, números, y mierdas así.

Me dejo caer en mi asiento después de haber cerrado la puerta con un sonoro portazo y, apoyando la cabeza en el respaldo, suelto el aire y cierro los ojos. Cuando me siento lo suficientemente capaz de volver a abrirlos y mantener la mente en blanco, echo un vistazo a los papeles esparcidos en la mesa y frunzo el ceño. *¿Dónde cojones está el archivo de la sucursal de Londres?* Revuelvo un poco más el desorden que impera delante de mí y, cuando me doy

por vencido, salgo de mi despacho echando humo.

—Sandra, ¿dónde está el archivo que te pedí ayer? —Me planto delante de la mesa de mi secretaria con las manos en las caderas y cara de muy pocos amigos.

Mi secretaria levanta la vista del ordenador y parpadea un par de veces. La poca paciencia que me quedaba se va evaporando con cada movimiento de sus párpados. Echo mano al cuello de la camisa y tiro de este para ver si así el aire pasa con más facilidad.

—¿De qué archivo me habla, señor Lafuente?

Cierro de golpe los ojos e inspiro hondo. Cuando los vuelvo a abrir, no se me escapa la cara de espanto que me está poniendo la pobre chica. *¡Hoy no estoy para gilipollices, hostia!*

—Sandra, ¿yo no le pedí ayer el archivo referente a las cifras de la sucursal de Londres? —Alzo las cejas a la espera de recibir algún tipo de reacción por su parte. *¡Se acabó!* La paciencia se acaba de ir a la puta mierda—. ¿Dónde está el puñetero archivo? —Ya sé que estoy gritando, pero es que es eso o emprenderla a puñetazos con el ordenador que ahora mismo me separa de mi secretaria.

Mi respiración se entrecorta mientras trato de calmarme y, con un “Lo siento, señor. Ahora mismo se lo traigo”, Sandra desaparece de mi vista.

Con un par de zancadas vuelvo a entrar en mi despacho y, con un portazo más fuerte que el anterior, me dirijo a la ventana y me quedo mirando a través de esta, apoyando la frente en el frío cristal. Paso la mañana manteniendo la mente a raya centrado en la cantidad de trabajo que descansa sobre mi mesa; es la única manera que encuentro para no volverme loco de remate. No sé qué hora es cuando unos suaves golpes en la puerta hacen que separe, por fin, los ojos de las gráficas del ordenador.

Frunzo el ceño cuando José me pide permiso para entrar en el despacho porque, si hago balance, creo que es la primera vez que lo hace desde que está trabajando aquí.

—¿Se puede?

Me levanto, con la preocupación pintada en la cara, y le hago un gesto para que pase.

—Siéntate, por favor.

José se sienta enfrente y cruza los dedos sobre el regazo mientras me mira fijamente sin decir nada.

Su actitud no hace que mejore nada mi estado de ánimo; la verdad, al contrario: me inquieta demasiado.

—¿Va todo bien? ¿Hay algún problema?

Se pasa los dedos por los labios y eleva una de las comisuras de la boca, haciendo que uno de sus hoyuelos aparezca.

—¿Sabes que desde que estoy aquí trabajando es la tercera vez que haces llorar a tu secretaria?

Alzo las cejas algo aturdido.

—¿Perdona?

—Digo que estás que no hay quien te tosa... ¿Siempre estás así de amargado en el trabajo?

Me restriego el dedo por el labio inferior, tratando de contener la sonrisa.
¡Será mamón!

José se acomoda en la silla y, aunque su pose es relajada, sé que le está costando un mundo hablar conmigo. Suelta todo el aire de forma bastante sonora y se retrepa en el asiento.

—Mira, ya sé que te dije que tú y yo habíamos terminado, pero no puedo quedarme mirando mientras haces que media plantilla se coja la baja por depresión y la otra media te demande por acoso. Así que... he venido para que hablemos del tema, por el bien de esta empresa y por la salud mental de la mayoría de sus trabajadores.

Suelto una amarga carcajada, y hasta el sonido me resulta extraño. No sé cuándo fue la última vez que sonreí... *¡Soy deprimente, joder!*

—¿Qué cojones te pasa, tío?

Una congoja que no esperaba explota en el centro mismo de mi pecho y tengo que parpadear para que la humedad no inunde mis ojos. Me levanto con un ágil movimiento y, abrochándome la americana de mi traje, me encamino hacia la ventana y poso la mirada en la calle. Me fijo en los coches que la atraviesan y, cuando levanto la vista, la dejo fija en el cielo plomizo y desapacible que cae sobre la ciudad como un manto triste y frío.

—¿Volvemos a ser amigos?

Veo su reflejo a través del cristal y cómo se encoge de hombros sin alterar su postura relajada.

—Me lo estoy pensando...

Sonrío mientras sacudo la cabeza, pero no dejo de darle la espalda: es demasiado doloroso. Meto las manos en los bolsillos de mis pantalones y cambio el peso de un pie a otro.

—Siento mucho lo que pasó, si eso sirve de algo. No quería hacerte daño.

—Cierro los ojos y exhalo—. En realidad, no quería haceros daño a ninguno de los dos.

—Lo sé. Llevo un mes dándole vueltas y supongo que Carlota tenía razón. No debería haberme metido... Ella ya no es una niña, aunque para mí siga siendo mi pitufa...

Me giro y vuelvo a mi asiento lentamente.

—¿Estás bien?

José se sorprende por mi repentina pregunta.

—¿Cómo dices?

—Te pregunto si estás bien en la empresa. Ya sé que hasta ahora solo hemos hablado de cifras, pero quiero saber si estás a gusto.

—Me siento muy cómodo en mi puesto así que sí, va todo bien.

—¿Y fuera del trabajo...? ¿Todo bien también?

Sonríe mientras se pasa la mano por la nuca.

—Supongo que sí. Si te refieres a mi relación con Carlota, todo ha vuelto a la normalidad y... bueno...

—Bueno... ¿qué?

—Es posible que mi vida sentimental también vaya bien. —Sonríe enseñándome sus hoyuelos y soy incapaz de no devolverle el gesto.

Me humedezco los labios y apoyo los codos en la mesa.

—Explícame eso, ¿quieres?

—Estoy saliendo con Sara.

—¡La hostia! —Mi cara se llena de sorpresa aunque, pasados los primeros momentos, un pensamiento se va abriendo camino en mi mente.

—¡Así que era eso! —Me inclino un poco más y le lanzo una mirada de reconocimiento—. Por eso aquella noche no querías saber nada de ninguna tía... ¡Tú ya estabas colado por la amiga de tu hermana, cabronazo!

Suelta una sonora carcajada y se relaja un poco más en la silla.

—Te he echado de menos.

La sonrisa se esfuma de un plumazo cuando oigo sus palabras.

—Y yo a ti. Eres la única familia que tengo. —Suspiro hondamente y me paso los dedos por el pelo—. Espero que puedas perdonarme. —La última frase me sale en un ronco susurro porque no estoy nada acostumbrado a expresar mis sentimientos y me cuesta un mundo abrirme de esta manera.

—No estaría aquí contándote mi vida, si no te hubiera perdonado, ¿no crees?

—Me relajo de golpe y sonrío, agradecido—. ¡Bueno, macho!, ¿me vas a contar qué cojones te pasa o qué? —Apoyo de golpe la espalda en el respaldo y cruzo las piernas a la altura de los tobillos.

—En parte, lo que me pasaba ya está solucionado... Estaba siendo demasiado duro tenerte tan cerca y no poder hablar contigo, ¿sabes?

José asiente despacio mientras se ajusta el reloj a la muñeca.

—¿Y la otra parte?

¡Mierda!

—Creo que de la otra parte mejor nos olvidamos.

Pone cara de asombro y, después de unos segundos, ladea la cabeza y me mira fijamente.

—¿Por qué?

Me pellizco el puente de la nariz y cierro los ojos.

—Porque ni yo estoy preparado para hablar de ello ni tú para escucharlo...

Miro fugazmente a José en el momento en el que una de sus cejas sale disparada hacia arriba.

—¿Tiene esa parte algo que ver con mi hermana?

Llegados a este punto, no sé qué hacer. Me da un miedo de la hostia hablarle del tema y perderlo otra vez. Así que lo único que hago es cabecear y evitar su mirada inquisitiva hasta que oigo cómo suspira. Alzo la vista y me encuentro con sus ojos verdes, escrutándome.

—Bueno, en ese caso, esta noche te espero en casa para cenar.

Frunzo el ceño y abro la boca para negarme cuando José vuelve a hablar.

—Si el motivo por el que estás de un humor de perros no tiene que ver con Carlota, creo que sería bueno que quitemos un poco de tensión al asunto, ¿no te parece?

—Si tu hermana está en casa, no creo que sea muy buena idea aparecer por allí.

José hace un gesto con la mano como quitándole importancia y se encoge de hombros.

—Por eso no te preocupes; ayer me dijo que hoy iba a quedarse en la facultad para recuperar una práctica de no sé qué y que luego cenaría algo con los compañeros de clase.

Lo evaluó con la mirada, todavía muy poco convencido, hasta que se levanta con parsimonia, se acerca a la puerta y, con un cabeceo en forma de despedida, sale del despacho sin darme tiempo a reaccionar.

A eso de las siete de la tarde me llega un mensaje de José: “A las 9 en mi casa”.

Todavía sigo sin estar seguro de si es buena idea pasarme por allí a pesar de que sé que Carlota no estará... *¿A quién coño trato de engañar? ¡Estoy loco por verla otra vez!*

Cuando estoy a punto de marcharme, el teléfono empieza a sonar y, al final, no sin esfuerzo, consigo salir del despacho pasadas las ocho y media. *¡Joder, y yo que quería pasar por casa para darme una ducha!*

Todavía estoy algo tenso ya que, aunque José y yo volvemos a ser amigos, resulta difícil olvidar todo lo que ha pasado durante el último mes. Así que llego a su casa con algo de rigidez en todos y cada uno de mis músculos; respiro hondo y llamo. Cuando llego al rellano, me encuentro con la puerta abierta, pero nadie espera tras esta.

—Pasa, estoy cogiendo un par de cervezas del frigorífico. —La voz lejana de José llega hasta la entrada. Me adentro en su casa y cierro la puerta con cuidado.

Me planto en medio del salón y, dándome cuenta de lo incómodo que estoy, aflojo el nudo de la corbata y me la quito. La guardo en uno de los bolsillos de los pantalones. Cuando estoy tratando de desabrochar el primer botón de la camisa, veo por el rabillo del ojo cómo alguien entra en el salón. Me giro justo a tiempo para encontrarme con Carlota. Ella todavía no se ha dado cuenta de que estoy aquí, ya que viene con la cabeza ladeada y secándose el pelo con una toalla.

La repaso de arriba abajo, fijándome en las mallas negras que lleva y en la camiseta con el cuello demasiado ancho, dejando al descubierto uno de sus hombros y se me corta la respiración. Como siempre, sus pecas me llaman poderosamente la atención y allí es donde se quedan anclados mis ojos, sin posibilidad de poder dirigirlos a ningún otro sitio. Siento cómo me falta el aire y un cosquilleo extraño en la tripa, y de pronto estoy muy nervioso.

Todavía sin mirar hacia donde me encuentro, Carlota se para en medio de la estancia.

—José... ¿dónde te has metido?

Se me ocurre que esto es una encerrona de mi amigo, pero no puede ser... Todavía recuerdo el puñetazo que me dio cuando se enteró de que Carlota y yo... Bueno, será mejor que mis pensamientos no tomen ese rumbo: es

demasiado peligroso.

Cuando por fin se aparta la toalla de la cara y me mira, su gesto cambia radicalmente de la sorpresa al malestar. Sus grandes ojos verdes me fulminan mientras deja caer el brazo que sostiene la toalla. Mi mirada se desvía hacia mi amigo, que en este justo momento ha entrado en el salón con un par de botellines de cerveza y camina hacia el sofá como si Carlota y yo no nos hubiéramos quedado completamente paralizados uno en frente del otro.

Ella gira levemente la cabeza y entrecierra los ojos cuando mira a su hermano.

—¿Qué está haciendo él aquí?

José se sienta en el sofá y deja con parsimonia las cervezas sobre la mesa de centro

—Lo he invitado a cenar.

Carlota cabecea mientras arruga la frente y pone los brazos en jarras.

—De verdad, José, a veces pienso que te golpeaste la cabeza al nacer...

Me paso una mano por la cara y parpadeo. *¡Joder!* Lo peor de todo es que me duele que Carlota ni siquiera se digne a dirigirme la palabra. Si pudiera cambiarlo todo...

—Anda, siéntate, Nano. —José me hace un leve gesto para que lo acompañe en el sofá y pasa olímpicamente del comentario envenenado de su hermana pequeña—. Pitufa, vamos a pedir comida china, ¿te apuntas? —Le pone una sonrisa toda llena de hoyuelos cuando la mira por primera vez desde que ha entrado en la habitación.

Cojo el botellín sin atreverme a alzar la vista para ver el enfrentamiento de estos dos y, de un solo trago, me bebo más de la mitad de su contenido.

—No, gracias. Se me acaba de quitar el apetito. Me voy a mi habitación. — A nadie se le escapa el sarcasmo en su voz. Muy típico de Carlota.

José pone los ojos en blanco y chasquea la lengua.

—Venga, no seas cría...

Se lo dice cuando ella ya ha emprendido el camino de regreso a su cuarto

pero, en cuanto las palabras salen de la boca de su hermano, levanta el dedo corazón sin molestarse a girarse si quiera y, pasados unos momentos, se pierde por el pasillo.

José me mira de reojo mientras vacío completamente la botella y la dejo con un sonido sordo sobre la mesa. Me paso la mano por el pelo y exhalo el aire lentamente.

—Me dijiste que ella no estaría en casa...

Mi amigo se hace el sorprendido.

—¿En serio?

Entrecierro los ojos y apoyo los codos en las rodillas mientras vuelvo a coger el botellín de la mesa y empiezo a despegar una de las pegatinas.

—¿Quieres otra?

—Con cuatro o cinco más creo que empezaré a estar bien...

José suelta una carcajada y me palmea la espalda antes de levantarse para ir a por otra cerveza.

Durante la cena, hago un esfuerzo titánico para que me pase la comida por la garganta ya que, después del numerito con Carlota, se me han puesto los pelos de punta.

José me pone al día respecto a su recién estrenada relación con Sara y me sorprende verlo tan centrado en ese aspecto. En un momento dado, nos quedamos en silencio mientras noto la mirada de mi amigo fija en mí. Me retrepo en el sofá y cierro los ojos intentando dejar la mente en blanco y evitar así pensar en cierta pelirroja que no me deja vivir.

—¿Sabes por qué te he dicho antes que Carlota no iba a estar esta noche en casa?

Su pregunta me sorprende tanto que me incorporo de golpe y me giro para mirarlo a la cara. José no espera a que le conteste y continúa hablando.

—Solo quería averiguar una cosa. Tenía mis serias dudas pero, después de verte la cara cuando ella ha aparecido en el salón, todo me ha quedado muy claro, ¿sabes?

—No te sigo, tío.

Sonríe de medio lado y asiente con énfasis.

—Aunque no me hayas querido hablar de ese tema que te tiene tan de mala hostia, creo que me hago una idea de por dónde van los tiros.

¡Mierda!

—José...

—No, espera. Déjame hablar y, si estoy equivocado, me lo dices, ¿vale?

Me resigno y encojo los hombros.

—Si no hay más remedio...

—Tú, amigo mío, estás loco por ella...

El corazón hace un movimiento raro en mi pecho y se salta un latido. Después empieza a galopar de forma frenética, totalmente desbocado.

—He visto cómo la miras, así que no puedes negarlo... Nunca te había visto así... —Parece que la conversación le hace mucha gracia porque se está divirtiendo de la hostia el cabrón.

—Así... ¿cómo?

—¡Vamos, hombre, que estás hablando conmigo!

Dejo caer la espalda en el respaldo y cierro los ojos.

—¡Por eso mismo, joder! ¿Tengo que recordarte que hace más o menos un mes me partiste la cara por haberme acercado a ella?

—Eso es agua pasada...

Frunzo el ceño y lo miro de hito en hito.

—¿Eres bipolar o qué?

José estalla en una sonora y nada sutil carcajada mientras la incomodidad se hace dueña y señora de todo mi ser. *¡Tengo que largarme de aquí cagando leches!*

—Admítelo y te dejaré en paz...

Me levanto porque ahora mismo soy incapaz de mantenerme quieto ni un segundo más y empiezo a pasear por el salón sin rumbo fijo.

—¡Qué más da admitirlo o no...! —Me paso las manos por la cara totalmente

frustrado—. ¡Ella pasa de mí!

Con una sonrisa de listillo insoportable, cruza los brazos tras la cabeza y me sigue con la mirada.

—Está claro que no conoces a Carlota...

—¿Y eso qué cojones quiere decir?

—¿Por qué no vas a hablar con ella y lo descubres por ti mismo?

Niego con la cabeza y me paro en medio de la habitación con las manos en las caderas.

—No creo que sea buena idea.

—Si le dices lo que sientes...

—José, tío, ni yo mismo sé lo que siento...

—¡Y unos cojones! Vamos...

Cierro los ojos y aprieto la boca.

—No quiero hacerle daño.

—Manu... Ya le estás haciendo daño. —José se pone serio de golpe mientras sigue mirándome—. No lo entiendo... Eres una persona que... ¡se come el mundo! Cuando ves algo que te gusta, vas a por ello... ¿Cuál es la diferencia?

Restriego los dedos por la frente intentando suavizar las arrugas que sé que están allí desde ya hace tiempo y le doy la espalda.

—José, para ya... No quiero seguir hablando del tema.

—¿Por qué no? ¡Joder, no seas cobarde!

—¡No se trata de eso, hostia! Yo... —Hago una mueca y dejo caer los brazos a ambos lados del cuerpo, totalmente hundido. —... No me la merezco.

—¿Qué? ¿Qué gilipolleces estás diciendo?

—Tengo que irme. —Me acerco con grandes zancadas a la puerta y ni siquiera espero a que José reaccione—. Nos vemos mañana en el trabajo.

Carlota

Se ha ido.

Mi hermano me lo ha dicho como si nada esta tarde y ni siquiera sé cómo he sido capaz de disimular. Parecía que el corazón quería salir disparado de mi cuerpo y un escalofrío desagradable me ha recorrido la espina dorsal, haciendo que se me pusiera el vello de punta de la cabeza a los pies. Ahora que por fin he podido esconderme en mi habitación, bajo el calor de las mantas, me pregunto cómo puedo ser tan rematadamente tonta, tonta y estúpida...

Estúpida.

Estúpida.

La primera lágrima se precipita nada más cierro los ojos, abriendo el dique y haciendo que el resto surque mis mejillas, dejando un rastro húmedo y salado a su paso. Manu ha vuelto a Estados Unidos, y yo no he sido capaz de hacerle a mi hermano la pregunta que me ronda por la cabeza nada más haber escuchado esas palabras que me han destrozado completamente el corazón.

¿Cuándo volverá?

¿Tardaré en verlo tanto como la última vez?

Ahora todo es diferente porque...

... Porque lo quiero.

Porque lo odio por ello.

Al final, acabo dormida con los ojos hinchados y con la almohada llena de

lágrimas.

Me despierto sintiendo la misma puñetera tristeza que el día anterior, pero con una firme determinación y, *¡joder!* me agarro a ella como si mi vida dependiera de ello. Es mucho mejor así, con un objetivo a la vista.

Me siento más segura sabiendo qué es lo que tengo que hacer. Salgo al pasillo y voy andando hasta la cocina, donde José ya está tomando un café.

—Vaya, qué cara traes, pitufa. ¿Estás bien?

Inhalo y exhalo rápido, y le doy la espalda para coger una taza del armario.

—Lo estaré... —Lo digo para mí misma y dudo mucho de que lo haya llegado a oír.

Mi hermano apoya la cadera en la encimera mientras le da un sorbo al contenido de su taza.

—¿No tendrá nada que ver tu estado con lo que te conté anoche de mi jefe, verdad?

Frunzo el ceño y lo miro de reajo mientras vierto el líquido oscuro en mi vaso.

—Manu... mi jefe, ya sabes...

—¡Joder! Se me hace muy raro que lo llames así.

—No me cambies de tema, que nos conocemos.

Miro la hora en el móvil y me vuelvo a centrar en mi taza humeante; no hay nada como un café para espabilarte por las mañanas.

—Es demasiado temprano para mantener esta conversación, ¿sabes?

—Sí, ya, lo que tú digas... Todavía estoy esperando a que me contestes, Carlota.

Me encojo de hombros y me siento en una banqueta para ganar algo de tiempo.

—Da igual por lo que esté así; lo importante es que he tomado una decisión y dentro de poco me encontraré mucho mejor. —Alzo las cejas y lo miro, seria.

—Pitufa, a mí no me da igual... Sé que sientes algo por él.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabes, lumbreras?

—Recuerda que te vi hace un mes hecha un mar de lágrimas. Nadie te hace daño, a menos que pueda hacerlo.

—Me he perdido. —Escondo la cara en la taza y evito deliberadamente su mirada.

—Vamos, hermanita, no te hagas la tonta: sabes perfectamente a lo que me refiero... Una persona no puede hacerte daño si no sientes nada por ella, por el contrario...

—¡Vale, vale, ya lo pillo, no hace falta que sigas! —Y la barrera que había conseguido levantar se va resquebrajando poco a poco. Hago una mueca de dolor y dejo la taza encima de la mesa—. Da igual que me haya hecho daño... Ya no importa.

—¡Claro que importa! Deberías tener paciencia: Manu volverá.

—Sí, supongo... Aunque no seré yo la que se quede esperando como una tonta.

José me mira con asombro mal disimulado y acaba sentándose enfrente de mí, sin decir nada.

—Esto, sea lo que sea, se ha terminado. No pienso consentir que alguien que no siente nada por mí me hunda de esta manera. He tomado una decisión...

—Que es...

—Voy a olvidarme de él, cueste lo que cueste.

Mi hermano frunce el ceño y me mira con preocupación.

—Cueste lo que cueste, no, Carlota... ¿Tengo que recordarte lo mal que lo pasaste hace unos años?

Cierro los ojos bloqueando el recuerdo amargo de esos días y soy incapaz de evitar que una lágrima solitaria descienda lentamente por mi mejilla.
¡Mierda!

Me levanto para dejar la taza en el fregadero y en un vano intento de que José no me vea llorando pero, por supuesto y como me esperaba, eso no pasa.

—Vamos, pitufa, ven aquí. —Se acerca a mi espalda y me envuelve en un

abrazo reconfortante que ni siquiera sabía que necesitaba.

Poco a poco me voy dando la vuelta y, como puedo, lo rodeo torpemente con mis brazos y, apoyando la cabeza en su hombro, dejo que el llanto salga, por fin, sin ningún tipo de contención.

Por lo visto, quince días no son suficientes para que deje de pensar en él. Y eso ocurre más a menudo de lo que me gustaría. Cuando menos me lo espero. Lo peor de todo es que sigo igual de triste que el primer día. Nada consigue llamarme la atención, nada me distrae lo suficiente.

Suelto un hondo suspiro y dejo caer sobre la mesa de mi escritorio el boli con el que estaba jugando. No consigo concentrarme en estas puñeteras prácticas de derecho mercantil. Cojo el móvil y le echo un vistazo mientras me pongo en pie en cuanto suena el timbre. Sara sale del ascensor con esa espléndida sonrisa que no la abandona desde que ella y mi hermano están juntos.

—Hola, Charlie. —Me da un fugaz beso en la mejilla y entra en casa.

—Iba a tomar algo de merienda, ¿te apuntas?

—Claro.

—Genial, vamos a la cocina. —Frunzo el ceño tratando de decidirme. —No sé si tomar café con leche o chocolate a la taza, anda, ayúdame.

Sara me mira todavía con la sonrisa pintada en la cara.

—Estoy segura de que te sentará mejor un chocolate; ya sabes lo que se dice: “De lo que se come se cría”. A ver si así se te endulza un poco el carácter porque últimamente...

—¿Qué problema tienes tú con mi carácter, a ver? —Le doy la espalda y empiezo a sacar un cazo del armario y, aunque no la puedo ver, me apostaría lo que fuera a que ahora mismo me está poniendo los ojos en blanco.

—¡Pfff! Yo no tengo ningún problema, cariño. Te soporto porque te quiero y lo seguiré haciendo durante el tiempo que haga falta. Respecto al resto de gente... bueno, de eso ya no estoy tan segura. Si sigues así, posiblemente te ganes alguna contestación, digamos, desagradable.

Paro de remover el contenido del cazo y me giro con la boca abierta y con cara de mala leche. Cuanto estoy a punto de contestar, el ruido de una puerta al cerrarse me lo impide.

—Ese debe de ser José. —Sara se pone de pie de un salto, y su sonrisa se ensancha hasta límites insospechados.

Aunque trato de evitarlo por todos los medios, soy incapaz de dejar de mirar cuando José entra en la habitación y, al encontrarse con Sara, se le ilumina la cara. Me muerdo el labio inferior y giro de nuevo la cabeza para centrarme únicamente en remover, dejándoles algo de privacidad cuando empiezan a besarse y tratando de contener esta envidia insana que ahora mismo me golpea.

—Hola, preciosa. No sabía que ibas a venir. —El tono *tontorrón* de mi hermano me hace sonreír.

—Quería darte una sorpresa. —Sara suelta una risita, y yo cabeceo mientras sigo removiendo el chocolate hasta que me canso de escuchar a ese par de atontados. —Hola a ti también, José.

Mi hermano se acerca hasta mí y me planta un beso en la mejilla.

—Hola, pitufa. ¿Qué haces?

—Chocolate, ¿quieres?

—Bueno, si hay para mí...

—Claro, mientras no te lo tires por encima... —Sonrío de medio lado mientras escucho la carcajada de Sara y José empieza a hacerme cosquillas.

Merendamos mientras mi hermano nos cuenta cómo le ha ido el día, y nosotras lo ponemos al tanto del nuestro. José le coge la mano a mi amiga y empieza a acariciársela con el pulgar de forma perezosa. Yo desvío la mirada y me concentro en el movimiento de la cuchara dentro de la taza.

—Sara, ¿no era hoy cuando entrenaban esa peli que querías ver? —Mi hermano le da un sorbo pequeño a su taza y después mira fijamente a mi amiga con algo muy parecido a la adoración. *¡Puaj, lo que me faltaba!*

—Ajá...

—¿Quieres que vayamos?

Sara me mira fijamente y después devuelve la mirada a José. Frunce un poco los labios y acaba sonriendo.

—Solo si Carlota nos acompaña. Tenemos que ver de qué forma se le quita esa mala hostia que tiene.

—¡Oye! —Levanto la vista de golpe y entrecierro los ojos cuando la poso sobre ella—. Ya te he dicho que yo no estoy de mala hostia, no me pasa nada.

—Vamos, pitufa, hace exactamente quince días que estás así y todos sabemos por qué es.

—Me prometiste que no sacarías el tema. —Aprieto la mandíbula y frunzo el ceño.

—Y no lo haré, pero deberías animarte un poco y sonreír más.

—Eso... Te van a salir patas de gallo como sigas así... ¡con lo joven que eres! —Sara hace un puchero, y yo chasqueo la lengua mientras sacudo la cabeza.

—Está bien, pesados, contad conmigo, pero una cosa os voy a decir: como os paséis la película intercambiando saliva, me levanto y me voy, que os quede claro a los dos.

Y aquí estamos, en un pub lleno de pijos porque a mi hermano se le ha ocurrido la brillante idea de tomarnos algo después de la película, de la cual solo me he conseguido enterar de los cinco primeros minutos y del empalagoso final. Mi hermano debe de estar coladísimo por Sara si se presta voluntario para ver ese tipo de rollo sensiblero... Y yo, bueno, yo sigo sin conseguir prestar atención a nada de lo que me rodea desde hace bastantes días.

Sara me arrastra hasta la pista de baile y empieza a moverse a mi alrededor hasta que las dos prorrumpimos en carcajadas.

—¡Ya era hora, joder! ¿Tengo que hacer el payaso de esta forma para conseguir arrancarte una sonrisa más o menos decente? —Me da un culazo y sigue moviéndose al ritmo de la música.

Inspiro hondamente y trato de relajarme. Cierro los ojos y me dejo llevar.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que desconecté del mundo, pero un leve roce en el brazo me hace volver a la realidad. A la triste, cruel y aplastante realidad.

—Hola, me encanta tu pelo. —Abro los ojos para encontrarme con un tipo alto y muy seguro de sí mismo, que me contempla con una gran sonrisa en los labios.

—¿Ah, sí? Yo lo odio.

Ya, ya lo sé, soy una borde... Utilizo el sarcasmo porque el asesinato sigue siendo ilegal, ¿qué le vamos a hacer!

Su sonrisa no decae ante mi comentario.

—Llevo sin poder apartar la vista de ti desde que has llegado. —Frunzo el ceño y cruzo los brazos después de dejar de bailar—. Vale, puede que ese comentario no haya sido demasiado acertado—. Se rasca la nuca y arruga la nariz en un gesto que me resulta algo gracioso. Sin embargo, consigo esconder la sonrisa no vaya a ser que se trate de un psicópata—. Me llamo Miguel.

—Hola. —Levanto la mano enfatizando el saludo. —Soy Carlota.

—Pues eres preciosa, Carlota.

Arrugo la frente y acabo sonriendo porque este tío es un caso.

—Demasiado adulator, ¿no?

Me apiado de él, y mi sonrisa se ensancha.

—Un poco, sí. Bueno, a ver si consigo dejar de decir este tipo de cosas y se me quita la diarrea verbal...

Me muerdo el labio tratando de contener la carcajada y me fijo un poco más en él. Es bastante guapo.

—Ya sé que esta pregunta está muy trillada pero... ¿estudias o trabajas?

—Estudio... ¿Y tú?

—Yo trabajo... en un bufete a la vuelta de la esquina. Me he escapado con mis compañeros dos minutos antes de que me diera un ataque por llevar tantas horas encerrado en el despacho rodeado de leyes, demandas y citaciones.

—¿A qué campo te dedicas?

—Al mercantil. Ya sé que no suena demasiado interesante...

Abro algo más los ojos, pensando que no me vendría mal una mano para esas retorcidas prácticas que estaba tratando de hacer esta tarde. Sin embargo, enseguida desecho la idea y decido bombardearlo a preguntas. *¡Qué idea más genial para romper el hielo! ¡Carlota, hija, eres un hacha!* (véase la ironía)

—¿Te gusta? ¿Cómo es eso de ejercer? ¿Te imaginabas que sería así?

—Sí, no está mal y no. —Me guiña el ojo y le da un trago a su copa—. Disculpa, soy un maleducado, ¿Te apetece tomar algo?

—No, estoy bien.

—A ver, contestando más concretamente a tus preguntas, sí, me gusta. Me dedico a lo que siempre había querido así que estoy satisfecho. Lo de ejercer... Hay que cogerle el tranquillo, luego siempre es más o menos lo mismo. Y bueno, algunos casos son emocionantes y otros, pues, no tanto; supongo que como todo en esta vida. —Pasea su mirada por mi cara y, después de pararse durante un momento en mis labios, vuelve a mis ojos y alza las cejas—. ¿Qué estudias?

Escondo la sonrisa y ladeo la cabeza.

—Derecho.

—¡Ves, si ya sabía yo que teníamos cosas en común!

Le devuelvo la sonrisa porque hay que reconocer que el chico es majó.

Mira por encima de mi hombro y luego de vuelta a mí.

—Creo que aquí viene tu amiga.

Frunzo el ceño y me giro y, efectivamente, Sara se pone a mi lado y me mira divertida. Alza las cejas y nos mira intermitentemente a los dos.

Dejo escapar un cansado suspiro y me resigno.

—Sara, Miguel. Miguel, Sara.

Después de los consabidos saludos de rigor, Sara se acerca a mí y me susurra al oído.

—Es muy mono, Charlie. —Me separo de ella y alzo una ceja.

—¿Eso es lo que querías decirme?

Ella se ríe y cabecea haciendo que sus rizos salgan volando.
—José quiere irse... Pero tú podrías quedarte con... Miguel.
—De eso nada. Hemos venido los tres y nos vamos los tres.
—Vamos, Carlota, he visto cómo te hace reír...
—Sara, no. Para. Para empezar, mi hermano no va a dejarme aquí sola con un completo desconocido, por muy mono que sea y...
—Pero lo puedo convencer...
—Estoy segura de ello... —La miro de arriba abajo y pongo cara de circunstancias—. Y, para terminar, no estoy de humor. Si me quedo con él, va a pensar que estoy dispuesta a...
—¿A qué, a ver?
—Pues a enrollarme con él o... ¡Yo qué sé! —Mi amiga me pone morritos y ojitos de cachorro abandonado pero ni por esas—. He dicho que no. No os vayáis sin mí. Te lo advierto... —Y ahí me quedo, hablando sola porque mi amiga ya ha desaparecido de mi vista.
Me giro muy despacio y me encuentro con la sonrisa perenne de Miguel.
—Tengo que irme.
—Ya veo. —Parece indeciso durante unos momentos hasta que se decide. — Si me das tu número de teléfono, podemos quedar para tomar un café.
Me pongo nerviosa porque no sé cómo decirle que no.
—¿Y si me das tú el tuyo y ya te aviso yo cuando tenga un hueco?
Miguel echa la cabeza atrás y se carcajea.
—Carlota, los dos sabemos que, si te doy mi número, nunca me llamarás. Solo un café, lo prometo. Además, si no te apetece, no estás obligada...
—Está bien... ¡Hay que ver qué insistente eres!
Se encoge de hombros con una mano en el bolsillo de sus sobrios pantalones de pinzas y con la otra todavía está sosteniendo la copa medio vacía.
—Soy un hombre decidido que sabe lo que quiere. Eso no es un delito, ¿verdad?
Escondo la sonrisa como puedo y saco el móvil del bolso.

Aunque le pedí a mi hermano que no sacara el tema de Manu, a estas alturas y después de que han pasado ya más de tres semanas, mi determinación empieza a flaquear sin remedio.

Miro de reojo a José mientras me llevo el tenedor a la boca y mastico lentamente. Está concentrado en la pantalla del teléfono. Frunzo los labios en una mueca y me dedico a pasear la comida por el plato. Su voz grave me sobresalta.

—Pitufa, necesito que me hagas un favor... ¿Tienes clase esta tarde?

Alzo la vista y dejo el tenedor suspendido a medio camino de mi boca.

—Sí, tengo clase a primera hora, pero luego estoy libre.

—Mira, esta tarde no pensaba pasarme por la oficina porque tengo hora en el dentista... —Suspira hondamente dándole algo de dramatismo del malo a la situación que me pinta—... El caso es que se me han olvidado unos documentos importantes encima de mi mesa y me preguntaba si podrías...

—¿Pretendes que salga de la facultad y me pase por la empresa donde trabajas a recoger unos papeles? ¿Por qué no lo haces tú cuando salgas del dentista... o antes?

José mira su reloj y frunce el ceño.

—Vamos, Carlota. Tengo cita dentro de una media hora y no sé cuándo saldré. Ya sabes que cuando va con retraso... —Me pone su mejor sonrisa de disculpa y enarca las cejas tratando de darme pena. *¡Chantajista!* —Si vas a por ellos, seguro que podré acabar el informe durante lo que quede de tarde. Anda...

—Está bien, pero me dejas tu coche...

José abre la boca de golpe.

—¡Espera...! ¿Qué?

—O eso o no hay trato; tú decides... —Me cruzo de brazos para darle más énfasis a mi advertencia.

Mi hermano resopla y, después de ponerme muy mala cara durante más de un minuto seguido, se resigna y acepta.

¿Sabéis lo que hace un pez cuando se aburre?... ¡Nada! Pues eso es lo que estoy haciendo yo en clase esta tarde... Siento como si perdiera el tiempo porque no logro concentrarme y la voz de mi profesora suena cada vez más lejana.

Cuando por fin suena el timbre, pierdo el culo por salir de allí y me pongo repentinamente feliz cuando diviso, a lo lejos, el flamante coche de mi hermano. Hago tintinear las llaves entre mis dedos y cambio de actitud. Sí, vale, es cierto que tengo que pasarme por la oficina de mi hermano y todo eso pero, iré conduciendo un Audi TT. *¿Quién es una chica con suerte, eh?*

Me hago un poco de lío hasta que consigo dar con la puñetera empresa pero, una vez controlado el asunto, me relajo al volante y disfruto del viaje. Entro en el imponente edificio con una tonta sonrisa bailándome en la cara y sigo así cuando el ascensor abre sus puertas y me deja en el séptimo piso. Me paro frente a la única mesa que veo, pero no hay nadie tras ella así que, movida por las prisas, decido pasar de todo y ponerme a buscar el despacho de mi hermano. *¡Joder, esto está demasiado tranquilo!*

Por fin veo su placa en una de las puertas de roble y, cogiendo con decisión el pomo, lo giro y entro. No me molesto en darle al interruptor; todavía entra algo de luz natural por los grandes ventanales que tiene José en su maravilloso despacho.

Paseo la vista por la mesa hasta que doy con un archivo con tapas de color salmón. *¡Aquí estás!* Rodeo la mesa y, cuando estoy a punto de cogerlo, la puerta se abre de golpe y la sonrisa que hasta hace apenas unos segundos iluminaba mi cara se esfuma de un plumazo. *¿Pero qué narices...?*

Manu

Siempre he sido de la opinión de que las cosas hay que afrontarlas, vengan como vengan...

Hasta ahora.

Un viaje a Estados Unidos se convierte de pronto en el plan perfecto para descolgarme de todo y encontrar el espacio que necesito. Y soy plenamente consciente de que es un viaje que debería de hacer José porque, entre otras cosas, tiene más experiencia que yo en este ámbito pero, en contra de toda idea inteligente que pueda pasar por mi mente, un temor desconocido hasta el momento toma el control y lo manda todo a tomar por culo.

La ciudad de los rascacielos me saluda con una desidia que no esperaba. Nada consigue quitarme este nuevo sentimiento absurdo que me oprime las entrañas y me hace darme de bruces ante la certeza de estar perdidamente loco por Carlota.

Mi mirada vaga por una de las calles más transitadas de la ciudad sin ver, en realidad nada, y un sentimiento incómodo, de desasosiego, se va adueñando de todo en mi interior.

¿Cómo coño ha podido pasar?

Cierro los ojos, algo aturdido por el hilo que están tomando mis pensamientos y sigo caminando sin rumbo fijo, sorteando los cuerpos de la gente que se mueven totalmente ajenos a todo lo que los rodea. Incluido yo.

Acabo sentado en un banco de Central Park, con los codos apoyados en las

rodillas y con la cabeza entre mis manos. No soy consciente del paso del tiempo mientras mis dedos recorren mi pelo alborotándolo a su paso y, cada vez que se cierran mis ojos, una única imagen lo llena todo: Carlota.

El miedo vuelve a recorrerme de pies a cabeza. Miedo al fracaso, a no estar a la altura. Miedo a hacerle daño. Una voz insidiosa en mi interior me dice que ya le he hecho daño, que la he cagado a lo grande desde que aquella noche me marché de su casa. Cuando me pidió que no lo hiciera, cuando su voz sonó demasiado rota.

¡Mierda!

Un gruñido atraviesa mi garganta hasta que sale con fuerza de mi boca. Tiro de mi pelo por enésima vez mientras me retrepo en el banco justo cuando mi móvil empieza a vibrar en el bolsillo de mi abrigo. Descuelgo y me acerco el teléfono a la oreja al mismo tiempo que oigo la voz algo tosca de mi amigo.

—Oye, tonto del culo, ¿se puede saber qué coño haces ahí?

Alzo una ceja a sabiendas de que José no puede verla y pongo cara de importarme todo una mierda. En eso soy todo un experto.

—Ya sabes que no podíamos dilatarlo más en el tiempo, José...

—No, si eso lo tengo claro, pero creo recordar que me dijiste que era yo el que tenía que ir a Nueva York...

—Bueno, he pensado que no me vendría mal ponerme al día...

—¡Vamos, Manu, no me jodas! ¡Tú no tienes ni pajolera idea de qué va todo esto!

Me encojo de hombros y me incorporo lentamente.

—Bueno, así es como mejor se aprende...

—¡Lo que tú digas, macho! —El silencio se hace dueño y señor de la línea durante un momento que se me hace eterno—. Mira, Manu, si quieres seguir pensando que no sé cuál es la verdadera razón por la que estás tú ahí en vez de mí, adelante...

—No sé de qué me estás hablando...

—¡Claro que lo sabes! Y nunca pensé que llegaría a decirte esto pero... —

Siento como duda por un momento pero, después de soltar un sonoro suspiro, continúa con su “chorreo”—... te estás comportando como un cobarde. — Oigo cómo suelta poco a poco el aire—. Vuelve y habla con ella.

—¿Con quién?

—¡No me jodas, coño! Ya sabes con quién...

Chasqueo la lengua y me levanto. No puedo quedarme quieto mientras mantengo esta conversación con él.

—José... No es tan sencillo.

—¿Por qué? —Espera a que conteste y, como no lo hago, vuelve a la carga—. ¡Solo dime por qué, de una maldita vez, para que lo entienda! ¿vale?

—Ella... Yo... —Me paro en medio de mi recorrido hacia ninguna parte y me meso el pelo a pesar de que, en realidad, lo que quiero es arrancármelo a mechones—. ¡Es tu hermana pequeña!

José se carcajea, aunque sé que no le hace ni puta gracia mi comentario.

—Eso deberías de haberlo pensado antes de meterte en sus bragas, ¿no crees?

—¡No vuelvas a hablar así de ella! —Las palabras se deslizan como pueden entre mis dientes, ya que he empezado a apretar la mandíbula.

—Además, ese obstáculo ya está salvado... Ya mantuvimos una conversación al respecto, si no recuerdo mal.

—Sí, créeme cuando te digo que mi mandíbula lo recuerda a la perfección. —Me paso la mano por esa parte de mi cara de modo inconsciente y decido sincerarme con mi mejor amigo—. Creo que está claro que le he hecho daño. Yo... no soy bueno para Carlota.

—Eso lo tiene que decidir ella. Ahora, viendo la manera en la que estás llevando la situación...

—¿Y qué quieres que haga? ¡No sé hacerlo de otro modo!

—¿De qué tienes tanto miedo?

—¿Que de qué? —Cierro nuevamente los ojos en un intento de ordenar mis sentimientos y dejo que todo salga—. Tengo miedo de lo que siento porque

nunca me había sentido así. Tengo miedo de volver a cagarla. Tengo miedo de no saber quererla como se merece... Tú no viste cómo me miró la última vez que nos encontramos...

—Puede que no, pero la veo día tras día, Manu. Vuelve y aclara las cosas...

Inhalo con fuerza y maldigo en silencio, sabiendo de antemano que lo que voy a decir no le va a gustar.

—Ahora no puedo.

—¡Joder, claro que sí!

—Necesito tiempo para pensar en todo esto.

—Puedes pensar aquí.

—No, José. Tenía que poner tierra de por medio. Además, está el tema de la apertura de la sucursal aquí...

—De eso debería de encargarme yo. Tú no tienes ni idea de estas cosas.

—Pues aprenderé...

—¡Dios mío, entre los dos vais a volverme loco!

—Espero que tengas el teléfono a mano; seguro que te llamo para que me expliques un par de cosas...

—¿Y no sería más fácil si me fuera para allá contigo?

—No. Tú quédate ahí y cuida de ella, ¿de acuerdo?

—Lo que tú digas, tío.

—Hablamos...

—Sí, claro... —La voz de José se desvanece con un suspiro cansado.

Dos putas semanas... y ella sigue ocupando el primer pensamiento en cuanto abro los ojos. Dos semanas de mierda con sus días caóticos y sus noches de insomnio. Estoy agotado. Lo único que quiero es volver a casa. En cuanto ese pensamiento se cruza en mi mente, una sonrisa traviesa enmarcada en una cara llena de pecas es lo único que veo.

¿Cómo algo que nunca has tenido se puede echar tanto de menos? La irracionalidad de lo que siento me inquieta y hace tambalearse todo en lo que había creído hasta el momento. He crecido sin cariño, sin el amor de unos

padres... No sé cómo se hace. Al fin y al cabo, eso es lo que me da más miedo de todo. Cierro los ojos y trato de evadirme de estos pensamientos que me están volviendo loco.

He llamado a José unas tres veces al día durante cada unos de estos quince días por cuestiones laborales y, aunque lo necesito desesperadamente, me obligo a no volver a hacerlo por esto que hace que el pecho me oprima y todo lo demás carezca de ningún sentido. *¡Es su hermano, joder!*

Miro desganado el reloj y me doy cuenta de que se me ha escapado otro día. La luz natural ha dejado de entrar por el ventanal hará al menos un par de horas, y yo cada vez me siento más asfixiado entre estas cuatro paredes.

Aflojo el nudo de la corbata mientras salgo al exterior y decido ir a tomar una copa o las que hagan falta hasta quitarme a Carlota de la cabeza y ya, si eso, de mi corazón. Después de la tercera, pierdo la cuenta. Todo lo que ocurre a mi alrededor se va desdibujando poco a poco hasta que deja de importarme... Hasta que cierta cabellera cobriza capta completamente mi atención y hace que todos mis sentidos se pongan, de pronto, en alerta.

Mi yo borracho e irracional da por hecho que se trata de Carlota, así que miro a la chica fijamente, hasta que se da la vuelta y consigo captar su atención. Se pasa más de un cuarto de hora hablando con su amiga mientras me va lanzando miraditas de esas que echan las chicas cuando están interesadas por un tío hasta que se decide y, después de abrirse paso muy lentamente entre la gente que llena el pub, se acerca hasta la barra, donde llevo anclado más de dos horas. Me dice algo al oído, pero no sé lo que es. Yo solo quiero averiguar si es ella. Pero no huele como ella.

Después de regalarme un camino de besos desde la mandíbula hasta la barbilla y acabar posando sus labios sobre los míos, definitivamente sé que no se trata de Carlota. Trato de acompasar la respiración y dejarme llevar. Un clavo saca a otro clavo y toda esa mierda, ¿no? Está visto que no.

Esos labios no saben como deberían, no me hacen sentir nada, salvo asco de mí mismo por estar aquí dejando que una desconocida me meta la lengua en la

boca cuando la única boca que quiero probar está demasiado lejos. *¡Me cago en la puta!* Hasta ahora eso no me había importado nunca. Esto no es lo que quiero. La tomo de los hombros y la separo abruptamente de mí y, mientras veo cómo parpadea rápidamente, me doy la vuelta y me largo.

Me levanto con una resaca monumental que me tengo muy merecida y, como puedo, repto por la cama hasta que consigo sacar los pies de debajo de las sábanas. El suelo frío consigue que se empiece a despertar mi cuerpo, aletargado por el alcohol ingerido la noche anterior. Me ducho con movimientos erráticos y con un dolor de cabeza de campeonato mientras una idea empieza a tomar forma en mi cabeza y no deja que ninguna otra le robe protagonismo. Después de haber hablado escuetamente con mi secretaria, me visto para ir al despacho.

Tengo menos de una semana para dejarlo todo preparado, así que llamo a José y le pido que me eche una mano desde Valencia para que todo salga como tengo previsto.

Y así me paso trabajando más de doce horas al día sin salir apenas del despacho, concentrado en gráficas, números y miles de preparativos para conseguir arrancar la sucursal y que todo se quede funcionando a la perfección cuando yo me vaya. Estoy en la terminal del aeropuerto, esperando el embarque, cuando decido llamar a mi mejor amigo.

—¿Qué pasa, tonto del culo?

—¿Es así como piensas llamar a tu jefe a partir de ahora?

Oigo la carcajada de José a través de la línea y me apoyo, todo lo relajado que puedo, en uno de los pilares.

—No, es así como pienso llamar a mi mejor amigo hasta que consiga hacer que entre en razón.

—¿A qué te refieres?

—A que vuelvas... ¡Vamos, hombre! ¿Cuánto tiempo más vas a quedarte allí? Acabo de ver un correo en el que se ve claramente que la oficina de Nueva York ya funciona sola. Solo estás alargando lo inevitable. ¡Joder, es que no...!

—¡Ey, José, no te me embales! Si te llamaba, era para decirte que voy para allá...

La línea se queda en silencio el tiempo necesario para que José capte lo que le estoy diciendo.

—¿Cuándo?

—Ahora. Estoy en el aeropuerto. El avión aterrizará sobre las seis de la tarde en Valencia.

—¡Joder, macho, ya era hora! —Oigo el ruido que hace cuando se deja caer en la silla de su despacho. —¿Te vas a pasar por aquí?

Restriego la mano por mi cara y dejo salir el aire de golpe.

—No, esta tarde no. Estoy agotado después de la semana que me he pegado trabajando como un burro... Además, he quedado para cenar en casa de mis padres. Ya sabes cómo se las gasta mi padre cuando se empeña en algo...

—Supongo que querrá saber cómo ha ido todo por allí...

—Sí, supongo. No obstante, mañana a primera hora estaré en el despacho. José...

—Dime.

Deslizo los dedos por mi pelo, algo inquieto.

—¿Cómo está...?

—¿Quién, mi hermana?

—Sí... —No acabo a acostumbrarme a hablar de este tema con José; por mucho que sea mi mejor amigo, también es su hermano.

—Sigo pensando que deberías hablar con ella.

—No sé... Ha pasado demasiado tiempo... No creo que quiera escucharme.

—Si no lo intentas, nunca lo sabrás.

—¿Está muy enfadada? —Contengo el aire y cierro los ojos a la espera de una contestación que se hace esperar.

—Mira, Manu, lo siento, tío, pero no voy a decirte nada... Averígualo por ti mismo.

Me separo del pilar y empiezo a caminar sin ningún rumbo fijo.

—Ya, bueno, no sé...

—Piénsalo, ¿vale?

—Claro, bueno, va a empezar el embarque, nos vemos mañana.

—Buen viaje, Nano.

—Gracias, hasta mañana.

Por supuesto y, como era de esperar, la cena en casa de mis padres es una auténtica tortura. El jet lag me está pasando factura, y de lo único que tengo ganas es de meterme en la cama y dormir una vida entera. (Cosa que no me puedo permitir).

Consigo, a duras penas, salir de allí en cuanto tengo ocasión y caigo en la cama medio inconsciente. Cuando suena el despertador, horas después, mi cuerpo protesta de tal manera que a punto estoy de darme la vuelta y seguir durmiendo. Sin embargo, el pensamiento de cierta persona se cuelga en mi mente como viene siendo normal desde ya ni recuerdo, y eso hace que me espabile en un tiempo récord.

Me doy una ducha para deshacerme de los restos de sueño y me tomo un café antes de meterme en el coche y conducir hasta la oficina. No sabía que había echado tanto de menos Valencia hasta que no me introduzco en el denso tráfico de la ciudad en hora punta. Me encanta conducir por Valencia. Cuando entro por la puerta de las oficinas, todos me saludan con una sonrisa a mi paso.

Le doy los buenos días a Sandra, mi secretaria; cuando doblo el pasillo para llegar a mi despacho, un José relajado, con las manos metidas en sus pantalones de pinzas, me da la bienvenida, apoyado en mi puerta.

—Buenos días, jefe. —Levanta una de las comisuras de su boca haciendo aparecer ese hoyuelo suyo—. Dichosos los ojos. —Levanta una ceja y se separa de la puerta para venir a mi encuentro.

Me envuelve en uno de sus abrazos de oso y me palmea la espalda.

—Ya era hora, pedazo de cabrón. —Eso último me lo dice bajito, al oído, antes de separarse definitivamente y ponerme una de sus sonrisas más deslumbrantes.

Cabeceo con la sonrisa que me baila en la cara y abro la puerta del despacho, haciéndolo pasar dentro. Enciendo el ordenador y me dejo caer en mi silla sin mucha ceremonia.

—Siéntate, anda. —Me desabrocho los botones de la americana de mi traje y me retrepo en mi asiento—. ¿Qué tal por aquí?

José se encoge de hombros mientras me cuenta todas las novedades de la empresa y, así se nos va media mañana. La otra media me la paso inmerso entre un centenar de documentos, y poniéndome definitivamente al día. A eso de las dos y media de la tarde, José se vuelve a pasar por mi despacho. Abre mínimamente la puerta, asomando la cabeza tras esta—. ¿Se puede?

—Claro. Dime.

—Me voy a casa. Esta tarde no vendré porque tengo que ir al dentista. ¡La muela del juicio me está matando, macho!

—No hay problema. Tómate el tiempo que necesites.

—Trataré de volver, pero ya sabes cómo es esto del médico. Sabes cuando entras, pero no cuando sales.

—Ya me cuentas cómo te ha ido.

—Hecho. Y tú no te quedes hasta muy tarde: tienes cara de culo.

—¡Gracias, hombre! —Apoyo los codos sobre la mesa y dejo descansar la cabeza entre mis manos.

—¡A mandar! —Mi amigo me guiña el ojo mientras desaparece por la puerta.

Le pido a Sandra que me suba algo de comer porque no veo la hora de deshacerme de todos los documentos que tengo esparcidos sobre la mesa. Son las cinco de la tarde cuando mi móvil vibra sobre la mesa, avisándome de un whatsapp de José: “Manu, ¿puedes ir a mi despacho? sobre la mesa hay unos documentos que necesito. ¿Puedes hacerles una foto y me las mandas?”.

Sonríó porque no sabía que José era peor que yo con el trabajo. “Pero tú no estabas en el dentista?”. Su respuesta no tarda en llegar: “Sí, pero así adelante”.

Me levanto de la silla encontrando, por fin, una excusa que me haga tomarme un respiro después del día que llevo.

“Voy”. Sandra no está en su mesa cuando paso por delante. Seguramente se habrá ido al office a tomarse un café.

Me entretengo mirando mi móvil mientras recorro el largo pasillo casi desierto hasta el despacho de mi amigo y, cuando abro la puerta y alzo la vista, el corazón se me para definitivamente en el pecho. Los ojos verdes que llevan persiguiéndome durante tanto tiempo me miran con asombro. Esa boca que he echado tanto de menos se encuentra ligeramente abierta mientras un casi imperceptible jadeo se escapa de ella.

—Carlota... —Y hasta su nombre suena especial cuando lo pronuncio. —
¿Qué estás haciendo aquí?

Veo cómo trata de encontrar las palabras y, durante un momento, la veo dudar mientras mira a su alrededor.

—Yo... —Sacude la cabeza y parpadea repetidas veces, algo aturdida. —Mi hermano quería que recogiera una carpeta que necesitaba... ¿Cuándo has vuelto? —Su ceño se frunce y mira hacia la mesa, incapaz de mantenerme la mirada.

—Ayer por la...

Frunce el ceño mientras abraza la carpeta entre sus brazos y da un paso hacia atrás.

—Da igual, no me interesa. Yo... ya me voy.

Cabeceo en el momento preciso en el que me doy cuenta de que este encuentro ha sido orquestado por José. *¡Qué cabrón!*

Sonrío sin demasiadas ganas y doy un paso hacia adelante, decidiendo en ese instante que es el momento perfecto para hablar con ella.

—Espera, me gustaría hablar contigo... ¿Tienes un minuto?

—No, yo... Me tengo que ir.

—Por favor, solo será un momento.

Veo cómo suelta el aire de golpe y traga saliva y, gracias al cielo, no se

mueve de donde está.

—¿Te apetece tomar un café o algo?

Niega con la cabeza y mantiene la vista baja.

¡Vamos, mírame!

—Está bien... Yo quería pedirte disculpas por la forma en la que me fui...

Ella cierra los ojos y aprieta un poco más el documento contra su pecho. Los nudillos se le han puesto blancos y se mantiene en silencio y con la cabeza baja.

Mi corazón retumba de forma alocada dentro del pecho mientras siento cómo los nervios hacen que empiecen a sudarme las manos. Esto está resultando demasiado difícil.

—Vamos, Carlota, mírame.

Levanta lentamente la cabeza hasta que su mirada impacta con la mía. Pero es frustrante porque no me muestra nada. Su cara es una máscara impassible, y sus ojos son dos pozos sin fondo del verde más bonito que he visto nunca.

Intento tranquilizarme mientras ordeno rápidamente mis pensamientos para tratar de ser sincero por una vez en mi vida.

—Tenía miedo... —Suelto el aire de golpe y cambio mi peso de un pie a otro—. No te estoy hablando de que yo fuera tu profesor o de que seas la hermana pequeña de mi mejor amigo. Yo... Tú siempre has sido especial para mí. Me vuelves loco... Y no siempre de la mejor forma posible. —La busco con la mirada, pero la suya se ha desviado y mira un punto fijo tras de mí. *¡Dios, cada vez estoy más y más nervioso!* El único cambio que percibo en ella es el movimiento que de vez en cuando realizan sus párpados—. Tengo miedo porque nunca antes había sentido esto...

Sus párpados se cierran definitivamente mientras sus labios se aprietan en una fina línea. De pronto cabecea.

—Carlota, estoy enamorado de ti. Siempre ha sido así, aunque hasta hace poco no he sabido ponerle nombre...

—Basta. —Su labio inferior empieza a temblar, y sus ojos parpadean varias

veces seguidas—. Ya es suficiente. —De repente me mira y sus ojos me dicen que está enfadada y decepcionada—. No te creo, Manu. Si tú me... —Aprieta la boca para evitar decir las palabras que a mí me están quemando la garganta—. Si eso fuera verdad, no hubieras actuado como lo has hecho. Las palabras se las lleva el viento.

—Carlota, escucha...

—No. Ya he tenido bastante. No puedes largarte así, después de acostarte conmigo, como si fuera una... cualquiera... Porque así es como me hiciste sentir. Y no volver a saber de ti. Enterarme por mi hermano que te habías marchado a Estados Unidos, pensando que tardaría años en volver a verte... como la última vez. —Se pasa los dedos por la mejilla para capturar una lágrima que empieza a descender por ella, y eso parece que todavía la enfurece más—. No voy a creerte. Te voy a olvidar, me cueste lo que me cueste. —Alza la barbilla y me mira fijamente. Aunque su mirada ya no me dice nada.

Enredo mis dedos en el pelo y tiro un poco de él.

—Por favor, espera...

—Si me disculpas, tengo cosas que hacer. —Da un par de pasos hacia mí y me mira para que me aparte de su camino.

Dándome por vencido, me aparto y la dejo salir del despacho y, por lo visto, de mi vida.

Carlota

No sé cómo he logrado salir de allí sin romperme del todo. Consigo meterme en el coche justo en el momento en el que las lágrimas empiezan a caer y mi cara se contrae con un sollozo que llena completamente el silencio del cubículo. Sé que tengo que salir de aquí, pero no puedo parar de llorar.

Cojo con fuerza el volante y dejo caer la frente sobre él mientras sigo temblando, hecha un mar de lágrimas. Y, por mucho que me limpio los ojos, siguen cayendo sin descanso, constantemente, como un goteo incesante, sacando al exterior todo el dolor que siento en lo más hondo de mis entrañas. Soy una estúpida tonta.

Estúpida.

Tonta.

Cuando consigo que la vista enfoque mínimamente y dejo de ver borroso, arranco el coche y salgo de allí. No soy consciente del camino que recorro porque mi mente está inmersa en una vorágine de pensamientos, cada cual más doloroso que el anterior.

Salgo del Audi a trompicones sin saber a ciencia cierta si he cerrado con llave y me tambaleo por la calle hasta mi portal. Una pareja que pasa cerca se me queda mirando con cara de pena mientras trato de esconderme tras mi pelo enredado.

Sigo sollozando cuando entro en el ascensor y hago un esfuerzo por no ver el reflejo de mí que me devuelve el espejo del fondo. Me mantengo con el

hombro apoyado en la pared lateral y de cara a las puertas correderas hasta que se abren y me dejan el camino libre. Sorbo por la nariz al mismo tiempo que trato de encontrar la llave de casa y, tras tres intentos infructuosos, por fin logro meterla en la cerradura y entrar.

Mi único objetivo es llegar a mi cuarto sin que nadie me vea y tirarme en plancha sobre la cama para llorar durante lo que queda del día. Me tropiezo con una silla del salón cuando me dirijo hacia mi objetivo y por poco me rompo la crisma. Ese simple hecho hace que un profundo gemido explote en mi boca, incapaz de hacerlo callar. Ni siquiera había sido consciente de las voces que salían de la cocina hasta que Sara y José irrumpen en el pasillo, obstaculizándome el paso.

—¿Carlota? —La sonrisa que tenía Sara se va perdiendo por el camino cuando ve el estado tan lamentable en el que me encuentro. Entonces frunce el ceño y viene hacia mí—. ¿Qué te ha pasado?

José la sigue de cerca en cuanto las palabras de mi amiga calan en él.

Un segundo después, me siento abrumada por la atención que he despertado y también algo avergonzada. No me gusta llorar cuando tengo público delante.

Sara me toma del brazo y me conduce de nuevo al salón hasta que me abraza torpemente mientras me acaricia el pelo.

—¿Qué ha pasado, eh? —Su voz denota preocupación mientras me aferro a su jersey y, tras esconder la cara en el hueco de su cuello, comienzo a sollozar con fuerzas renovadas.

—Pitufa... ¡Joder, dinos algo!

—Deja que se calme, José. —Sara susurra las palabras dirigidas a mi hermano contra mi pelo mientras sigue acariciándome con ternura, sin romper en ningún momento su abrazo.

No sé durante cuánto tiempo nos mantenemos así los tres. Solo cuando las lágrimas me dan una pequeña tregua, me separo lentamente de mi escondite y miro al suelo.

Mi amiga me toma la cara entre las manos y trata de secar la humedad de mis

mejillas con movimientos algo bruscos.

—Vamos, Charlie, estamos preocupados...

Me separo definitivamente de ella y me dejo caer sobre el sofá.

—Estoy bien. —Mi voz se mezcla con la saliva acumulada mientras busco un pañuelo y me sueno la nariz.

El sofá se hunde a mi lado cuando mi hermano se sienta en él.

—¡Y una mierda estás bien!

—¡José, no le hables así! ¿No ves cómo está? —La voz de Sara sigue siendo dulce a pesar de la preocupación que la empaña.

—¡Pues por eso! ¡Estoy preocupado, coño! —Mi hermano no deja de sacudirse, incómodo, en su lado del sofá.

Dejo que el aire salga a trompicones por la boca y me apoyo en el respaldo.

—He visto a Manu... —Me muerdo el interior de la mejilla para tratar de no romper a llorar por enésima vez en lo que va de tarde y trago el gran nudo de mi garganta.

—¿Qué? ¿Pero no estaba de viaje? —Sara frunce el ceño y ladea la cabeza a la espera de algún tipo de explicación. De repente mira fijamente a José y yo la imito con los ojos entrecerrados y con una oleada de furia que me va llegando a ráfagas demasiado intensas.

Me giro un poco y levanto un dedo en su dirección.

—¡Tú...! ¡Te voy a matar!

Mi hermano se pasa una mano por la nuca y suspira, al verse acorralado.

Sara se planta delante de él con los brazos en jarras y cara de muy pocos amigos.

—¿Has tenido algo que ver en esto, José?

Él se encoge de hombros y mira a todas partes, menos a nosotras.

—Puede... Yo solo quería...

—¿Cómo has podido? —En estos momentos estoy tan indignada...

—Vamos, pitufa, yo solo quería que hablarais...

—Bueno, bueno... Vosotros dos, tranquilos. —Sara cabecea mientras sigue

mirando a mi hermano—. De verdad, José, a veces tienes unas ideas que...

—¡Joder, es que parecéis tontos... yo solo quería daros un empujoncito!

—¡Empujón te voy a dar yo como me vuelvas a hacer algo así! —Le doy un codazo en las costillas y me cruzo de brazos.

—¡Joder! ¿Tan mal ha ido?

Niego con la cabeza y cierro los ojos cuando la apoyo en el respaldo.

—Peor, José, peor.

Veo por el rabillo del ojo cómo Sara se acerca a mi hermano y se sienta en el reposabrazos del sofá que queda a su lado.

—Teniendo en cuenta cómo sois los dos, no debería extrañarme nada... — José sonrío sin demasiadas ganas, haciendo aparecer ese hoyuelo tan suyo.

—¡Vale ya, hombre! —Mi amiga le da con la mano en el brazo, y él la rodea por la cintura y tira de ella hasta que la tiene sentada en su regazo.

Desvío la mirada y la fijo en el techo.

—Ha aparecido cuando estaba cogiendo el puñetero dossier... ¡Y casi me da un infarto, joder!

—¿Has hablado con él? —Sara me lo pregunta bajito, como si tuviera miedo de saber la respuesta... Supongo que, por como me han encontrado, se puede hacer una pequeña idea.

La miro de reojo y formo un mohín con la boca.

—Sí.

—Bueno, pitufa, es obvio que no ha ido bien pero ¿podrías ser un poquitín menos parca en tus palabras?

Dejo escapar el aire y trato de ponerles algo de orden a mis pensamientos.

—Él... me ha pedido perdón por la forma en la que se comportó la noche que...

—¡Vale, vale! Todos sabemos a qué noche se refería. —Mi hermano hace una mueca mientras Sara le acaricia el pelo y le da un casto beso en la mejilla.

Empiezo a retorcerme las manos en el regazo y cierro los ojos para contener las puñeteras lágrimas que, nuevamente, están empeñadas en dejarme hecha un

trapo. Sara se da cuenta de mi estado y, con un cuidadoso movimiento, se hace hueco entre mi hermano y yo, y me abraza fuerte.

—Chsss, vamos, Charlie, si no puedes hablar ahora, no pasa nada...

Escondo la cara entre sus rizos cuando se me escapa un gemido lastimero.

—Me ha dicho que... —Aprieto los párpados cuando sé que soy incapaz de retener las lágrimas por más tiempo.

Mi amiga me retira el pelo de la cara y me acaricia lentamente el brazo. Sé que mi voz es apenas un susurro, pero no puedo hablar más alto; ya es bastante difícil así como para tener que gritarlo a los cuatro vientos.

—Dice que está enamorado de mí... —Sara se separa bruscamente y me mira con los ojos desorbitados.

—Pero eso es... —Su cara es de auténtica estupefacción cuando logro enfocar la mirada.

—¡Eso es mentira! —Mis manos se convierten en puños y aprieto la mandíbula cuando me doy cuenta de que mi labio inferior ha empezado de nuevo a temblar sin control.

—¿Qué es mentira? ¡Joder, no oigo nada! —José se remueve en el sofá y nos mira intermitentemente a Sara y a mí.

Mi amiga suspira y se gira para mirar a su novio.

—Manu le ha dicho que está enamorado de ella.

—¡Joder, ya era hora! ¡Creía que no se iba a decidir nunca!

—¿Tú ya lo sabías? —Sara centra toda su atención en él, aunque no deja de abrazarme y consolarme con caricias suaves y pausadas.

José se encoge de hombros y se pasa la mano por la nuca.

—Lo intuía... Cualquiera que conozca un poco a Manu se habría dado cuenta. Sabía que algo pasaba... desde siempre.

Estoy tan cansada... Las lágrimas no dejan de mojar mis mejillas cuando me aparto torpemente de Sara y me retrepo en el sofá. Miro al techo y me limpio la humedad de mi cara, aunque no sirve de nada porque no puedo parar de llorar.

—Si me quisiera, me lo demostraría y, hasta ahora, lo único que me ha demostrado es que es un cabrón que... —Dejo escapar el aire a trompicones y me humedezco los labios, reseco por el llanto. — ... Que me robó mi primer beso...¡Joder!

—Espera, espera... A ver si lo he entendido bien...¿Cuándo fue eso?

—¡Mierda! —Sara lo suelta bajito pero, por la cara que pone, es tan consciente como yo de que José va a explotar en cuanto se entere del resto de la historia.

¡Pero qué imbécil puedo llegar a ser, jolines!

—Esto... Eso ya no tiene importancia. —Lo intento, pero sé de sobra que no va a parar hasta que se lo cuente.

—¿Cuántos años tenías, Carlota? —La voz de mi hermano ha bajado una octava y se acaba de incorporar apretando la mandíbula.

—Puede que quince... —Y mira que lo digo bajito, pero ni por esas. Frunzo los labios en una mueca de desagrado a la espera de su reacción.

Creo que todavía no ha salido de mi boca la última palabra cuando José se levanta del sofá y empieza a farfullar improperios y a mover enérgicamente los brazos.

—¡Me lo voy a cargar! ¡En cuanto lo tenga delante, voy a partirle la cara de niño pijo que tiene!

Sara se levanta lentamente y, soltando un hondo suspiro, coge a mi hermano de la mano y se lo lleva de allí a rastras. Cuánto le agradezco que sea consciente del momento de soledad que necesito.

Cuando me siento preparada y, después de dejar la mente en blanco para conseguir parar de llorar de una vez, me levanto con cansancio y me dirijo a mi dormitorio. Necesito una ducha y una buena cura de sueño.

Sara me intercepta a la salida de la facultad tres días después. Tres malditos días en los que solo he conseguido darle vueltas y más vueltas a todo lo sucedido con Manu hasta la fecha. Tres días de mierda en los que lo único que soy capaz de hacer es ir arrastrándome sin ningunas ganas de hacer realmente

nada.

—¡Carlota, espera! —Me grita desde la acera de enfrente mientras levanta un brazo para llamar mi atención.

Me giro con cara de no importarme nada y dejo de caminar, esperando a que me alcance.

—¡Joder, Charlie, ya era hora! Llevo días queriendo hablar contigo.

—Estaba, esto... ocupada. —Desvió la mirada porque no me gusta mentirle a mi mejor amiga, y eso es justo lo que estoy haciendo ahora.

—Ya... —Sara, que me conoce demasiado bien y no se le escapa una, pone cara de no creerse una mierda de lo que le estoy diciendo y, enredando nuestros brazos, tira de mí hacia la parada del bus—. Pues espero que te desocupes durante un ratito porque tenemos que hablar.

—Y, ¿de qué tenemos que hablar, si puede saberse?

—Vamos, no te hagas la tonta, que lo sabes de sobra.

Suelto un hondo y muy dramático suspiro y cabeceo.

—No tengo ganas, Sara.

—Seguramente no, pero lo necesitas. Así que vamos a la cafetería de ahí enfrente, nos tomamos un café y te desahogas, ¿te parece?

—Si no hay más remedio... —Me encojo exageradamente de hombros y la sigo arrastrando los pies.

Después de que la camarera nos trae dos cafés con leche y tras darle vueltas y vueltas a la cucharilla dentro de la taza, Sara vuelve a la carga.

—¿Por qué dices que es mentira lo que Manu siente por ti? —En vez de dejar que conteste, continúa hablando sin parar—. Ya sé que dijiste que hasta la fecha no te lo ha demostrado pero ¡joder, Carlota! Las dos sabemos cómo es y lo que le habrá costado decirte una cosa así. No es hombre de expresar lo que siente, más bien justo lo contrario, ¿no te parece?

Le doy un sorbo a mi café para evitar contestar, y así ganar algo de tiempo. Tras haber dejado la taza sobre la mesa, la rodeo con mis manos y clavo la mirada en mi amiga. —No sé, Sara. A estas alturas ya no sé qué pensar de

todo esto... De verdad que no. Estoy hecha un lío... A veces pienso que estoy siendo demasiado dura y, al minuto después, recuerdo cómo se fue aquella noche y, todo vuelve a perder sentido.

—Yo pienso que él ha hecho un esfuerzo muy grande al declararse así. Ten en cuenta que fue José el que os hizo la encerrona y que, a pesar de todo y de no tener nada planeado, fue lo suficientemente valiente como para abrirte su corazón y decirte que te quería.

—Bueno, realmente no fue eso lo que me dijo.

—¡Ay, no, perdona! Te dijo que estaba enamorado de ti que es algo taaaaan distinto...

Resoplo mientras le pongo los ojos en blanco.

—Deja el sarcasmo para otro momento, ¿quieres? No estoy de humor.

—Cariño, no estás de humor para nada, por lo visto, pero creo sinceramente que necesitas aclararte al respecto.

—¿Y cómo lo hago? ¡Estoy tan perdida! —Me tapo la cara con las manos y sacudo la cabeza. —Llevo tres días sin dormir, dándole vueltas y vueltas a lo mismo. Estoy derrotada y... ¿Y si me he equivocado? ¿Y si tendría que haberle dado una oportunidad? —Miro a mi amiga con la cara desencajada y los ojos llenos de lágrimas no derramadas—. Lo quiero, Sara, pero no podría soportar que me hiciera más daño...

Mi amiga alarga el brazo por encima de la mesa y me coge fuerte de la mano.

—Entonces, has hecho bien. Si lo que necesitas es estar segura de lo que siente por ti, que te lo demuestre. Tranquilízate, ¿vale? —Levanta una ceja y me sonrío de forma pícaro—. Ahora le toca a él mover ficha... Vamos a ver de lo que es capaz...

Frunzo el ceño y parpadeo un par de veces.

—¿De qué estás hablando?

Pero Sara ya se ha levantado y camina decidida hasta la barra para pagar los cafés que hemos tomado.

“Quieres que te recoja a la salida de clase?”. El whatsApp de Sara me saca de mi ensimismamiento cuando faltan escasos cinco minutos para que empiece mi clase de Derecho Mercantil. Tecleo con rapidez para que me dé tiempo antes de que entre la profesora: “Está bien”. Diez segundos después me llega la réplica de mi amiga: “¿En qué aula estás?”. “La 9”, le contesto. Leo rápidamente su respuesta antes de silenciar el teléfono y guardarlo en la mochila: “¡Ok. te espero en la puerta!”.

Han pasado los diez primeros minutos, y yo ya estoy deseando que termine el suplicio de soportar la voz soporífera de la profesora leyendo, sin muchas ganas, la lección once del temario. Por mucho que trato de seguir el hilo de sus explicaciones, mi falta de interés, unido a la falta de entonación de la buena señora, hacen que sea del todo imposible prestar atención.

Mi pierna ha comenzado a moverse compulsivamente en un tic que conozco demasiado bien mientras mi mente no deja de vagar una y otra vez hacia el mismo tema recurrente de siempre: Manu.

Hoy hace siete días que lo vi. Una semana de mierda que he ido capeando como mejor he sabido, o podido, o lo que sea. Me pongo a garabatear en mi folio, prácticamente immaculado, cuando el ruido de la puerta, al cerrarse de golpe, me sobresalta. Sonrío ante la tonta idea que me viene a la cabeza de que nadie en su sano juicio y de forma voluntaria, después de haberse retrasado más de veinte minutos, entraría en esta tediosa e insufrible clase. Ahora, pensándolo mejor, seguro que lo que ha pasado es que alguno de mis compañeros ha tenido suficiente por hoy, y se ha largado. Sin embargo, y aunque me puede la curiosidad morbosa de levantar la cabeza para ver cuál de las dos opciones ha sido, no lo hago. Estoy demasiado entretenida dibujando un cubo con mi pilot azul cielo sobre mi hoja.

No obstante, lo que oigo a continuación me deja clavada en mi asiento y con ganas de que me trague la tierra sin necesidad de que me escupa en ningún otro

lugar.

—Disculpe, profesora, estoy buscando a Carlota Ayala. —Esa voz grave, que tan bien conozco, retumba entre las cuatro paredes del aula y hace que me encoja todavía más en mi escondite improvisado. Así que dejo resbalar el trasero por el tablero de la silla y bajo un poco más la cabeza, sabiendo que en estos momentos mi cara es del color de la grana madura.

¿Cómo ha averiguado en qué aula estoy?

La respuesta a esta pregunta no tarda en llegar. *¡Mierda. Sara! ¡La mataré!* Cabeceo con unas ganas locas de tener el poder de la invisibilidad, a lo *Harry Potter*, y su capa, pero la realidad me golpea de nuevo.

El más absoluto silencio se adueña de pronto de la estancia. Ni siquiera la profesora de Derecho Mercantil, Doña Rosa Amante, es capaz de decir nada. Veo por el rabillo del ojo cómo mis compañeros empiezan a girar las cabezas buscándome. *¡Mierda, mierda y más mierda!*

Levanto la vista inconscientemente cuando noto movimiento en la parte delantera del aula, y mis ojos chocan con la mirada de reconocimiento que me está regalando Manu desde su posición.

Da un par de pasos más sin apartar los ojos de mí y, prácticamente, se pone a escasos metros de donde yo me encuentro. *¡Madre mía!* Pongo la mano en el pecho en un intento tonto de controlar los latidos erráticos de mi corazón desbocado y trago saliva.

Separa un poco las piernas y mete las manos en los bolsillos de los pantalones sin apartar en ningún momento la vista de mí. Carraspea y sigo el movimiento que hace su nuez cuando traga antes de hablar.

—Me dijiste que no me creías... Que no te lo había demostrado. Así que he pensado que una de las mejores maneras de hacerlo sería delante de un montón de personas, diciéndote lo que siento a pesar de que me da un miedo de la hostia abrir mi corazón. —Deja escapar el aire y se pasa una mano por el pelo, despeinándose un poco. Soy plenamente consciente de que la mitad de la clase (y me refiero a la del género femenino) se lo debe de estar comiendo con

los ojos y me muerdo el labio al pensar que él solo me mira a mí, como si no hubiera nadie más en el mundo—. Te quiero. Y me da auténtico pavor. No porque no te lo merezcas, sino porque no sé si voy a ser capaz de estar a la altura. —Tensa la mandíbula y se balancea levemente.

¡Dios! Todavía no me creo que se haya colado en el aula, haya sido capaz de interrumpir la clase y se esté declarando delante de más de cincuenta personas.

—Trataré de que te entre en esa cabecita dura que tienes... No voy a descansar hasta que te lo creas. —Mira por un momento al suelo para, instantes después, volver a buscarme con esos ojos insondables—. Me he dado cuenta de que nada tiene sentido si no estás en mi vida. Te necesito y no pienso renunciar a ti... Ya no.

Me mira sin parpadear siquiera. Supongo que está esperando a que diga o haga algo pero... no puedo. Estoy paralizada, abrumada y no sé qué hacer. Una vocecita en mi interior me dice que puede hacerme mucho daño, pero la aparto de un manotazo. Ahora no quiero escucharla.

Se mantiene en esa postura durante el tiempo suficiente como para que a mí me dé un infarto, hasta que se da cuenta de que no pienso hacer nada. Entonces se dirige hacia la tarima donde está la profesora.

—Ruego disculpe la interrupción. Será mejor que me vaya para que pueda seguir dando su clase. —Me echa un último vistazo y, con la cabeza alta y esa apariencia elegante y al mismo tiempo pasota, sale del aula.

Me quedo mirando la puerta por la que acaba de desaparecer sin mover ni las pestañas. Siento el corazón latir en mi cabeza a un volumen ensordecedor.

Bum.

Bum.

Parpadeo un par de veces y vuelvo a respirar.

Cuando por fin reacciono, me doy cuenta de que tengo los dedos manchados de tinta azul cielo. Cierro los ojos y aprieto los párpados.

¡Tengo que salir de aquí ya! Necesito...

Necesito encontrar a Manu.

Cuando las palabras logran calar por fin en mi mente, empiezo a meter mis cosas de cualquier manera en la mochila. Mi profesora carraspea y mira de nuevo hacia la clase.

—Hoy no es San Valentín, ¿verdad?

Las risas estallan a mi alrededor ante su comentario, pero yo soy incapaz de fijarme en nada. Me pongo de pie y miro a mi compañero de la izquierda.

—¿Me dejas pasar?

Mis pies se enredan y por poco me caigo de bruces. Consigo mantener la verticalidad y paso por donde se encuentra la profesora con la cabeza baja y con ganas de que me trague la tierra ante la atención que estoy generando.

—La señorita Ayala, supongo.

Pongo cara de circunstancias y la miro de reojo.

—Lo siento.

Llego hasta la puerta y la empujo con todas mis fuerzas, siendo de nuevo consciente de que Manu se ha ido y de que no sé si todavía voy a conseguir dar con él.

El pasillo está desierto cuando me planto en medio del lugar. Miro hacia la derecha, pero no veo a nadie. Cuando giro la cabeza hacia el lado contrario, logro distinguir a lo lejos la figura de Manu, alejándose con elegancia y decisión.

—Manu... —Trago saliva y consigo expirar de forma entrecortada. No logro elevar la voz cuando hablo; tan solo sale de mí un susurro quejumbroso—. Manu. Manu. Manu...

Empiezo a andar en su dirección, siendo consciente de que cada vez está más lejos.

Aparto el miedo y las dudas a un lado, me muerdo el interior de la mejilla y comienzo a caminar más rápido.

—Manu, espera... —Lo intento con todas mis fuerzas mientras me paro en medio del pasillo—. ¡MANU! —Y grito, por fin.

Deja de andar y se gira muy lentamente al mismo tiempo que yo comienzo a caminar con más decisión. La mochila resbala por mi hombro hasta que cae al suelo con un ruido sordo. Me da igual. La dejo abandonada a su suerte mientras empiezo a correr hacia él. Su cara se mantiene impenetrable, serena, impávida. Sus ojos se clavan en los míos, y yo solo quiero llegar hasta él. Se me escapa un gemido cuando estoy a escasos pasos y salto sobre su cuerpo, enredándome en él con brazos y piernas. Lo siento sonreír contra mi cuello mientras aspiro su olor.

—Hola, Cabeza de Zanahoria. —Su ronco susurro me hace cosquillas en mi piel erizada.

Escondo un poco más la cara entre mi pelo alborotado y resoplo con los ojos cerrados.

—¡Cállate, capullo! —Sonrío contra su hombro y aprieto un poco más el abrazo.

—Y si no me callo, ¿qué?

—Te haré callar yo... —Por mucho que lo intento, no consigo dejar de sonreír mientras hago un esfuerzo por no ponerme a llorar a moco tendido.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas ha...?

No dejo que termine la frase. Separo la cabeza y estampo mis labios contra los suyos mientras nuestras sonrisas chocan entre sí.

Sus manos se posan en mi trasero mientras camina hacia la pared donde me aprisiona. Rompe de forma brusca el beso y apoya su frente sobre la mía.

Nuestras respiraciones se mezclan, irregulares, rápidas. Abro los ojos y su sonrisa me atrapa.

—Te quiero.

—Lo sé. —Asiento enérgicamente mientras su mano me aparta un mechón de pelo y lo mete detrás de mi oreja. Ladea la cabeza y me regala una de sus sonrisas canallas.

—Conque lo sabes, ¿eh? ¿Y qué más?

Decido hacerlo sufrir un poco. Escondo como puedo mi propia sonrisa y

bato las pestañas.

—No sé...

Pasea su nariz por la piel sensible de mi cuello y me muerde con delicadeza el lóbulo de la oreja.

—¿Estás segura?

—¿De qué?

—De esto. —Me vuelve a mirar fijamente y me toma la cara entre sus manos.

—Ahora sí. Por cierto...

Manu frunce levemente el ceño mientras acaricia la piel ruborizada de mis mejillas.

—¿Sí?

—Yo también te quiero.

—¡Joder, ya era hora!

Enredo mis dedos en su pelo y tiro de él hasta que nos besamos de nuevo, poniendo mi corazón y mi alma en ese beso, dejando que me atrape, permitiéndome ser feliz.

FIN

Si te ha gustado

Contra todo pronóstico

te recomendamos comenzar a leer

Bajo un mar de nubes

de *Leonor Hurtado*



Capítulo 1

Ealing, Webster Ganderns

«¡Llego tarde! ¡Llego tarde!», pensó Abigail mientras corría por el mercado esquivando al resto de personas que compraban y los puestos que se sucedían a su paso para llegar a casa. Su señora pronto le reclamaría su tisana de las once, y ella aún no había conseguido salir del barullo de mujeres que intentaban obtener un buen precio para sus verduras, igual que ella antes había insistido al tendero.

Mientras corría por las callejuelas colina abajo, no dejaba de pensar en la reprimenda que iba a recibir si no aceleraba más el paso, pero el vestido que había elegido aquella mañana no la ayuda precisamente; era más, como el bajo de la falda le rozaba el suelo, al correr se le enganchaba entre las piernas, impidiendo coger una velocidad óptima para llegar a tiempo. Tuvo que reprimirse además ante la mirada de otras mujeres que, entre asombro, conmoción y miradas reprobatorias, le lanzaban un repaso de arriba a abajo moviendo la cabeza en señal de desaprobación. Una mujer no debía correr así y menos en un lugar tan público; ella lo sabía pero en esos momentos le daba igual. Tenía que llegar como fuera a la casa lo más pronto posible.

Debrah Richmond no era precisamente una mujer comprensiva, y eso ya le había quedado claro desde hacía tiempo.

Abigail llevaba ya siete años sirviendo a aquella dama, desde que su padre había muerto y había dejado a su madre viuda con cinco hijos a los que alimentar. Ella y sus hermanas se habían visto obligadas a empezar a trabajar a muy temprana edad, en parte también, para ayudar a su hermano mayor a terminar de pagar sus estudios de economía. Él se convertiría en el primero de la familia en tener estudios más allá del colegio y de las materias básicas que

ellas habían aprendido.

Su padre se había preocupado de que sus hijos obtuvieran una buena educación pero, con tan pocos medios como tenían, ella y sus hermanas habían aprendido a leer y escribir precariamente. Teniendo en cuenta los pocos años de escuela a sus espaldas, había sido casi un milagro que llegaran a tal nivel de conocimientos y, sin embargo, tanto ella como su hermana Penny habían mostrado avidez desde muy temprana edad, y la maestra de la escuela se había esforzado en conseguirles libros de segunda mano, casi siempre con hojas caídas o arrancadas. Se habían acabado convirtiendo en dos jóvenes bien educadas, diligentes y cultas además de responsables. Había sido así como Abigail había conseguido un puesto como dama de compañía de su joven señora, y Penny, un año menor que ella, de institutriz para una familia acomodada del pueblo: los Johns.

A diferencia de ellas, su hermana menor Luisa, demostraba menos aptitudes y falta de interés, aunque siempre la disculpaban teniendo en cuenta que la muerte de su padre la había afectado realmente, pues era aún demasiado pequeña.

Ella misma tenía doce años cuando un amigo de su padre, Leroy, se había acercado a su casa para hablar con su madre. El tono serio con el que había preguntado por ella cuando abrió la puerta ya le había augurado malas noticias pero, cuando ella y Penny, se escondieron cerca para escuchar la conversación y oyeron los llantos amargos de su madre y sus gritos desgarradores no dudaron que algo horrible había sucedido. Su padre había sufrido un infarto mientras trabajaba aquella mañana en la librería y no había sobrevivido. Cuando intentaron hacer algo por él ya era demasiado tarde, estaba muerto. Leroy lo había encontrado tirado en el suelo detrás del mostrador, lívido y sin pulso. Luisa entonces tenía cuatro años y era la favorita de su padre, y a la que más consentida tenía, a diferencia de su madre quien aunque la quería mucho, no aceptaba la torpeza de la niña y sus faltas en la escuela. En ese momento, su hermana, aunque seguía estudiando, no destacaba precisamente por ingenio o

destreza, y simplemente esperaba para colocarse como aprendiz de costurera o alguna ocupación similar cuando tuviese la edad adecuada.

Abigail sacudió la cabeza para librarse de tales pensamientos sobre su pasado y su familia.

Mientras corría por los escalones de la entrada casi sin aliento, ya estaba pensando miles de excusas para disculparse ante su falta de puntualidad. ¿Qué culpa tenía ella de que la sirvienta de sus vecinos los Holmes fuese tan despistada siempre? Gracias a su olvidadiza sirvienta, ella había pasado más de quince minutos esperando en la cola de la pescadería. Normalmente no se encontraba entre sus tareas la de encargarse de la compra, pero aquel día Lilly, la cocinera y encargada de los Richmond, se encontraba fuera de casa visitando a su familia tras el funeral de su hermano, el pobre Tom. Su muerte había caído como un jarro de agua fría para ella, un accidente minero le habían dicho, uno como tantos otros se llevaba cada año a padres, hermanos, hijos y maridos muy queridos.

Cuando por fin entró en la cocina para preparar su infusión, se encontró a la señorita Debrah sentada junto a su tisana.

—No hace falta que te molestes. Ya me he encargado yo viendo que no estás para la labor de ser eficiente en tus tareas.

Debrah la miraba fijamente, culpándola solo a ella de su tardanza y sin esperar, ni querer escuchar, ninguna de las razones con las que podía disculparse. Abigail se tragó su orgullo al escuchar aquellas palabras: «tus tareas». Aquel día, ella y Elaine tendrían que trabajar el doble para cubrir la baja de su compañera, pero eso no parecía ser justificación ninguna. Debrah quería que aquella carga extra de trabajo les ocupase el mismo tiempo que normalmente y punto.

—¿Usted misma se la ha preparado? —preguntó Abigail abriendo los ojos como platos ante semejante visión de su señora. No es que la considerase una mujer incapaz, pero sí lo suficientemente altanera como para no tocar ningún utensilio de cocina que no fuesen platos y cubiertos para comer, «y porque los

necesita», pensó ella sarcásticamente.

—Pues claro que no, he llamado a Elaine para que baje a preparármela. ¿Cómo has podido pensar que una dama como yo haría algo semejante? —respondió su señora enfadada.

Abigail se sintió terriblemente avergonzada al instante. ¡Cómo se le había ocurrido preguntar algo así!

Los Richmond eran una afamada —y muy bien situada económicamente— familia inglesa. El padre de Debrah, Julius Richmond, no pertenecía a la nobleza, como su hija trataba de ocultar; era más, el apellido lo habían heredado de su familia materna, puesto que su padre había sido bautizado como Julios Manford, pero al casarse había adoptado el de su esposa. Se trataba en realidad de un hombre de negocios que había sabido estar en el lugar y momento adecuados, y había conseguido hacer fortuna con una empresa de manufactura con base en la India; sin embargo, su madre Clarisse tenía antepasados relacionados con la más alta nobleza y sus primos lejanos eran condeses. Debido a las deudas contraídas, su familia había arreglado el matrimonio para salvar la casa en la que ambos se encontraban y que había pertenecido a los antepasados de Clarisse por generaciones.

Si su abuelo materno no hubiera dilapidado todo su dinero apostando y bebiendo, no tendrían esas gotas de sangre burguesa y no azul como se esperaba de su apellido, pero Ernest Richmond nunca había sabido mover bien sus fichas y antes de morir dejó a su mujer e hijos abocados a la ruina y la vergüenza.

—No vaya a ser que se ensucie los dedos nuestra reina. —Sonó una voz desde la puerta trasera que daba a la cocina.

Abigail no pudo disimular una sonrisa al ver el rostro de Jules, el hermano menor de Debrah. Al contrario que su hermana, se trataba de un joven afable, educado y tranquilo, con unos ojos azules profundos y vivos y un pelo castaño

cobrizo que, con el reflejo del sol, destellaba como el fuego.

—¡Jules, qué sorpresa! Pensaba que estabas muy ocupado en el banco estos días—dijo considerablemente emocionada la señorita Richmond.

—Y lo estoy, pero no he podido reprimirme a escaparme un momento para visitar a mi querida hermanita —se refirió jocosamente a Debrah. Era curioso que bromease así cuando él era el menor de los dos y había pasado un cuarto de su vida bajo el cuidado de su hermana. Mirando la taza de la mesa y la expresión preocupada de Abigail al lado de su señora, llegó a adivinar lo que había pasado aquella mañana—. Ya veo que tragedia más grande estás sufriendo —se burló de ella en un tono jovial, aunque no escondía que, en realidad, todos los teatros que montaba su hermana ante nimiedades como una infusión le molestaban bastante.

Ya estaba acostumbrado a que, desde pequeños, ella siempre se quejase de todo lo que ocurría a su alrededor y, con el paso de los años, se había convertido en una joven cada vez más y más remilgada y afectada. Él había recibido una formación muy estricta de parte de su padre, quien siempre le había inculcado la valía del trabajo duro y el esfuerzo y, sobre todo, la necesidad de formarse como un hombre. Todo eso sabía que provenía de sus orígenes humildes, que le habían enseñado lo que era no tener todo lo que uno desea y no poder permitirse los caprichos que, en ese momento, como marido de Clarisse y con una empresa en las Indias tan fructífera, se consentía a sí mismo y a sus hijos. Nunca habían llegado a conocer a sus abuelos, los padres de Julius y siempre había supuesto que era por la vergüenza de su madre, que nunca había querido relacionarse con aquella rama de la familia. Habían vivido hasta un par de años después del nacimiento de Debrah, pero no recordaba haberlos visto ni siquiera en su bautizo.

Había aprendido latín, griego y francés en su infancia, y su padre, no contento con eso, había querido que aprendiese también español. Siempre se había alegrado, aunque no demasiado, de los logros de su hijo en matemáticas, economía y química, mas no demostraba nunca su aprobación, solo una leve

sonrisa cuando Jules le contaba sus calificaciones. La valía de su hijo, que tan temprano había mostrado, le había henchido de orgullo, pero no queriendo convertirlo en un chico dejado y vago nunca le había confesado sus pensamientos. Su madre, en cambio, había tenido una obsesión casi enfermiza por su aspecto y por el de su hija, lo que había logrado dar paso a una joven egoísta, vanidosa y frívola que nunca gustó al campechano de su padre.

—No acepto ese tono —lo reprimió la señorita Richmond frunciendo el ceño.

A Abigail no le pasó por alto la bolsa que Jules llevaba en su mano izquierda, de la cual emanaba un olor muy apetecible, sobre todo teniendo en cuenta que, con las prisas por cubrir la falta de Lilly, no había tenido tiempo de desayunar y con su carrera a través del mercado había llegado famélica. Tenía miedo de que de un momento a otro su estómago comenzase a rugir como si escondiese un león en sus entrañas.

—He traído croissants de la panadería. Katherine me ha dicho que hoy le han quedado especialmente dorados; como a ti te gustan —dijo sacando uno de la bolsa con gestos teatrales muy exagerados y entregándoselo a Abi mientras movía las manos con gracia—. Y para mi querida Debrah: un bollito de nata —añadió sacando reluciente un último dulce de la bolsa.

Debrah hizo un ademán de sonrisa y cogió el bollito sin muchas ganas; le dio un pequeño mordisco, se limpió los restos de nata de la comisura de los labios y lo apartó en el plato para no tocarlo más. Mientras Jules y Abi degustaban unos riquísimos croissants al otro lado de la mesa, el agua que había puesto antes a calentar empezó hervir, y Abi sirvió un té de especias para su señor con un chorrito de limón para ensalzar su sabor.

¿Qué pasa cuando la persona que más detestas en este mundo te da tu primer beso? ¿Y si, después de los años, esa misma persona se convierte en tu nuevo profesor de Derecho Financiero y Tributario?



Me llamo Carlota y soy una chica normal, aunque bastante insegura. Tengo el pelo naranja como el fuego y miles de pecas salpican mi cara. Soy delgada y algo desgarbada y no puedo estar quietecita durante demasiado tiempo. Aunque adoro a mi hermano José sobre todas las cosas, este tiene un defecto. Ese defecto se llama Manu, su mejor amigo, que se pasa la vida metiéndose conmigo.

Puedo lidiar con Manu, incluso puedo defenderme de su lengua afilada, pero ¿qué pasa cuando ese chico que saca lo peor de mí me roba mi primer beso? Pues que te quedas estupefacta, patidifusa y con ganas de más, para mi absoluta desgracia. Pasan los años y, después de algún que otro altibajo (más bajo que alto, todo hay que decirlo) cuando parece que mi vida se ha encauzado por fin, cierto hombre desquiciante y metomentodo aparece de nuevo en mi vida convertido en mi profesor de Derecho Financiero y Tributario... ¿Adivináis de quién se trata?

Y. Arcenegui: Nací en Valencia hace treinta y ocho años y, con gran pesar, abandoné mi tierra para seguir al hombre de mi vida en sus andaduras por toda la geografía española.

Soy licenciada en Derecho y escribo desde que tengo uso de razón. Empecé muy pronto a crear historias en esta cabecita mía que nunca para de pensar. Devoradora incansable de novelas, puedo pasarme toda la noche leyendo hasta que veo amanecer. Me considero una persona extremadamente romántica y fiel admiradora de los autores románticos y de sus obras atemporales.

Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2019, Y. Arcenegui

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-24-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

[1] Palabra, que proviene del valenciano y que significa “rojita”

Índice

Contra todo pronóstico

Carlota

Manu

Carlota

Carlota

Manu

Carlota

Manu

Carlota

Manu

Carlota

Carlota

Manu

Carlota

Manu

Carlota

Sara

Manu

José

Carlota

Carlota

Manu

Carlota

José

Manu

Carlota

Manu

Carlota

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Y. Arcenegui

Créditos

Notas